

La Revolución Rusa en el siglo XXI

La Revolución Rusa en el siglo XXI

Jorge Altamira - Pablo Rieznik - Luis Oviedo
Lucas Poy - Daniel Duarte - Pablo Rabey

Rumbos

Índice

Presentación	15
-------------------------------	----

Introducción

Sobre la actualidad de la Revolución de Octubre	21
---	----

PRIMERA PARTE: LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN.	25
---	----

1. La guerra y la revolución	27
---	----

“Antes que la revolución, la derrota”	30
---	----

Enero de 1917	31
-------------------------	----

2. Utilizar la crisis creada por la guerra para derrocar a la burguesía	33
--	----

Resolución sobre la guerra y el militarismo (Séptimo Congreso de la Internacional Socialista – 1907)	35
---	----

El desarrollo de la Internacional antes de la guerra (Augusto Bebel)	38
---	----

3. El derrotismo revolucionario	39
--	----

La guerra y el método de Lenin	43
--	----

Una nueva etapa histórica para el movimiento obrero mundial (Vladimir I. Lenin)	44
--	----

Explicación del voto contra los créditos de guerra (Karl Liebknecht).	45
--	----

“¿Dónde está el enemigo principal?” (Comité de San Petersburgo del Partido Bolchevique)	47
--	----

“El enemigo principal está en nuestro país” (Karl Liebknecht)	48
---	----

SEGUNDA PARTE: FEBRERO Y EL DOBLE PODER	51
4. “¡Abajo el zar!” La Revolución de Febrero	53
Las mujeres, vanguardia de la revolución.	57
5. Revolución de Febrero: Los comités de fábrica, el control obrero	61
Telegrama para los bolcheviques que parten para Rusia (Ulianov)	65
6. Contrarrevolución en la revolución. Los centroizquierdistas ceden el poder a la burguesía.	67
“Tareas inmediatas del proletariado revolucionario” (Vladimir I. Lenin)	72
Los intelectuales pequeñoburgueses en la revolución (León Trotsky)	74
7. El momento derechista del Partido Bolchevique.	77
“De no haberse vencido esta crisis, la revolución no hubiera podido seguir adelante” (León Trotsky)	81
8. El retorno de Lenin y el rearme del Partido Bolchevique.	83
Lenin enmienda la plana a los “viejos bolcheviques”. “La fórmula de la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado ha envejecido”	87
9. Las Tesis de Abril	89
“El nuevo tipo de Estado que crea nuestra revolución” (Lenin)	94
10. Las Tesis de Abril (II)	95
“Hay que fundar ahora mismo la III Internacional” (Lenin)	99

TERCERA PARTE: EL FANTASMA DE OCTUBRE	101
11. Las “Jornadas de Abril”. Fracasa el primer golpe de la burguesía contra la revolución	103
Táctica y estrategia (León Trotsky)	108
Los bolcheviques, el proletariado y la espontaneidad (León Trotsky)	109
12. Lenin convoca a Trotsky.	
Para construir el “Nuevo Partido Comunista”	111
Trotsky regresa a Rusia	115
El socialismo, una salida práctica al desastre (Vladimir I. Lenin)	116
13. La coalición de mayo. Los centroizquierdistas ingresan en el gobierno burgués	117
Los Soviets y su “crisis de representación” (León Trotsky).	121
Los Soviets avanzan (Vladimir I. Lenin).	122
La ‘nueva izquierda’ renueva las “Tesis de Abril”	123
14. Trotsky en Petrogrado	125
15. Los bolcheviques ganan la confianza de las trabajadoras	129
Rabotnitsa, el periódico de la mujer trabajadora	134
16. Los Soviets, del asambleísmo a organizaciones de combate	135
17. Las huelgas y los comités de fábrica	141
18. Disparen contra los bolcheviques.	
El primer congreso de los soviets	145
La composición de un congreso “cansado de la revolución” (León Trotsky).	149
“Ese partido existe” (Gerald Walter).	149
19. ¡Abajo los diez ministros capitalistas!	
Momento de viraje	151
“La democracia pequeñoburguesa contra el proletariado socialista” (Vladimir I. Lenin).	154
El dieciocho de junio (Vladimir I. Lenin)	156

CUARTA PARTE: EL ARTE DE LA INSURRECCIÓN I	
LAS JORNADAS DE JULIO	159

20. En las vísperas de las Jornadas de Julio.	
¿El partido “dividido” o simplemente el partido?	161
Petrogrado: una excepcional concentración	
del proletariado (Steve A. Smith)	166
“¿Qué hacen los nuestros?” (León Trotsky)	167
21. 3 de julio. Estalla el levantamiento armado	169
“Uno de los espectáculos más conmovedores de la	
revolución”. El tiempo y la historia (León Trotsky)	174
22. 4 de julio. Medio millón de obreros	
y soldados armados ocupan Petrogrado	175
El verdadero error de nuestro	
partido. Según Lenin (León Trotsky)	180
23. La juventud obrera en la revolución	183
24. Los soviets con la contrarrevolución	187
“Una enfermedad muy frecuente en	
los medios revolucionarios” (León Trotsky)	191
25. ¿Cuándo y por qué Lenin escribió	
El Estado y la Revolución?	193
26. El Estado y La Revolución II	
(Y lo que Lenin no pudo escribir)	199
“Un Estado burgués sin burguesía” (León Trotsky)	203
27. “El Estado obrero es una abstracción”.	
Sobre El Estado y la revolución (tercero y final)	205
“Un capitalismo de Estado del tipo nuestro” (Vladimir I. Lenin). . .	208
28. La conspiración de los dos K.	
(Centroizquierda y derecha contra el pueblo)	209
El VI Congreso (Trotsky se incorpora al Partido Bolchevique) . . .	212
29. ¿Se equivocaron los bolcheviques en julio?	
(Lo que discutían Trotsky y sus compañeros en prisión). . .	215
“No habría costado ningún trabajo tomar	
el poder”, pero no se debía (León Trotsky)	218

QUINTA PARTE: PARLAMENTARISMO Y REVOLUCIÓN	221
30. Cómo se desarma una conspiración.	
Fracasa el golpe de Kornilov	223
Contra la derecha, sí; con los centroizquierdistas, no.	
“Combatimos a Kornilov, no apoyamos a Kerensky” (Lenin)	227
31. Los bolcheviques conquistan la mayoría	
en el Soviet de Petrogrado	229
Política y análisis histórico (León Trotsky)	233
32. De la “Conferencia Democrática” al Preparlamento.	
¿Para qué se preparan los bolcheviques?	235
Parlamentarismo y política revolucionaria (León Trotsky)	239
33. “Quemen esas cartas”.	
El Comité Central bolchevique contra Lenin.	241
Los bolcheviques deben tomar el poder (Vladimir I. Lenin)	245
“Todos rechazan la propuesta”	247
34. El Comité Central bolchevique vota la insurrección	249
La nota áspera y amarga del descontento (John Reed)	253
Crónica de una reunión histórica (Alexander Rabinowitch)	254

SEXTA PARTE: EL ARTE DE LA INSURRECCIÓN II	
EL ASALTO DEL PODER	257
35. Lenin, Trotsky y la “legalidad soviética”	259
¿Por qué no hubo organización independiente de los campesinos pobres y obreros agrícolas? (León Trotsky)	262
36. “La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla”.	
El fin de la “revolución podrida”	263
“La dialéctica de la historia” (Vladimir I. Lenin)	267
37. El “dualismo militar” y la conquista del poder.	269
El Comité Militar entra en acción (La “máquina pesada” del Soviet)	273
38. Las horas que aún conmueven al mundo.	
Crónica de la insurrección de Octubre en Petrogrado	277
“Aquello era ya la insurrección”. Las asambleas del 22 de octubre	283
39. Las horas que aún conmueven al mundo II.	
El congreso de la dictadura soviética	285
Más que un llamamiento... “El comienzo de un nuevo régimen estatal”.	291
40. El arte de la insurrección (León Trotsky)	293
41. La insurrección de octubre en Moscú.	
Los días que aún conmueven al mundo III	297
Entre Petrogrado y Moscú (Víctor Serge)	301

SÉPTIMA PARTE: EL PROLETARIADO EN EL GOBIERNO	303
42. La paz, la tierra, el nuevo gobierno.	
Lenin en el segundo congreso de los soviets	305
43. De la insurrección de Octubre	
a la Asamblea Constituyente	311

Presentación

En el curso de 2007, cuando se cumplía el 90 aniversario de la Revolución Rusa, un equipo de militantes repasó su desarrollo, semana a semana, en las páginas de Prensa Obrera, el semanario del Partido Obrero. El propósito no era solamente llevar a cabo un trabajo de divulgación para el conocimiento de los trabajadores y de las nuevas generaciones, sino, en forma simultánea, retomar el examen de la Revolución Rusa a la luz de las polémicas que tuvieron lugar en los últimos años. Por eso figuran en este estudio, en forma prominente, los temas del papel de las masas y del partido, del programa, con especial énfasis en la elaboración del planteo de la dictadura del proletariado y, finalmente, la cuestión de si, más precisamente, la Revolución de Octubre inició un periodo histórico nuevo en la lucha del proletariado por su emancipación del capital. Por este motivo, la recopilación de estos estudios que van siguiendo el desarrollo de la Revolución Rusa ‘en tiempo real’, lleva por título *La Revolución Rusa en el Siglo XXI*. No es un manual que sistematiza acontecimientos pasados sino un análisis a la luz de los problemas del futuro.

La revolución de rusa en su conjunto constituye esa “revolución universal”, que los historiadores atribuyeron en su momento a la Revolución Francesa -claro que esta vez en su forma realmente acabada. En aquella expresión se hace referencia a que no afectó solamente un aspecto de la vida social sino a toda ella y en cada uno de sus intersticios, y que a partir de esto asumió un carácter inter-nacional (en el caso de la revolución francesa) y mundial (en el caso de la rusa). La primera trazó las grandes líneas del desarrollo de las nacionalidades modernas (un proceso que culminaría con el fin de la guerra de la Independencia en América Latina y con la unificación de Alemania e Italia); la segunda planteó, por primera vez en la historia, la perspectiva de la abolición de las fronteras nacionales. Incluso para los pueblos coloniales y semi-coloniales quedó indicada la tarea de la unificación socialista de los Estados creados en forma arbitraria según las líneas de la colonización extranjera.

La universalidad de las revoluciones francesa y rusa se manifiesta en que en ellas “las masas intervienen abiertamente en el terreno en el que se decide su futuro histórico”. Ambas están jalonadas por las “jornadas” que van diferenciando las diversas etapas de la radicalización de la revolución. El desarrollo de la conciencia de las masas se convierte en la ley inmanente del conjunto del proceso político. Numerosos autores han señalado, precisamente, que la atadura de las fuerzas reformistas o centristas a las normas de la acción parlamentaria o de la acción política convencional las con-

denó a perder peso con bastante rapidez y a desaparecer del escenario histórico del momento. Los jacobinos, por un lado, y los bolcheviques, por el otro, se orientaron en función del proceso que desarrollaban las masas con su acción, lo cual los apartó del doctrinarismo etapista, que le fija a la revolución sus tareas y ritmos de antemano, y les permitió darle al movimiento histórico su forma concreta, la forma de una praxis. La diferencia entre jacobinos y bolcheviques es, de todos modos, muy clara, porque los jacobinos se encontraron siempre arrastrados por los acontecimientos, en tanto que los bolcheviques, incluso durante las crisis internas que sufrieron entre febrero y octubre, siempre tuvieron a una fracción con capacidad para estar un paso delante de los hechos. Los jacobinos no se habían preparado para la revolución más que a través de las previsiones de sus predecesores, los enciclopedistas; los bolcheviques habían llegado a la revolución al cabo de décadas de debates y disputas en el plano nacional e internacional, y con el antecedente de la revolución de 1905. Ambos participaron de una “revolución permanente”, pero mientras los jacobinos aspiraban a un desarrollo “igualitario” cuando las fuerzas productivas de la época sólo podían dar cabida a la diferenciación social aguda del capitalismo, los bolcheviques se movieron en el marco de una contradicción (de la cual eran hartos concientes), que iría a determinar todo su desarrollo histórico: la de iniciar la revolución en un país insuficientemente preparado para el socialismo con la perspectiva de culminar en una revolución mundial, con el concurso del proletariado de los países más avanzados.

La Revolución Rusa es la acción histórica más completa que haya realizado el proletariado mundial hasta la fecha. En uno de los países menos preparados para el socialismo, el proletariado desarrolló una conciencia y una acción de clase sin parangón. Hay aquí una diferencia importante con la Revolución Francesa. Cincuenta años después del estallido de 1789 todo había cambiado en Francia y en el mundo, menos su recuerdo; el desarrollo capitalista había cobrado un impulso tan claro que comenzaron a manifestarse sus primeras crisis internacionales y en lugar de los ‘sans-culottes’ del ‘89, en su mayor parte artesanos, existía ya un proletariado de la manufactura industrial. Las revoluciones populares empezaban a tener un carácter social e histórico completamente nuevo. Noventa años después de la Revolución de Octubre ocurre lo contrario: la descomposición del capitalismo es, si cabe, más acentuada; su parasitismo, mayor; y el proletariado es hoy una clase mucho más numerosa y altamente concentrada, incluso en la mayoría de los países atrasados. Si la Revolución Francesa, medio siglo más tarde, “oprimía como un peso muerto la conciencia de los vivos”, o sea que no le dejaba ver las nuevas condiciones históricas y a los nuevos protagonistas, la rusa, por la jerarquía histórica de la acción de la clase obrera, es más que nunca una fuente de inspiración y enseñanza inigualable. La clase obrera mundial no va a construir el socialismo con los métodos bárbaros de la burocracia de tipo asiática que fue el stalinismo (que condicionó, además, los otros ‘modelos’ que cayeron en forma transitoria bajo su influencia o férula), pero sí ha-

rá una revolución victoriosa o definitiva con los métodos del bolchevismo. Los que tiran al inodoro al ‘socialismo en un solo país’ junto con la Revolución de Octubre, se van a llevar nuevas sorpresas.

La gigantesca concentración de realidad histórica que va de febrero a octubre de 1917, de ningún modo opaca o disminuye las revoluciones sociales posteriores – en sus condiciones, igualmente gigantescas. Mucho antes que existieran los bolcheviques, Federico Engels había señalado el potencial revolucionario eventual de los campesinos, de los que esperaba una “segunda guerra” que propulsara al proletariado al poder. El campesinado desempeñó un papel decisivo en la Revolución Rusa – y una de las genialidades del proletariado ruso fue haber señalado la orientación de formar los soviets incluso para la clase de los pequeños productores agrarios, no solamente los obreros agrícolas. La guerra y el levantamiento nacional del campesinado de China, el país más campesino del planeta, es una epopeya sin precedentes. Pero los levantamientos en la periferia del mundo capitalista debían ser preludios o factores auxiliares de la revolución proletaria en los países avanzados, pues librados a sí mismos sus posibilidades históricas no podían ser sino limitadas. El gran crimen de las direcciones stalinistas o reformistas de la clase obrera de los países avanzados fue precisamente haber dado la espalda a las revoluciones agrarias y nacionales, y no haberse valido de ellas como palanca de la revolución proletaria mundial.

La Revolución Rusa adquirió sus dimensiones históricas por la intervención de un partido excepcional: el partido bolchevique. Para entender su importancia es útil contrastar a la Revolución Rusa con la española, donde el instinto comunista de sus obreros y campesinos era muy superior al ruso, como lo revelaron las socializaciones autónomas o espontáneas que realizaron durante la guerra civil. Pero el proletariado español no tenía un partido bolchevique; su dirección colaboró con la burguesía en el frente popular, en especial el anarquismo, que, sin embargo, era doctrinariamente hostil a los gobiernos y a los Estados, no digamos ya a participar en ellos. La revolución española mostró en qué poderoso instrumento de la contrarrevolución se había convertido el aparato internacional del stalinismo, que no solamente se jugó a la colaboración de clases con la burguesía sino, especialmente, a establecer un régimen de terror en la zona republicana, para asegurarse que el proletariado no emergiera como una fuerza histórica independiente triunfante, que pudiera inspirar de nuevo al proletariado mundial y al soviético. La comparación con la revolución española es muy apropiada porque los que hoy se oponen a la formación del partido bolchevique, y de un modo general a construir partidos de combate de la clase obrera, manejan la misma retórica del anarquismo español – aunque no tienen nada de su base proletaria y campesina. Movimientismo, pluralismo, basismo: los métodos de siempre de la política burguesa, que favorece con esos planteos la atomización política de los activistas y permite, por ese motivo, la entronización parlamentaria de los arribistas. El partido bolchevique pudo jugar su rol sin precedentes en la revolución, por su método político de fuerza de combate basada en un pro-

grama, que es lo que le permitió superar las crisis de los propios trabajadores durante la revolución (en las jornadas de julio, por ejemplo, cuando la mayoría de los activistas de la capital quería, contra la posición de Lenin, tomar el poder), como las crisis del propio partido, comenzando con la posición de colaboración de clases que adoptó la dirección del partido en Rusia frente al primer gobierno provisional.

Es muy común, en especial entre los trotskistas (¡qué ironía!), escuchar decir que hay que apartarse de los caminos trillados, porque el ciclo histórico de la Revolución de Octubre ha concluido. Seguirá la lucha de clases, dicen, habrá revoluciones, pero serán de ‘nuevo tipo’ – en esencial serán ‘democráticas’. Se trata naturalmente de un democratismo parlamentario, porque las revoluciones son, además de democráticas (la realización de las grandes mayorías), autoritarias (porque imponen sus objetivos -contra los explotadores- despóticamente). Una revolución sin despotismo es un chocolate sin cacao.

Aunque para los promotores de la tesis del fin del periodo abierto por Octubre del 17, el cambio de época lo determinó la disolución de la URSS, la especie tiene un pasado casi remoto. ¿Qué es el ‘socialismo en un solo país’ sino la afirmación de que el ciclo revolucionario mundial abierto en 1917 ha terminado definitivamente? La emergencia de esta teoría tiene que ver con la derrota de la revolución mundial en el periodo 1917-23, no es simplemente una elucubración malsana. O sea que este planteo es de cuño stalinista, aunque haya pasado disimulado por la entronización de la Revolución Rusa, por parte del stalinismo, como un fenómeno nacional. De todas las versiones de este registro se destacará finalmente la del eurocomunismo, o sea el sector de los partidos comunistas que aboga por la restauración capitalista en los estados obreros y su propia integración al aparato estatal y militar del estado capitalista, rompiendo los lazos con el aparato de Moscú.

El asunto es que la Revolución de Octubre se convierte en un evento de alcance universal porque es la consecuencia de la crisis mundial del capitalismo que se manifiesta en la guerra de 1914-18. Este condicionamiento histórico diferencia a la Revolución Rusa de la Comuna de París – que es el punto de partida del proceso capitalista que culminará con la guerra mundial. Para privarle su vigencia a la época de revoluciones que inaugura el Octubre ruso, es necesario, antes, declarar caducas las condiciones históricas que le dieron lugar: la agonía del capitalismo, el inicio de la transición histórica entre el capitalismo y el socialismo. Detrás de la afirmación de la caducidad de Octubre está el planteo de que el capitalismo ha ganado una nueva oportunidad histórica de duración impredecible. En una palabra, no se discute sobre Octubre sino sobre el capitalismo. Esto explica que a la inmensa mayoría del tilingaje izquierdista internacional se le haya escapado la inminencia del derrumbe capitalista que estamos viviendo, y que aun luego de su estallido siga previendo que se reciclará en una nueva onda de algún tipo. Ahora bien, toda teoría revolucionaria tiene su punto de partida en la tendencia del régimen explotador existente al estallido de sus contradicciones y a la di-

solución de las relaciones sociales como consecuencia de su propio desarrollo. Fue precisamente el punto que Lenin levantó contra Kautsky en 1916 al defender las resoluciones de la Segunda Internacional que afirmaban que la guerra mundial crearía situaciones revolucionarias. La revolución emerge del estallido del capital, por un lado, y, por el otro, del largo periodo de resistencia de los trabajadores contra esa explotación. Allí donde esta resistencia ha sido más manifiesta y creciente, las situaciones revolucionarias emergerán más rápidamente, por ejemplo en América Latina y en algunas naciones de Asia. La incógnita más apasionante es la fuerza histórica que pueda evocar entre los trabajadores de China, Rusia y Vietnam.

El libro que el lector tiene en sus manos es, como se puede ver, una mirada hacia adelante.

INTRODUCCION

Sobre la actualidad de la Revolución de Octubre

Aunque a partir de la disolución de la URSS se hizo 'popular' la caracterización de que el periodo histórico (de guerras imperialistas y revoluciones nacionales y revoluciones socialistas) abierto por la Revolución de Octubre se ha cerrado definitivamente, la tentativa de dar por clausurada esta época histórica tiene numerosos antecedentes. Fue inaugurada por una fracción de exiliados rusos, a partir de 1922, que caracterizaron a la "nueva política económica" del gobierno bolchevique (que favorecía la reapertura de los mercados), como un retroceso estratégico de la revolución hacia el capitalismo. Pero mientras resulta incuestionable que, a partir de 1923, las normas capitalistas de explotación progresan sin cesar, y que luego se acentúan como consecuencia de la completa confiscación política de la clase obrera por parte de la burocracia, las tendencias de guerras y revoluciones del nuevo periodo mundial se agudizan. Así tenemos las revoluciones china y española; el fascismo, el nazismo y el franquismo; el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Durante la Segunda Guerra, el planteo de la inviabilidad histórica de Octubre lo tomó una fracción de la IV Internacional que rechazaba la consigna de la defensa incondicional de la Unión Soviética, alegando que la burocracia de la URSS se había convertido en una clase capitalista que explotaba a los trabajadores a igual título que cualquier otro régimen burgués. El curso de la guerra, sin embargo, confirmó la esencia de la nueva época histórica, porque mientras los ejércitos de esa burocracia cometían los peores crímenes contra los pueblos a medida que avanzaban hacia el oeste, producía también el aplastamiento del nazismo y se veía obligada, por el conjunto de la situación histórica, a expropiar a las clases capitalistas derrotadas de los países que iba ocupando. El fin de la guerra, no hay que olvidarlo, estuvo acompañado por grandes guerras civiles, en especial las de Yugoslavia, Grecia, China e Indochina. En la posguerra se produjo la gran derrota del imperialismo francés en Indochina y del yanqui, más tarde en la misma región; Francia conoció, por su derrota en Indochina y la victoria de la guerra nacional en Argelia, una gran crisis política: un golpe de Estado y el surgimiento de un régimen bonapartista.

Es incuestionable que este nuevo escenario, en su conjunto, es muy diferente al de la situación previa a la guerra e incluso a la posguerra que la antecedió, en especial por la potente aparición de Estados Unidos en todos los continentes, por un lado, y por el aborto de la revolución socialista en los países más avanzados, por el otro. Pero a pesar de estas revoluciones inconclusas, también en este nuevo escenario se destacan las guerras engendradas por la dominación imperialista, así como los levantamientos nacionales (Arge-

lia, la nacionalización del Canal de Suez) y los socialistas. La revolución cubana pone a América Latina en un nuevo período, porque supera en su desarrollo internacional a la revolución boliviana de 1952.

En esta posguerra hace su aparición un fenómeno político nuevo: los levantamientos obreros en los países de la órbita de la burocracia rusa (Alemania Oriental, Polonia, Hungría), y la primera afirmación de una tendencia abierta a la restauración capitalista, en Yugoslavia. Con el crecimiento de la dependencia de estos nuevos 'Estados obreros' respecto del capital financiero internacional y del FMI, se refuerzan las luchas sociales y políticas de las masas de esos países. Por una única vez, una huelga política de masas en 'occidente' (el mayo francés de 1968) se combinará en el tiempo con un levantamiento popular en el este (la "primavera de Praga" de marzo-agosto del mismo año).

A partir de los años '70, la posta de la denuncia del ciclo histórico de Octubre la recoge el llamado eurocomunismo. De un lado, para marcar su distanciamiento de la burocracia rusa y su acercamiento abierto al imperialismo, que vetaba los gobiernos de coalición con los partidos comunistas en Europa; del otro, como una expresión de la confianza creciente que va ganando la tendencia a la restauración capitalista en la URSS. Fue también la respuesta de la burocracia al hundimiento de la experiencia chilena de "tránsito pacífico al socialismo"; o sea, su adaptación internacional al criminal golpe del pinochetismo. Hacia esta misma época comienza a aparecer en el llamado Secretariado Unificado de la IV Internacional el viraje hacia la 'democracia socialista', que acabará, luego de la disolución de la Unión Soviética, en la renuncia formal a la dictadura del proletariado y en la declaración de que el período de Octubre había llegado a su fin (la derechización se corre cada vez más a la izquierda). A su manera, el funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Francis Fukuyama, viene a decir lo mismo cuando asegura que la disolución de la URSS constituye "el fin de la historia". Quiere decir, en realidad, que el período histórico de guerras y revoluciones que inaugura la victoria de los bolcheviques en 1917 ha concluido definitivamente.

Lo que tenemos de conjunto en esta catarata sucesiva de caracterizaciones similares es una especie de "teoría de Octubre en un solo país"; si las experiencias que tienen como referencia común a Octubre de 1917 (y en especial a la degeneración burocrática de ese Estado) han fracasado, esto significa el cierre definitivo de un período histórico completo. La revolución de Octubre, sin embargo, nunca hizo depender su éxito de la experiencia en un solo país; por el contrario, se propuso servir de punto de partida a un proceso revolucionario internacional. A los sepultureros políticos de Octubre no les importa que el mundo se encuentre más que nunca sometido a las condiciones que provocaron la revolución de Octubre y las revoluciones sociales y levantamientos nacionales posteriores. Esto es: no tienen en cuenta que la disolución de la URSS y la restauración del capitalismo en China han reforzado el despotismo imperialista y su tendencia a la reacción y a la guerra y, con ello, a nuevos levantamientos, insurrecciones y revoluciones.

La especie del "fin del ciclo abierto por la Revolución de Octubre", se po-

dría, sin embargo, aceptar perfectamente como hipótesis, si fuera acompañada por un planteo que delimite un nuevo comienzo revolucionario. Fue, por ejemplo, lo que hizo Marx luego de las derrotas revolucionarias de 1848, que señalaron, ellas sí, el fin definitivo del 'ciclo' abierto por la revolución francesa de 1789. Fue lo que también hizo Engels, más de una década después de la derrota de la Comuna de París, en 1871. Ambos señalaron un nuevo punto de partida. Porque negar es afirmar, la crítica a la Revolución de Octubre es tal si resulta capaz de señalar el camino a una nueva Revolución de Octubre de alcance histórico superior. Pero los despreocupados profetas del fin de la época histórica abierta por Octubre no nos proponen nada nuevo, sólo que nos saquemos de encima esa 'pesada' herencia histórica y la perspectiva de la dictadura del proletariado, y retornemos al camino que jamás habría que haber abandonado: el parlamentarismo de los delincuentes capitalistas. En definitiva, son absolutamente incapaces de negar (criticar) la tentativa de Octubre, de ofrecer un punto de partida revolucionario renovado; se limitan a adorar, como han hecho siempre, los hechos consumados. Eso hacen ahora con la restauración capitalista, y nos proponen volver al siglo XIX (todas estas tendencias fueron adoradoras, en su momento, de la burocracia stalinista).

La historia ha conocido transiciones sociales incapaces de ofrecer nuevas perspectivas a la humanidad, y que fueron eliminadas o absorbidas por transiciones históricas posteriores: de la disolución del Imperio Romano, por ejemplo, no salió una transición histórica única, y varias de ellas fueron falsos puntos de partida en relación con un pasaje al capitalismo. Pero bajo el capitalismo y el imperialismo, los procesos históricos peculiares y las variedades nacionales han quedado subordinados a la realidad unificada de la economía y la política mundiales. Aunque Chávez pretenda un socialismo del siglo XXI, que no exigiría el gobierno obrero ni la expropiación de los expropiadores, o una rama del islamismo alimente ilusiones en la recreación del califato, ellas no reflejan nuevas posibilidades de transición histórica sino el agotamiento definitivo del nacionalismo, sea laico o clerical, en la época de la economía mundializada. El capital puede reproducirse y se reproduce sin cesar, pero en cuanto fuerza histórica ha dado todo lo que podía dar; a partir de aquí es un factor de violencia, de reacción política, de opresión, es decir de guerras y de revoluciones.

Si algo prueba la disolución de la URSS burocratizada y la restauración del capitalismo, desde un punto de vista histórico, es que el régimen stalinista no era una 'tercera vía' entre el capitalismo y el socialismo – como vaticinaron muchos y temieron unos pocos. La historia ha confirmado que el Estado obrero degenerado es solamente un accidente histórico y que no hay otra alternativa al capitalismo que el socialismo internacional. El fracaso del stalinismo es la mejor muestra de la vitalidad del método marxista.

El estudio de la primera revolución proletaria victoriosa, en este noventa aniversario, deberá servirnos para entender por qué ella inaugura una nueva época mundial, no nacional, y por qué cualquier 'nuevo' punto de partida está obligadamente inscripto en la superación revolucionaria de esta época final de la sociedad capitalista.

PRIMERA PARTE

La Guerra y la Revolución

CAPITULO 1

La guerra y la revolución

Hace exactamente noventa años, el mundo se encontraba en las vísperas de un proceso revolucionario de una profundidad y una amplitud nunca antes vista, y nunca después superadas: la Revolución de Febrero de 1917 en Rusia, que culminaría en Octubre con la toma del poder por los bolcheviques y la instauración de la república de los consejos obreros (soviets).

A fines de 1916, el mundo ya había ingresado en el tercer año de una guerra que, por primera vez en la historia, involucraba a las principales potencias (meses más tarde incluiría a Estados Unidos) y que por sus objetivos sociales y políticos (la recolonización del mundo) tenía un alcance planetario, desde América hasta los confines de China, Persia y África.

La guerra estaba estancada. Masas humanas de millones de hombres estaban enterradas en las trincheras, azotadas por los cañoneos y los gases. La conquista de unos pocos cientos de metros de trincheras enemigas, que costaban cientos de miles de muertos, era temporaria. El inevitable contrataque recuperaba las trincheras perdidas, al costo de nuevos cientos de miles de muertos.

El frente ruso era la excepción en ese escenario de estancamiento: las tropas zaristas perdían batalla tras batalla frente a las alemanas, y Rusia se derrumbaba. Abrumado por las derrotas, las retiradas y las masacres (Rusia sufrió más del doble de bajas que cualquier otro país beligerante), el ejército ruso se descomponía. Sus oficiales conspiraban; sus soldados se rebelaban o desertaban. En la retaguardia, la catástrofe agravaba las innumerables penurias de los explotados. Crecía la agitación y el repudio a la monarquía zarista.

La guerra ponía Rusia, a fines de 1916, a las puertas de una revolución. De la misma manera que la guerra de 1904 contra Japón la había abierto a la revolución de 1905.

Pero el cataclismo de la guerra no crea la revolución de la nada. Simplemente, la tensión suprema que exige una guerra de esta magnitud exacerba hasta lo intolerable las contradicciones sociales que el régimen zarista ya había incubado. Su atraso histórico, representado en la condición semiservil de millones de campesinos; la ausencia de toda democracia; la presencia de una clase obrera muy concentrada y con una rica experiencia de lucha; la existencia de cientos de pueblos y decenas de millones de almas viviendo en condiciones de brutal opresión nacional en el imperio zarista. Todo esto representaba un enorme volcán.

La revolución había hecho su debut en 1905. Pocos años después se perfilaba una nueva revolución. En 1912, la clase obrera rusa retoma la lucha huelguística que había cesado después de la derrota de 1905. Hubo grandes

huelgas económicas y políticas (en las que participaron más de un millón de obreros) y levantamientos en la armada y el ejército. El Partido Bolchevique caracterizó que ese movimiento huelguístico anunciaba "una nueva revolución de cuyo comienzo somos testigos...".¹

La guerra inminente representa, para la monarquía y la burguesía, una salida contra la revolución. El inicio de la guerra liquidó el ascenso huelguístico; Lenin reconocía entonces que "si algo puede aplazar, en ciertas condiciones, la caída del zarismo, ese algo es la guerra actual".² Pero la catástrofe de la guerra regresaba al primer plano la revolución que la guerra había pretendido evitar.

Que la guerra provocaría la revolución a escala europea era un pronóstico que compartían los socialistas antes de 1914. En su congreso de Basilea (1912), la II Internacional había pronosticado que la guerra crearía "crisis económicas y políticas", es decir situaciones revolucionarias, y que el deber de los socialistas era "aprovechar estas crisis (...) para estimular al pueblo y precipitar el hundimiento del capitalismo".³

En 1914, cuando la guerra estalló efectivamente, la mayoría de los partidos socialistas renegó de esos planteos y se alineó con sus respectivas burguesías. Lenin y los bolcheviques, en cambio, basaron toda su orientación estratégica frente a la guerra en el pronóstico de Basilea: que la guerra llevaría a la revolución.

"Es imposible saber si enseguida, después de esta guerra, o durante ella, se desarrollará un poderoso movimiento revolucionario", escribía Lenin en mayo de 1915⁴. ¿Serían las penurias provocadas por la guerra las que llevarían a "movilizaciones revolucionarias" o la derrota de algunas de las naciones involucradas o los sacrificios que demandaría la "reconstrucción" posbélica? Las tres posibilidades que plantea Lenin ocurrieron efectivamente: en Rusia (1917), por las penurias; en Alemania y Hungría (1918), por la derrota, y en Gran Bretaña (1926), por la reconstrucción.

La guerra y la revolución estaban indisolublemente ligadas, no sólo en la Rusia atrasada y autocrática sino en todos los países capitalistas. La guerra que desangraba al mundo en 1916 era una guerra de rapiña, de saqueo, por la apropiación de colonias y "áreas de influencia". Era un nuevo tipo de guerra: la guerra imperialista, por la dominación mundial. Los imperialistas británicos y franceses luchaban contra los imperialistas alemanes por las posesiones coloniales en África y Asia, los Balcanes, Armenia, el control del Mar Negro, China (de la misma manera que hoy distintos grupos imperialistas luchan por Asia Central, Medio Oriente, Europa Oriental, Rusia y China).

A diferencia de las guerras nacionales del pasado, que buscaban por la vía de la fuerza abrir el camino a un desarrollo nacional independiente, la

1. CC del POSDR, "Resoluciones de la reunión de Cracovia" (febrero de 1913).

2. Vladimir I. Lenin, "La guerra y la socialdemocracia de Rusia" (octubre de 1914).

3. II Internacional, "Manifiesto de Basilea" (noviembre de 1912).

4. Vladimir I. Lenin, "La bancarrota de la II Internacional" (mayo de 1915).

guerra imperialista tenía como perspectiva nuevos repartos y redistribuciones del mundo entre las grandes potencias y pulpos capitalistas.

La guerra imperialista es la confesión de que el régimen del capital ha cumplido su misión histórica: el desarrollo de las fuerzas productivas y la creación de un mercado mundial. Es la confesión de que se trata de un régimen social históricamente agotado, que manifiesta su parasitismo de manera abierta y directa. Los Estados van a la guerra en defensa de sus monopolios. Pero esos monopolios representan una transición de la producción privada a la producción socializada, aun sobre la base de la apropiación privada del producto cada vez más social. El monopolio socializa la producción a escala mundial. Al mismo tiempo, separa como nunca la organización de la producción de la propiedad del capital, relegando a la burguesía a una posición social parasitaria. El imperialismo representa esta fase histórica superior del capitalismo, exacerbando hasta límites intolerables todas las contradicciones propias de éste.

Con el imperialismo se abre una era de revolución social; es decir, la disyuntiva histórica del pasaje a un régimen social superior o del retroceso social sin precedentes. El lugar histórico del imperialismo es el de una transición entre el capitalismo y un régimen social superior.

La revolución proletaria que abra el paso a una completa reorganización social es una de las alternativas históricas de esa transición; la otra es el retroceso social, cuya expresión es la propia guerra, con sus millones de muertos y la destrucción de una parte de la riqueza social acumulada por la humanidad.

La revolución está indisolublemente ligada a la guerra, y ésta al imperialismo. Pero no como un fenómeno local, parcial, particular y circunscripto, sino como un fenómeno universal, determinado por el carácter del imperialismo como un régimen de transición. El imperialismo es la época de guerras y revoluciones.

"Antes que la revolución, la derrota"

Cuando estalló la guerra mundial, ya hacía tiempo que el zarismo era un cadáver que reclamaba sepultura. El atraso histórico de Rusia era un obstáculo insuperable para librar una guerra moderna. En 1905, Japón había aplastado en mar y en tierra a las tropas del zar. Alemania era un enemigo inmensamente más poderoso. Apenas comenzaron las hostilidades, el ejército ruso penó de derrota en derrota y de retirada en retirada.

Al comienzo de la guerra, la burguesía rusa lanzó la consigna "¡Todo por la victoria!". La dirigían especialmente contra los obreros y campesinos, a quienes reclamaban los "sacrificios necesarios" – en las fábricas, en los campos y, sobre todo, en el frente–, mientras la burguesía obtenía ganancias como nunca con la provisión al ejército y el mercado negro.

Los partidos burgueses calificaban por ese entonces de "antipatrióticos" a los bolcheviques. Lenin había planteado convertir la guerra imperialista en guerra civil para derrocar al zarismo; advertía que "desde el punto de vista de la clase obrera y de todas las masas trabajadoras de Rusia, el mal menor sería la derrota de la monarquía zarista".¹

¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar la burguesía rusa para lograr la victoria? No muy lejos.

A comienzos de la guerra, Pavel Miliukov, principal dirigente del partido de la burguesía liberal (kadete), advirtió que "si una revolución fuera necesaria para asegurar la victoria sobre Alemania, preferiría la derrota".² Para la burguesía rusa, antes que la revolución, la derrota. Es la misma conducta antinacional que adoptó la burguesía francesa en 1871, cuando conspiró con los invasores alemanes para derrotar a la Comuna de París. La conciencia del vínculo íntimo y objetivo que existía entre la guerra imperialista y la revolución proletaria, era común a los jefes de los partidos. No sólo Lenin, el jefe del partido de los obreros, sino también Miliukov, el jefe del partido de la burguesía.

Unos meses más tarde, Miliukov, el hombre que prefería la derrota de Rusia a la victoria de la revolución, era designado canciller en el primer gobierno revolucionario provisional surgido de la victoria de la Revolución de Febrero. Con toda razón, Lenin decía que ése era un gobierno de "monárquicos y ex monárquicos, republicanos contra su voluntad".³

1. Vladimir I. Lenin, "La guerra y la socialdemocracia en Rusia" (octubre de 1914).

2. Citado por León Trotsky en "Lecciones del Gran Año" (enero de 1917).

3. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril" (abril de 1917).

Enero de 1917

Rusia terminó 1916, el tercer año de la Primera Guerra Mundial, envuelta en una crisis política extremadamente aguda. La sucesión de derrotas militares habían llevado a una aguda descomposición del ejército, que se manifestaba en deserciones masivas, desacatos, agitación revolucionaria y rebeliones. En la retaguardia, el estado de ánimo estaba determinado por las noticias del frente, el retorno de los desertores y las graves penurias provocadas por el descalabro económico. Sin excepción, todos los informes militares y policiales (conocidos después del triunfo de la revolución) dan cuenta de la agitación reinante entre los obreros y los soldados y del temor de las clases dominantes al estallido de la revolución.

La burguesía liberal reclama a la autocracia el nombramiento de un “gabinete responsable”, es decir integrado por la oposición burguesa. El zar rechaza el reclamo y refuerza la represión interna. El papel dominante en el gobierno lo juega la camarilla de Rasputín, un santón que había ganado la confianza de la pareja real. La burguesía y el generalato acusan a esta camarilla y a la emperatriz de “germanofilia” y aun de espionaje en favor de Alemania.

A fines de 1916, exhausta por la guerra, Rusia explora las posibilidades de firmar una paz por separado con Alemania. Lenin denuncia esta “paz” como una simple tregua para la preparación por parte del zarismo de una nueva guerra: después de haberse aliado a Inglaterra para enfrentar a Alemania por “esferas de influencia” en Europa Oriental, la “paz” significaba que el zarismo pasaba a aliarse con Alemania para ir a la guerra con Inglaterra por el dominio de Asia Central.

La descomposición del régimen era tan aguda que a fines de 1916 se hablaba abiertamente de una “revolución palaciega”, que destronara al zar Nicolás II para salvar la monarquía. A mediados de diciembre, varios “grandes duques” de Rusia asesinan a Rasputín; la noticia del asesinato fue recibida con enormes muestras de alegría en la burguesía y en la propia nobleza. Pero nada cambió. Los “grandes duques” que lo asesinaron fueron desterrados; no hubo “gabinete responsable”; la camarilla de Rasputín siguió dominando el gobierno hasta sus últimos días. La autocracia no sobreviviría diez semanas a la desaparición de su “hombre santo”.

En enero de 1917 se cumplió el 12º aniversario del “Domingo sangriento” de 1905, que señaló el inicio de la primera revolución rusa. En Suiza, donde se hallaba exiliado, Lenin dio una conferencia sobre aquella revolución. “La peculiaridad de la revolución rusa es que fue una revolución burguesa en su contenido social, pero fue una revolución proletaria por sus métodos de lucha (y porque) el proletariado fue su fuerza impulsora”. Para Lenin, “precisamente a causa de su carácter proletario, en el particular sentido que he explicado, la revolución rusa es el prólogo de la próxima revolución europea”. Lenin recibía 1917 completamente armado con las conclusiones de la revolución de 1905.

Sus palabras de enero referidas a 1905 – una revolución proletaria en la atrasada Rusia, prólogo de la revolución proletaria europea– fueron el antecedente inmediato de las que, tres meses después, pronunciaría al llegar a San Petersburgo. Dando la espalda a los representantes de la “democracia” (centroizquierda), Lenin saludó a los obreros y a las tropas que habían ido a recibirlo: “Queridos compañeros soldados, marineros y obreros. Estoy feliz de saludar en ustedes a la revolución rusa victoriosa, la vanguardia del ejército proletario mundial. La guerra de rapiña imperialista es el comienzo de la guerra civil en Europa. Es el alba de la revolución socialista mundial. La revolución rusa que ustedes hicieron abre una nueva era. Viva la revolución socialista mundial”.

Utilizar la crisis creada por la guerra para derrocar a la burguesía

A comienzos de 1917, en vísperas del estallido de la Revolución Rusa, comenzaba a verse con claridad el realismo del pronóstico de que la guerra imperialista engendraría la revolución proletaria europea. No sólo en Rusia; también en Francia y Alemania se registraban revueltas de soldados y manifestaciones contra la guerra. El escritor Curzio Malaparte describe así la situación: "Al principio de 1917, hechos de una gravedad excepcional ocurrían en todos los ejércitos combatientes de Europa. Los pronunciamientos, las revueltas, los actos de insubordinación colectiva se habían vuelto frecuentes. En Francia como en Alemania y en Austria, en Rusia como en Italia, el pueblo de las trincheras daba signos de fatiga e intolerancia. La amenaza de los más graves castigos no alcanzaba a poner freno a las deserciones. Batallones enteros se negaban a volver a las líneas". La movilización contra la guerra en todos los países comenzaba a tomar tal amplitud que algunos historiadores sugieren que Estados Unidos entró en guerra, en abril de 1917, para impedir que el empantanamiento entre los dos bloques beligerantes llevara a Europa, como ya por entonces había llevado a Rusia, por el camino de la revolución.

Es lo que había previsto la "Resolución sobre la guerra y el militarismo", aprobada en el Congreso de la Internacional Socialista realizado en Stuttgart en 1907.

La resolución caracterizaba la guerra próxima como imperialista, y anticipaba que la consecuencia de esa guerra – que la burguesía pretendía utilizar como un arma contra la revolución– sería, precisamente, la revolución. Planteaba que la tarea de los socialistas era utilizar la crisis provocada por la guerra para movilizar a las masas por el derrocamiento de la burguesía. La resolución de 1907 – que cinco años más tarde reproducirá, en lo esencial, la resolución de otro Congreso de la Internacional Socialista, esta vez reunido en Basilea– sentó las bases para la política de los revolucionarios frente a la guerra imperialista.

Inmediatamente después del Congreso, en el informe que presentó a los socialistas rusos, Lenin señalaba que el acierto político de la resolución adoptada era su énfasis en que "la lucha debe consistir (...) no simplemente en reemplazar la guerra por la paz. Lo esencial no es solamente prevenir la guerra sino utilizar la crisis creada por la guerra para acelerar el derrocamiento de la burguesía". En esta observación está contenida toda la política de Lenin frente a la guerra imperialista.

Contradictoriamente, el Congreso que aprobó esa resolución no estaba dominado por el ala revolucionaria de la II Internacional. En Stuttgart, la tendencia oportunista que se había desarrollado en el seno de la socialde-

mocracia se presentó con una enorme fuerza. Esto quedó en evidencia en varios debates, en particular cuando se trató la cuestión colonial. A diferencia de todos los congresos anteriores, que habían condenado frontalmente el colonialismo, la resolución aprobada por la comisión respectiva señalaba que "bajo el socialismo, la política colonial puede jugar un papel civilizador". En el plenario del Congreso, esta resolución fue rechazada por un margen muy estrecho, luego de un acalorado debate.

¿Cómo pudo entonces este Congreso aprobar una resolución revolucionaria sobre la guerra?

En las discusiones, los dos principales bloques políticos del Congreso (los partidos alemán y francés) reivindicaban el principio de la "defensa de la patria" en una "guerra defensiva". Pero en la guerra imperialista que se avecinaba, los socialistas no podían considerar "agredido" a ninguno de los bandos: ya ninguno luchaba por la formación de los Estados nacionales sino por la opresión nacional de las colonias y un nuevo reparto de los mercados entre monopolios y Estados rivales.

La contradicción entre los dos bloques (la defensa de la "patria" francesa sólo podía realizarse a expensas de la "patria" alemana y viceversa) permitió que el ala izquierda, que era absolutamente minoritaria en el Congreso, lograra hacer aprobar una serie de enmiendas. Esas enmiendas, defendidas en la comisión redactora por Rosa Luxemburgo en representación de los socialistas de Rusia y Polonia (que constituían el ala izquierda) y redactadas en conjunto con Lenin, dieron el carácter de la resolución contra la guerra. (Las enmiendas presentadas por Luxemburgo e incorporadas en la redacción final se presentan diferenciadas en bastardilla.)

En el partido alemán, el más importante de la Internacional, la principal figura política era August Bebel, uno de los fundadores y constructores de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional. Tornero de profesión, Bebel dirigió la gran obra de construcción del socialismo alemán a fines del siglo XIX; consecuencia de esa actividad, sufrió numerosos encarcelamientos. Fue, según Lenin, "el modelo de líder obrero (...) en el período en que el proletariado se prepara y reúne fuerzas".

En su intervención sobre la resolución acerca de la guerra en el Congreso de Stuttgart, Bebel advierte a la burguesía de que la guerra llevará a la revolución. Pero, por sobre todo, celebra la tarea realizada por la socialdemocracia al organizar y educar a millones de trabajadores. La conquista que reivindica orgullosamente Bebel muestra el grandioso trabajo de organización realizado por la socialdemocracia (alemana e internacional) antes de la guerra; pero muestra, también, la envergadura de la traición de sus direcciones que llevarían a ese enorme y disciplinado ejército obrero a respaldar a sus respectivas burguesías en la guerra imperialista. Bebel murió en 1913, antes del estallido de la contienda.

El Congreso de 1907 delinea la fractura que sufriría el movimiento socialista al estallar la guerra. Mientras el texto aprobado sienta las bases de la política revolucionaria ante ella, las posiciones de los dos partidos mayoritarios anticipaban su pasaje al campo de sus respectivas burguesías imperialistas.

Resolución sobre la guerra y el militarismo

Séptimo Congreso de la Internacional Socialista (1907)

El Congreso reafirma las resoluciones adoptadas por los congresos internacionales previos contra el militarismo y el imperialismo y declara, una vez más, que la lucha contra el militarismo no puede ser separada de la lucha de clases socialista en general.

Como regla, las guerras entre los Estados capitalistas son consecuencia de su competencia en el mercado mundial, porque cada Estado busca no solamente asegurar sus mercados existentes sino también conquistar otros nuevos. En esto, el sojuzgamiento de pueblos y países extranjeros juega un rol prominente. Estas guerras resultan, además, de la incansante carrera armamentista por parte del militarismo, uno de los principales instrumentos de dominación de la clase burguesa y del sometimiento político y económico de la clase obrera.

Las guerras se ven promovidas por los prejuicios de un pueblo contra otro, sistemáticamente cultivados entre los pueblos civilizados en favor de las clases dominantes. Esto se hace con el propósito de distraer a las masas proletarias de sus propias tareas como clase, así como de sus deberes de solidaridad internacional.

Las guerras, por lo tanto, son parte de la naturaleza intrínseca del capitalismo. Solamente cesarán cuando el sistema capitalista sea abolido o cuando los enormes sacrificios en hombres y dinero requeridos por los avances en tecnología militar, y la indignación provocada por la carrera armamentista, lleve a los pueblos a abolir este sistema.

Por esta razón, el proletariado, que contribuye con la mayoría de los soldados y que hace la mayoría de los sacrificios materiales, es un opositor natural a la guerra. La guerra contradice el mayor objetivo del proletariado: la creación de un orden económico sobre una base socialista que lleve a la solidaridad de todos los pueblos.

El Congreso, por lo tanto, considera el deber de la clase obrera y, particularmente, de sus representantes parlamentarios, combatir el armamentismo naval y terrestre con todas sus fuerzas, explicando la naturaleza de clase de la sociedad burguesa y los motivos para el mantenimiento de los antagonismos nacionales, y rechazar los medios para proveer estos armamentos. Es su deber trabajar por la educación de la juventud obrera en el espíritu de la hermandad de las naciones y el socialismo a la vez que se desarrolla su conciencia de clase.

El Congreso ve la organización democrática del ejército, la sustitución del ejército regular por las milicias populares como una garantía esencial para que las guerras ofensivas se tornen imposibles y se facilite la supe-

ración de los antagonismos nacionales.

La Internacional no puede determinar mediante formas rígidas las acciones anti-militaristas de la clase obrera. Estas varían naturalmente según los distintos países y las distintas circunstancias de tiempo y lugar. Pero es su deber coordinar y llevar al máximo los esfuerzos de la clase obrera contra la guerra.

En efecto, desde el Congreso Internacional en Bruselas [1891] el proletariado, en su infatigable lucha contra el militarismo, ha empleado las más diversas formas de acción con creciente energía y éxito, incluso rechazando las apropiaciones para los armamentos navales o militares y trabajando para democratizar la organización militar. De esta manera trabajó para evitar el estallido de guerras o ponerles fin, como así también utilizar las convulsiones sociales causadas por la guerra para la emancipación de la clase obrera.

Esto fue especialmente evidente en el acuerdo entre los sindicatos ingleses y franceses que siguieron al incidente de Fashoda¹ para el mantenimiento de la paz y por el restablecimiento de las relaciones amistosas entre Inglaterra y Francia; en la conducta de los partidos Social-Demócratas en los parlamentos de Alemania y Francia durante la crisis de Marruecos; en las manifestaciones organizadas por los socialistas franceses y alemanes con el mismo propósito; en la acción concertada de los socialistas de Austria e Italia que se reunieron en Trieste con el objeto de evitar un conflicto entre los dos países; en la enérgica intervención de los trabajadores socialistas de Suecia con el objeto de evitar un ataque a Noruega, y finalmente, en la heroica y sacrificada lucha de los obreros y campesinos socialistas de Rusia y Polonia para oponerse a la guerra desatada por el zarismo, para ponerle fin, y para hacer uso de la crisis del país para la liberación de la clase obrera.

Todos estos esfuerzos son la evidencia del poder creciente del proletariado y de su creciente capacidad para asegurar el mantenimiento de la paz mediante una firme intervención. La preparación de la conciencia de clase de los trabajadores mediante la actividad adecuada, la estimulación y la coordinación por medio de la Internacional de los partidos obreros en los diferentes países, potenciará el éxito de la campaña de la clase obrera.

El Congreso está convencido de que la presión del proletariado y la utilización sería del arbitraje, en lugar de las horribles maquinaciones de los gobiernos, puede asegurar el beneficio del desarme para todas las naciones. Esto hará posible emplear los enormes gastos de dinero y energía, que

1. Incidente de Fashoda: se refiere a los episodios que tuvieron lugar entre 1898 y 1899, cuando Francia y Reino Unido deciden construir sendas líneas de ferrocarril destinadas a conectar sus respectivas colonias africanas. La pequeña ciudad de Fashoda, en Sudán, situada en la intersección de las dos líneas, se convierte en el escenario de la confrontación. Una expedición militar francesa fue enviada a Fashoda pero debió retirarse, debido a su inferioridad numérica.

ahora están devorados por el armamento militar y las guerras, para propósitos culturales.

Si la guerra amenaza con estallar, es la obligación de las clases obreras y sus representantes parlamentarios en los países involucrados, apoyados por la actividad de coordinación del Buró Socialista Internacional, ejercer todos los esfuerzos con el objeto de evitar su estallido. Deben emplear los medios que consideren más efectivos, los cuales varían naturalmente de acuerdo a la agudización de la lucha de clases y la situación política general.

En caso de que, de todas maneras, estallase la guerra, es su obligación intervenir por su rápida finalización y luchar con todas sus fuerzas para utilizar la crisis económica y política creada por la guerra para levantar a las masas y de ese modo acelerar la caída de la clase capitalista gobernante".

Resolución aprobada por unanimidad en la sesión del 24 de agosto de 1907

El desarrollo de la Internacional antes de la guerra

August Bebel, en el Congreso de Stuttgart

Un socialdemócrata podría decir que, en un cierto sentido, una gran guerra europea haría avanzar nuestra causa más que décadas de agitación y, por lo tanto, deberíamos tener esperanza en ella. Pero no deseamos alcanzar nuestro objetivo por medios tan atroces. Sin embargo, si aquellos que tienen los mayores intereses en mantener la sociedad burguesa no pueden percibir que una guerra de este tipo la eliminaría de raíz, entonces no podemos objetarlo. Entonces digo: 'Sigan así, los heredaremos' (aplausos entusiastas.) Si la clase dominante no supiera esto, hace tiempo hubiéramos tenido una guerra europea total. Solamente el temor a la socialdemocracia lo ha impedido hasta ahora (gritos de "¡completamente cierto!".) Si una guerra de estas características estallara, habría mucho más en juego que meras fruslerías como la insurrección y la huelga de masas. Entonces todo el mundo civilizado cambiará completamente. Si entendemos esto, no necesitamos discutir sobre los métodos de lucha a ser utilizados en ese momento.

La resolución alemana establece, de forma clara e inequívoca, que combatimos el militarismo mediante todos los medios que consideramos efectivos. No podemos todavía determinar nuestras tácticas con antelación, no podemos todavía imponerlas a nuestro enemigo.

Eventos que sacuden al planeta pueden transformar nuestra minoría en mayoría. Nunca antes en la historia del mundo civilizado un movimiento ha abrazado a las masas de manera tan profunda como lo hace el movimiento socialista. Nunca antes un movimiento le ha dado a las masas desposeídas una visión tan penetrante de la naturaleza de nuestra sociedad. Nunca ha habido tantos que supieran lo que realmente quieren del Estado y de la sociedad. Mantengamos los ojos abiertos y nuestras mentes claras, de manera tal que estemos preparados para el momento, cuando éste llegue (aplausos entusiastas y prolongados.)

CAPITULO 3

El derrotismo revolucionario

Con el estallido de la guerra imperialista, en agosto de 1914, la inmensa mayoría de los partidos de la Internacional Socialista—comenzando por sus dos partidos más importantes, el alemán y el francés— se pasaron al apoyo a sus propias burguesías imperialistas. Con el disparo del primer cañonazo, la Segunda Internacional quedó destruida. Pisoteando la unidad internacional de la clase obrera y las solemnes resoluciones de los Congresos Internacionales, los partidos socialistas se convirtieron en "social-patriotas", cómplices directos en el asesinato, científico y sistemático, de millones de trabajadores en las trincheras.

Una nueva época histórica

Para la izquierda revolucionaria, la guerra imperialista y el derrumbe de la II Internacional señalan el fin de una etapa histórica. Para Lenin, llega a su fin el período "relativamente pacífico" de acumulación y organización del proletariado [ver aparte]. Para Rosa Luxemburgo, "la situación actual es un cierre de cuentas, un resumen del debe y el haber de medio siglo de trabajo (...) La guerra mundial ha aniquilado la obra de cuarenta años del socialismo europeo".¹

El oportunismo, que era "el producto social de toda una época histórica"² (de fines de siglo XIX y comienzos del XX, en la que el capital financiero corrompió a la aristocracia obrera), había destruido la construcción proletaria de medio siglo. Rosa Luxemburgo caracterizó la capitulación de la socialdemocracia alemana como "una tragedia mundial".³

La izquierda revolucionaria dedujo que la nueva época histórica le planteaba al proletariado no sólo nuevas tareas estratégicas (la lucha por el poder). La lucha contra el imperialismo era inseparable de la lucha contra el oportunismo. "La época del imperialismo no permite la convivencia en un mismo partido de los hombres de la vanguardia del proletariado revolucionario y de la aristocracia semipequeñoburguesa de la clase obrera"⁴. "En vista de que los representantes oficiales de los parti-

1. Rosa Luxemburgo, "La crisis de la socialdemocracia alemana (Folleto Junius)" (abril de 1915).

2. Vladimir I. Lenin, "La bancarrota de la II Internacional" (mayo de 1915).

3. Rosa Luxemburgo, ídem anterior.

4. Vladimir I. Lenin, ídem anterior.

dos socialistas de los principales países han traicionado los objetivos e intereses de la clase obrera (...) constituye una necesidad vital para el socialismo crear una nueva Internacional que tome en sus manos la dirección y la coordinación de la lucha revolucionaria contra el imperialismo mundial".⁵

Lucha contra el imperialismo y la guerra; lucha contra el oportunismo y por un nuevo partido revolucionario internacional: ésas son las tareas inmediatas que va a enfrentar la izquierda revolucionaria en la nueva etapa histórica abierta por la guerra y la bancarrota de la Internacional.

Derrotismo revolucionario

En oposición a los oportunistas, la izquierda revolucionaria denuncia que en la guerra no hay en juego ningún interés nacional legítimo: se trata de una guerra de bandidaje y de conquista por ambos bandos.

"El principal enemigo está en nuestra propia casa" (Liebknecht). Por eso, "la derrota de la propia burguesía imperialista es el mal menor para la clase obrera y las masas laboriosas" (Lenin).

En todos los países, la política revolucionaria tiene un contenido "derrotista": la izquierda revolucionaria vota contra los créditos de guerra, agita dentro del ejército en favor de la confraternización entre los soldados de los distintos bandos, denuncia la militarización y la dictadura militar que se establecen en todos los países contra el proletariado, impulsa sistemáticamente el desarrollo de la lucha de clases en su propio país y lucha por una nueva organización revolucionaria internacional. Sobre esa base, procede a una profunda delimitación política, tanto respecto a los "social-patriotas" como a los pacifistas de contenido pequeñoburgués.

Las condiciones en que debía militar esa izquierda revolucionaria eran extraordinariamente difíciles. Pero en la misma medida en que la izquierda revolucionaria era reprimida, comenzaba a manifestarse cada vez más claramente una tendencia revolucionaria en las propias masas, exhaustas de guerra, matanzas y privaciones. En las navidades de 1914, los soldados británicos y alemanes arrancaron una tregua de 48 horas, durante la cual confraternizaron por encima de las trincheras; Lenin destacó el carácter revolucionario de esa confraternización y la expuso como una "ilustración" de la política derrotista⁶. Poco a poco, las manifestaciones en las retaguardias, las deserciones y los motines en los frentes comenzaron a mostrar el verdadero realismo de las consignas revolucionarias contra la guerra.

Como habían pronosticado los marxistas, la guerra imperialista engendraba la revolución.

5. Rosa Luxemburgo, *idem* anterior.

6. Vladimir I. Lenin, "La consigna de la guerra civil explicada" (enero de 1915).

Guerra civil internacional

La guerra que estalló en 1914 no fue, simplemente, una guerra entre Estados. La carnicería asumió, desde el primer momento, el carácter de una guerra civil internacional que cuestionó los regímenes políticos enfrentados y a la propia organización social. Los beligerantes no se planteaban simplemente, como en el pasado, derrotar a su enemigo; iban por el "cambio de régimen" en los países enemigos y por su completa reorganización social y política en función de sus propios intereses. La necesidad, de todos los beligerantes, de proceder a rehacer el mundo y sus gobiernos era la manifestación de una crisis revolucionaria de alcance internacional.

Alemania decía luchar por el derrocamiento del zarismo y la "liberación de los pueblos" oprimidos por el zar, por la corona británica y por la república francesa. Gran Bretaña y Francia declaraban hacerlo para terminar con las dinastías de los Hohenzollern y los Habsburgo y "liberar" a los pueblos balcánicos y árabes. Estados Unidos sostuvo que entraba en la guerra por el "triumfo universal de la democracia". Cada bando impulsó la rebelión interna en los países enemigos. Alemania convocó a la rebelión a los irlandeses, a los polacos, a los hindúes y a los judíos de Rusia; incluso alentó a México a entrar en guerra con Estados Unidos. Gran Bretaña impulsó el levantamiento árabe contra el imperio turco.

Cada potencia buscaba desarrollar la guerra civil en el campo del oponente, mientras mantenía la "paz civil" en el propio. La guerra civil estaba implícita en la política de todas las potencias beligerantes. Lenin fue el primero en advertir ese rasgo original de la Primera Guerra y lanzó la consigna de "transformar la guerra imperialista en guerra civil". Es decir, transformar estas guerras civiles – parciales, limitadas, subordinadas a los intereses de los bandos en disputa – en una guerra civil internacional del proletariado contra la burguesía y, en particular, de cada proletariado contra su propia burguesía.

La Revolución de Febrero fue, según Lenin, "el comienzo de la guerra civil internacional del proletariado contra la burguesía".⁷

Febrero

El derrocamiento de la monarquía zarista por la Revolución de Febrero no alteró el carácter de la guerra. El gobierno burgués surgido de la revolución "continúa la guerra imperialista, llevada adelante en alianza con Gran Bretaña, Francia y otros, por el reparto de los despojos capitalistas y el sojuzgamiento de las naciones pequeñas y débiles".⁸ Lenin caracterizaba al "defensismo revolucionario" (que sostenía que había que continuar la guerra para

7. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril" (abril de 1917).

8. Idem anterior.

defender la revolución) como "el peor enemigo del ulterior progreso y éxito de la Revolución Rusa".⁹

Pero, aunque no había cambiado el carácter de clase de la guerra, la revolución había cambiado totalmente la situación en Rusia. La revolución había sido, esencialmente, un levantamiento contra la guerra; los obreros y soldados le exigían la paz al nuevo gobierno burgués empeñado en seguir la guerra. Este hecho esencial llevó a Lenin y a los bolcheviques a cambiar el ángulo de su agitación contra la guerra: "es imposible terminar con la guerra imperialista y alcanzar una paz democrática, no coercitiva, sin derrocar el poder del capital y transferir el poder el Estado a otra clase, el proletariado".¹⁰ La lucha de clases contra la burguesía y los Estados imperialistas seguía siendo la palanca en la cual se apoyaba Lenin para llevar adelante la revolución.

Lenin, incluso, pasa a denunciar el "derrotismo" de la burguesía rusa, a la que acusa de conspirar con los alemanes, desorganizar el frente y entregar territorios a los ejércitos del Kaiser para aplastar a la revolución (como había hecho la burguesía francesa en 1871 contra la Comuna de París).

La guerra había llevado a la revolución (a la primera etapa de la revolución); ahora, para terminar con la guerra, era necesario asegurar el triunfo de la revolución llevando al proletariado a ella.

9. Vladimir I. Lenin, ídem anterior.

10. Vladimir I. Lenin, ídem anterior.

La guerra y el método de Lenin

Objetivos estratégicos, política de partido

En el Congreso Socialista de Stuttgart (1907), uno de los debates más vivos fue acerca de cómo debían responder los socialistas en caso de que efectivamente estallara la guerra.

Un ala del partido francés, encabezada por Gustave Hervé, reclamó que los socialistas respondieran a toda guerra con la declaración de la huelga general y el levantamiento popular. La izquierda del Congreso, representada por Rosa Luxemburgo y Lenin, se opuso frontalmente a Hervé. Las razones de esta oposición son una lección de política revolucionaria.

Para la izquierda, los socialistas no podían oponerse a "todas las guerras" ni renunciar a participar en las guerras revolucionarias e, incluso, en las guerras nacionales. Tampoco podían responder con "recetas" igualmente válidas para todos los países en cualquier circunstancia: la elección de los medios de lucha depende de la naturaleza de la guerra y de las condiciones específicas de la crisis creada por la guerra.

Pero, por sobre todo, el ala izquierda señalaba que los socialistas deben responder a la guerra imperialista, que nace como consecuencia de las rivalidades entre las grandes potencias por la dominación mundial, estableciendo un objetivo estratégico y una política de partido. Lenin y Rosa Luxemburgo rechazan que la intervención de los socialistas en la guerra imperialista tuviera como objetivo, según las palabras de Lenin, "reemplazar la guerra por la paz"¹. El objetivo estratégico debía ser, según la enmienda que introdujeron en la resolución sobre la guerra finalmente aprobada en el Congreso, "utilizar la crisis económica y política creada por la guerra para levantar a las masas y de ese modo acelerar la caída de la clase capitalista gobernante"².

Se trata, claro, de una formulación mucho menos "ruidosa" que la de Hervé, pero infinitamente más concreta. Señala el objetivo estratégico de la política de la Internacional y de los partidos de cada país frente a la guerra imperialista; las posiciones tácticas, necesariamente subordinadas, dependerían de las condiciones específicas de la crisis creada por la guerra.

Los que en Stuttgart representaban el ala izquierda del Congreso llevaron adelante efectivamente, en el curso de la guerra, una política que tenía como objetivo estratégico el derrocamiento de la burguesía. Por eso fueron consecuentemente internacionales.

En cambio, Hervé se pasó de la "huelga general" al bando de los "defensores de la patria" y apoyó la mataza imperialista. Terminó sus días como fascista, en una degeneración política similar a la de Benito Mussolini.

1. Vladimir I. Lenin, "El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart" (1907).

2. "Resolución sobre la guerra y el militarismo" (aprobada en el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, 1907).

Una nueva etapa histórica para el movimiento obrero mundial

La guerra de 1914/15 marca un viraje tan grande en la historia, que la actitud hacia el oportunismo no puede seguir siendo la de antes. Es imposible no dar por ocurrido lo que pasó; imposible borrar de la conciencia de los obreros, de la experiencia de la burguesía ni de las conquistas políticas de nuestra época, en general, el hecho de que los oportunistas, en una etapa de crisis, constituyeron el núcleo principal de los elementos que, en los partidos obreros, se pusieron del lado de la burguesía. Antes de la guerra, el oportunismo – hablando en una escala general europea– se encontraba, por así decirlo, en su juventud. Con la guerra ha llegado definitivamente a la edad viril y ya no es posible devolverle su ‘inocencia’ y su juventud. Ha madurado una capa social íntegra de parlamentarios, de periodistas, de funcionarios del movimiento obrero, de empleados privilegiados y de ciertas capas intermedias del proletariado, que se han amalgamado con su burguesía nacional (...) No es posible volver atrás o detener la rueda de la historia (...) En Europa, el socialismo ha rebasado la etapa relativamente pacífica y limitada de los estrechos marcos nacionales. Con la guerra de 1914/15 entró en la etapa de las acciones revolucionarias (...) Se puede y se debe marchar adelante sin temor, pasar de las organizaciones preparatorias, legales, de la clase obrera, que son prisioneras del oportunismo, a las organizaciones revolucionarias, que saben no limitarse a su legalidad, y son capaces de protegerse de la traición del oportunismo; a las organizaciones del proletariado que inicia la “lucha por el poder”, la lucha por el derrocamiento de la burguesía.

Vladimir I. Lenin,
“La bancarrota de la II Internacional”
(mayo de 1915)

Explicación del voto contra los créditos de guerra

Hoy estoy votando contra la ley de Créditos para la Guerra por las siguientes razones: ninguno de los pueblos involucrados deseó la guerra ni fue ésta declarada para su bienestar – en Alemania o en ningún otro lugar. Es una guerra imperialista, en la que se lucha por la dominación capitalista del mercado mundial y por la dominación política de importantes territorios para la radicación del capital industrial y financiero. En el marco de la carrera armamentista, es una guerra preventiva, tramada en forma conjunta por las fuerzas belicistas de Alemania y Austria en los oscuros corredores del semiabsolutismo y la diplomacia secreta. Es, además, una empresa bonapartista que tiene como objeto desmoralizar y demoler el creciente movimiento de los trabajadores. Todo esto se ha vuelto cada vez más claro los últimos meses a pesar de la táctica oficial de sembrar confusión en forma temeraria.

La consigna alemana "Contra el zarismo", al igual que las actuales consignas inglesas y francesas "Contra el militarismo", sirven para reclutar a los más nobles instintos y tradiciones revolucionarias y los ideales de los pueblos para la causa del odio nacionalista. Alemania es cómplice del zarismo y continúa siendo hasta el día de hoy el modelo del atraso político. No tiene vocación de libertadora de los pueblos. Los pueblos de Rusia y Alemania deben llevar adelante su propia liberación.

Esta guerra no es por la defensa de Alemania. Su carácter histórico y su evolución imposibilitan depositar cualquier tipo de confianza en la afirmación de este gobierno capitalista de que los créditos de guerra serán utilizados para defender a la patria.

Debemos reclamar una paz rápida, una paz sin conquista, una paz que no humille a nadie. Debemos dar la bienvenida a cada esfuerzo en este sentido. Solamente el fortalecimiento simultáneo y continuo de las corrientes que en todos los países beligerantes luchan por este tipo de paz pueden poner fin a esta sangrienta carnicería antes del completo agotamiento de las naciones involucradas. La única paz segura es la que se basa en la solidaridad internacional de la clase obrera y en la libertad de todos los pueblos. Por lo tanto, el proletariado de todos los países debe continuar hoy, en tiempos de guerra, su acción unida socialista por la paz.

Estoy de acuerdo con los créditos de socorro en las cantidades requeridas, a pesar de que la suma es completamente insuficiente. En forma similar votaré por todo lo que pueda aliviar el cruel destino de nuestros hermanos en el frente, de los heridos y de los enfermos, todos los cuales tienen mi compasión sin límites. En esto no hay pedido que, para mí, vaya lo suficientemente lejos.

Sin embargo, en protesta contra la guerra, contra aquellos que la han declarado y contra aquellos que la dirigen, contra las políticas capitalistas que la causan, contra los objetivos capitalistas por los cuales es librada, contra los planes de anexión, contra la violación de la neutralidad de Bélgica y Luxemburgo, contra la dictadura militar y contra el continuo abandono por parte del gobierno y las clases gobernantes de sus obligaciones políticas y sociales, rechazo los créditos de guerra pedidos.

Berlín, 2 de diciembre de 1914

Karl Liebknecht

"¿Dónde está el enemigo principal?"

Volante editado y repartido clandestinamente por el Comité de Petrogrado del Partido Bolchevique en la primera mitad de 1915. Con el transcurrir de la guerra, estos volantes fueron ganando una creciente audiencia entre los trabajadores y los soldados.

¿Qué es lo que amenaza al pueblo de Rusia? ¿A quién deberíamos combatir? Ellos dicen que a los alemanes...

Pero son los terratenientes, los patrones de las fábricas, los grandes propietarios y comerciantes los que nos saquean; son la policía, el zar y su séquito los que nos roban. Y cuando nosotros hemos ya tenido suficiente con este robo y llamamos a la huelga para proteger nuestros intereses, entonces la policía, los cosacos, los soldados son lanzados sobre nosotros. Nos pegan y luego nos meten en prisión; nos deportan a Siberia, nos persiguen y nos tratan como perros rabiosos. Estos son nuestros reales enemigos – enemigos que luchan contra nosotros sin piedad y de una manera irreconciliable...

Ahora tratan de confundirnos y hacernos creer que nuestro enemigo es "el alemán" a quien nunca hemos visto. Desean incitarnos contra Alemania. Ahora cuando necesitan nuestros puños, cantan la canción de "unidad". Tratan de adormecernos, diciendo que deberíamos olvidar todos los conflictos internos y unirnos todos en una corriente patriótica. Dicen que debemos olvidar nuestra propia causa de la clase obrera y, en su lugar, hacer nuestra su causa y marchar a la conquista de nuevas tierras para el zar y sus terratenientes.

¿Pero realmente seremos los trabajadores rusos tan estúpidos como para tomar seriamente esas mentiras? ¿Realmente les entregaremos nuestra lucha? ¡No! Si debemos sacrificar nuestras vidas, lo haremos por nuestra propia causa y no por la de los Romanov y sus terratenientes rurales. Ellos ponen armas en nuestras manos. Bien. Demostraremos nuestro coraje y usaremos esas armas para luchar mejor por mejores condiciones de vida para la clase obrera de Rusia.

Comité de San Petersburgo, Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (Bolchevique)

1. Alfred von Tirpitz: almirante alemán, comandante de la marina y ministro durante la Primera Guerra Mundial.

2. Erich von Falkenhayn: ministro de Guerra alemán entre 1913 y 1916.

"El enemigo principal está en nuestro país"

Tramos finales de una declaración política del Grupo Espartaco, de Alemania, encabezado por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, aparecida en mayo de 1915 y repartida clandestinamente en las fábricas.

La consigna sin sentido "Resistir hasta el fin" está en bancarrota y sólo conduce al vértice más profundo del genocidio. La tarea del momento para los socialistas es la lucha de clases del proletariado internacional contra la carnicería imperialista internacional.

¡El principal enemigo de cada pueblo está en su propio país!

El principal enemigo del pueblo alemán está en Alemania: el imperialismo alemán, el partido belicista alemán y la diplomacia secreta alemana. Aquí, en nuestra propia tierra está el enemigo al que el pueblo alemán debe combatir. Debemos llevar adelante esta lucha política junto con el proletariado de otros países, mientras ellos luchan contra sus propios imperialismos.

Sabemos que somos uno con el pueblo alemán. ¡No tenemos nada en común con los Tirpitzs¹ y los Falkenhayns² de Alemania, o con el gobierno alemán de la represión política y la esclavitud social! ¡Nada para ellos, todo para el pueblo alemán! ¡Todo para el proletariado internacional, por el bien de los trabajadores alemanes y de las masas oprimidas!

Los enemigos de la clase obrera cuentan con la falta de memoria de las masas ¡debemos demostrarles que están equivocados! Mientras ellos apuestan a la paciencia y la indulgencia de las masas, nosotros levantamos el grito ferviente:

¿Por cuánto tiempo más los apostadores imperialistas abusarán de la paciencia del pueblo? ¡Basta y más que basta de carnicería! ¡Abajo los belicistas de ambos lados de la frontera!

¡Terminar con el genocidio!

Proletarios de todos los países, sigan el heroico ejemplo de sus hermanos italianos. Uníos en la lucha de clases internacional contra las conspiraciones de la diplomacia secreta, contra el imperialismo, contra la guerra, y por la paz en el espíritu socialista.

¡El principal enemigo está en casa!

Karl Liebknecht

SEGUNDA PARTE

Febrero y el Doble Poder

CAPITULO 4

“¡Abajo el zar!” La Revolución de Febrero

Enero de 1917 comenzó con duras advertencias para la monarquía rusa. Informes de la Ojrana (el servicio oficial de espionaje) advertían a los gobernantes que el costo del carbón se había quintuplicado desde el comienzo de la guerra y el de los alimentos se había multiplicado por siete. Pero esos aumentos palidecen ante la inflación que azota a Rusia al empezar de 1917; la mayoría de los trabajadores no pueden comprar huevos, carne, azúcar, leche o frutas. El pan se convierte en la comida principal y casi única. "Los niños se mueren de hambre en el sentido más literal de la palabra", advierte un agente de la Ojrana. "Si hay una revolución, será una revuelta del hambre", advertía.

A mediados de enero comenzó a faltar el pan; a mediados de febrero, Petrogrado recibía apenas la mitad de lo recibido en diciembre. "Un abismo se abre entre las masas y el gobierno", advertía otro agente de la Ojrana. "La revolución estaba lista aunque los revolucionarios no estaban todavía preparados para la acción", recordaría más tarde el funcionario monárquico Shulgin.

En enero, el frío y el hambre empujaron a los trabajadores a la huelga. El 9 de enero, aniversario del "Domingo Sangriento" de 1905 (el comienzo de la primera revolución), 150.000 trabajadores fueron a la huelga en Petrogrado; varios cientos de miles los acompañaron en toda Rusia. Uno de cada tres huelguistas levantaba reivindicaciones políticas: "¡Abajo la guerra!", "¡Abajo la autocracia!".

Una nueva serie de huelgas comenzó el 14 de febrero. Más reivindicaciones políticas: "¡Viva la segunda revolución!". El gobierno envió a los cosacos contra los huelguistas pero un observador agente de la Ojrana informaba que "daba la impresión de que los cosacos estaban del lado de los huelguistas". En la semana siguiente, 200.000 trabajadores fueron a la huelga. Las consignas contra la guerra y contra el zar se hicieron comunes.

El jueves 23 de febrero amaneció frío y soleado. La intelectualidad y la burguesía de Petrogrado no hablaba de otra cosa que del estreno de la obra teatral *Mascarada*, dirigida por el vanguardista Meierhold. Las masas obreras tenían otros problemas. Los rumores de que faltaría (todavía más) el pan llevaron a decenas de miles de mujeres a formar colas en las panaderías desde antes de la madrugada. El embajador de Francia, de regreso del teatro, recuerda la "expresión siniestra" con que lo miraban esas mujeres proletarias.

El 23 de febrero se celebraba en Rusia el Día Internacional de la Mujer

(en coincidencia con el 8 de marzo en Europa; bajo el zarismo, Rusia mantenía el calendario juliano, que difería en trece días del occidental). Los revolucionarios esperaban que ese día no hubiera manifestaciones ni huelgas; pretendían reforzar su organización en las fábricas antes de lanzar una nueva oleada huelguística.

Pero las mujeres obreras, que trabajaban largas jornadas por salarios mucho más miserables que los de los hombres, salieron a la huelga. Una sola consigna: "¡Pan!". A las diez de la mañana, se habían reunido veinte mil; poco después ya eran cincuenta mil. Al llamado de las mujeres, los obreros de algunas fábricas se unieron a la manifestación. Aparecieron banderas que reclamaban el fin de la guerra y la caída del zar. Al anochecer, mujeres y adolescentes saquearon panaderías y almacenes de alimentos.

Pocos revolucionarios esperaban que la lucha continuara al día siguiente; lo mismo pensaban las autoridades. Confirmando los pronósticos, Petrogrado amaneció en calma. Pero durante toda la noche, activistas obreros se habían lanzado a organizar la huelga, aunque muchos de sus dirigentes todavía se oponían a continuar las manifestaciones. A media mañana, miles de obreros comenzaron a marchar hacia el centro; a su paso, se sumaban nuevos contingentes. Los cosacos les impedían el paso. Nuevamente las mujeres se pusieron a la cabeza, reclamando a los cosacos que no dispararan contra el pueblo hambriento. Los cosacos no atacaron. Los obreros cruzaron los puentes y entraron en la ciudad, donde enfrentaron a la policía. La noticia de los enfrentamientos hizo estallar huelgas en todos los distritos. Los manifestantes llegaron al centro de la ciudad, algo que no ocurría desde 1905. Nuevamente, los cosacos no reprimieron. Las autoridades temían ordenarles que reprimieran porque podían insubordinarse y unirse al pueblo. Al fin del día, en el que se duplicó el número de huelguistas, las autoridades planificaron la represión para el día siguiente. El ministro de Interior Protopopov no asistió al cónclave porque, según otro ministro, estuvo intentando toda la noche comunicarse con el espíritu de Rasputin para pedirle consejo...

Nadie creía que las manifestaciones se convertirían, al día siguiente, en una huelga general. Los trabajadores realizaban esfuerzos para evitar chocar con ellos. La policía era otra cosa. Para enfrentarla, los trabajadores se prepararon de la manera más consciente. Muchos llevaban protección debajo de sus ropas para evitar ser heridos con sables o con los pesados látigos que usaba la policía; otros llevaban piedras, barras de metal, cuchillos. Unos pocos cargaban revólveres.

Después de tres días, los trabajadores de la gran fábrica Putilov se sumaron a la lucha. Desde todos los distritos obreros, las columnas convergían en la capital. Cuando la policía las atacaba, los trabajadores respondían o, más frecuentemente, reclamaban el apoyo de soldados y cosacos. En más de una oportunidad, los soldados liberaron a los obreros de la policía; a media mañana, un grupo de soldados se pasó con sus armas del lado de los manifestantes. Así se produjo la primera deserción de la guarnición.

El zar Nicolás, el sanguinario, había ordenado que se disparara a los manifestantes con fusiles, ametralladoras y cañones si fuera necesario. Los jefes policiales de la ciudad prepararon la masacre, organizando destacamentos constituidos por oficiales y cadetes, que dispararon con ametralladoras contra el pueblo. Los trabajadores se retiraron, dejando muertos y heridos. Algunos consideraban que la batalla estaba perdida. Pero había una mayoría resuelta: "¡Compañeros, es ahora o nunca!".

Los trabajadores se retiraron dispuestos a continuar la lucha, para la que necesitaban fusiles y armas. Destacamentos obreros comenzaron a requisarlas en los arsenales, armerías y fábricas de material bélico. Otros destacamentos fueron a los cuarteles, a hablar con los soldados. Por la tarde, la agitación revolucionaria sobre los cuarteles comenzaba a dar resultados. Casi al caer la noche, se rebeló el regimiento Pavlovsky.

Todos – los revolucionarios y el gobierno– sabían que al día siguiente se decidiría con quién estaban los soldados y, con ello, el destino de la insurrección.

En las primeras horas de la mañana del 27, los oficiales del regimiento Volynski intentaron movilizar sus tropas contra los trabajadores. Los soldados se negaron a marchar. Frente a las amenazas de los oficiales, un sargento disparó contra un comandante; siguió un tiroteo donde fueron muertos varios oficiales. Con esos disparos, los soldados del Volynski cruzaron el Rubicón de la revolución: sólo su victoria podría salvarlos de la horca. Los siguieron otros regimientos. Los trabajadores habían conseguido armas en los arsenales, en las prisiones (donde habían sido liberados los presos) y en las estaciones de policía.

El levantamiento envolvía ya a un cuarto de millón de habitantes de Petrogrado. Uno de cada diez, era un soldado; tres obreros de cada diez estaban armados. Al llegar la noche, la revolución tenía tropas, armas y hasta coches armados. Al día siguiente, la totalidad de la guarnición de Petrogrado se pasó a la insurrección. De allí se extendió a las guarniciones de Kronstadt, Luga y Moscú. En la noche del 27 de febrero, la revolución ya era imparable. Esa misma noche, en el Palacio de Tauride, comenzó a sesionar el Soviet de Petrogrado, el consejo de delegados obreros que había dirigido la revolución de 1905.

Ignorante de la envergadura de las fuerzas desatadas, el zar Nicolás (que se encontraba en el Estado mayor del frente, fuera de Petrogrado), designó al general Ivanov con poderes dictatoriales y decidió volver a la capital. Ivanov jamás pudo ejercer su mandato ni, siquiera, reunir las tropas que se le habían asignado. En cuanto al zar, su tren fue desviado una y otra vez por los obreros ferroviarios, que lo tuvieron vagando por dos días.

Mientras la revolución crecía, los miembros de la Duma (parlamento) conspiraron con el zar para que designara un "gabinete responsable" ante la Duma. Cuando Nicolás lo aceptó, ya era tarde. Las masas reclamaban su caída. Nuevamente, los miembros de la Duma conspiraron con el zar para salvar a la monarquía, abdicando en beneficio de su hijo y, luego, de su herma-

no, el gran duque Miguel. Pero nuevamente los conspiradores llegaron tarde. La victoria de la insurrección en Petrogrado y Moscú y el pasaje de las guarniciones de Vyborg, Helsinforgs, Reval, Pksov, Divnsk y Riga al campo de la revolución hicieron inevitable la caída de la monarquía. Los antiguos monárquicos enquistados en la Duma repentinamente se volvieron republicanos. Uno de ellos explicaba entonces que "si no tomamos el poder, entonces lo harán otros, que ya han elegido a ciertos delincuentes en las fábricas como delegados al Soviet".

El 9 de marzo, Nicolás II y su familia fueron detenidos. La Revolución de Febrero había triunfado.

Elaborado a partir de: Bruce Lincoln, *Passage Through Armageddon: The Russians in War and Revolution, 1914-1918*, New York, Simon & Schuster. 1986

Las mujeres, vanguardia de la revolución

Nadie planeó que el 8 de marzo fuera el primer día de la revolución. La "borrachera patriótica" de inicios de la guerra se había diluido ante el desastre militar, las bajas, la inflación, el desabastecimiento, la hambruna. Petrogrado se sumía en la debacle: el 16 de febrero se racionó el pan y se acabó el carbón; el 18, la huelga de la fábrica Putilov fue respondida con un lock-out y despidos. La situación era explosiva pero, dice Trotsky, "ninguna organización llamó a la huelga ese día. La organización bolchevique más combativa, el comité de la barriada obrera de Vyborg, aconsejó no ir a la huelga. Las masas – como atestigua el bolchevique Kajurov– estaban excitadísimas; cada huelga amenazaba convertirse en choque abierto". El Comité entendía "que no había llegado el momento de la acción, porque el Partido no era aún bastante fuerte" ni era seguro que los soldados apoyaran un levantamiento; entonces "decidió no aconsejar la huelga, sino prepararse para la acción revolucionaria en un vago futuro".

En febrero de 1917, el 47 por ciento de los obreros de San Petersburgo eran mujeres. Los hombres estaban en el frente. Las obreras eran mayoría en la industria textil, del cuero o del caucho, y numerosas en oficios que antes les habían sido vedados: los tranvías, las imprentas o la industria metalúrgica, donde había unas 20.000. Las obreras eran mujeres: debían garantizar el pan de sus hijos. Y, antes de ir a la fábrica, hacían interminables colas (unas 40 horas semanales) para conseguir algo de comida, acampando durante la noche, en pleno invierno ruso. Allí aprendieron "a insultar a Dios y al zar, pero más al zar", como dice un informe policial: "son material inflamable que necesita sólo una chispa para estallar". La falta de pan las llevó a cuestionar, sin mediaciones, el poder político. La doble explotación borró la leve división entre "demandas económicas y políticas".

Muchos revolucionarios pensaban que las obreras no tenían capacidad para organizarse o activar en las fábricas, que eran "emocionales e impulsivas", que sus protestas eran despolitizadas: por el pan, por ejemplo. Pero sabían que sin las trabajadoras no habría revolución, y ya en vísperas de la guerra se dirigían a ellas con publicaciones especiales. "Las mujeres deben jugar un rol significativo en la campaña por los alimentos. La lucha por aumentar los salarios y acortar la jornada es posible sólo con la total participación de las obreras. La tarea es elevar su conciencia de clase", escribía en 1915 la bolchevique Inessa Armand en la revista *Rabotnitsa* (La Mujer Trabajadora). También exhortaba a los trabajadores: "Ustedes, camaradas, no olviden que la causa de las obreras es también su causa, que hasta que las masas de mujeres se unan a sus organizaciones, hasta que sean atraídas a su movimiento, serán un inmenso obstáculo en su camino. Ayúdenlas, organicenlas, jun-

ten fondos para sostener la nueva revista".

Hacia 1916, las mujeres de soldados y las obreras habían protagonizado revueltas por el pan y la falta de carbón, y huelgas por el salario, la reducción de la jornada laboral y contra el acoso de patronos y capataces. Entre ellas, actuaban las mujeres bolcheviques y del Comité Interdistrital, reclutándolas en las barriadas. En la víspera del 8 de marzo (23/2) se convocó a las textiles del distrito de Vyborg a un acto contra la guerra y el desabastecimiento. Habló el metalúrgico Kajurov, uno de los bolcheviques que seguía viéndolas como "emocionales e indisciplinadas". Kajurov reconoció el valor de las trabajadoras, se extendió sobre sus reclamos "específicos" y la guerra. Y les pidió que trabajaran con el Partido y disciplinaran sus movilizaciones. Aparentemente, nadie lo refutó.

Sin embargo, horas después, esas mismas costureras desataban la huelga general en Petrogrado que terminaría con el zarismo. Abandonaron las herramientas y se dividieron en grandes grupos para levantar otras fábricas, especialmente las metalúrgicas, consideradas la vanguardia de la clase obrera. No aceptaron negativas: allí donde no les hicieron caso, arrojaron piedras, bolas de nieve y palos encendidos contra los portones y las ventanas, y ocuparon las plantas. ¡Basta es basta! Cuando convencieron a los obreros de Putilov, la huelga general estaba garantizada.

A medida que avanzaban hacia los límites del distrito llegaron la policía y las tropas. Una primera refriega dejó muertas y heridas, pero armaron barricadas y volcaron tranvías, mientras exhortaban a los soldados a no disparar. Muchas las conocían: las mujeres bolcheviques y del Comité Interdistrital, las mujeres de soldados en el frente y las textiles, habían ido muchas veces a la guarnición. Los soldados eran campesinos de uniforme: lo lograron. Zhenia Egorova, secretaria del Partido Bolchevique de Vyborg, intentó conmovier a los cosacos. Cuando le gritaron que los hombres no debían obedecer a las mujeres, respondió que sus hermanos estaban en el frente. Súbitamente, los cosacos bajaron los rifles y se apartaron: las mujeres habían abierto una grieta en la fuerza más leal al zar.

"La mujer obrera representa un gran papel en el acercamiento entre los obreros y los soldados. Más audazmente que el hombre, penetra en las filas de los soldados, agarra con sus manos los fusiles, implora, casi ordena: 'Desviad las bayonetas y venid con nosotros'. Los soldados se conmueven, se avergüenzan, se miran inquietos, vacilan; uno de ellos se decide: las bayonetas desaparecen, las filas se abren, estremece el aire un hurra entusiasta y agradecido; los soldados se ven rodeados de gente que discute, increpa e incita: la revolución dio otro paso hacia adelante", dice Trotsky.

La multitud avanzó hacia las terminales de los tranvías. La noche del 23, los soldados que las custodiaban se habían unido a los trabajadores y la joven conductora Rodionova, reciente bolchevique, y sus compañeras, controlaban el sistema de transporte en la ciudad. La movilización ganó otros barrios mientras se sumaban millares de obreros: del papel, del cuero, del gas. Las costureras seguían siendo la vanguardia: el 23 de febrero, el 20 por cien-

to de Petrogrado y el 30 por ciento de las textiles estaban en huelga. El 25 de febrero, eran el 52% de los obreros y el 71% de las textiles.

Las consignas fueron ganando en voltaje político: "¡Pan para los trabajadores! ¡Abajo el hambre! ¡Que vuelvan los hombres del frente! ¡Abajo la guerra!". Por primera vez desde 1905 retumbó en Petrogrado: "Abajo la autocracia".

Las mujeres habían parado la ciudad y sembrado la confusión en la guarnición militar. En tres días de huelga general, el ejército se había amotinado y pasado a la revolución, y el zarismo se había derrumbado. ¿Puede entenderse la revolución de febrero como un acto "espontáneo"? No fue convocada por el Partido Bolchevique ni por ningún otro. Pero miles de obreras no abandonan el trabajo, levantan otros gremios, controlan el transporte y fracturan al ejército "espontáneamente". Fueron el detonante de la furia popular por la debacle de la guerra, los muertos y el hambre. Pudieron serlo por el intenso trabajo de politización y organización que, desde el comienzo de la guerra, encararon las mujeres bolcheviques y del Comité Interdistrital sobre la parte más plebeya y "atrasada" de la clase obrera. Y por la capacidad de las trabajadoras de procesar vertiginosamente esa experiencia.

CAPITULO 5

La Revolución de Febrero: Los comités de fábrica, el control obrero

La Revolución de Febrero llegó inesperadamente. Comenzó el 23 de febrero (8 de marzo), Día Internacional de la Mujer, cuando miles de amas de casa y mujeres trabajadoras encolerizadas, ignorando las súplicas de los dirigentes sindicales de permanecer en calma, se volcaron a las calles. Un trabajador de la fábrica mecánica Nobel, en el distrito Vyborg, recuerda:

Podíamos oír las voces de las mujeres en las calles desde las ventanas de nuestro departamento: '¡Abajo la carestía! ¡Abajo el hambre! ¡Pan para los trabajadores!'. Varios camaradas corrimos a las ventanas... Las puertas del molino número 1 Bolschaia Sampsonievskaia habían sido abiertas. Masas de mujeres trabajadoras en una formación militante llenaban las calles. Aquellas que nos habían visto comenzaron a mover sus brazos y gritaban '¡Vengan! ¡Dejen de trabajar!'. Arrojabán bolas de nieve a las ventanas. Decidimos unírnos a la manifestación".

Al día siguiente, 200.000 trabajadores estaban en huelga en Petrogrado. El 25 de febrero, ejércitos de manifestantes chocaron con las tropas, la revolución había comenzado. El 27 de febrero llegó el clímax cuando regimientos enteros de la guarnición de Petrogrado desertaron para pasarse del lado de los insurgentes. El mismo día, los altamente respetables dirigentes de la Duma (Parlamento) rehusaron obedecer una orden del zar de dispersarse y, con el apoyo reticente de los generales del ejército, declararon un Comité Provisional ("Gobierno" desde el 3 de marzo). El 3 de marzo, Nicolás II finalmente accedió a abdicar y Rusia fue libre.

En 1905 la autocracia había resistido el movimiento revolucionario cerca de doce meses antes de, finalmente, aplastarlo; en febrero de 1917, la autocracia sucumbió en menos de doce días. La diferencia radica en el hecho que en 1905 el ejército había permanecido básicamente leal al zar, pero, en 1917, después de tres años de guerra sangrienta y sin sentido, los soldados se unieron con los insurgentes en las calles. La victoria estuvo asegurada una vez que la oposición conservadora liberal acordó prescindir del zar, creyendo que solamente así se podía ganar la guerra y detener el movimiento revolucionario.

La caída de Nicolás, "El Sanguinario", llenó de júbilo y alegría a los trabajadores y a los soldados de Petrogrado. No tenían un sentido real de que hubiera una revolución "burguesa", con todo lo que ello implica. En

cambio creían que Rusia estaba embarcada en una revolución democrática que traería enormes beneficios al pueblo llano. Una asamblea general en la fábrica Dinamo declaró:

"El pueblo y el ejército no fueron a las calles para reemplazar un gobierno por otro sino para imponer sus consignas. Estas eran: 'Libertad', 'Igualdad', 'Tierra y libertad', y 'Basta de guerra sangrienta'. Para nosotros, las clases desposeídas, la matanza sangrienta es innecesaria".

En esta etapa, la mayoría de los trabajadores, con una confianza sin reservas en el Soviet como "su" representante y sin desear desacuerdos en las filas revolucionarias, apoyaron la política de los socialistas moderados, que daban su apoyo condicional al Gobierno Provisional. Sin embargo, no hicieron ningún intento de esconder su desconfianza hacia éste. La actitud común está bien resumida en una resolución del taller Izhora:

"Todas las medidas del Gobierno Provisional que destruyan los remanentes de la autocracia y fortalezcan la libertad del pueblo deben ser plenamente apoyadas por la democracia. Toda medida que conduzca a la conciliación con el viejo régimen y que sea dirigida contra el pueblo debe enfrentarse con una protesta y contraataque decisivos".

Desde el comienzo, por lo tanto, los trabajadores desconfiaron del Gobierno Provisional, del cual sintieron que estaba atado por miles de lazos a los terratenientes y a los intereses de los negocios.

Respecto de la candente cuestión de la guerra, los trabajadores en Petrogrado también tendieron en esta etapa a ir de acuerdo con la política del Comité Ejecutivo del Soviet. En contraste con los bolcheviques, que después de abril denunciaron la guerra por "imperialista" y llamaron a los trabajadores a impulsar la guerra civil contra sus propios gobiernos, los mencheviques y los socialistas revolucionarios – aunque divididos en alas "defensista" e "internacionalista"– tendían a poner el acento no en la oposición a la guerra, sino en la búsqueda de la paz. Presionaron al nuevo gobierno para que trabajara con seriedad por una paz democrática entre los beligerantes, que debían renunciar a toda indemnización y anexión de territorio. La Revolución de Febrero reforzó el apoyo a esta política entre los trabajadores y soldados de Petrogrado. Lenin describió su actitud como un tipo de "defensismo revolucionario", en el que estaban preparados para continuar la lucha hasta que fuera alcanzada la paz, con el objetivo de defender la Rusia revolucionaria del militarismo austro-alemán.

Revolución en las fábricas

De retorno a sus puestos de trabajo después de las huelgas de febrero, los trabajadores procedieron a dismantelar la estructura autocrática de dirección en las fábricas, de la misma manera en que había sido dismantelada en la sociedad. La creación de una fábrica "constitucional" fue

vista como un prerrequisito para la mejora del nivel de vida y la dignidad de los trabajadores dentro la sociedad en su conjunto. La democratización de las relaciones en las fábricas asumió diversas formas. Primero, los odiados capataces y administradores huyeron o fueron expulsados. En la fábrica gigante Putilov, por ejemplo, donde estaban empleados 30.000 trabajadores, empujaron a un dirigente de los "Centurias Negras"¹ de la fábrica, Puzanov, en una carretilla, derramaron plomo al rojo sobre su cabeza y lo arrastraron al canal cercano, donde amenazaron depositarlo en castigo por pasadas fechorías. En segundo lugar, los libros de reglas de la fábrica, con sus multas punitivas y sus registros humillantes, fueron descartados. En tercer lugar, y más importante, fueron creados los comités de fábrica para representar los intereses de los trabajadores ante la patronal.

En las grandes empresas estatales, los nuevos comités tomaron temporalmente la gestión, dado que las viejas administraciones habían huido. El 13 de marzo, los miembros de los comités de las fábricas pertenecientes al Departamento de Artillería definieron el objetivo del nuevo orden fabril como "autogestión de los trabajadores a la mayor escala posible"; y las funciones de los comités fueron especificadas como "de defensa de los intereses de los trabajadores frente a la administración de la fábrica y el control sobre sus actividades". Para nuestros oídos, hablar de control nos suena a sustitución de directores y gestión de las cosas por ellos mismos, pero en Rusia la palabra control tiene el sentido más modesto de supervisión o inspección. Lo que los trabajadores de las plantas estatales se proponían era que esos comités no dirigieran las empresas de manera permanente, sino que debían tener plenos derechos para supervisar las actividades de la gestión oficial y ser plenamente informados de lo que ocurría.

En el sector privado las actividades de los comités en la primavera de 1917 tuvieron un menor alcance. Funcionaban más o menos como sindicatos, en la medida en que los sindicatos no se establecieron plenamente hasta comienzos del verano. El primer acto de los comités fue introducir unilateralmente la jornada laboral de 8 horas, algo que se les había escapado en 1905, y también limitar o abolir las horas extras. Bajo una enorme presión, el Soviet y la Sociedad de propietarios de fábricas y talleres de Petrogrado acordaron la introducción de la jornada de 8 horas el 10 de marzo. Los Comités, luego, procedieron a presionar por un gran aumento de salarios para compensar el alza del costo de vida desde el comienzo de la guerra. En el medio año anterior a la Revolución de Febrero, los salarios habían caído en términos reales cerca del 10 por ciento como resultado del alza de precios. Ahora la combinación de acciones de los comités y huelgas espontáneas persuadió a los empleadores de aceptar aumentos salariales de entre un 30 y un 50 por ciento. Habiendo al-

1. Centurias Negras: organización fascista financiada por el Estado zarista.

canzado estos aumentos, los comités se dedicaron a un amplio rango de actividades, incluyendo la custodia de la propiedad de la fábrica y el mantenimiento de la ley y el orden en los barrios obreros, la verificación de que trabajadores habían sido eximidos legítimamente del reclutamiento militar; la organización de la provisión de alimentos; el mantenimiento de la disciplina laboral en los talleres; la organización de actividades educativas y culturales, y realizar campañas contra el alcoholismo.

Del libro *The Worker's Revolution in Russia, 1917. The view from below*, Cambridge University Press, 1987
editado por Daniel H. Kaiser

Telegrama para los bolcheviques que parten hacia Rusia

Redactado por Lenin el 6 de marzo de 1917, para ser entregado a los militantes bolcheviques que volvían a Rusia desde el exilio.

Nuestra táctica: ninguna confianza y ningún apoyo al nuevo gobierno; Kerensky es especialmente sospechoso; armar al proletariado es la única garantía; elecciones inmediatas al Consejo Municipal de Petrogrado; ningún acercamiento con otros partidos. Telegrafíen esto a Petrogrado.

Uljanov

CAPITULO 6

Contrarrevolución en la revolución

Los centroizquierdistas ceden el poder a la burguesía

En apenas ocho días, la Revolución de Febrero derrocó al zarismo. El levantamiento, iniciado en Petrogrado como una revuelta contra el hambre, se convirtió rápidamente en huelga general y luego en insurrección, con la sublevación de los soldados de la guardia. El pasaje de los soldados (campesinos movilizados por la guerra) al campo de la revolución y el estallido de levantamientos en las principales ciudades sellaron la suerte de la dinastía Romanov.

La rapidez de la victoria fue consecuencia de "una combinación única de factores mundiales de importancia histórica"¹: la experiencia revolucionaria acumulada por la clase obrera y los explotados rusos en la revolución de 1905 y el descalabro político y económico producido por la guerra imperialista, que en febrero de 1917 entraba en su tercer año.

Pero la Revolución de Febrero no llevó al poder a un gobierno de los obreros y campesinos que habían combatido en las calles al zarismo, sino a un "gobierno provisional", enteramente dominado por la burguesía y los terratenientes que hasta el día anterior cogobernaban Rusia con el zar.

El levantamiento forzó a la burguesía y a los terratenientes a operar en dos frentes. Su temor a las masas (acrecentado por la experiencia de 1905) y a perder las posiciones políticas (gobiernos locales, comités de guerra, Duma), y la dominación económica que habían conquistado bajo el zarismo, la empujaban a complotar con la monarquía para aplastar a los explotados; al mismo tiempo, se valían de la amenaza de la insurrección para arrancarle concesiones a la autocracia.

Cuando comprendieron que el zar Nicolás II estaba perdido, complotaron para asumir la totalidad del poder. Los diplomáticos franceses y británicos alentaron el complot porque veían en la burguesía y los terratenientes un aliado más seguro que el zar para llevar la guerra mundial "hasta el fin".

Con todo, el respaldo de los imperialistas franco-británicos, la mejor organización de la burguesía y su manejo de importantes palancas del Estado, no alcanzan para explicar su ascenso al poder. La burguesía y los terratenientes no tenían ningún respaldo entre las masas de obreros y soldados; los explotados los odiaban porque habían cogobernado con el zarismo y se habían enriquecido con la guerra.

Esa desconfianza tomó inmediatamente una forma organizada. El 28

1. Vladimir I. Lenin, "Cartas desde Lejos". Primera Carta: "La primera etapa de la primera revolución".

de febrero, cuando todavía se combatía en las calles y el "gobierno provisional" no había nacido, se formó en Petrogrado el Soviet de Diputados obreros, retomando la experiencia de 1905; inmediatamente los representantes de los soldados se incorporaron al Soviet.

Desde el primer momento, el Soviet tuvo el poder político en sus manos. Controlaba los bancos, los ferrocarriles, los teléfonos, las imprentas, los arsenales, las fábricas y la guarnición, porque los obreros y los soldados se negaban a obedecer otras órdenes que no fueran las del Soviet. No había en Petrogrado otra fuerza armada ni otra autoridad. En esas condiciones, ¿cómo pudo producirse el ascenso al poder de la burguesía?

La revolución inglesa del siglo XVII y la francesa del siglo XVIII se caracterizaron porque su desarrollo empujaba a la cima del poder a fracciones cada vez más a la izquierda, representantes de las clases y capas sociales más plebeyas. Febrero, en cambio, debuta con la victoria en las calles de los obreros armados, apoyados por los campesinos en uniforme. El proletariado aparece en la Revolución Rusa, desde el comienzo, como el caudillo. Si no toma el poder, la revolución debe evolucionar hacia la derecha.

Contrarrevolución en la revolución

"La contradicción entre el carácter de la revolución y el poder que surgió de ella se explica por las peculiaridades del nuevo sector pequeñoburgués situado entre las masas revolucionarias y la burguesía capitalista".² El Soviet que se forma el 28 de febrero no es una creación de las masas en lucha; surge "desde arriba" por iniciativa de dirigentes del movimiento sindical y cooperativo e integra a dirigentes revolucionarios sacados de la cárcel por la revolución. No es una representación directa y democrática de los obreros en lucha sino un frente de partidos y organizaciones pequeñoburguesas y obreras, una "multisectorial" integrada por las cúpulas de las organizaciones sociales y políticas, que llama a los obreros y a los soldados (campesinos) a elegir delegados al Soviet.

Los mencheviques y los socialistas revolucionarios – que habían sido partidarios de la guerra– tenían en este Soviet una posición dominante; los bolcheviques eran una absoluta minoría. Las primeras elecciones (en particular entre los soldados) refuerzan todavía más la posición dominante de los mencheviques y socialistas revolucionarios. Este Soviet, dominado por el centroizquierda "socialista", transfiere el poder a la burguesía: el 4 de marzo vota una declaración llamando a apoyar al "gobierno provisional" burgués... que se había formado a instancias de los principales dirigentes del Soviet en ese momento (Kerensky y Skobelev). La "democracia revolucionaria" se revela así como el ala izquierda del orden burgués. Los bolcheviques no tienen ninguna claridad sobre la expropiación

2. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

política que está llevando adelante el centroizquierda en beneficio de la burguesía: aunque en la sesión del 4 de marzo hay 40 delegados bolcheviques, sólo 10 votan contra el "apoyo" al "gobierno provisional". En las primeras horas de la revolución, los bolcheviques se reducen al papel de extrema izquierda de la "democracia revolucionaria".

Mientras el Soviet de 1905 fue un fenomenal factor de impulso a la revolución, el de febrero de 1917 debuta como un factor de contención revolucionaria y de expropiación política de los trabajadores. Las formas de organización propias de las masas, incluso las más revolucionarias, como el soviets, no alcanzan por sí mismas para determinar la independencia política de la clase obrera; para eso hay que tener en cuenta su estrategia y el programa, por medio de la lucha de partidos.

Dualidad de poderes

Surge así la dualidad de poderes que caracteriza al período abierto por la Revolución de Febrero. La dualidad de poderes "atestigua que la ruptura del equilibrio social ha roto ya la superestructura del Estado (...) surge allí donde las clases adversas se apoyan en organizaciones estatales sustancialmente incompatibles entre sí"³. Pero a diferencia de las que caracterizaron a las revoluciones pasadas, "impuesta a los combatientes por la correlación temporal de fuerzas", la dualidad de poderes surge en febrero "no como el fruto de la lucha de clases en torno al poder, sino como resultado de la cesión voluntaria de ese poder de una clase hacia otra"⁴. En Febrero, la dualidad de poderes no es consecuencia de la lucha de clases sino de la conciliación de clases.

Bajo la cubierta de ese doble poder formal, se desarrollaba un verdadero doble poder que enfrentaba a la burguesía y a la pequeñoburguesía (es decir, al gobierno y a la dirección del Soviet) con los obreros armados y los campesinos. Las masas confían en los centroizquierdistas, pero se niegan a entregar las armas y se lanzan a imponer por la acción directa sus reivindicaciones (como la jornada de ocho horas). "Ya en el momento de la Revolución de Febrero, las tendencias revolucionarias de las masas no coincidieron en lo más mínimo con las tendencias colaboracionistas de los partidos pequeñoburgueses".⁵

Transición

Al elegir a los centroizquierdistas que entregan el poder político a la burguesía, las masas renuncian al poder político que han conquistado.

3. Idem.

4. Idem.

5. Idem.

Se abre entonces "un período de transición" entre la primera etapa de la revolución (cerrada con el ascenso de la burguesía al poder) y una "segunda etapa de la revolución" que lleve al poder político al proletariado⁶. Lenin pronostica que esa "segunda revolución" será inevitable. El contenido de la política revolucionaria durante esta transición será la preparación de la "segunda revolución".

Lenin anticipa así, en sus *Cartas desde lejos*, la dialéctica de esta revolución permanente.

Política revolucionaria

Febrero crea una situación política excepcional. El problema político principal era que los obreros y los campesinos no querían una "segunda revolución"; confiaban en los mencheviques y socialrevolucionarios que los llamaban a apoyar y "presionar" al "gobierno provisional". La necesaria "segunda revolución" sólo sería posible si se producía un vuelco en la conciencia de las masas obreras y campesinas.

Lenin denuncia el carácter imperialista, guerrerista y hostil a cualquier reivindicación popular del nuevo gobierno y la traición de la dirección del Soviet; plantea la necesidad de sustituir al "gobierno provisional" por un gobierno basado en los soviets. Pero, por sobre todo, señala que es imposible desarrollar una política que prepare la "segunda revolución" actuando en común con los conciliadores. En las condiciones posteriores a Febrero, el frente único con los conciliadores sería el entierro de la revolución. Lenin reclamó que se estableciera la más nítida y tajante diferenciación entre los bolcheviques y los partidos de la mayoría del Soviet. "Ningún acercamiento con otros partidos", reclama en un telegrama enviado el 6 de marzo a los bolcheviques que regresaban a Rusia. La política de Lenin iba totalmente a contramano de la seguida por la mayoría de la dirección de los bolcheviques en Rusia; bajo la inspiración de Stalin y Kamenev, el Partido Bolchevique emitió una declaración de apoyo condicionado al gobierno provisional y estudiaba la reunificación con los mencheviques.

"La tarea no es presionar a los liberales", dice Lenin, sino "explicar" a las masas que por su carácter burgués e imperialista el nuevo gobierno es incapaz de satisfacer sus reivindicaciones y que "sólo una república proletaria, apoyada por los trabajadores rurales y las secciones más pobres del campesinado y los habitantes de las ciudades, puede asegurar la paz y dar paz, orden y libertad".⁷

¿Cómo "explicar"? Mediante una agitación política sistemática, que opusiera las aspiraciones de las masas a la política "oficial" del gobierno bur-

6. Vladimir I. Lenin, "Cartas desde Lejos", citado. Primera Carta: "La primera etapa de la revolución".

7. Vladimir I. Lenin, "Cartas desde Lejos". Segunda Carta: "El nuevo gobierno y el proletariado".

gués y de la dirección soviética que lo sostenía. Para que las masas pudieran desarrollar colectivamente esa experiencia revolucionaria, era necesaria su organización, "no en el estereotipado sentido de trabajar en las organizaciones estereotipadas, sino en el sentido de atraer a las más amplias masas de las clases oprimidas que deben tomar las funciones militares, políticas y económicas del Estado"⁸. Esa nueva organización eran el Soviet y, sobre todo, la milicia obrera, o sea el armamento general de la población trabajadora. Las masas necesitan esas organizaciones para imponer las medidas elementales (expropiación de tierras de los latifundistas, control obrero de la distribución y la producción). El Soviet y la milicia son la base del nuevo Estado que reemplazará al Estado burgués cuando sea derrocado el gobierno provisional.

Lenin apunta a transformar – por medio de la agitación, la organización y la experiencia de la lucha práctica por las reivindicaciones transitorias (paz, pan, tierra y libertad)– la desconfianza instintiva de los obreros y campesinos en el gobierno burgués en una desconfianza consciente. Es decir, producir un vuelco en la conciencia de la clase obrera que la lleve a deducir que es necesario instaurar su propio poder. El único partido que propugna el pasaje del poder a los soviets es el Partido Bolchevique.

Pero para que el Partido Bolchevique pudiera "explicar" a las masas la necesidad de sustituir al "gobierno provisional" por el poder de los soviets, era necesario, previamente, explicar esa necesidad al propio partido, que atravesaba una situación en extremo contradictoria. Mientras los comités de fábrica y de las barriadas obreras votaban resoluciones contra el "gobierno burgués", la dirección bolchevique en Rusia se orientaba a la "convivencia" con la dirección conciliadora del Soviet.

8. Vladimir I. Lenin, "Cartas desde Lejos". Tercera Carta: "Sobre la milicia obrera".

"Tareas inmediatas del proletariado revolucionario"

Las "cartas desde lejos" de Lenin

Inmediatamente después de la victoria de la Revolución de Febrero, mientras aún permanecía en el extranjero, Lenin escribe una serie de cartas a las organizaciones del Partido Bolchevique en Rusia. En ellas realiza una exhaustiva caracterización de la revolución, de sus contradicciones, y señala las tareas y consignas del partido en el período abierto con la caída del zarismo. Son cinco cartas, las conocidas Cartas desde lejos. Por su oposición frontal al gobierno provisional y a la dirección del Soviet de Petrogrado, la dirección del Partido Bolchevique en Rusia sólo publicó parcialmente la primera y censuró las cuatro restantes. Publicamos a continuación un extracto de la quinta carta (inconclusa) que resume las conclusiones de las cuatro anteriores.

En las cartas anteriores, las tareas inmediatas del proletariado revolucionario fueron formuladas de la siguiente manera: 1) encontrar la vía más segura a la próxima etapa de la revolución o a la segunda revolución, la cual 2) debe transferir el poder político del gobierno de los terratenientes y capitalistas (...) a un gobierno de los obreros y los campesinos más pobres; 3) este gobierno debe ser organizado según el modelo del Soviet de diputados obreros y campesinos, es decir 4) debe destruir, eliminar completamente la vieja máquina estatal, el ejército, la policía y la burocracia, que es común a todos los Estados burgueses, y sustituirla por esta (nueva) máquina estatal; 5) no es sólo una organización de masas sino una organización universal de todo el pueblo armado; 6) sólo este gobierno, con esta composición de clase ("dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado") y estos órganos de gobierno ("milicia obrera") serán capaces de llevar adelante con éxito la extremadamente difícil y absolutamente principal tarea del momento, es decir: alcanzar la paz; no una paz imperialista, no una paz entre potencias imperialistas concerniente a la división del botín entre los capitalistas y sus gobiernos, sino una paz verdaderamente duradera y democrática, la cual no podrá ser alcanzada sin una revolución proletaria en un número de países; 7) en Rusia, la victoria del proletariado puede alcanzarse en el futuro cercano sólo si, como primerísimo paso, los obreros son apoyados por la vasta mayoría de los campesinos que luchan por la confiscación de las grandes propiedades (...); 8) en conexión con esta revolución campesina, y en base a ella, el proletariado puede y debe, en alianza con las secciones más pobres del campesinado, tomar pasos adicionales hacia el control de la pro-

ducción y distribución de los productos básicos, hacia la introducción del "servicio laboral universal", etcétera. Estos pasos están dictados con absoluta inevitabilidad, por las condiciones creadas por la guerra, que en muchos aspectos se volverán más agudas en el período posterior a la guerra. En su totalidad y en su desarrollo, estos pasos marcarán la transición al socialismo, que no puede ser alcanzado en Rusia directamente, de un golpe, sin medidas transicionales, pero que es plenamente alcanzable y urgentemente necesario como resultado de esas medidas transicionales; 9) en conexión con esto, la tarea de organizar inmediatamente soviets de obreros en los distritos rurales, es decir soviets de asalariados rurales separados de los soviets de diputados campesinos, pasa al primer plano con extrema urgencia.

Redactado el 8 de abril de 1917
(publicado por primera vez en 1924)

Los intelectuales pequeñoburgueses en la revolución

En el Soviet surgido de la Revolución de Febrero, la izquierda pequeñoburguesa – mencheviques y socialistas revolucionarios – contaban con una mayoría abrumadora. Las primeras elecciones de delegados obreros al Soviet (y, sobre todo, las elecciones de delegados de soldados al Soviet), reforzaron aún más esa mayoría inicial. En el artículo que publicamos a continuación, León Trotsky explica las razones de este éxito y su carácter inevitablemente momentáneo. Fue extraído del libro El advenimiento del bolchevismo, escrito en el famoso "tren blindado", con el que Trotsky recorría los frentes de batalla durante la guerra civil como comandante del Ejército Rojo. Se trata de la primera elaboración que Trotsky realiza sobre las características de la Revolución de Febrero de 1917.

(...) Lo que caracterizó a nuestro partido desde el primer período de la revolución fue la convicción de que, de acuerdo con la lógica de los acontecimientos, le correspondía llegar al poder. Yo no quiero hablar aquí de los teóricos, de los cuales, desde mucho tiempo antes de esta revolución – antes aún de la revolución de 1905 – analizando los movimientos de las relaciones de clase en Rusia, habían llegado a la conclusión de que, en el desenvolvimiento victorioso de la revolución, el poder debía pasar absolutamente al proletariado, apoyado sobre las masas de los campesinos pobres.

La base de semejante previsión reside principalmente en la nulidad de la democracia burguesa como también en la concentración de la industria rusa y, en consecuencia, en la gran importancia social del proletariado ruso. La nulidad de la democracia burguesa es lo opuesto a la potencia y a la importancia del proletariado. Bajo este aspecto, la guerra ha desilusionado transitoriamente a muchísimos y, en primera línea, a los grupos dirigentes de la democracia burguesa. La guerra asignó al ejército la parte decisiva en los acontecimientos de la revolución. Antiguo ejército significa lo mismo que clase campesina. Si la revolución se hubiera desarrollado de manera más normal, vale decir, en las condiciones de los tiempos de paz – así como había comenzado en 1912 – el proletariado habría absolutamente asumido una posición directiva. Las masas rurales, poco a poco, habrían sido remolcadas por el proletariado y arrojadas en el vórtice de la revolución. Pero la guerra ha sometido los acontecimientos a una mecánica diversa. Los campesinos fueron unidos por el ejército, no políticamente, sino militarmente. Antes que ideas precisas y postulados revolucionarios vincularan a las masas de los campesinos, ellas habían sido incorporadas a las

filas de los regimientos, de las divisiones, de los cuerpos y de los ejércitos. Los elementos de la democracia pequeñoburguesa, diseminados en ese ejército y que tanto en las relaciones militares como en las ideales, desempeñaban la parte principal, poseían casi todas maneras pequeñoburguesas-revolucionarias. El profundo descontento social de las masas se exasperó y buscó un desahogo, especialmente después del desastre militar del zarismo. Apenas la revolución pudo germinar, la vanguardia del proletariado hizo revivir la tradición de 1905 y reunió a las masas populares, para organizar instituciones representativas en forma de Soviet de diputados. El ejército se vio obligado a enviar representantes a las instituciones revolucionarias, antes de que su conciencia política pudiera alcanzar el nivel de los acontecimientos revolucionarios que se iban desarrollando.

¿A quiénes podían enviar los soldados como diputados? Evidentemente, sólo a aquellos que representaban a la intelectualidad y la semi-intelectualidad, que poseían una reserva, si bien mínima, de conocimientos políticos, y que podían expresar estos conocimientos. De este modo, los intelectuales pequeñoburgueses fueron improvisadamente elevados a una enorme altura por la voluntad del ejército despierto. Médicos, ingenieros, abogados, periodistas, voluntarios de un año, que antes de la guerra llevaban una común existencia burguesa y que nunca pretendieron tomar una parte directiva, hicieron de un golpe su aparición como representantes de cuerpos enteros del ejército, e improvisadamente se sintieron *deux* de la revolución.

La nebulosidad de su ideología política correspondía perfectamente al amorfismo en la conciencia de las masas revolucionarias.

Para estos elementos, nosotros éramos "sectarios": nosotros, que habíamos sostenido con toda claridad e intransigencia los postulados sociales de los obreros y campesinos. Y nos trataban con la máxima altanería. Al mismo tiempo, la democracia pequeñoburguesa ocultaba, en su altura de "parvenú" revolucionario, la más profunda desconfianza respecto de sus propias fuerzas y de la valía de aquella masa que la había elevado a tan inesperada cima. Si bien los intelectuales se llamaban socialistas y creían ser tales, miraban con veneración mal disimulada la omnipotencia política de la burguesía liberal, sus conocimientos y sus métodos. Por esto, la aspiración de los jefes de la pequeñaburguesía consistía en obtener, a toda costa, la colaboración, la alianza, la coalición con la burguesía liberal. El programa del partido de los socialistas revolucionarios (el cual de pies a cabeza está construido sobre fórmulas humanitarias nebulosas que sustituyen con sentimentales lugares comunes y con construcciones morales a los métodos de clase), pareció ser el más adaptable edificio intelectual para esta clase de *deux* ad hoc. Su aspiración de robustecer la propia impotencia intelectual y política con la ciencia y la política burguesa, que les inspiraba tanto respeto, encontró justificación teórica en la doctrina de los mencheviques.

Esta doctrina explicaba que la revolución era una revolución burguesa y que, por consecuencia, no podría desenvolverse sin la participación de la burguesía en el gobierno. Así nació el bloque natural de los socialrevolucionarios

y de los mencheviques, en cuyo bloque halló expresión, también, la insuficiencia política de los intelectuales burgueses, como así mismo sus relaciones de vasallaje con el liberalismo imperialista.

Para nosotros era perfectamente claro que, tarde o temprano, la lógica de la lucha de clases destruiría esta combinación provisoria y eliminaría a los *deux* de este período transitorio. La hegemonía de los intelectuales pequeño-burgueses significaba que la clase campesina – improvisadamente llamada por el aparato de guerra a participar en la organización de la vida política– aplastaba numéricamente a la clase obrera y momentáneamente la descabezaba. Más todavía. Una vez que los jefes pequeño-burgueses fueron elevados por las masas del ejército a altura tan vertiginosa, el mismo proletariado, con excepción de su minoría dirigente, no podía negarle cierto respeto político y no podía, tampoco, renunciar a buscar una alianza política con ellos, ya que el proletariado corría peligro de ser aislado por la clase campesina. La vieja generación obrera no había olvidado las enseñanzas de 1905, cuando el proletariado fue batido precisamente porque, en el momento decisivo, las grandes reservas de los campesinos se abstuvieron de intervenir en la lucha. Por esta razón, en el primer período de la revolución las masas trabajadoras fueron tan accesibles a la ideología política de los social-revolucionarios y de los mencheviques; tanto más accesibles, en cuanto la revolución despertó a las masas proletarias, hasta entonces amodorradas, haciendo así del amorfismo radical intelectual una escuela preparatoria de aquellas masas.

En esas condiciones, los soviets de diputados de los obreros, soldados y campesinos significaban el dominio del amorfismo campesino sobre el socialismo proletario y el dominio del radicalismo intelectual sobre el amorfismo campesino. Si el edificio de los soviets surgió con tal rapidez, hasta tanta altura, era precisamente porque los intelectuales, con sus conocimientos técnicos y con sus relaciones burguesas, hicieron la primera parte en la obra de edificación de los soviets. Para nosotros era claro que este imponente edificio estaba construido sobre las más profundas contradicciones íntimas, y que, en la próxima etapa de la revolución, era absolutamente inevitable su destrucción.

León Trotsky

CAPITULO 7

El momento derechista del Partido Bolchevique

Marzo de 1917

La revolución de febrero de 1917 permitió el retorno a Rusia de una importante cantidad de proscriptos y exilados durante el régimen zarista. Casi en su totalidad pertenecían al partido menchevique, al bolchevique o al socialista revolucionario, y prácticamente todos ellos se sumaron a la tarea de apoyar de una u otra manera al gobierno provisional que se encontraba bajo la dirección de la burguesía. En esta misma línea hay que incluir a la dirección del bolchevismo. Lenin, todavía en el exilio, conminaba a no apoyar al Gobierno Provisional de la burguesía.

El apoyo al Gobierno Provisional predominaba también en el Soviet, cuyos "miembros, con pocas excepciones, se contentaban con reconocer en los acontecimientos de febrero la revolución burguesa rusa que establecería un régimen occidental y posponían la revolución socialista a una fecha futura aún indeterminada (...) la cooperación con el Gobierno Provisional era la conclusión de este punto de vista". Era el punto de vista "que compartían los dos primeros dirigentes bolcheviques que regresaron a Petrogrado: Kamenev y Stalin"¹.

El 15 de marzo ambos dirigentes bolcheviques tomaron la dirección de *Pravda*, el órgano de prensa del partido, e inmediatamente imprimieron al periódico un carácter francamente colaboracionista. Desde las páginas de *Pravda* se planteó entonces que los bolcheviques apoyarían decididamente al gobierno provisional "en tanto luchase contra la reacción y la contrarrevolución". Esto incluía el apoyo a la continuidad de la guerra, que se justificaba porque, en las declaraciones verbales y demagógicas del momento, el gobierno decía rechazar las anexiones de territoriales.

Según cuenta Trotsky, citando comentaristas de la época, el día en que salió a la calle el primer número de *Pravda* bajo su nueva dirección transformada, todo el mundo oficial de Petrogrado, que giraba en torno al Gobierno Provisional y los partidos conciliadores que eran mayoría en el Soviet, "comentaba la noticia: el triunfo de los bolcheviques moderados y razonables so-

1. Edward H. Carr, *La revolución rusa, de Lenin a Stalin, 1917-1929*, Madrid, Alianza, 1984.

bre los extremistas". Pero "cuando este número de *Pravda* se recibió en las fábricas, llevó una completa perplejidad al ánimo de los afiliados y simpatizantes de nuestro partido y una gran alegría a nuestros adversarios (...) En los suburbios la indignación era inmensa, y cuando los proletarios se enteraron de que se habían apoderado de *Pravda* compañeros llegados de Siberia, antiguos redactores del periódico, se exigió su exclusión del Partido."

Agrega Trotsky: "La orientación derechista navegaba a velas desplegadas (...) La política del partido en el resto del país se acomodaba, naturalmente, a la de *Pravda*. En muchos soviets, las propuestas presentadas acerca de los problemas fundamentales se votaban por unanimidad; los bolcheviques acababan sin rechistar a la mayoría. En la conferencia de los soviets de la región de Moscú, los bolcheviques se adhirieron a la resolución presentada por los socialpatriotas respecto de la guerra. Finalmente, en la conferencia de representantes de 82 soviets de toda Rusia, celebrada en Petrogrado a fines de marzo y principios de abril, los bolcheviques votaron por la resolución oficial acerca del poder, que defendió (el menchevique) Dan. Esta notable aproximación política a los mencheviques respondía a las tendencias conciliadoras, que ya habían tomado mucho auge. En provincias, bolcheviques y mencheviques formaban parte de organizaciones mixtas. La fracción Kámenev-Stalin iba convirtiéndose cada vez más marcadamente en el ala izquierda de la 'democracia revolucionaria' y se plegaba a la mecánica de la 'presión' parlamentaria entre bastidores sobre la burguesía, combinándola con un presión de entre bastidores sobre la democracia."²

Burguesía, guerra y contrarrevolución

Es muy claro entonces que la cúpula del Partido Bolchevique en marzo imprime a la organización un claro giro a la derecha. La orientación de colaborar con el Gobierno Provisional implicaba de hecho una disolución política, porque borraba las fronteras del Partido Bolchevique con el resto de los partidos "soviéticos", empeñados en la reconstrucción de un mando burgués a la Rusia post-zarista. La línea en las cúpulas de los partidos "soviéticos", que incluye en marzo a la dirección del Partido Bolchevique "in situ", no sólo chocaba contra la base proletaria del propio Partido Bolchevique, que protestaba contra el giro político tomado por *Pravda*. La tentativa de imponer la autoridad de un régimen burgués detrás del Gobierno Provisional se oponía a la tendencia objetiva del movimiento de las masas, que como una mancha de aceite se extendía en todo el territorio de la vieja Rusia zarista y se desarrollaba en el sentido estricto de una revolución, como una demolición del antiguo régimen en ruinas y aun de todo tipo de orden, para plantear una reconstrucción social y política sobre nuevas bases. El Gobierno Provisional gi-

2. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

raba en el aire, porque lo único que progresaba era la acción directa y la construcción de organismos soviéticos.

La necesidad de la burguesía liberal de cerrar rápidamente esta situación y recomponer el poder, tenía un propósito muy claro. Pretendía usar en su favor el mismo recurso que originalmente el zar buscó como salida ante la descomposición de la autocracia: la guerra. La burguesía rusa quería forjar una alternativa propia mediante la conquista de un acceso al Mediterráneo, de la toma de Constantinopla (capital de Turquía); apostaba a que la guerra pudiera adquirir nuevo aliento si en vez de hacerse en defensa o bajo el comando de una autocracia feudal, se planteaba entonces como acto defensivo de la propia revolución, en alianza con el resto de las "democracias occidentales". Así pretendía el poder de la burguesía abrirse un rumbo propio y echar atrás a la revolución; es decir, a la acción directa de las masas, normalizando la vida política e institucional del país detrás del Gobierno Provisional. En sostener este curso de los acontecimientos radicaba precisamente el significado contrarrevolucionario de la política conciliadora que ganó en un principio incluso a líderes del bolchevismo.

La acción de las masas

Pero, la revolución seguía su curso. Como observa Carr, lo que siguió al colapso de la autocracia zarista no fue tanto una bifurcación de la autoridad en el nuevo "doble poder" sino una suerte de demolición general de la autoridad. "El sentimiento común a obreros y campesinos, a la vasta mayoría de la población, era de inmenso alivio ante la liquidación del monstruoso poder zarista, sentimiento que venía acompañado de un profundo deseo de conducir sus propios asuntos a su manera (...) un movimiento de masas inspirado por una ola de inmenso entusiasmo (...) y que no estaba interesado en los principios occidentales de democracia parlamentaria y gobierno constitucional proclamados por el Gobierno Provisional"³. Era una revolución: por toda Rusia se extendían los soviets de obreros y campesinos, ciudades y distritos se autoproclamaban repúblicas soviéticas, los campesinos tomaban y repartían las tierras, los comités obreros de fábricas tomaban en sus manos el control de la producción, en las unidades militares se procedía a elegir nuevos oficiales, se demandaba por todas partes el cese de la guerra sangrienta.

Sobre la base de este antagonismo irreconciliable entre el curso revolucionario de las masas y la perspectiva opuesta que planteaba el Gobierno Provisional, Lenin planteó desde un inicio una completa delimitación del elenco burgués en el poder oficial para pasar inmediatamente a una segunda etapa de la revolución que debía llevar a los obreros y campesinos al poder. Lenin cuestionaba el intento de identificar el cataclismo insurreccional que reco-

3. Edward H. Carr, ídem anterior.

rría al inmenso territorio ruso con una revolución burguesa - el punto de vista oficial en el soviét y al cual se había plegado la dirección bolchevique. Era un profundo realismo el que informaba el planteamiento de Lenin. "Su diagnóstico mostraba a la vez agudeza y visión de futuro (...) y su dramática llegada a Petrogrado (luego de un largo exilio) a comienzos de abril hizo añicos el precario compromiso" que los viejos dirigentes bolcheviques habían intentado establecer con el gobierno capitalista⁴.

Es el inicio de otra historia.

4. Idem anterior.

"De no haberse vencido esta crisis, la revolución no hubiera podido seguir adelante"

La "crisis de marzo" puso de relieve una manifiesta inclinación en la cabeza del propio Partido Bolchevique a la defensa del "orden establecido". Mostró que el partido revolucionario no es inmune a las violentas presiones de una revolución (y de la contrarrevolución), cuya línea rectora debe ser reconocida en el violento marasmo de acontecimientos que es propio de la situación más extrema de confrontación entre las clases sociales antagónicas. Hasta fines de marzo y principios de abril, "el órgano central del partido declaraba abiertamente ante la clase obrera y ante sus enemigos que discrepaba del jefe universalmente reconocido del partido en punto al problema fundamental de la revolución, para la cual habían estado preparándose durante tantos años los cuadros bolcheviques. Basta eso para apreciar en toda su honrada la crisis del partido (...), crisis que se produjo como resultado del choque de dos tendencias irreductibles. De no haberse vencido esta crisis, la revolución no hubiera podido seguir adelante".

León Trotsky,
Historia de la Revolución Rusa

CAPITULO 8

El retorno de Lenin y el rearme del Partido Bolchevique

Lenin llegó a Rusia el 3 de abril de 1917 (según el viejo calendario; el 16 de abril, de acuerdo con el nuevo), poco más de un mes después de la Revolución de Febrero que derrocó al zar, creó los soviets y le dio el poder a la clase capitalista, representada en el Gobierno Provisional. Los planteos del propio Lenin, contrarios a la colaboración con la burguesía – formulados desde su exilio en Suiza durante las semanas previas a su retorno – habían sido desoídos por buena parte de los viejos bolcheviques. En el curso del mismo mes de abril, sin embargo, el líder del bolchevismo reorientará la actividad del partido y preparará las condiciones para la toma del poder por el proletariado.

La batalla de Lenin en favor de una "segunda revolución", que debía conducir a los obreros y campesinos al poder, toma una forma muy concreta desde que pisa el suelo ruso en la estación ferroviaria de Finlandia, en Petrogrado. Lenin fue recibido por una delegación de los partidos soviéticos. El dirigente menchevique Chaidze hizo el saludo oficial, invitando al jefe bolchevique a sumarse a la tarea de consolidar la democracia, lo cual implicaba sostener al Gobierno Provisional. En un ambiente no exento de tensión, Lenin homenajeó a los trabajadores rusos y planteó que la gesta revolucionaria representaba una "nueva era (...) la de la revolución socialista mundial". En un primer discurso, a metros del tren que lo había traído en un largo viaje desde el destierro, Lenin señalaba así, brutalmente, su delimitación estratégica con los colaboracionistas.

Desde la estación ferroviaria, Lenin fue conducido al edificio que albergaba a la dirección del Partido Bolchevique. Allí, durante dos horas, volvió a acometer contra la línea oficial de los soviets y de buena parte de su propio partido. Propuso preparar el derrocamiento, no ya del zar sino del gobierno capitalista. Gobierno de los obreros y campesinos, por un lado, o dictadura contrarrevolucionaria del capital, por el otro; esa era la única alternativa. Para sus detractores, todo eso era una aventura. Consideraban que, una vez derrotada la aristocracia feudal, la "nueva era" consistía en la consolidación de la democracia, o sea del poder de la burguesía.

Los testimonios de la época dan cuenta del impacto enorme que tuvieron las palabras de Lenin entre propios y extraños. "No olvidaré nunca aquel discurso parecido a un trueno, que me conmovió y asombró; y no sólo a mí, he-

reje que había entrado allí sin derecho a entrar, sino a todos los correligionarios. Puedo afirmar que nadie esperaba nada parecido. Diríase que habían salido de sus madrigueras todas las fuerzas elementales, y que el espíritu de la destrucción, arrollando sin miramientos las barreras, las dudas, las dificultades, los cálculos, se cernía sobre la sala (...) por encima de las cabezas de los discípulos hechizados. Escuchaban entonces a un Lenin inequívoco, contundente: '¡No nos interesa nada la república parlamentaria, la democracia burguesa! ¡No nos interesa ningún gobierno que no sea el de los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos!...', escribe en sus memorias el socialista sin partido Nicolai Sujanov.¹

Lenin no improvisaba. Al partir del exilio, en su carta de despedida a los obreros suizos, recordó la declaración aparecida en el otoño de 1915 en el periódico de los bolcheviques: "Si la revolución lleva al poder a un gobierno republicano que se obstina en proseguir la guerra imperialista, los bolcheviques estarán contra la defensa de la patria republicana. Esta situación se ha producido. Y nuestro lema es: nada con un gobierno Guchkov-Miliukov (líderes del Gobierno Provisional)".² Pero, además, en esa misma carta, hizo otro señalamiento fundamental: "las proporciones inmensas de la revolución democrática burguesa en Rusia harán de nuestra revolución el prólogo de la revolución socialista mundial".³ Por primera vez en esta carta, dice Trotsky al citarla, Lenin afirma que el proletariado ruso comenzará la revolución socialista; Trotsky concluye: "he ahí el eslabón que unía la antigua posición del bolchevismo, en que la revolución se reducía a objetivos democráticos, a la nueva posición que Lenin definió por primera vez ante el partido (al regresar a Rusia)".⁴

Lo viejo...

La consigna de la "dictadura democrática-revolucionaria de obreros y campesinos" tenía la particularidad de plantear de un modo paradójico la lucha revolucionaria de principios de siglo XX en Rusia. Se trataba de una revolución burguesa sin la burguesía e incluso contra ella. Su tarea era terminar tanto con la autocracia como con las relaciones feudales y precapitalistas que dominaban el atrasado medio económico y social del país. Para avanzar decisivamente en las tareas democráticas que planteaba la revolución – la destrucción del Estado zarista y la resolución de la cuestión agraria– el poder debía pasar a manos de una alianza de obreros y campesinos, en frontal oposición a la burguesía liberal. La consigna recogía el

1. Citado en León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

2. Vladimir I. Lenin, "Carta de despedida a los obreros suizos" (1917).

3. Idem anterior.

4. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

peso social del campesinado como clase social portadora de relaciones sociales capitalistas.

El gobierno revolucionario de los obreros y campesinos, al desarrollar la revolución democrática – es decir, al liquidar los resabios feudales, reforzar socialmente al proletariado y permitir su educación socialista– preparaba las condiciones para la propia dictadura proletaria. Así, la revolución democrática llevada adelante por una dictadura obrero-campesino asume, para Lenin, el carácter de una revolución "ininterrumpida" que abarcará todo un período histórico.

Los mencheviques calificaban de absurda semejante fórmula, sin tener presente que, ya desde 1850, Marx y la Liga de los Comunistas habían señalado la conducta contrarrevolucionaria de la burguesía en la revolución democrática; es decir, que prefería aliarse al "viejo régimen" temerosa de ser desplazada por la ya entonces ascendente clase obrera. La divergencia entre mencheviques y bolcheviques no versaba sobre la naturaleza de las tareas que implicaba la revolución, sino sobre su mecánica de clase.

...y lo nuevo

En 1917, todo el eje polémico de Lenin con sus propios camaradas apunta a que se entienda en qué consiste la "nueva situación" creada por la revolución, en qué consiste su "originalidad" y en qué obliga esta nueva situación a revisar o entender de una nueva manera las "viejas consignas" que no deben ser adaptadas como recetas. Planteó entonces en qué sentido la consigna de la dictadura democrática había "envejecido" (ver aparte). Trotsky hace la misma caracterización: "el giro que en la práctica tomó la Revolución de Febrero rompió el esquema tradicional del bolchevismo. La revolución se hizo gracias a la alianza de obreros y campesinos (pero) llevó al poder, en realidad, a un gobierno burgués, (así) la baraja se revolvió (...) en vez de una dictadura revolucionaria, es decir, de una concentración de poder, se instauró un régimen incoherente de poder dual, en el que las menguadas energías de los elementos dirigentes se malgastaban estérilmente en superar los conflictos internos. Nadie había previsto este régimen". Lenin "no sustituyó (la antigua consigna) por ninguna otra, ni siquiera condicional o hipotéticamente", continúa Trotsky⁵.

Luego de 1905, Trotsky había señalado que las limitaciones de la fórmula leninista de la dictadura democrática revolucionaria de obreros y campesinos se concentraban en dos cuestiones. Primero: que planteaba la posibilidad de que el campesinado tuviera un papel dirigente que no podría desempeñar debido a su falta de cohesión social y de perspectiva histórica propia (el campesinado seguiría a la burguesía o al proletariado). Segundo: que la

5. Idem anterior.

consigna no admitía que la revolución pudiera incluir desde un inicio medidas anticapitalistas derivadas precisamente de su mecánica política o como respuesta a la hostilidad contrarrevolucionaria de la burguesía. Por eso, Trotsky planteó desde 1905 que la lucha por la democracia conduciría a la dictadura del proletariado, apoyada en los campesinos, sin que hubiera otra alternativa. Para Trotsky, el proletariado ruso debería jugar el papel de caudillo urbano del campesinado que en las revoluciones democráticas (burguesas) clásicas había jugado la burguesía. Esto era consecuencia necesaria de la diferente estructura social de la Rusia de comienzos del siglo XX respecto de los países europeos de los siglos XVII y XVIII: a diferencia de Inglaterra y Francia, donde existía en esos años un proletariado incipiente, en Rusia se había desarrollado, sobre la base de relaciones sociales feudales y semif feudales, una poderosa industria moderna y, con ella, un proletariado concentrado y vigoroso. Con el planteo de Trotsky de la revolución permanente, la "paradoja" de Lenin era llevada a su formulación más acabada.

En 1917, Lenin plantea que para que la revolución triunfara, era imprescindible que el poder pasara enteramente a manos del proletariado apoyado en los campesinos. Para sus críticos, Lenin se había pasado al "trotskismo".

Dos años después, en marzo de 1919, en ocasión del Congreso fundacional de la Internacional Comunista, Lenin generalizó las conclusiones que ya había señalado en marzo de 1917, en la estación Finlandia. En sus "Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado", Lenin señalaba que con la llegada del proletariado al poder en Rusia se había abierto la época histórica de la revolución socialista internacional, que se caracteriza por la lucha mortal entre la dictadura de la burguesía (democracia parlamentaria) y la dictadura del proletariado (los soviets). Para Lenin, el contenido del internacionalismo es la lucha por la dictadura del proletariado en cada país (y el apoyo a los que luchan por esa dictadura en todos los países).

Un debate clave

Los planteos de Lenin desde su llegada a Petrogrado desatan una viva polémica al interior del partido. El propio líder bolchevique lo hace explícito en una carta del momento cuando afirma que sus planteos "dieron lugar a discrepancias entre los mismos bolcheviques y en la propia redacción de *Pravda*... (por lo cual) llegamos a la conclusión de que lo más conveniente sería discutir abiertamente estas discrepancias". Será apenas 24 horas después de su arribo que Lenin redactará rápidamente un texto para dejar en claro su "nueva posición". Son diez puntos, bajo la forma de tesis, que constituyen uno de los documentos fundamentales de la revolución y que fijarán el programa de la toma del poder por los obreros y campesinos. Han pasado a la historia como las *Tesis de Abril*.

Lenin enmienda la plana a los "viejos bolcheviques"

"La fórmula de la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado ha envejecido"

"La dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado ya ha sido realizada (en cierta forma y hasta cierto punto) plasmada en el Soviet de diputados obreros y soldados. Ahí la tienen ustedes ya plasmada por la vida. Esta fórmula ha envejecido ya. La vida la ha sacado del reino de las fórmulas al reino de la realidad, la ha revestido de carne y hueso, la ha concretado y con ello le ha dado una forma nueva. En el orden del día hay ya una tarea distinta, nueva: la escisión entre los elementos proletarios en el seno de esta dictadura... y los elementos propietarios o pequeño burgueses (partidarios del apoyo a la burguesía y al gobierno burgués). Quien en el momento actual sólo habla de 'dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado' va a la zaga de la vida, se ha pasado prácticamente... a la pequeña burguesía y está en contra de la lucha de clases proletaria, por lo que debe ser entregado al archivo de las rarezas 'bolcheviques' prerrevolucionarias (puede llamarsele: archivo de 'viejos bolcheviques')."

"Cartas sobre Táctica". Carta primera: Apreciación del Momento; escrita entre el 8 y el 13 de abril de 1917

CAPITULO 9

Las Tesis de Abril

"Como no llegué a Petrogrado hasta el 3 de abril por la noche, naturalmente, sólo en nombre propio y haciendo constar mi insuficiente preparación pude intervenir en la asamblea del 4 de abril con un informe acerca de las tareas del proletariado revolucionario. Lo único que podía hacer para facilitarme la labor a mí mismo y para facilitársela también a los oponentes de buena fe, era preparar las tesis por escrito. Así lo hice (...). Las leí muy despacio y por dos veces: primero en la reunión de los bolcheviques y luego en la de los bolcheviques y mencheviques."¹ Con estas palabras Lenin presentó en Pravda, el diario oficial del partido, la publicación del documento conocido como las Tesis de Abril, un texto clave para comprender la evolución de la Revolución Rusa de febrero a octubre. Lenin las presenta en "nombre propio" porque no contaba con el apoyo de sus compañeros, ni siquiera de la dirección del periódico, que debe ser incluida entre los que califica como "oponentes de buena fe". La lectura cuidadosa del texto ("muy despacio") parece traducir la conciencia de su autor sobre el alcance y la profundidad que tenía la reformulación de sus antiguas posiciones a la luz de la nueva situación creada con el derrocamiento del zar. Las tesis son diez en total, y abordan cuatro temas decisivos: a) la posición frente a la guerra; b) la conducta ante el Gobierno Provisional; c) el programa para la toma del poder; y d) la necesidad de una suerte de refundación del partido y de formar una nueva Internacional obrera.

La posición frente a la guerra

Las Tesis de Abril comienzan con un tajante rechazo a la continuidad de la guerra, que seguía entonces bajo la conducción del gobierno capitalista y con el apoyo de los soviets. Esta era, efectivamente, la cuestión número uno. En febrero, la burguesía le había soltado las manos al zar temiendo que éste propusiera una paz por separado a Alemania para evitar el derrumbe de su propio régimen. La burguesía entendía que la continuidad de la guerra no sólo debía asegurar sus propios intereses, participando con los imperialistas de Francia e Inglaterra en las conquistas derivadas de la derrota del ejército alemán. Serviría también para mantener al ejército zarista y contener el progreso de la propia revolución. Lenin percibió como nadie que el apoyo a la guerra en

1. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril" (abril de 1917).

nombre de la "democracia" equivalía a quebrar el espinazo de la revolución. Era la negación de toda la política del bolchevismo contra el socialpatriotismo y la degeneración de la II Internacional, que se había pasado precisamente al campo "nacional" de sus propias burguesías imperialistas². La primeras líneas de las Tesis, entonces, vuelven al punto: "la guerra, bajo el nuevo gobierno (burgués) sigue siendo una guerra imperialista de rapiña (y) no debe tolerarse ni la más insignificante concesión al 'defensismo revolucionario'..."³.

Lenin interpellaba así, de entrada, no sólo a la mayoría menchevique y populista, es decir, a los centroizquierdistas que dirigían el Soviet de Petrogrado sino a los propios bolcheviques, que cotidianamente realizaban esa "concesión intolerable" al "defensismo revolucionario". Lenin se preocupa inmediatamente de explicar que "el proletariado consciente sólo puede dar su asentimiento a una guerra revolucionaria que justifique real y verdaderamente el defensismo revolucionario si se dan las siguientes condiciones; a) que el poder pase a manos del proletariado y de los campesinos pobres, aliados del proletariado; b) que se renuncie de hecho y no de palabra a todas las anexiones; c) que se rompa realmente y de un modo absoluto con todos los intereses del capital"⁴. Las definiciones de las Tesis son nítidas y brutales.

La posición frente al Gobierno Provisional

La segunda tesis vuelve a machacar el enérgico rechazo a la política del Soviet de sostenimiento al Gobierno Provisional. Lenin rechazó cualquier apoyo a este gobierno de monarquistas, capitalistas y terratenientes desde las primeras noticias de la Revolución de Febrero⁵.

La "peculiaridad" de la situación, insiste Lenin, consiste en "el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y organización, a su segunda etapa, *que debe poner el poder en manos del proletariado y de los campesinos pobres*"⁶. Para Lenin, la revolución debería haber llevado al poder, de manera directa, a los obreros apoyados por los campesinos; es decir, debería haber llevado de manera directa a la dictadura del proletariado. Si esto no fue así, se debió a las limitaciones políticas propias del proletariado ("carecer del grado necesario de conciencia y organización"). Las Tesis de Abril aportan una clarificación de la situación emer-

2. Ver "El derrotismo revolucionario" y la "Guerra y el método de Lenin", en este volumen.

3. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril".

4. Idem anterior.

5. Vladimir I. Lenin, "Cartas desde lejos".

6. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril" (diferenciado nuestro).

gente de Febrero, una delimitación política respecto de los centroizquierdistas, un programa y una táctica para ayudar a la clase obrera a superar esas limitaciones políticas, y así abrir el camino a la lucha por un gobierno obrero y campesino.

Lenin concluye en la tercera tesis: "Ni el menor apoyo al Gobierno Provisional; demostrar la falsedad absoluta de todas sus promesas, principalmente de la renuncia a las anexiones (otra vez la cuestión de la guerra)"⁷. Y nuevo dardo contra los "viejos bolcheviques": "en vez de 'exigir' que la guerra deje de ser imperialista, cosa inadmisibles y que no hace más que despertar ilusiones (...) desenmascarar a este gobierno, que es un gobierno capitalista"⁸.

"Explicar pacientemente"

Un mismo hilo conductor recorre las tres primeras tesis, tanto en la cuestión de la guerra como en la caracterización de la entrega del gobierno a la burguesía por parte de los soviets. Es el reconocimiento de que tanto la confiscación del poder por los representantes del capitalismo como la continuidad de la guerra se concretan sin ninguna coacción, sin "violencia contra las masas"; la burguesía no apela a la fuerza para continuar la guerra, sino que se aprovecha de las ilusiones democráticas de las masas. En estas condiciones, también, el pasaje de la primera a la segunda etapa de la revolución se "caracteriza por un máximo de legalidad – Rusia es actualmente el más libre de todos los países beligerantes"⁹.

Esa "peculiaridad", explica Lenin, es consecuencia de "la confianza inconsciente de las masas en el gobierno de los capitalistas, los peores enemigos de la paz y el socialismo"¹⁰. Y agrega: "esta peculiaridad exige de nosotros capacidad para adaptarnos a las condiciones específicas de la labor del partido entre masas extraordinariamente inmensas del proletariado, que acaban de despertar a la vida política"¹¹. Lenin determina la táctica de su partido a partir de la comprensión de las condiciones concretas (contradictorias) en que se desarrollan la revolución y la conciencia de las masas. Tiene en cuenta incluso la necesidad de distinguir cuidadosamente la política guerrillera de la burguesía de "la indudable buena fe de grandes capas de partidarios del defensismo revolucionario (...) engañadas por la burguesía (y) que admiten la guerra únicamente como una necesidad impuesta y no para fines de conquista"¹².

Lenin parte, en la cuarta tesis, de "reconocer que en la mayor parte de los soviets de diputados obreros, nuestro partido está en minoría y, por el momento, en una minoría débil, frente al bloque de todos los elementos pequeñoburgueses y oportunistas, sometidos a la influencia de la burguesía

7, 8, 9, 10, 11, 12. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril".

y que llevan dicha influencia al seno del proletariado"¹³. En tal situación, la tarea clave que corresponde desenvolver consiste "no sólo en explicar a las masas que los soviets de diputados obreros son la única forma posible de gobierno revolucionario", sino que, por esa razón, "mientras este gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión sólo puede consistir en explicar los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades de las masas"¹⁴. Y no suelta el hueso: "mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando, al mismo tiempo, la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los soviets de diputados obreros, para que, sobre la base de la experiencia, las masas se desprendan de sus errores"¹⁵.

El planteo de Lenin de "explicar pacientemente" ha sido usado, abundantemente, para justificar el puro propagandismo, opuesto a la acción directa y a la organización política independiente del proletariado. Se trata de una completa desnaturalización. En Lenin, la fórmula de "explicar pacientemente" surge de las peculiares condiciones creadas por la Revolución de Febrero, en la que el Estado ha perdido la mayor parte de su poder de coacción, en que las masas se encuentran armadas, pero en la que el proletariado no había tomado el poder por falta del "grado necesario de conciencia y organización". Lenin comprendió que mientras el proletariado confiara en los centroizquierdistas que habían entregado el poder a la burguesía, ninguna reivindicación, por sí misma, era capaz de impulsar la revolución hacia adelante. El paso de la primera a la segunda revolución, que debería llevar al proletariado al poder, sólo podía ser resultado de un giro en la conciencia política de la clase obrera (y, en consecuencia, de su organización).

Dicho de otro modo: la Revolución de Febrero había destruido casi hasta sus cimientos al Estado zarista; no había una fuerza material burguesa de represión contra el proletariado. Por otro lado, el entramado de los soviets, con la elección y revocación de mandatos, permitiría un cambio en la composición de sus direcciones (primero en los más ligados a las masas, de barrio o de distrito; luego en los superiores – provinciales– y, finalmente, el soviets panruso), que registrara, de una manera directa, ese giro en la conciencia política de las masas. Es sólo en el cuadro de estas condiciones excepcionales que Lenin señala que la tarea de los bolcheviques consiste en "explicar pacientemente". Como escribiría en un folleto redactado inmediatamente después de las *Tesis de Abril*, esa es la "peculiar naturaleza de las tácticas que se derivan (...) de la peculiar naturaleza del doble poder..."¹⁶.

13, 14, 15. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril".

16. Vladimir I. Lenin, "Las tareas del proletariado en nuestra revolución (proyecto de plataforma del partido proletario)".

Las nuevas formas de poder

Lenin tenía en cuenta, de modo concreto, la naturaleza particular de los soviets en cuanto órganos "nuevos" y "originales" de un poder que podía reemplazar a las instituciones pseudorepresentativas del Estado burgués. Mientras estas últimas estaban diseñadas especialmente para asegurar el dominio de la burguesía y emancipar a los "representantes" del control popular, los soviets, al revés, actuaban bajo la presión directa de las masas movilizadas y podían destituir y renovar a los diputados obreros. De hecho, la composición de los soviets cambiará vertiginosamente en el período febrero-octubre. Un tema obsesivo de Lenin en todo este tiempo es poner de relieve que en esa renovación interna de los soviets, en esa suerte de plasticidad que podía adaptarlos a la propia marcha de la revolución, se concretaba una de las características más importantes de un poder nuevo, de un "Estado nuevo" que debía sustituir a las viejas formas del Estado capitalista y que ya Marx había observado en el primer gobierno obrero de la historia: la Comuna de París en 1871.

Otra de las características de este "Estado nuevo del tipo de la Comuna" es el reemplazo de una fuerza armada especial por el armamento del pueblo. Lenin hace especial hincapié en la necesidad de desarrollar, fortalecer y extender la milicia obrera. No sólo como una forma de prevenir el retorno de la vieja y odiada policía; la nueva milicia obrera, además, debía "conjugar funciones militares con funciones generales del Estado y con el control de la producción social y la distribución"¹⁷.

Una lógica implacable guía el planteamiento de Lenin en las *Tesis de Abril*, que continúan, en el quinto punto: "No a una república parlamentaria – volver a ella desde los soviets de diputados obreros sería dar un paso atrás– sino una república de los soviets de diputados obreros y campesinos en todo el país, de abajo arriba. Supresión de la policía, del ejército y de la burocracia (es decir: sustitución del ejército permanente por el pueblo en armas, aclara el propio Lenin en una nota de pie de página). La remuneración de los funcionarios, todos ellos elegibles y removibles en cualquier momento, no deberá exceder el salario medio de un obrero calificado".

En las *Tesis de Abril*, Lenin presenta como programa práctico de acción inmediata, un compendio resumido del célebre *El Estado y la Revolución*, la obra que se había comenzado a preparar, y que redactaría en las visperas mismas de la Revolución de Octubre.

17. Ver Vladimir I. Lenin, "Cartas desde lejos".

"El nuevo tipo de Estado que crea nuestra revolución"

Extracto de "Las tareas del proletariado en nuestra revolución", escrito por Lenin inmediatamente después de las Tesis de Abril.

Los soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., no sólo han sido incomprendidos en el sentido de que la mayoría no tiene una idea clara de su significación de clase y de su papel en la revolución rusa. Tampoco han sido comprendidos como una nueva forma; mejor dicho, como un nuevo tipo de Estado. El tipo más avanzado de Estado burgués es la república democrática parlamentaria (...) Pero a partir de fines del siglo XIX, las épocas revolucionarias hacen nacer un tipo superior de Estado democrático, un Estado que, en ciertos aspectos, según la expresión de Engels, deja de ser un Estado; ya 'no es un Estado en el sentido estricto de la palabra'. Nos referimos al Estado del tipo de la Comuna de París, en que el ejército y la policía, separados del pueblo, son sustituidos por el armamento directo e inmediato del pueblo mismo. En esto reside la esencia de la Comuna, tan vilipendiada y calumniada por los escritores burgueses y a la que, entre otras cosas, atribúen erróneamente la intención de "implantar" inmediatamente el socialismo.

La revolución rusa comenzó, primero en 1905 y luego en 1917, a edificar un Estado precisamente de este tipo (...). Las diferencias principales entre este último tipo de Estado y el antiguo consisten en lo siguiente: de la república parlamentaria burguesa es muy fácil volver a la monarquía (la historia lo demuestra), ya que queda intacto todo el aparato de opresión; el ejército, la policía, la burocracia¹. La Comuna y los soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etcétera, destruyen y eliminan ese aparato. La república parlamentaria burguesa dificulta y estrangula la vida política independiente de las masas, su participación directa en la edificación democrática de toda la vida del Estado, de abajo arriba. Lo contrario sucede con los soviets de diputados obreros y soldados.

1. En el caso de países como Argentina, volver a la dictadura (N. de la R.).

Las Tesis de Abril (II)

En el capítulo anterior, comenzamos a analizar las Tesis de Abril, escritas por Lenin apenas retornó a Rusia. Estas Tesis... tenían por objetivo reorientar radicalmente la política del Partido Bolchevique que, en las primeras semanas que siguieron a la Revolución de Febrero, mantuvo una política de conciliación con la mayoría menchevique-socialista revolucionaria del Soviet, que había entregado el poder a la burguesía (representada por el Gobierno Provisional).

Lo que domina por entero las "Tesis de Abril" es la idea de la necesidad de preparar una "segunda revolución" que lleve al poder a los obreros y campesinos. Las cinco primeras tesis se concentran en criticar la política de apoyo a la continuidad de la guerra imperialista ("defensista") y en impugnar la línea prevaleciente en los soviets de compromiso y sostenimiento del Gobierno Provisional burgués (véase capítulo anterior).

La cuestión decisiva del poder, que es en definitiva lo esencial en cualquier revolución, se plantea también desde el vamos en la sexta tesis cuando Lenin propone las medidas que juzga indispensables en relación con la situación del campesinado: "En el programa agrario (hay que) trasladar el centro de gravedad a los soviets de diputados obreros agrícolas (con la finalidad de proceder) a la confiscación de todas las tierras de los latifundios (y a la) nacionalización de todas las tierras del país, de las que dispondrán los soviets locales de diputados obreros y campesinos"¹. Esto debía reforzarse con la "creación de soviets especiales de diputados campesinos pobres".² La tesis ilustra el concepto de "programa" de Lenin: la asociación de las reivindicaciones a una fórmula de gobierno de los explotados.

La cuestión agraria y el gobierno obrero y campesino

En un texto complementario de la "Tesis de Abril" Lenin explica que, en aquel momento, nadie sabía en qué medida se desarrollaba la revolución agraria en el país y en qué medida avanzaba la "diferenciación que divide al campesinado en obreros agrícolas, obreros temporarios y campesinos pobres ("semiproletarios") de un lado, y a los campesinos ricos y medios (capitalistas y pequeños capitalistas) de otro. Pero como partido del proletariado (...) tene-

1. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril".

2. Idem anterior.

mos la obligación de presentar no sólo un programa agrario, sino también de propagar en interés de la revolución agraria campesina de Rusia una serie de medidas prácticas inmediatamente realizables".³

En ese sentido, continúa, "debemos exigir la nacionalización de todas las tierras, es decir, que todas las tierras del país pasen a ser propiedad del poder central del Estado (que) regulará el uso de las tierras y, en primer lugar, deberá prohibir incondicionalmente toda mediación entre el propietario del suelo, o sea, el Estado, y el arrendatario del mismo, o sea el agricultor".⁴ Para que no haya dudas sobre qué significa "el Estado", aclara: "deben ser los soviets regionales y locales de diputados campesinos – y en ningún modo, la burocracia, los funcionarios– quienes dispongan entera y exclusivamente de la tierra y fijen las condiciones locales de su posesión y disfrute".⁵

La cuestión del poder queda planteada así como nexo concreto entre el planteo "objetivo" de qué hacer (confiscar a los terratenientes) y su costado subjetivo (quién lo hace). La conclusión es la necesidad de extender la organización soviética en toda Rusia. Lenin insistirá en que debían ser desoidas las prédicas liberales y/o burocráticas, incluso de los propios soviets, que aconsejaban "esperar" una "nueva legislación" para proceder a la expropiación de los terratenientes, lo que, a su vez, seguiría a la eventual convocatoria de una Asamblea Constituyente... que ni el Gobierno Provisional, ni los dirigentes del Soviet (mencheviques y socialistas revolucionarios) estaban dispuestos a convocar. Al contrario, "el partido del proletariado deberá exhortar a los campesinos para que realicen inmediatamente y por su propia cuenta la reforma agraria y procedan, previa decisión de los soviets locales de diputados campesinos, a la confiscación inmediata de las tierras de los terratenientes".⁶

La cuestión nacional

En el *Proyecto de plataforma para el partido proletario*, escrito inmediatamente después de las *Tesis de Abril*, Lenin une en un capítulo único el programa agrario y el programa nacional del bolchevismo. Rusia era una "cárcel de pueblos", un imperio que había anexado por la fuerza a innumerables pueblos "no rusos", sobre los que descargaba una violenta opresión política y cultural (prohibición de hablar su propia lengua, erradicación de su cultura). El Gobierno Provisional burgués, al mismo tiempo que cotidianamente hablaba de "libertad" y "democracia", mantenía férreamente la opresión de las nacionalidades "no rusas".

En oposición a esta fraseología "que engaña al pueblo", Lenin plantea que "la completa libertad de secesión, la más amplia autonomía nacional (y local) y garantías elaboradas sobre los derechos de las minorías nacionales – éste es el programa del partido revolucionario".⁷

3. Vladimir I. Lenin, "Las tareas del proletariado en nuestra revolución (proyecto de plataforma para el partido proletario)".

4, 5, 6 y 7. Idem anterior.

De la misma manera que el programa agrario le valió el apoyo de millones de campesinos "hambrientos de tierra", su programa nacional le valió al Partido Bolchevique el respaldo de millones de explotados de las nacionalidades oprimidas de Rusia. Muchos años después, León Trotsky señalaría la importancia de este programa al afirmar que "la política nacional del bolchevismo aseguró la victoria de la Revolución de Octubre".⁸

Socialismo y democracia

De manera muy sucinta, en las dos líneas de la séptima tesis, Lenin dice: "Fusión inmediata de todos los bancos del país en un banco nacional único, sometido al control de los soviets de diputados obreros".⁹ Sin la nacionalización de la tierra, de los bancos y de los principales trusts capitalistas, explica Lenin, "será imposible sanar las heridas causadas por la guerra y evitar el colapso que nos amenaza".¹⁰

Inmediatamente aclara en la octava tesis: "No 'implantación' del socialismo como nuestra tarea inmediata, sino pasar únicamente a la instauración inmediata del control de la producción social y de la distribución de los productos por los soviets de diputados obreros".¹¹

Lenin realiza aquí una distinción impresionante. Porque es evidente para cualquiera que el socialismo significa un control de la producción social y de la distribución por la clase explotada organizada como poder. Pero el desarrollo autónomo de esta gestión social no estaba asegurado debido al bajo desarrollo de las fuerzas productivas de Rusia, o sea, su atraso histórico. La gestión social se encontraba impuesta por la catástrofe inmediata; de este modo nacía la necesidad de la gestión obrera y por lo tanto su posibilidad. Para pasar a un estadio superior, el socialismo, hacían falta otras condiciones, en primer lugar la revolución socialista en los países avanzados, la que daría su sustancia histórica a la dictadura del proletariado en Rusia.

En sus *Tesis de Abril*, "Lenin permaneció fiel a su tradición política por el hecho de no proponer en ese momento exigencias de tipo socialista, sino radicalmente democráticas. Dado que la burguesía liberal decía rechazar los principios democráticos de 'paz, pan, tierra, libertad', era ridículo que la democracia tolerase al Gobierno Provisorio. La democracia rusa, es decir, los consejos (soviets), debe tomar el poder".¹²

Pero esa "democracia rusa" (los soviets) tenía una particularidad: como explicaba Lenin, era un Estado de "nuevo tipo", ya "no es un Estado en el sentido estricto de la palabra porque el ejército y la policía, separados del pue-

8. León Trotsky, *La revolución traicionada*.

9. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril".

10. Vladimir I. Lenin, "Las tareas del proletariado...", citado.

11. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril".

12. Arthur Rosenberg, *Historia del bolchevismo, México, Pasado y Presente*, 1977.

blo, son sustituidos por el armamento directo e inmediato del pueblo mismo". Era un Estado del tipo de la Comuna, una dictadura del proletariado.

Comunismo, internacionalismo, programa de transición

La dos últimas tesis coronan la preparación política del partido para pelear por la toma del poder. En la novena tesis, Lenin plantea que las propias "Tesis..." se conviertan en el programa del partido. Para esto propone la convocatoria inmediata de un congreso para modificar el programa de tal modo que se reformulen "principalmente" lo que corresponde a la posición frente tres cuestiones: "a) sobre el imperialismo y la guerra imperialista; b) sobre (...) nuestra reivindicación de un 'Estado comuna'; y c) (para la) reforma del programa mínimo ya anticuado". Esto último es significativo: ya no se trata de los reclamos frente al poder de la clase enemiga, sino de la conquista del poder propio por parte del proletariado y los campesinos. La idea, entonces, de un "programa de transición", que Trotsky retomará más tarde, está ya indicada en esta propuesta.

En la misma novena tesis, Lenin plantea el cambio del nombre del partido, "abandonando el nombre de socialdemocracia, cuyos líderes oficiales han traicionado al socialismo y se han pasado a la burguesía en el mundo entero (...) en lo sucesivo debemos llamarnos Partido Comunista"¹³ (es decir, el partido que lucha por un Estado del tipo de la Comuna, por el pasaje de todo el poder a los soviets, por la dictadura del proletariado).

Lenin despliega todos los medios necesarios para emprender lo que denominara el "primer acto de la revolución socialista internacional". La transición histórica a lo que Lenin llama una "nueva era", planteada por la guerra imperialista, exige una completa reconfiguración del movimiento obrero internacional. En la décima y última tesis, Lenin plantea la "renovación de la Internacional" y la necesidad de una "iniciativa de creación de una Internacional Revolucionaria, contra los socialchovinistas y contra el 'centro'...".¹⁴

Las "Tesis de Abril" fueron aprobadas por la Conferencia bolchevique; otra cosa es si fueron comprendidas. Hasta el día previo a la Conferencia la vieja dirección mantenía una actitud conciliadora con la mayoría centroizquierdista del Soviet, más adelante surgieron serias divergencias en los momentos clave de la revolución. Pero no es necesario adelantarse a los hechos para observar las reservas con que la dirección del bolchevismo recibió las *Tesis de Abril*. En la votación sobre el cambio de nombre del partido y la fundación de la III Internacional, Lenin obtuvo un solo voto... el suyo propio.

13. Vladimir I. Lenin, "Tesis de Abril".

14. Idem anterior.

"Hay que fundar ahora mismo la III Internacional"

Durante los años de la guerra, en el movimiento socialista y el movimiento obrero internacional en cada país, han evolucionado tres tendencias. Quien ignore la realidad y rechace reconocer la existencia de estas tres tendencias, analizarlas y luchar consistentemente por la tendencia que es realmente internacionalista, está condenado a la impotencia, a la inutilidad y a los errores.

Esas tres tendencias son:

1. Los socialchovinistas, es decir, los socialistas de palabra y chovinistas de hecho (que) admiten la "defensa de la patria" en la guerra imperialista (...) Son nuestros enemigos de clase y se han pasado al campo de la burguesía (...)

2. La segunda tendencia, el llamado "centro", consiste en gente que oscila entre los socialchovinistas y los internacionalistas verdaderos (...) El "centro" es el reino de las piadosas frases pequeñoburguesas, del internacionalismo de palabra, del oportunismo pusilánime y de la adulación del socialchovismo en los hechos (...) La clave de la cuestión reside en que el "centro" no está convencido de la necesidad de una revolución contra el propio gobierno, no propaga esa necesidad y, en vez de librar una lucha revolucionaria, inventa los subterfugios más vulgares para susstraerse a ella (...)

3. La tercera corriente, (es) la de los verdaderos internacionalistas (...) Su principal rasgo distintivo es la ruptura total con el socialchovinismo y con el "centro", la lucha revolucionaria abnegada contra el gobierno imperialista propio y contra la burguesía imperialista propia. (...)

La Internacional zimmerwaldiana¹ adoptó desde el primer momento una actitud vacilante, "kautskista", centrista, lo que obligó a la izquierda zimmerwaldiana a desolidarizarse inmediatamente de ella, a separarse y lanzar su propio manifiesto (...) El principal cortocircuito de la Internacional de Zimmerwald y la causa de su colapso (...) fue su vacilación e indecisión (para) romper completamente con el socialchovinismo (...) Es imposible seguir tolerando por más tiempo a la charca zimmerwaldiana (...) Estamos obligados (...) ahora mismo a fundar una nueva Internacional revolucionaria, proletaria; mejor dicho debemos proclamar sin temor que esa Internacional ya ha sido fundada y actúa. Esta es la internacional de los "internacionalistas de hecho" (...) Nuestro partido no debe esperar sino proceder inmediatamente a la fundación de la III Internacional (...) una Internacional enemiga irreductible de los traidores socialchovinistas y de los elementos vacilantes del "centro"...

Después de todo lo que se ha dicho, no hay necesidad de malgastar muchas palabras explicando que la amalgama de los socialdemócratas de Rusia² está fuera de cuestión. (...)

El internacionalismo de hecho es uno y sólo uno: trabajar abnegadamente para desarrollar el movimiento revolucionario y la lucha revolucionaria en el propio país, apoyar – con la propaganda, con la ayuda moral y material– esta lucha, esta línea y sólo ésta, en todos los países sin excepción.

Vladimir I. Lenin, 23 (10) de abril de 1917

TERCERA PARTE

El Fantasma de Octubre

CAPITULO 11

Las "Jornadas de Abril"

Fracasa el primer golpe de la burguesía contra la revolución

En abril de 1917, paralelamente al debate del Partido Bolchevique sobre las Tesis presentadas por Lenin (analizadas en las dos entregas anteriores de esta misma serie), el Gobierno Provisional (burgués) seguía a fondo con la participación de Rusia en la guerra imperialista. Esta participación produjo una crisis de conjunto, abrió una nueva situación en el convulsionado panorama de la Rusia revolucionaria y afianzó el papel decisivo de los Soviets. Son las llamadas "Jornadas de Abril", en las cuales, por primera vez, se expresará de un modo práctico la lucha entre los soviets y el gobierno capitalista. Comenzaba el camino hacia Octubre y se inclinaba la balanza hacia la orientación pregonada en las Tesis de Abril.

En la última semana de marzo de 1917, Estados Unidos entra en la guerra, del lado de la alianza de Gran Bretaña, Francia y Rusia. En ese mismo momento, Pavel Miliukov, ministro de Negocios Extranjeros del Gobierno Provisional y notorio dirigente del partido de la burguesía liberal (kadete), anuncia el plan oficial de avanzar sobre los Dardanelos¹, en dirección a Turquía, para repartirse, con sus aliados, Austria, Armenia, el Imperio Otomano (que incluía Medio Oriente, desde Siria a Arabia Saudita) y Persia (el actual Irán). La cuestión suscita un debate en el Soviet de Petrogrado, en cuya cúpula los partidos conciliadores protestan por semejante franqueza y reclaman una retractación de tales propósitos. Le pedían a la burguesía que disimulara sus objetivos con mentiras.

La "discusión" transcurre durante más de veinte días entre bambalinas hasta que, a mediados de abril, una nota del mismo Miliukov, dirigida esta vez a los gobiernos aliados, vuelve a replantear el apoyo del Gobierno Provisional a los planes de conquistas junto a las democracias "amigas". El 19 de abril, el Soviet llega a la conclusión de que el mensaje de Miliukov era algo más que una simple formalidad: se reclamaba que el propio Soviet contribuyera, mediante el voto de un empréstito, al funcionamiento del Gobierno Provisional. En "aquel ajeteo habitual del doble poder vino a terciar

1. Dardanelos: estrecho ubicado entre Europa y Asia; comunica el Mar Negro con el Mar Mediterráneo. En la Primera Guerra Mundial fue escenario de una sangrienta batalla en la que tropas británicas fracasaron en su intento de capturar Gallipoli, la principal ciudad de la región, en manos de los turcos.

inesperadamente una tercera fuerza: las masas se echaron a la calle con las armas en la mano. Entre las bayonetas de los soldados brillaban las letras de los cartelones: '¡Abajo Miliukov!'...".² El 20 de abril, trabajadores y soldados movilizados ocupan las principales arterias de la capital.

La irrupción de las masas en la escena política hacía dar un giro a toda la situación. El 23 de marzo, el día en que el gobierno norteamericano declaraba la guerra a Alemania, las multitudes se habían lanzado también a las calles para enterrar a los muertos de la Revolución de Febrero. El clima era totalmente distinto al de Febrero: reinaban un orden y una calma completos; era el fervor de la unidad, parecía que la sociedad se manifestaba como un todo, con sus clases antagónicas en aparente armonía, los partidarios del gobierno burgués, los de los soviets, codo a codo. Poco después, el 18 de abril (día en que en los países occidentales se celebraba el 1° de Mayo), las conmemoraciones del día de los trabajadores no alteraron el registro: no hubo violencia, las masas volvieron a movilizarse en total tranquilidad.

"La fiesta del Primero de Mayo – observa Trotsky–, lo mismo que el entierro de las víctimas (...) transcurrió en una solemnidad de carácter nacional. Sin embargo, un oído atento hubiera podido ya percibir, sin dificultad, en las filas de los obreros y de los soldados, notas de impaciencia y hasta de amenaza. La vida se hacía cada vez más difícil (...) los precios subían de un modo aterrador, los obreros exigían un salario mínimo, los patronos se resistían, el número de conflictos en las fábricas aumentaba sin interrupción. Empeoraba la situación desde el punto de vista de las subsistencias; se reducía la ración de pan, todo se racionaba, hasta el arroz. Crecía también el descontento de la guarnición; el mando de la región sacaba de Petrogrado a los regimientos más revolucionarios (....) Pero la raíz de todas las calamidades era la guerra, cuyo fin no se veía. ¿Cuándo la revolución traerá la paz? (...) Las masas prestaban un oído cada vez más atento a lo que decían los bolcheviques, a los cuales miraban de reojo, en actitud expectante, unos en tesitura medio hostil, otros ya con confianza. Bajo la solemne disciplina de aquel día de fiesta, el estado de espíritu se hallaba en tensión y las masas fermentaban. Sin embargo, nadie (...) suponía que los dos o tres días siguientes desgarrarían de un modo implacable el ropaje de la unidad nacional de la revolución."³ Así fue.

"Dos mundos se enfrentan"

El precario equilibrio se rompió ante la tentativa de la burguesía rusa de replantear la guerra como un expediente para disciplinar a las masas, ebrar el viejo ejército zarista y asegurar de ese modo su dominio, sus mercados y sus negocios. Contaba con participar del botín resultante de su

2. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

3. Idem anterior.

alianza con Inglaterra y Francia. El ingreso de Estados Unidos en la guerra, con sus gigantescas reservas, acicateaba a la burguesía rusa, que buscaba asociarse con lo que se anunciaba como una victoria segura.

El gobierno capitalista pretendía esgrimir el carácter "defensivo" de la guerra, para conseguir la aceptación de los trabajadores (en defensa de la revolución que derrocó al zar y como un recurso para obtener la mejor paz posible). Pero el tono belicista y de ofensiva que rezumaba en la nota de Miliukov a los gobiernos aliados fue la gota que rebalsó el vaso. El clima se enrareció.

El espíritu de los trabajadores y soldados, que el 20 de abril (3 de mayo, según el nuevo calendario) se lanzan a las calles, fue de reacción ante el engaño: "¿Cómo, qué es esto? ¡Ah, de modo que esos señores no apoyan la paz, sino los fines que la guerra perseguía antes! ¡Entonces será inútil que esperemos! ¡Abajo!... Pero ¿abajo quién? ¿Es posible que tengan razón los bolcheviques? No, no puede ser. Pero ¿y la nota (de Miliukov a los gobiernos imperialistas)? Aquí hay alguien que quiere vender nuestro pellejo a los aliados del zar... (y) practicar una política de conquistas del brazo de Lloyd George y Ribot (los jefes de Inglaterra y Francia)"⁴. Este sentimiento se extendió como un rayo y así estalló el movimiento que se lanzó a las calles.⁵

El 21 de abril las manifestaciones adquieren mayor fuerza. Si el día anterior las calles habían sido tomadas por un movimiento desorganizado y espontáneo, ahora la manifestación era convocada por el Comité local de Petrogrado del Partido Bolchevique. Sus militantes agitaron los regimientos para imprimirle su propio sello a la movilización. El panorama general, en relación con el estado de ánimo de las masas, no era homogéneo. El propio Trotsky, como cronista de este estallido, admite que algunos elementos exaltados del campo revolucionario exageraban las proporciones y la madurez política del movimiento. Se puede decir incluso que la burguesía buscó forzar una confrontación, entendiéndolo que no debía dejar progresar la marea revolucionaria. El 21, también los partidarios burgueses del gobierno bajan a la calle. Aparecen pancartas de apoyo a Miliukov y en favor del gobierno. Por primera vez se asiste a una movilización franca de las fuerzas contrarrevolucionarias.

El "viejo" clima de concordia de las manifestaciones del 1º de Mayo (18 de abril) se había esfumado. "No; la jornada no era precisamente un testimonio de la 'unidad nacional'. Eran dos mundos los que se enfrentaban. Las columnas patrióticas, echadas a la calle por el Partido Kadete contra los obreros y soldados, estaban compuestas exclusivamente por los elementos burgueses de la población, por oficiales, intelectuales, funcionarios públicos. Dos torrentes humanos, uno al grito de '¡Queremos Constantinopla!' y otro al grito '¡Viva la paz!', se derramaban sobre las calles partiendo de distintas partes de la ciudad, distintas por su composición social y por su aspecto exterior, con inscripciones hostiles en los cartelones y que, al cho-

4 y 5: Idem anterior.

car, recurrían a los puños, a los bastones y hasta a las armas de fuego".⁶ Se producen choques y refriegas.

Fuera Miliukov

La tentativa de la burguesía de proceder a un golpe contra la revolución se manifiesta cuando el general Kornilov – jefe de las tropas de la región militar de Petrogrado– se presenta al gobierno, que estaba reunido examinando el desarrollo de los acontecimientos, y asegura que está en condiciones de sofocar a los "grupos armados" revolucionarios. El gobierno vacila, temiendo hacer explotar el polvorín; el gabinete se divide. La provocación incluía alguna maniobra militar en el frente, con la conquista de posiciones en dirección a Turquía, en un plan que el propio Miliukov había trazado con los generales del Estado Mayor. Esta conquista insuflaría un aire patriótico a todo el asunto. Según admite el propio Trotsky, el plan "no estaba mal calculado (...) a condición de vencer (...) La empresa falló – añade con ironía– por una menudencia: la negativa de los soldados, dispuestos a defender la revolución pero no a atacar."⁷

Las *Tesis de Abril* comenzaban señalando la necesidad imperiosa de delimitarse absolutamente de la política guerrerista del Gobierno Provisional. Las "Jornadas de Abril", que tuvieron lugar inmediatamente después, permiten constatar hasta qué punto los planteos de Lenin capturaban la realidad viva de la revolución.

El plan Miliukov-Kornilov fracasa miserablemente. En lugar de sitiar a la capital de los Soviets, los obreros y campesinos declaran una suerte de estado de sitio en los cuarteles pero bajo su propio control. Frente a las amenazas del alto mando, el Comité de los soviets, obligado a actuar en defensa propia, envía un telegrama a todas las fuerzas militares de Petrogrado y sus alrededores para que no se permita la salida de ningún uniformado sin su autorización. El Soviet ordena, además, que esta directiva debe ser mantenida para el futuro. A los conciliadores que dirigen los soviets, sin embargo, ni se les ocurrió tocar a Kornilov. Luego de poner a las tropas bajo su control, el Soviet planteó que por dos días cesasen todas las manifestaciones. La resolución fue votada por unanimidad, como si los actores de los acontecimientos se debieran a sí mismos una pausa frente al vértigo de la situación.

"Nadie dudaba, ni por asomo, de que todo el mundo se sometería a la decisión. Y, en efecto, ni los obreros, ni los soldados, ni la juventud burguesa, ni el barrio de Viborg, ni la perspectiva Nevski, nadie se atrevió a desobedecer la orden del Soviet. La pacificación se obtuvo sin que fuera preciso aplicar ninguna medida coercitiva. Hubiera bastado con que el Soviet se sintiera dueño de la situación para que lo fuera en realidad".⁸

6, 7 y 8: Idem anterior.

La situación había cambiado tan rápidamente que Lenin salió a enfrentar, por aventurera, la propuesta de los bolcheviques más radicalizados de lanzarse al asalto del poder.⁹ Kamenev, que hasta entonces rechazaba la política de ruptura con el Gobierno Provisional, hizo en esas jornadas una moción en favor de la transferencia del gobierno a manos del Soviet, y un pronunciamiento en el mismo sentido haría Stalin. Luego de las "Jornadas de Abril", la delimitación de las fuerzas políticas actuantes será un factor clave en la evolución de todo el proceso que llevará a los obreros y campesinos al poder en octubre.

En los días siguientes, el provocador se irá: la renuncia de Miliukov abrirá una nueva fase del precario y débil equilibrio del doble poder.

9. Ver recuadro "Táctica y estrategia: La desviación izquierdista".

Táctica y estrategia

¿En qué consistía el aventurerismo de la política propugnada por algunos elementos del partido?, preguntaba Lenin en el Congreso (del Partido Bolchevique), que comenzó sus tareas después de aquellas graves jornadas (de abril). En la tentativa de actuar por la violencia cuando aún no había base para emplear la violencia revolucionaria. "Se puede derribar a aquellos a quienes el pueblo conoce como detentadores de la fuerza. Pero ahora no los hay; los cañones y los fusiles están en manos de los soldados, y no de los capitalistas. Hoy los capitalistas no conducen a la gente por la violencia, sino por el engaño, y sería necio gritar contra la violencia, sería absurdo."

"Hemos lanzado la consigna de manifestaciones pacíficas. Deseábamos únicamente hacer un recuento pacífico de las fuerzas del adversario, pero no dar la batalla. El Comité de Petrogrado se ha desviado un poco hacia la izquierda... Con el grito acertado de ¡Vivan los Soviets! se ha lanzado otro que no lo era: ¡Abajo el gobierno provisional! En el momento de la acción, el desviarse 'un poco hacia la izquierda' podía ser peligroso. Nosotros lo refutamos como el mayor de los crímenes, como una gran desorganización." (...)

Al pronunciarse contra el aventurerismo de que habían dado pruebas los dirigentes de la organización petersburguesa, Lenin hace una salvedad: si las clases intermedias se inclinaran hacia nosotros de un modo serio, profundo, consistente, no vacilaríamos ni un instante en desahuciar al gobierno. Pero aún no hay tal. La crisis de abril manifestada en la calle "no es la primera ni será tampoco la última vacilación de la masa pequeñoburguesa y semiproletaria". Nuestra misión, por ahora, sigue siendo la de "explicar pacientemente", preparar el movimiento siguiente, más profundo, más consciente, de las masas en nuestra dirección.

León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*

Los bolcheviques, el proletariado y la espontaneidad

Por lo que al proletariado se refiere, su cambio de frente y su viraje hacia los bolcheviques tomó en el transcurso de abril un carácter muy acentuado. Los obreros acudían a los comités del partido y preguntaban lo que tenían que hacer para pasar del Partido Menchevique al Bolchevique. En las fábricas se interrogaba con insistencia a los diputados soviéticos acerca de la política exterior, de la guerra, de la dualidad de poderes, de las subsistencias, y, como resultado de estos sondeos, lo más frecuente era que los diputados socialrevolucionarios o mencheviques fueran sustituidos por bolcheviques. Fue en los soviets de barriada, los que más cerca se hallaban de las fábricas, donde se inició con más rapidez el viraje. A finales de abril, en los soviets de los barrios de Viborg, de Narva y de la Isla de Vasíliev, los bolcheviques se encontraban súbita e inesperadamente con que tenían mayoría. Este era un hecho de gran importancia (...); los bolcheviques de los barrios obreros empezaron a ejercer una presión cada vez más sensible (...) Sin que interviniese para nada el Comité de Petrogrado, se inició en las fábricas una campaña enérgica y fructífera en torno a la reelección de representantes en el Soviet general de diputados obreros. Sujánov opina que, a principios de mayo, la tercera parte del proletariado petersburgués seguía a los bolcheviques. La tercera parte, por lo menos, entre la que se contaban, por añadidura, los elementos más activos. La incoherencia del mes de marzo iba desapareciendo, y la orientación política del partido tomaba formas más definidas; las "fantásticas" tesis de Lenin iban tomando cuerpo y echando raíces en las barriadas de Petrogrado.

Cada paso que la revolución daba al frente tiene su origen en las masas o es impuesto por su intervención directa, completamente inesperada, en la mayoría de los casos, para los partidos del Soviet. Después de la Revolución de febrero, cuando los obreros y los soldados derribaron la monarquía sin consultar a nadie, los jefes del Comité Ejecutivo entendían que la misión de las masas había terminado. Pero se equivocaban de medio a medio. Las masas no estaban dispuestas, ni mucho menos, a retirarse por el foro. Ya a principios de marzo, durante la campaña por la jornada de ocho horas, los obreros arrebataron esta concesión al capital a pesar de que los mencheviques y los socialrevolucionarios embarazaban sus movimientos. El Soviet no tuvo más remedio que registrar aquel triunfo, arrancado sin él y en contra suya. La manifestación de abril fue una segunda enmienda del mismo tipo. No hay una sola acción de masa, independientemente de su fin concreto, que no sea un aviso para la dirección. En un principio, el aviso tiene un carácter suave, pero después se torna cada vez más decidido. En julio, de mero aviso se convierte ya en amenaza. En octubre se produce el desenlace.

En los momentos críticos, las masas intervienen siempre de un modo "espontáneo". En otros términos, obran bajo el influjo de las consecuencias que ellas mismas, ayudadas por sus jefes aún no sancionados oficialmente, sacan de la experiencia política. Al asimilar éstos o aquellos elementos de agitación, las masas traducen por propia iniciativa sus conclusiones al lenguaje de la acción. Los bolcheviques no habían dirigido todavía, como partido, la campaña por la jornada de ocho horas. Tampoco fueron ellos quienes lanzaron a las masas a la manifestación de abril. No fueron tampoco los bolcheviques los que impulsaron a las masas a echarse a la calle a principios de julio. Hasta octubre, el partido no conseguirá acompasar definitivamente su paso al de las masas, pero ya no es para ponerse a la cabeza de ellas en una manifestación, sino para acaudillarlas en la revolución y llevarlas al poder.

León Trotsky,
Historia de la Revolución Rusa

CAPITULO 12

Lenin convoca a Trotsky

Para construir el "Nuevo Partido Comunista"

Las "Jornadas de Abril" (el 23 y 21, según el viejo calendario; 3 y 4 de mayo, según el nuevo) confirmaron en los hechos el dato clave de las Tesis presentadas por Lenin a principios de ese mes. Las masas protagonistas de la revolución tomaron las calles para enfrentar al gobierno capitalista, partidario de la continuación de la guerra. Tres días después, se desarrolló en Petrogrado una Conferencia nacional del Partido Bolchevique con las características propias de un Congreso; por eso mismo, debía proceder a la elección del Comité Central. En el vértigo de los acontecimientos, la Conferencia tuvo que proceder a reestructurar el partido ya no sólo en función de las Tesis presentadas por Lenin sino decisivamente en función de la nueva situación creada por las todavía frescas "Jornadas de Abril". Un partido que se renovaba, además, con el aflujo masivo de obreros de vanguardia que se acercaban al bolchevismo como resultado de su intervención en el vertiginoso proceso revolucionario.

En la Conferencia/Congreso, que se reunió en Petrogrado entre el 23 y el 29 de abril (6 y 12 de mayo), Lenin se planteó nuevamente cómo abordar una contradicción decisiva que se volvió a manifestar de una manera muy aguda en las manifestaciones de los días anteriores contra la continuación de la guerra. Miliukov, el ministro de Relaciones Exteriores, había sido obligado a renunciar por la movilización de obreros y soldados. Aunque el humor de las masas contra el elenco burgués en el poder era muy evidente, al punto que, según Trotsky, luego de las "Jornadas de Abril" el poder del Gobierno Provisional sólo existía "en el papel"; ese mismo humor se manifestaba de modo apenas incipiente contra el Soviet de los conciliadores mencheviques y socialrevolucionarios, que sostenía al Gobierno Provisional.

Mientras se sucedían los choques en las calles de Petrogrado, Lenin procedió a reunir tres veces al Comité Central para orientar la actividad del partido, en la cual no faltaba improvisación y ausencia de perspectiva. En una de las resoluciones votadas, se preocupa por la contradicción entre la política de los conciliadores, de un lado, y la exaltación de los trabajadores que ganaban las calles, por el otro. Lenin analiza la posibilidad de que el apoyo al gobierno por parte de mencheviques y socialrevolucionarios llevara "a los obreros y soldados revolucionarios a separarse de los soviets". Para evitar que esto ocurra, "el Partido Bolchevique, dice Lenin, debe comprometerse, ante los

obreros y soldados que estiman que el Soviet debe modificar su táctica y renunciar a esta política de confianza y conciliación, a proceder a una reelección de sus diputados al Soviet, para que se hagan representar por hombres capaces de sostener con firmeza la opinión de sus mandantes".

Sin la renovación previa de la composición de los soviets, Lenin temía que el planteo de "Abajo el Gobierno Provisional" se transformara en una aventura. Consideraba incluso que la consigna debía ser retirada: "no estaremos a favor del pasaje del poder a los proletarios y a los semi-proletarios hasta que el Soviet adopte nuestra política y quiera tomar el poder...". Lenin estimaba que las "Jornadas" habían terminado en una suerte de "impasse" ("las causas de la crisis no han sido suprimidas y su repetición es inevitable"), y "la organización de nuestro partido (y) la cohesión de las fuerzas proletarias se revelaron como claramente insuficientes en estos días de crisis".¹

Por eso mismo, cierra un texto especialmente redactado para la Conferencia/Congreso del siguiente modo: "¡Todos nuestros esfuerzos a la consolidación, a la organización de los obreros de abajo hacia arriba, hasta el último distrito, hasta la última fábrica, hasta la última calle de la capital y sus suburbios! ¡No os dejéis extraviar por los conciliadores pequeñoburgueses, dispuestos a pactar con los capitalistas, por los defensistas, ...ni por los individuos aislados impacientes que os digan '¡Abajo el Gobierno Provisional!' antes de haber logrado una sólida cohesión de la mayoría del pueblo en torno nuestro. La crisis no será superada por la violencia que ejerzan algunas personas aisladas contra otras, ni por acciones parciales de pequeños grupos armados, ni mediante intentonas blanquistas de 'toma del poder', 'poniendo preso al Gobierno Provisional', etcétera".²

El partido, el partido

Gerard Walter, en su biografía de Lenin, subraya el hecho de que las lecciones más útiles que el jefe bolchevique extrajo de las Jornadas de Abril fueron las que pusieron de relieve la situación al interior del partido.

"La crisis le permitió distinguir a ciertos elementos extremistas, poco disciplinados, llevados a la aventura y que tendían manifiestamente a mostrarse más leninistas que el propio Lenin. El hecho de que algunos miembros del partido se hubieran permitido lanzar por su propia cuenta consignas que se encontraban en contradicción con la táctica preconizada por el Comité Central le parecía inadmisibile."³

En lugar de una fuerza compacta, "el partido se le presentaba a Lenin marcado por tres tendencias": el centro, que le respondía plenamente; la derecha, formada por los viejos bolcheviques en torno a Kamenev, con planteos más o menos abiertamente conciliadores con el gobierno burgués, y una izquierda

1. Vladimir I. Lenin, "Las enseñanzas de la crisis" (22 de abril/5 de mayo de 1917).

2. Idem anterior.

3. Gerard Walter, *Lenin*, Barcelona, Grijalbo, 1967.

anarquizante que contaba con algunos jefes demasiado extremistas.

Más allá de los matices de esta caracterización, importa la afirmación del biógrafo de Lenin de que este Congreso tenía planteado "un objetivo capital en el frente interno: forjar un aparato coherente, sólido, encuadrado por un Comité Central homogéneo y con un órgano central (de prensa) llamado a seguir celosamente una línea de conducta política". Y observa, además: "es siempre la vieja fórmula de *Iskra* que permanece vigente". En plena revolución, entonces, Lenin volvía a responder a la pregunta clave que se formulara en 1903, cuando nacía la organización de la socialdemocracia rusa: "¿Qué hacer?" El Partido Bolchevique debía ser la expresión organizada, consciente, disciplinada, eficaz, capaz de asumir la tarea histórica de conducir al derrocamiento del capitalismo y al gobierno obrero. No había otra posibilidad de victoria. Lo hacía en un Congreso muy especial porque era el primero de toda su historia que se convocaba en condiciones de total legalidad, en territorio ruso y en medio de la revolución.

Lenin, como siempre, no partía de ningún dogma. "Son decenas de millones de hombres que se alinean ante nosotros (...) en una atmósfera de derrumbe social que jamás hemos visto, provocado por la guerra y el hambre." Lenin llama entonces a comprender la necesidad de dotar al partido de los recursos para emprender una tarea gigantesca que implica la preparación de una "revolución mil veces más fuerte que la de Febrero"; una perspectiva que reclamaba colocar al partido en otro nivel de trabajo, disponiendo de fuerzas nuevas y "multiplicando por diez los equipos de propagandistas y agitadores". Lenin admitía incluso que esto se presentaba como un desafío muy difícil de abordar. ¿Cómo hacerlo?: "No sé, señaló Lenin, lo que sé perfectamente es que sin cumplirlo es inútil y vano disertar sobre la revolución".⁴

Lenin y Trotsky

Al cerrar la Conferencia, por falta de tiempo, Lenin debe renunciar a un discurso elaborado sobre el cambio de nombre del partido. Se limita entonces a decir unas breves palabras. Y vuelve sobre el mismo eje: "tenemos poco tiempo y mucho trabajo. Las condiciones en que está colocado nuestro partido son difíciles (...) Nuestras resoluciones no están adaptadas para las amplias masas (...) Tenemos que hablarle a millones de hombres. Es necesario sacar de la masa nuevas fuerzas, atraernos a los obreros ilustrados y conscientes para que pongan nuestras tesis al nivel cultural de las masas. Nos esforzaremos para conseguir que en nuestros folletos se expongan más popularmente nuestras resoluciones y confiamos en que los camaradas de las distintas organizaciones locales harán lo mismo".⁵ Quedaba expuesto el gran desafío. Lenin logró que se eligiera un Comité Central que él mismo propuso para lograr un trabajo homogéneo y centralizado.

4. Idem anterior.

5. Idem anterior.

Al concluir las deliberaciones, su principal preocupación fue la de reformular la prensa partidaria. Para la actividad de agitación que preveía en una escala sin precedentes en el pasado, el viejo periódico del partido, tal como se editaba entonces, no servía.

Lenin se propuso entonces hacer de *Pravda* una gran publicación popular llamada a lograr una muy amplia difusión, para alcanzar a las masas sin partido, políticamente poco educadas. Al mismo tiempo se planteó crear un órgano central nuevo donde, en un lenguaje pertinente para los militantes bolcheviques, se desarrollarían cuestiones de tipo programático y de táctica política.

Para concretar este proyecto, Lenin requería agitadores y propagandistas, periodistas revolucionarios, que no abundaban en el bolchevismo. Lenin pensó entonces en Trotsky y en Lunacharski, cuyo arte en la materia estimaba especialmente. Ambos formaban parte entonces de una organización llamada "Interdistritos" en Petrogrado, que mantenía frente al Gobierno Provisional y los soviets la misma actitud revolucionaria que propugnaba Lenin. Gerard Walter considera que el jefe bolchevique iba más allá y al intentar acercarlos pensaba en los cuadros de un futuro gobierno revolucionario del proletariado.

Muy pocos días después de concluida la Conferencia/Congreso, Lenin se acercó personalmente a una reunión del grupo "Interdistritos" y les hizo una propuesta a nombre personal, aunque con el acuerdo de algunos miembros del Comité Central.

El planteo era que en cada uno de los dos periódicos que debería lanzar el rebautizado partido, ahora Comunista, se integraran los compañeros del grupo de Trotsky. Al propio Trotsky, Lenin le reservaba el cargo de redactor en jefe de *Pravda*. La iniciativa no se terminaría de concretar, porque la propuesta de Lenin respecto de los dos periódicos fue resistida inicialmente por el Comité de Petrogrado, que pugnaba por editar un órgano propio, lo cual dilató la resolución que impulsaba Lenin para la prensa partidaria. Pero el grupo de Trotsky se integraría rápidamente al Partido Bolchevique. Los acontecimientos habrían de sucederse con la velocidad propia de un proceso revolucionario.

Trotsky recibió la invitación de Lenin cuando apenas había desembarcado: luego de un largo periplo previo, había llegado a Petrogrado el 4 (17) de mayo. Trotsky llegó un día antes de que renunciara Miliukov para dar paso a un nuevo gobierno, esta vez "de coalición" y con la participación directa de los "centroizquierdistas" lado a lado con los capitalistas.

Trotsky regresa a Rusia

Trotsky regresó a Rusia en mayo de 1917, exactamente un mes después que Lenin. Después de fugarse de Siberia, donde había sido recluido por su actuación como presidente del Soviet de Petrogrado durante la revolución de 1905, Trotsky había vivido en el exilio.

Durante la guerra, publicó en París un periódico internacionalista (*Nash Slovo/Nuestra Palabra*), bajo la constante amenaza de la censura francesa y de la embajada zarista. Por su actividad contra la guerra imperialista, fue expulsado de Francia en 1916. Llegó a España, donde fue detenido y, nuevamente, expulsado. En enero de 1917 arribó a Nueva York, donde inmediatamente comenzó a publicar un periódico internacionalista en el que colaboraban otros emigrados rusos, como Bujarin.

Con las primeras noticias de la revolución, Trotsky reembarca hacia Rusia. Pero en Canadá es detenido por la marina británica – a pedido de Miliukov, ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional– e internado en un campo para prisioneros de guerra alemanes en Halifax. Fue liberado, un mes después, por la presión de los bolcheviques, y en particular de Lenin, sobre la mayoría conciliadora del Soviet, que obligó al Gobierno a aceptar su regreso. En varios escritos de aquellos días, Lenin denuncia la detención de Trotsky como un ataque de las democracias burguesas aliadas al Gobierno Provisional contra la revolución rusa.

En el discurso pronunciado a su llegada a la estación ferroviaria de Petrogrado, Trotsky plantea "la necesidad de preparar una segunda revolución, que sería la nuestra".¹ Aunque con toda seguridad Trotsky desconocía los escritos leninistas de aquellos días, toma la misma idea y la misma consigna que el líder bolchevique lanzara en sus *Cartas desde Lejos* y luego retomara en las *Tesis de Abril*: la necesidad de una "segunda revolución" que llevara al poder al proletariado y a los campesinos.

De la estación, Trotsky fue llevado directamente a la sesión del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado. Los bolcheviques presentaron una moción para que fuera incorporado al Comité Ejecutivo por su actuación como presidente del Soviet en 1905. No sin cierta confusión, la mayoría conciliadora aceptó incorporarlo con voz, pero sin voto.

Desde ese día de mayo de 1917, Trotsky fue la voz de los bolcheviques en el Soviet de Petrogrado.

1. León Trotsky, *Mi Vida*.

El socialismo, una salida práctica al desastre

El proletariado de Rusia, que actúa en uno de los países más atrasados de Europa (...) no puede proponerse como meta inmediata la instauración de un régimen socialista. Pero sería el más funesto de los errores, error que en la práctica equivaldría a pasarse al campo de la burguesía, que limite su táctica al marco de lo que la pequeña burguesía estime aceptable o que el proletariado renuncie a su papel dirigente en la tarea de explicar al pueblo la urgencia inaplazable de una serie de pasos, prácticamente maduros para el socialismo (...)

'Esta revolución es burguesa; no hay que hablar, por lo tanto, de socialismo', dicen nuestros adversarios. Pero nosotros opinamos lo contrario: precisamente porque la burguesía no acierta a encontrar una salida a la situación creada es por lo que la revolución sigue avanzando. No debemos limitarnos a lanzar unas cuantas frases democráticas; no, nuestro deber está en explicar a las masas la situación y señalarles una serie de medidas prácticas: tomar en sus manos los consorcios, controlarlos por medio de los soviets, etc. Y todas estas medidas, una vez realizadas, harán que Rusia pise con un pie el socialismo. Nuestro programa económico debe decir cómo tiene que salir el país de este desastre. Esta es la idea que debe guiarnos (...)

En estas últimas palabras está el eje de toda la resolución: el socialismo se nos presenta no como un salto sino como una salida práctica al desastre creado.

Vladimir I. Lenin,
"Discurso en defensa de la resolución
sobre el momento actual",
en la Conferencia del Partido Bolchevique
(29 de abril/12 de mayo)

CAPITULO 13

La coalición de mayo

Los centroizquierdistas ingresan en el gobierno burgués

*"En mayo de 1917, el gobierno liberal burgués, que había tomado el poder en marzo, ya estaba con sus fuerzas agotadas. En esos meses se comprobó cuán frágil era el liberalismo en Rusia. En Europa central y occidental, la sociedad burguesa se había desarrollado orgánicamente durante el transcurso de siglos. Estaba ligada por una infinidad de lazos a la clase media y, en general, a las masas populares. Pero en Rusia, la burguesía estaba artificialmente injertada en el tronco de la sociedad y se mostraba aislada de las masas. En Rusia, el campesino y el pequeño burgués, mientras permanecían sumisos y obedientes, fueron fieles al zar. Luego, si su conciencia era despertada, se transformaban en "rojos" y revolucionarios. Jamás liberales."*¹

La descripción de Rosenberg resume las grandes líneas del panorama que quedó planteado luego de las "Jornadas de Abril". La "revolución burguesa ha concluido", dijo Lenin cuando supo que los soviets habían cedido el poder al elenco capitalista que formó el Gobierno Provisional.

Trotsky describe el mismo cuadro a comienzos de mayo de 1917: "A pesar de todas las teorías, declaraciones y rótulos oficiales, la realidad era que el poder del Gobierno Provisional sólo existía sobre el papel. La revolución, haciendo caso omiso de los obstáculos que le oponía la llamada democracia, seguía avanzando, ponía en movimiento a nuevas masas, robustecía los soviets, armaba, aunque de un modo muy incompleto, a los obreros. Los comisarios locales del gobierno y los 'comités sociales' que funcionaban en torno suyo, y en los cuales predominaban casi siempre los representantes de las organizaciones burguesas, se veían desplazados por los soviets, como la cosa más natural del mundo y sin el menor esfuerzo".²

De este modo, "los soviets, de órganos de vigilancia y fiscalización se convertían en órganos de gobierno, no se avenían a teoría alguna de división de poderes y se inmiscuían en la dirección del ejército, en los conflictos económicos, en los conflictos de subsistencias, en las cuestiones de transporte y hasta en los asuntos judiciales. Presionados por los obreros, los soviets decretaban la jornada de ocho horas, destituían a los funcionarios que

1. Arthur Rosenberg, *Historia del bolchevismo*, México, Pasado y Presente, 1977.

2. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

se distinguían por su reaccionarismo, hacían dimitir a los comisarios menos gratos del gobierno provisional, llevaban a cabo detenciones y registros, suspendían las publicaciones enemigas. Obligados por las dificultades, cada día más agudas, de abastecimiento y por la gran penuria de mercancías, los soviets... decretaban la prohibición de exportar fuera de los límites de cada provincia, ordenaban la requisita de todos los víveres almacenados".³ Lenin, por su parte, describe un proceso similar, por el cual los soviets se acercaban al poder más fácilmente en las provincias que en la capital (ver aparte).

Una imposible tercera vía

La crisis de abril dejó planteadas tres salidas alternativas. "Cabía que el poder pasase íntegramente a manos de la burguesía, lo cual no podría conseguirse más que mediante una guerra civil; Miliukov lo intentó, pero fracasó. Otra solución era entregar todo el poder a los soviets: para conseguir esto, no hacía falta ninguna guerra civil, bastaba con alargar la mano, con quererlo. Pero los conciliadores no querían querer, y las masas no habían perdido todavía la fe en ellos, aunque esta fe estuviese ya un poco quebrantada. Es decir, que las dos salidas principales, la burguesa y la proletaria, estaban cerradas. Quedaba una tercera posibilidad, una solución a medias, confusa, tímida, cobarde: un gobierno de coalición."⁴

El 1º de mayo (según el viejo calendario; el 14 de mayo, según el calendario occidental), el Comité Ejecutivo de los Soviets aprobó, luego de muchas vacilaciones, la "alianza" mediante la cual se habilitó a los social-revolucionarios y a los mencheviques a formar un gobierno común con los representantes de la burguesía. La moción fue aprobada por una mayoría de cuarenta y un votos, con dieciocho votos en contra y tres abstenciones, que reunían a los bolcheviques y algunos mencheviques disidentes. Pocos días después, el gobierno de coalición fue aprobado por el Soviet de Petrogrado; los bolcheviques reunieron en su contra, entonces, apenas un centenar de votos.

De quince carteras, los socialistas se quedaron con seis; de tal modo que aun asumiendo directamente el gobierno con la burguesía, "todavía seguían jugando a las escondidas".⁵ Para hacer pasar el acuerdo con los socialistas, tuvo que renunciar quien oficiaba de canciller: Miliukov, el que había detonado la crisis de abril con una nota a los aliados de Rusia, asegurando la prosecución de los objetivos de la guerra. Con él también tuvo que irse el ministro de Guerra.

El signo más pérfido del cambio de gobierno fue precisamente la pretensión de remediar al antiguo gabinete de guerra con una suerte de cubierta

3, 4 y 5: *Idem anterior.*

"pacifista". El objetivo del "nuevo" gobierno era, como antes, retomar la ofensiva contra Alemania, agregando ahora, a la conocida verborragia de la "defensa de la democracia y la revolución", la defensa de un gobierno que incluía a los socialistas.

Con este objetivo, notorios dirigentes "socialistas" europeos visitaron Rusia. Sus gobiernos capitalistas reclamaban una actitud "más decidida" en el frente oriental para sostener a sus propios ejércitos en campaña en el oeste. Una curiosa expresión de "internacionalismo"... imperialista. El embajador inglés en Rusia no se anduvo con vueltas: "el gobierno de coalición representa para nosotros la última y casi la única esperanza de salvación para la situación en este frente".⁶

Los "centroizquierdistas" del menchevismo y del partido de los socialistas revolucionarios jamás habían pensado en asumir una función de gobierno. En segundo lugar, no fueron pocos los dirigentes que entendieron que, incorporados al gobierno, perderían el rol, en apariencia ambiguo, de oficialistas y opositores. Temían entonces verse desbordados por la presiones de las masas que todavía no seguían mayoritariamente a los bolcheviques y que incluso pensaban que el ingreso de los socialistas al gobierno era el comienzo de un desplazamiento de la burguesía del poder. "Dos presiones, la de la burguesía y la del pueblo, partiendo dos polos distintos, convergían, por un momento, en el poder".⁷ El gobierno de coalición seguía traduciendo una impasse más general que caracterizaba la situación del "doble poder".

La dirección de los partidos centroizquierdistas pretendía valerse de la nueva situación para acabar con los soviets. Entró al gobierno oficial "confiando en que podrían suprimir pacífica y progresivamente el sistema soviético; se imaginaban que la fuerza del soviets estaba concentrada en sus personas, y que, por lo tanto, se refundiría con el gobierno oficial al entrar ellos en éste (...) Estaban convencidos de que el centro de gravitación de la vida política se trasladaría de los soviets a los nuevos órganos de gobierno (...) El Gobierno Provisional se disponía a convertirse de este modo en un puente que debía conducir al régimen de república parlamentaria burguesa".⁸

No le faltaba lógica a este razonamiento. Veinte años después, la burguesía republicana española y el stalinismo se valieron de un "gobierno de coalición" con los elementos más izquierdistas del campo republicano (Largo Caballero, los anarquistas e, incluso, Andrés Nin en Cataluña) para asimilar al Estado a las milicias y a los "comités" que cumplían funciones de gobierno en la retaguardia; los que se resistieron, fueron reprimidos.

6. Arthur Rosenberg, *Historia...*, citado.

7, 8: León Trotsky, *Historia...*, citado.

Ironías de la historia

El gobierno de coalición acabó por replantear, de un modo totalmente original, la principal polémica que había separado a los bolcheviques de los mencheviques desde la revolución rusa de 1905: qué actitud adoptar ante la emergencia de un gobierno revolucionario que tomara el poder como consecuencia del derrocamiento del viejo régimen zarista.

Los mencheviques planteaban entonces que de ninguna manera se podría participar en él porque se trataba de un gobierno burgués que se vería encargado de crear las condiciones de desarrollo capitalista. Este planteamiento, de apariencia principista, dejaba el gobierno a la burguesía, a la cual adjudicaban un papel revolucionario.

Lenin y los bolcheviques, en cambio, planteaban la posibilidad de participar en un gobierno revolucionario, que no sería otra cosa que un gobierno obrero y campesino ("dictadura democrática"). Este gobierno obrero y campesino enfrentaría desde un primer momento a la burguesía liberal, abriendo un proceso de revolución "ininterrumpida" hacia el socialismo.

La Revolución de Febrero y la dualidad de poderes cambiaron el escenario. Los mencheviques, que se oponían a entrar en un gobierno burgués, entraron. Los bolcheviques, que eran partidarios de ingresar en el gobierno que surgiera de un derrocamiento del zar, se opusieron. La defensa pasiva de la burguesía, que fue la función histórica original del menchevismo, se convirtió en activa. La colaboración que el bolchevismo había pregonado con la burguesía revolucionaria (campesinos) se transformó en la lucha por la dictadura del proletariado.

La incompatibilidad de los regímenes que el doble poder exhibía tomó en el gobierno de coalición una forma acabada. Miliukov, el jefe de la burguesía, se había tenido que ir del gabinete; los socialistas eran como una sombra del poder que anidaba en los soviets.

El poder formal (el gobierno) aparecía sobre todo como ficción. "Los ministros, que no se atrevían a decir en voz alta lo que pensaban del gobierno, vivían en una atmósfera de convencionalismo que ellos mismos se creaban. La dualidad de poderes, disfrazada por la coalición, acabó por convertirse en una escuela de doble sentido, de doble moral y de toda clase de dobleces y equívocos. A lo largo de los seis meses siguientes, el gobierno de coalición pasó por una serie de crisis y modificaciones, pero conservó siempre, hasta el día de su muerte, sus dos rasgos característicos fundamentales: impotencia y falsedad".

Los Soviets y su "crisis de representación"

En las épocas revolucionarias, las masas oprimidas se ven arrastradas a la acción directa con mayor facilidad y mucho antes de que aprendan a dar a sus deseos y reivindicaciones una expresión política por medio de sus propias y genuinas representaciones. Cuanto más abstracto es el sistema representativo, más a la zaga va del ritmo de los acontecimientos (...) La representación soviética, la menos abstracta de todas, tiene ventajas incalculables en situaciones revolucionarias; baste recordar que las Dumas democráticas elegidas a base de las normas acordadas el 17 de abril, no cohibidas por nada ni por nadie, se revelaron completamente impotentes para competir con los soviets. Pero, a pesar de todas las ventajas que tenía su contacto orgánico con las fábricas y los regimientos, es decir, con las masas activas, los soviets son siempre una representación, que, como tal, no se halla libre en absoluto de los convencionalismos y deformaciones del parlamentarismo.

La contradicción inherente a toda representación, incluso la soviética, consiste en que, de una parte, es necesaria para la acción de las masas, y, de otra, se alza fácilmente ante ellas como obstáculo conservador. Esta contradicción puede ser superada en la práctica, cuando la necesidad se plantea, renovando la representación. Pero esto, que no es tan sencillo como a primera vista parece, es siempre, sobre todo en plena revolución, un resultado deducido de la acción directa; por esto no puede mantenerse nunca al paso con ésta. Lo cierto es que, al día siguiente de producirse la semiinsurrección – o, hablando más exactamente, el cuarto de insurrección de abril, pues la verdadera semiinsurrección tuvo lugar en julio–, seguían sentándose en el Soviet los mismos diputados que la víspera, y, tan pronto como volvieron a encontrarse en su ambiente habitual, votaron también, como era lógico, con los dirigentes habituales.

León Trotsky,
Historia de la Revolución Rusa

Los soviets avanzan

Desde el interior hacia las capitales

En toda una serie de localidades provinciales, la revolución avanza, pues ha emprendido la auto-organización del proletariado y el campesinado en soviets; la destitución de las viejas autoridades por las fuerzas revolucionarias; la creación de una milicia proletaria y campesina; la entrega de todas las tierras a manos de los campesinos; el establecimiento de un control obrero en las fábricas; la implantación de la jornada de trabajo de ocho horas; el aumento de los salarios; la garantía del mantenimiento del ritmo de la producción; el establecimiento del control obrero sobre la distribución de los víveres, etc. (...)

En las capitales y en algunas grandes ciudades, la tarea de hacer efectivo el paso del poder a los soviets tropieza con dificultades particularmente grandes y exige una preparación muy prolongada de las fuerzas proletarias. Aquí se concentran las fuerzas más grandes de la burguesía (...) Es pues deber del partido proletario, por una parte, apoyar con todas sus energías el desarrollo de la revolución en las provincias, y, por otra, luchar sistemáticamente dentro de los soviets (mediante la propaganda y reelecciones de éstos) por el triunfo de la línea proletaria (...).

Vladimir I. Lenin,
"Resolución sobre los Soviets
de diputados obreros y soldados"
(2/15 de mayo de 1917)

La 'nueva izquierda' renueva las "Tesis de Abril"

El MST acaba de realizar un curioso "aporte" a la comprensión histórica de las "Tesis de Abril". Explica que luego de la Revolución de Febrero, en el Partido Bolchevique se enfrentaban "dos grandes líneas". Por un lado, "dirigentes como Stalin y Kamenev que abrazan la vieja política: primero una república democrática burguesa, luego la pelea por el socialismo" (*Alternativa Socialista*, 25/4). Como Lenin se opuso a ellos, poco sutilmente el autor sugiere que defendía la "nueva política", la "nueva izquierda". El MST convierte a Lenin en un precursor de Patricia Walsh y de Bidonde, y de Mario Cafiero.

Stalin, Kamenev y el MST

Con todo, lo más importante no es este patético intento de presentar a Lenin como un precursor de la "nueva izquierda" de Argentina. Lo más importante es que el MST reproduce la "vieja política" de Kamenev y Stalin.

Stalin y Kamenev eran partidarios de unir a las tendencias socialistas (bolcheviques y mencheviques) en un partido único. Eran los defensores de "la izquierda que se une"; de que bolcheviques y mencheviques estuvieran en un partido capaz de "tolerar las diferencias", de "discutir sin dividirse". Stalin y Kamenev se encontraban, incluso, a la izquierda del MST. Querían la unidad de los socialistas (es decir, de tendencias que se reivindicaban de la clase obrera), no de una "izquierda" vaga, sin contornos de clase; mucho menos con un Mario Cafiero.

Lenin, en cambio, era partidario de la más neta separación entre bolcheviques y mencheviques. Era un "sectario", un "dogmático" que rechazaba la "unidad" sin principios con elementos hostiles al socialismo y al gobierno obrero. En las *Tesis de Abril*, Lenin explica que sin una nueva mayoría en los soviets (es decir, sin que los bolcheviques ganaran esa mayoría), la revolución no podría avanzar. ¿Hay algo más "autoproclamatorio" que hacer depender el triunfo de la revolución del desarrollo del propio partido, en oposición a todos los demás partidos?

Stalin y Kamenev planteaban el apoyo condicional al Gobierno Provisional burgués, que – como denunciaba Lenin– engañaba a las masas con "bellas frases" sobre la democracia, la paz y la libertad. El MST apoya, de manera bastante menos incondicional, al gobierno burgués de Chávez, que abusa de la demagogia "socialista" para mantener en pie el régimen social capitalista en Venezuela y para regimentar, por todos los medios a su alcance, al movimiento obrero. Como Kamenev y Stalin, justifica su apoyo al gobierno burgués en el "sentimiento de las masas". Es decir, responsabiliza a las masas por su propia capitulación.

Uno de los ejes de las Tesis de Abril es el planteo de Lenin de una ruptura internacional con los socialistas que defendieron a sus gobiernos en la guerra imperialista y con el "centro"; es decir, con los socialistas que conciliaban con ellos. Lenin propone cambiar el nombre del partido y fundar una III Internacional, en oposición a todos los agrupamientos internacionales existentes. El planteo de Lenin fue rechazado. En este punto, la mayoría bolchevique siguió a Stalin y Kamenev, que – como el MST– rechazaron la "idea de construir mini internacionales propias".

En los tres temas esenciales de las Tesis de Abril – la posición frente a la mayoría soviética, frente al gobierno burgués y frente a la Internacional–, la "vieja política" de Stalin y Kamenev encaja perfectamente con la "nueva política" del MST.

CAPITULO 14

Trotsky en Petrogrado

“En Petrogrado nos habían preparado un gran recibimiento en la Estación de Finlandia (...) para darme la bienvenida. En mi discurso, hablé de la necesidad de preparar la segunda revolución, que sería la nuestra. Me sacaron en hombros (...) en torno flotaban la mar de banderas. Miré a la cara emocionada de mi mujer y a las pálidas y excitadas de mis chicos, que no sabían si aquello era para bien o para mal, pues la revolución nos había engañado ya una vez (...) Apenas salí de la estación, empezó para mí esa vorágine en que los hombres y los episodios desfilan rápidamente por delante de los ojos de uno, como los maderos arrastrados por la riada (...) Los grandes acontecimientos son pobres en recuerdos personales; es el recurso que tiene la memoria para guardarse de un agobio excesivo”¹

El recibimiento a Trotsky al llegar a Petrogrado en los primeros días de mayo, así como la inmediata y febril actividad en la cual se sumerge, eran un lazo tendido sobre la propia historia. Porque Trotsky había presidido el Soviet de Petrogrado en la primera revolución rusa (1905). Trotsky fue detenido, juzgado, encarcelado, enviado a Siberia y luego exiliado. Ahora, el que estaba liquidado era el régimen del zar. Volvían los Soviets, retornaba su más notorio líder. La aparición de los Soviets obreros en una revolución que debía cerrar el ciclo de las revoluciones burguesas formaba parte de un viraje histórico. Ponia fin a una época que se había extendido durante tres siglos, desde las revoluciones holandesa e inglesa (siglos XVI y XVII).

1789, 1848, 1905

Con la mención de estas tres fechas, Trotsky había escrito un texto memorable en 1906. Hasta el siglo XVIII y en la Revolución Francesa de 1789, señaló, la burguesía había acaudillado a la nación entera en la movilización para acabar con los representantes del pasado monárquico y precapitalista. En los episodios revolucionarios de 1848 de Europa, en cambio, la burguesía se había mostrado cobarde y temerosa, porque el proletariado protagonizaba sus primeras luchas y comenzaba a construir sus organizaciones. A mediados del siglo XIX, la burguesía ya no quería una revolución y el proletariado todavía no podía completarla. En 1905, el surgimiento de los Soviets presentó una nueva posibilidad.

En palabras de Trotsky, "la clase obrera rusa del año 1906 no se parece

1. León Trotsky, *Mi Vida*.

en absoluto a la clase obrera (...) del '48. Y la mejor prueba de ello es la experiencia de los Soviets de diputados obreros (...) órganos creados metódicamente por esta misma masa en orden a la coordinación de su lucha revolucionaria. Y estos Soviets, elegidos por las masas y responsables ante ellas, estas organizaciones incondicionalmente democráticas, practican una política de clase enormemente decisiva en el sentido del socialismo revolucionario (...) Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista evolucionado". Es que "los ásperos conflictos internos que consumen gran parte de sus energías y privan a la burguesía de la posibilidad de desempeñar el papel principal, empujan a su antagonista (el proletariado) hacia adelante, le dan en un mes la experiencia de décadas, lo colocan en el frente más avanzado y le entregan las riendas tendidas, ocasión que él aprovecha para, decididamente y sin vacilaciones, dar a los acontecimientos un ímpetu poderoso".²

Trotsky fue el único de los líderes revolucionarios de la época que expuso tan audazmente las conclusiones de la experiencia de 1905. El punto de vista de Trotsky se oponía por el vértice al planteo de los mencheviques que se negaban a cualquier otra cosa que no fuera actuar a remolque de la burguesía. En relación con la fórmula de Lenin de la época (la conocida consigna de "dictadura democrático-revolucionaria de obreros y campesinos"), Trotsky valoraba el hecho de que, a diferencia del menchevismo, traducía una clara conciencia sobre el carácter contrarrevolucionario de la burguesía y la nueva etapa histórica.

El planteamiento de los bolcheviques tenía, sin embargo, una limitación. En lo que el propio Trotsky consideró su definición más polémica y más dura al respecto, escribió en 1909 en un periódico que dirigía Rosa Luxemburgo: "Si los mencheviques, partiendo de la abstracción 'nuestra revolución es burguesa', llegan a la idea de la adaptación de toda la táctica del proletariado a la conducta de la burguesía liberal hasta la conquista del poder por esta última, los bolcheviques, partiendo de una abstracción no menos vacía ('dictadura democrática no socialista'), llegan a la idea de la autolimitación burguesa democrática del proletariado, en cuyas manos se halla el poder. Claro está que la diferencia que los separa ante este problema es muy considerable: mientras que los aspectos antirrevolucionarios del menchevismo se manifiestan ya con toda su fuerza en la actualidad, los rasgos antirrevolucionarios del bolchevismo sólo significan un peligro inmenso en caso de triunfar la revolución".³

Ironías de la historia

Notablemente, quien enfrentó en la práctica, en el debut mismo de la nueva revolución de 1917, el rasgo "antirrevolucionario" de la fórmula de 1905, fue el propio Lenin, en contraposición a sus propios compañeros, los "viejos bolcheviques" que, como Kamenev y Stalin, pretendían una política de com-

2. León Trotsky, *Resultados y perspectivas*.

3. León Trotsky, *La Revolución Permanente*.

promiso con la burguesía y su Gobierno Provisional. Todo indica que Trotsky no tuvo conocimiento directo de esta polémica. Su retorno no fue en verdad nada tranquilo: expulsado de España en diciembre de 1916, fue embarcado a Nueva York, donde dos meses después logró iniciar el viaje de retorno a Rusia, cuando estalló la revolución y cayó el zar. Un viaje que, sin embargo, fue violentamente interrumpido porque en el puerto canadiense de Halifax, Trotsky fue recluido por orden del Ejército inglés, en acuerdo con... el Gobierno Provisional ruso, durante un mes. Sus escritos de los días previos a la partida de Estados Unidos fueron ya notablemente similares a los que en ese mismo momento, en el centro de Europa, publicaba Lenin.

La revolución, decía Trotsky, "no era un acontecimiento puramente ruso (...) era un eslabón del desarrollo de la guerra imperialista... (que) ponía a la orden del día no sólo la caída del zarismo sino también el fin de la guerra, una aspiración ampliamente compartida por los pueblos de Europa (...) la tarea más urgente (es) desenmascarar al Gobierno Provisional y luchar por un gobierno obrero revolucionario".⁴ Al regresar a Rusia saluda, como lo había hecho Lenin un mes antes, con la revolución en marcha, el comienzo de la revolución socialista internacional.

Al pisar el suelo de Petrogrado el 4 (17) de mayo, Trotsky verifica la completa sintonía de sus planteamientos con los de Lenin, que venía de corregir el rumbo del Partido Bolchevique. Al mismo tiempo, Trotsky toma conocimiento de una denominada "organización interdistritos", que nucleaba a viejos revolucionarios internacionalistas, colaboradores suyos en el exilio, y que defendía la lucha por la dictadura del proletariado y estaba discutiendo su fusión con los bolcheviques.

La "organización interdistritos" reunía en Petrogrado a unos 3.000 obreros, una quinta parte aproximadamente de la militancia que congregaba el bolchevismo en esa misma ciudad. Trotsky explicará más tarde que desde que regresó estaba convencido de la necesidad de integrarse al trabajo político con los bolcheviques, objetivo que pospuso algunas semanas con el objetivo de colaborar con el ingreso del conjunto de la militancia de "interdistritos" al partido de Lenin; algo que efectivamente se concretará.

Pierre Broue da crédito a esta versión planteando que no encuentra pruebas de que, como señaló otro de los grandes biógrafos de Trotsky (Isaac Deutscher), fuera el "amor propio" lo que demoró su ingreso a las filas bolcheviques. Lo cierto es que, desde su regreso a Rusia y de las entrevistas prácticamente inmediatas que sostiene con Lenin (que le propone dirigir un nuevo periódico bolchevique)⁵, "Trotsky se compromete totalmente junto con Lenin y el Partido Bol-

4. Pierre Broue, *Trotsky*.

5. La oferta que le hace Lenin a Trotsky de ser el director del nuevo periódico bolchevique no sólo tiene por objetivo resolver la crisis de la prensa bolchevique, que bajo la dirección de Stálin había jugado el penoso papel de apoyar condicionalmente al Gobierno Provisional. Es, también, un "reconocimiento" a la calidad de Trotsky como escritor y editor revolucionario. Como el propio Lenin y otros dirigentes bolcheviques reconocieron en más de una oportunidad, durante la revolución de 1905 el periódico editado por Trotsky tenía una circulación mucho más masiva y popular que el periódico de los bolcheviques.

chevique en el trabajo práctico (...) un partido cuyo crecimiento explosivo y autoridad sobre las grandes concentraciones obreras lo había transformado en una organización de masas, impresionando vivamente a quien había encabezado el Soviet de esa misma ciudad doce años atrás".⁶

Era, efectivamente, un lazo a la historia. Apenas Trotsky regresa a Rusia, los bolcheviques plantean que sea admitido en el Ejecutivo del Soviet. La moción bolchevique se basaba en el papel que Trotsky había jugado en 1905 como presidente del Soviet de Petrogrado. Pero resulta difícil creer que Lenin se limitara a reclamar un "reconocimiento" a la conducta pasada de Trotsky; por sobre todo, le importaban el presente y el futuro: Trotsky señalaba, como Lenin, la necesidad de la "segunda revolución" que llevara a los obreros y campesinos al poder. Con Trotsky en el Ejecutivo de los Soviets, los bolcheviques ganaban una voz poderosa y elocuente. Por las mismas razones, los mencheviques y socialistas revolucionarios recelaban del ingreso de Trotsky... pero les era imposible negarse. Por eso, "no es menos significativo que los mencheviques y socialistas revolucionarios hayan tenido que aceptar la propuesta aun con mala voluntad, precisando que Trotsky tendría voz pero no voto".⁷

Con su voz, de todos modos, alcanzaba. Agitador inigualable, Trotsky se zambulló en el movimiento de la clase obrera. Era Trotsky en su salsa, y así lo describió con su propia pluma: "Aquello era un torbellino de mitines. De los oradores revolucionarios de Petrogrado, unos hablaban fogosamente y otros estaban completamente afónicos. La revolución de 1905 me había enseñado a administrar con cuidado mi garganta; pero no se crea que por ello abandonase ni por un instante el frente de lucha. Los mitines se celebraban en las fábricas, en las escuelas, en teatros y circos, en las calles y en las plazas públicas. Volvía a casa agotado después de medianoche, y en aquel estado de excitación nerviosa apenas dormía, cavilando entre sueños los argumentos más eficaces contra el enemigo político; hacia las siete de la mañana, y algunos días más temprano aún, ya sonaban en la puerta de mi cuarto aquellos golpecitos antipáticos e insoportables que venían a sacarme de la cama; unas veces, me llamaban a un mitin de Peterhof; otras veces, eran los de Cronstadt, que mandaban una gasolinera a buscarme, y así sucesivamente. No había vez que no pensase que iba a serme imposible llegar hasta el fin de aquel mitin. Pero no sé qué reservas nerviosas vendrían en mi ayuda, el caso es que me estaba hablando una hora, dos horas, y aún no había acabado de hablar cuando ya me rodeaban comisiones de otras fábricas o de otros distritos que venían a decirme que en tal o cual sitio estaban reunidos miles de obreros y que llevaban una, dos, tres horas esperándome. ¡Era increíble la paciencia con que en aquellos días la masa, ya despierta, estaba pendiente de cualquier palabra nueva de sus conductores!"⁸

Era Trotsky en su elemento, la revolución.

6 y 7: Pierre Broue, *Trotsky*.

8. León Trotsky, *Mi Vida*.

Los bolcheviques ganan la confianza de las trabajadoras

Si el primer Soviet no reflejó el peso político de la clase obrera en Petrogrado¹, mucho menos reflejó el protagonismo de las obreras, cuyo hartazgo inauguró la Revolución de Febrero. Excepto algunas bolcheviques y en el sindicato textil (11 sobre 20 en la directiva), las mujeres no fueron votadas en los comités de fábrica, ni siquiera en las industrias "femeninas". Eran muy pocas en los partidos (entre el 15 y el 20%) y en los sindicatos; la mayoría se abalanzó contra el zarismo sin haber tomado la palabra más que en las colas de "pan y arenques". Otros factores colaboraron para que estas advenedizas de la revolución, inexpertas, analfabetas, muchas recién llegadas de la comuna campesina, quedaran afuera. Gastaban un tiempo infinito en garantizar el sustento para la familia en un cuadro de inflación y desabastecimiento. Compartían con los hombres una ancestral desconfianza en la capacidad femenina de sostener una actividad disciplinada y de expresarse racional y "políticamente".

Pero había diez millones de hombres movilizados y, desde el comienzo de la guerra, en una Rusia abrumadoramente campesina, el zarismo había mandado al frente ex profeso a los obreros más activos (40% de las tropas). Así que para 1917 las mujeres eran más de la mitad de la mano de obra urbana, y el 72% de la rural. Aunque en el segundo tramo de la revolución los obreros con mayor experiencia política ocuparon el centro de los acontecimientos, ninguna lucha habría resultado victoriosa sin ellas.

Un gran burgués, V. Auerbach, narra furioso cómo la revolución envalentonó hasta a las más humildes: "El pueblo creía que la revolución era algo así como una fiesta: a la sirvienta, por ejemplo, no se la veía durante días enteros; se paseaba por las calles, adornada con cintas rojas, recorría la ciudad y sólo volvía a casa por la mañana, para lavarse y echarse otra vez a la calle".² "Sí, es verdad – confirma Trotsky– ; la revolución es celebrada por los oprimidos como una fiesta, o como la vigilia de una fiesta, y el primer movimiento de las esclavas domésticas, despertadas por la revolución, consiste en aflojar el yugo de la esclavitud humillante y la desesperanza de cada día".³

1. "En Petrogrado estaban concentrados más de ciento cincuenta mil soldados y por lo menos cuatro veces más obreros y obreras de todas las categorías. No obstante, por cada dos delegados obreros había en el Soviet cinco soldados (...). Mientras que los obreros elegían un representante por cada mil electores, los pequeños destacamentos enviaban a menudo dos" (León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*).

2. Citado por León Trotsky, en *Historia de la Revolución Rusa*.

3. *Idem anterior*.

Pero ni Kerensky ni el Ejecutivo del Soviet pensaban que era tiempo de festejos, movilizaciones o huelgas: "Los obreros, al trabajo; los soldados, al cuartel", reclamaba la prensa burguesa. Había que fortalecer la "democracia" y el frente militar. El Soviet ni siquiera aprobó la jornada de 8 horas hasta que fue impuesta, de facto, por los trabajadores que se retiraban de las fábricas una vez cumplidas.

El apoyo de mencheviques y socialistas revolucionarios al gobierno provisional, su repudio a las huelgas y el llamado a "volver al trabajo" desconcertaron a las trabajadoras, que veían en los dirigentes soviéticos a sus representantes y no a mediadores entre ellas y el gobierno. La decisión de continuar la guerra imperialista travestida como "guerra de defensa" indignó a las mujeres que exigían el regreso de los hombres del frente. En sus memorias, el "socialista sin partido" Sujanov confiesa su perplejidad porque rápidamente en las colas del pan volvieron a oírse airadas críticas al gobierno que "también se beneficiaba con la guerra y el sufrimiento del pueblo". Dice Trotsky que las colas de mujeres, que pasaban la noche frente a las panaderías, "dieron el último impulso a la revolución y fueron la primera amenaza para el nuevo régimen".⁴

A partir de marzo, el malestar popular reflejó el impacto por el derrumbe económico y la creciente oposición a la guerra; las obreras menos calificadas encabezaron este proceso de radicalización. Los socialistas revolucionarios y los mencheviques podían pensar que con Febrero había concluido la revolución y que había que afianzar la democracia burguesa. Pero si no concluían la hambruna y la guerra, para las mujeres no había concluido nada.

El 11 de abril, 15.000 mujeres de soldados se plantaron "por el regreso de los hombres y contra la carestía" frente al Palacio de la Taurida, sede del Soviet: ése era su gobierno y no el régimen de Kerensky. Pero el presidente del Soviet, el menchevique Dan, las acusó de reclamar "aunque las arcas están vacías", e intentó impedir que interviniera la bolchevique Alejandra Kollontai. En la calle, Kollontai las animó a elegir sus propias delegadas al Soviet cuyos dirigentes acababan de volverles la espalda.

Las revolucionarias de Febrero habían tenido "un cierto reconocimiento dentro del Partido Bolchevique, que incorporó a las más destacadas a algunas direcciones distritales". Pero las reservas hacia las trabajadoras no se disiparon fácilmente. Cuando Kollontai sostuvo en la Conferencia de abril que se debían organizar comisiones de mujeres y editar nuevamente *Rabotnitsa* ("La Mujer Trabajadora" [ver anexo]) no tuvo mayor apoyo, excepto de las pioneras en el trabajo de la mujer. Lenin, en absoluta minoría, tomó partido por Kollontai.

Esas bolcheviques y las militantes de la Organización Distrital habían construido fuertes lazos con las mujeres. En sus memorias, Krupskaja dice que cuando regresó a Rusia, en abril, notó un desarrollo significativo de la conciencia política de las trabajadoras. "Verdaderamente, estaban pre-

4. Idem anterior.

paradas para tomar la iniciativa: las primeras en llevar adelante la agitación bolchevique entre los soldados fueron las vendedoras de semillas de girasol, de sidra y las esposas de soldados".⁵ El trabajo había sido allanado por obreras como Anastasia Deviatkina, que militaba con las esposas de los soldados desde principios de la guerra y desempeñó un papel central en la organización del sindicato.

Una investigación sobre las obreras de Petrogrado⁶ demuestra con numerosos ejemplos que "eran conscientes de su inexperiencia y sabían que necesitaban una dirección". Es el caso de P. G. Glizer, una costurera de 19 años, que el 27 de febrero hizo con sus compañeras una bandera roja con la consigna "Larga vida a la libertad". Toda la noche escuchó discursos que prometían una vida mejor. Como nada había mejorado para mayo, las obreras del taller de Glizer pidieron a los patrones agua caliente para el almuerzo y otras mejoras. Sus peticiones no fueron satisfechas. Glizer había oído que en el sindicato podían ayudarlas. No sabía dónde encontrarlo, así que se lo preguntó a un transeúnte "que le pareció un sastre". Una joven delegada sindical, la bolchevique Shkharova, fue al taller y al final del día las demandas habían sido resueltas. Al día siguiente, casi todas las obreras adhirieron al sindicato. "Glizer se volvió bolchevique, fue elegida presidenta del comité de fábrica, y en agosto fue delegada al Soviet local". Ese camino era recorrido por cientos. Vera Slutskaia fue la primera bolchevique votada al Ejecutivo del Soviet, en mayo.⁷

La caída de las ilusiones en el Gobierno Provisional fue vertiginosa. En abril, el canciller Miliukov hizo públicos los fines expansionistas de la guerra. Miles de obreras, obreros y soldados en armas se echaron a la calle. "Lo que más me impresionó fueron sus caras. Aquellas personas no tenían más que una sola cara llena de ira: el rostro monacal de los primeros siglos del cristianismo, irreconciliable, decidido, inflexiblemente decidido a llegar al asesinato, a la inquisición y a la muerte", decía aterrado un testigo de la época.

La movilización de las masas fue respondida por la burguesía con el cierre de fábricas. Entre abril y mayo 30.000 obreros quedaron sin empleo, un número que se duplicaría en los meses siguientes. Los patrones argüían que les faltaban combustible, materias primas, créditos. Los comités de fábrica probaron que la producción era sabotada deliberadamente. El gobierno entonces propuso trasladar las fábricas al interior del país para facilitar el abastecimiento de materias primas, con excusas de orden militar. Al mismo tiempo, los oficiales pedían que las tropas revolucionarias fueran evacuadas de Petrogrado. Querían dispersar a la vanguardia de la clase obrera y a los regimientos revolucionarios. Pero desde las jornadas de abril – cuando Miliukov intentó reprimir con el ejército y debió renunciar– ninguna guarnición se movilizaba sin autorización del Soviet.

5. Jane McDermid y Anna Hillyar, *Midwives of the Revolution: Female Bolsheviks and Women Workers in 1917*, Athens, Ohio University Press, 1999.

6. *Idem anterior*.

7. *Idem anterior*.

La hora de las lavanderas

A fines de abril, una muchedumbre de obreras textiles que manifestaba contra el gobierno se enfrentó a golpes con una patota de los KDT (liberales). Para entonces, los soviets de las barriadas de Viborg, Narva y de la Isla de Vasiliev tenían mayoría bolchevique y varias obreras en su dirección. El comité de esposas de soldados de Viborg eligió a Krupskaja como su representante. Desplazaba a una vieja compañera de estudios, la liberal Nina Gerd, que se despidió diciéndole: "Ellas se molestan por todo lo que hacemos; sólo tienen fe en los bolcheviques".

El Ejecutivo del Soviet debió reconocer que la situación "lindaba, para muchos, con el hambre crónica"; estaba racionado hasta el pan. Los obreros exigían un salario mínimo y las huelgas se desplazaron desde las grandes fábricas hacia el área de servicios, mucho más dispersa y difícil de organizar.

Los sectores más avanzados comenzaban a comprender que en vez de luchas parciales, era necesario remover la sociedad hasta sus cimientos y prepararse para tomar el poder. Las huelgas adquirieron "un carácter especialmente turbulento en los sectores obreros más atrasados y explotados", mayoritariamente femeninos. Reclamaban aumento salarial, mejores condiciones de trabajo, abolición del trabajo infantil, beneficios por maternidad (desde 1912 existía una licencia de dos semanas antes de dar a luz y un mes después del nacimiento, pero los patrones nunca la acataron). También denunciaban el abuso y el acoso sexual de patrones, capataces y clientes y exigían la prohibición de la revisión corporal. Los bolcheviques afianzaron su autoridad entre los sectores más plebeyos, no sindicalizados y por fuera de los comités de fábrica. Cuarenta mil lavanderas – la bolchevique Sofia Goncharskaia dirigía el sindicato– fueron a la huelga por el salario y las condiciones de trabajo. Exigían que se nacionalizaran los lavaderos bajo control municipal. Las siguieron las trabajadoras de comercio, las de limpieza, las empleadas domésticas. El personal de restaurantes y confiterías exigió un trato respetuoso de los clientes; veían en el tuteo y las reverencias una rémora del régimen de servidumbre.

Días después de que entraran en el gobierno de coalición mencheviques y eseristas, el Soviet de Kronstadt votó: "En Kronstadt, el único poder es el Soviet de obreros y soldados". Acto seguido, prohibió el juego, las casas de prostitución y la ebriedad en la vía pública. La revolución conmueve hasta la última piedra.

Los comités de mujeres – que se ocupan tanto de los intereses generales de la clase como de las reivindicaciones específicamente femeninas– se multiplicaron en barriadas, fábricas y sindicatos. Los bolcheviques impulsaron que las mujeres integraran los comités de fábrica, aunque muchos trabajadores lo resistían y esto "implicó persuadirlos para que las votaran". No era fácil en momentos en que, aprovechando el colapso de la economía, los patrones intentaban reemplazar a los trabajadores calificados con trabajo femenino más barato (por ejemplo en las fábricas de municiones). En junio, la

patronal metalúrgica fue más lejos. Propuso a los delegados que mantendría los puestos de trabajo masculinos a cambio del despido de las obreras, con el argumento de que los sueldos femeninos eran "complementarios". "Los bolcheviques actuaron en el sindicato desafiando las actitudes patriarcales y las tácticas discriminatorias contra las mujeres, poniendo énfasis en la solidaridad de clase".⁸

Las mujeres vieron en el partido de Lenin al único que no daba por terminada la revolución con el desplazamiento de la autocracia, el que exigía el fin de la guerra y apoyaba sus luchas contra el deterioro vertical de las condiciones de vida sin preocuparse si "desestabilizaban" al Gobierno Provisional. Ese era el sustento de "la fe" que asombraba a Nina Gerd. Una fe que mostraría sus límites en las jornadas de julio.

8. *Idem anterior.*

Rabotnitsa, el periódico de la mujer trabajadora

Antes de que se declarara la guerra en 1914, tanto los bolcheviques como los mencheviques publicaron periódicos dirigidos a las trabajadoras, en un esfuerzo por acercarlas a las posiciones socialistas. La prensa menchevique *La Voz de la Mujer Trabajadora* duró sólo dos números; la prensa bolchevique *La Mujer Trabajadora* (*Rabotnitsa*) sobrevivió siete ediciones. De éstas, tres fueron confiscadas por la policía y en junio de 1914 *Rabotnitsa* fue definitivamente prohibido como represalia por la oposición bolchevique a la guerra imperialista.

En mayo de 1917, *Rabotnitsa* volvió a la calle, con el apoyo decidido de Lenin y a instancias de las bolcheviques que militaban entre las obreras y las mujeres de soldados. Desde entonces, el periódico ocupó un papel importante en el fortalecimiento de la influencia del partido, en la politización de las trabajadoras, y se convirtió por sí mismo en un centro de organización. La redacción realizó un extenso trabajo de agitación entre las mujeres y fue sede de las reuniones con esposas de soldados y trabajadoras.

Participaban de la redacción bolcheviques de larga data como Krupskaja, Armand, Stahl, Kollontai, Eliazarova, Kudelli, Samoilova y Nikolayeva, pero también se incluyeron militantes recientes, la mayoría jóvenes obreras recién alfabetizadas. Una amplia red de corresponsales (fabriles, barriales y de esposas de soldados) se reunía semanalmente para evaluar el trabajo. *Rabotnitsa* no sólo cumplió una función educativa entre las obreras; también fue un vehículo para combatir los prejuicios contra las trabajadoras dentro de la clase obrera y el partido.

Rabotnitsa trataba las cuestiones políticas generales en lenguaje sencillo, demostró el vínculo entre los problemas "domésticos" (escasez de alimento y combustible) y la guerra y enfatizó en las reivindicaciones "específicas" (guarderías, beneficios maternos, legislación protectora del trabajo). Informaba detalladamente cómo eran organizadas las huelgas y manifestaciones, qué exigían y cuál era la respuesta de los patrones y del gobierno. En el correo de lectores abundan cartas anónimas ("una costurera") que denuncian el despotismo de los patrones y la complicidad del gobierno. "El cuadro que emerge es de una implicación cada vez mayor de las obreras en huelgas y acciones callejeras", dicen McDermid y Hillyar.

El periódico se sostenía con el aporte de las lectoras. La conductora de tranvía Rodionova donaba tres jornales para ayudar a editarlo y se ocupó de juntar dinero en los locales del partido, de distribuir el periódico y los volantes. En una reunión se reunieron 800 rublos. Pronto la invitaron a que escribiera; aunque había aprendido a leer después de Febrero, "sus notas describen agudamente las condiciones de vida de las obreras".

Después de la represión de julio, la redacción de *Pravda* fue requisada y *Rabotnitsa* fue la única publicación del Partido Bolchevique que no cayó en poder de la policía. Cuando entraron a la redacción, la encontraron vacía. Las obreras habían trasladado sigilosamente el diario a las fábricas durante la noche.

CAPITULO 16

Los Soviets, del asambleísmo a organizaciones de combate

En un viejo trabajo, el historiador Marc Ferro¹, realizó un análisis de lo sucedido en las primeras semanas de la revolución de Febrero a partir de decenas de miles de cartas y telegramas enviadas a la Duma, al Soviet, a los órganos de prensa y a los líderes políticos del momento.

Marc Ferro atribuye la explosión epistolar que dio origen a su trabajo al súbito despertar de millones de hombres y mujeres al protagonismo de la historia. Dice que cada uno de sus habitantes se siente una especie de estadista llamado a opinar y participar con sus reclamos y aspiraciones en la nueva era. Sin mediaciones.

Ningún gobierno

El historiador ordena su material epistolar y analiza su origen social, el tipo de preocupaciones y demandas que traduce, los cambios que evidencia en relación con las vicisitudes del proceso revolucionario, sus implicancias políticas, etcétera.

Identifica de entrada, por ejemplo, el lugar privilegiado que ocupa en las primeras cartas de los trabajadores la reivindicación de la jornada de ocho horas. Revela, en cambio, la prudencia con la cual, en las primeras dos semanas que siguen a la revolución, los obreros señalan la necesidad de la mejora de sus salarios, como una prueba de que no pretenden obstaculizar la tarea del nuevo poder. La cuestión del incremento salarial, sin embargo, toma una forma muy definida a partir de mediados de marzo, precisamente como expresión de una desconfianza creciente en el mismo gobierno. Marc Ferro muestra también el precavido enfoque de los obreros sobre la cuestión del poder en las propias fábricas. En una primera etapa no aparece en las cartas ninguna sugerencia vinculada con el comando de las fábricas por parte de los obreros, pero es recurrente la exigencia de establecer el control de la producción para evitar manipulaciones o fraudes patronales y para desenvolver la organización propia de los trabajadores. El historiador destaca que las cartas de trabajadores de grandes fábricas van dirigidas al Soviet,

1. Marc Ferro, "La aspiraciones de la sociedad rusa", en Richard Pipes (coord.) *Revolutionary Russia: A Symposium*, Doubleday, 1969.

mientras las que corresponden a pequeñas empresas o capas medias de la población se dirigen a la Duma.

Esta plétora de cartas y telegramas pone de relieve la distancia que se establece desde los primeros días de marzo entre los obreros y el propio Soviet, que acababa de formarse; especialmente cuando la organización de delegados obreros y campesinos, junto al gobierno, formula un llamado común a los trabajadores a negociar sus reclamos con los patrones. "¿Son mediadores o son nuestros representantes?", se preguntan los trabajadores en numerosas cartas.

La "distancia" entre la población conmocionada por la revolución y sus representantes en los nuevos órganos del poder "dual" tiene todavía un carácter más general: "Significativamente -dice Marc Ferro-, en las elecciones municipales de mayo [en las cuales participan todos los partidos, incluido el Bolchevique] la abstención alcanza al 50% del padrón... [pero también] en los soviets, una gran parte de la clase trabajadora no se hallaba representada (...) Por todas partes, como es bien conocido, la desintegración del aparato estatal y también de varios soviets mostraron que el pueblo ruso se manifestaba hostil al poder representativo: no querían un gobierno mejor sino que rechazaban toda forma de gobierno".² Agrega que, luego de permanecer durante decenas de años en el anonimato político, el pueblo quería deliberar y opinar sobre todo sin intermediación de nadie, sea de los políticos, los intelectuales, los artistas... Faltaría indicar que en las calles de Petrogrado se cantaba el "que se vayan todos" para que el humor del momento nos resulte inmediatamente conocido.

El doble poder como pacto

El escenario descrito es ratificado por otro trabajo, esta vez publicado por la Universidad de Princeton y que se ocupa de investigar el papel de los dirigentes mencheviques en la Revolución Rusa.³ Aquí se pone de relieve que la coexistencia de los Soviets con el Gobierno Provisional burgués no puede ser abordada apenas como la división del poder en términos del antagonismo social que expresaban los Soviets (obreros y campesinos) y el gobierno provisional (burguesía): el "doble poder" es también la denominación del acuerdo político específico que fue formalmente pactado entre la dirección del Soviet y el Gobierno Provisional para garantizar la sustentabilidad de la acción de este último. ¿Doble poder, pacto de convivencia... o ambas cosas a la vez?

El trabajo de Ziva Galili enriquece la visión del proceso de 1917, en algunos puntos no considerados en las versiones más conocidas. En primer lugar, muestra el importante grado de deliberación que se procesó al interior

2. Idem anterior.

3. Ziva Galili y García; *The menshevik Leaders in the Russian Revolution: Social Realities and Political Strategies*, Princeton University Press, 1989.

de la propia clase capitalista en los años previos a la revolución. En particular cuando un importante polo burgués se consolida en el viejo régimen, a partir del gran desarrollo económico que se plantea con el inicio de la segunda década del siglo XX (1910/1914). Se formarán entonces numerosas cámaras y sindicatos empresarios y crecerá el rol de su organización nacional en la Asociación del Comercio y la Industria, preocupada por la modernización de las relaciones sociales y económicas en un sentido capitalista. Se trataba de un amplio movimiento que "apuntaba a la creación de una burguesía nacional" (Ziva Galili) y cuestionaba, por eso mismo, los privilegios y el propio peso retardatario de la enorme máquina estatal del zarismo, a cuya sombra se habían desenvuelto hasta entonces. El trabajo ilustra lo que denomina el "espectacular crecimiento del grupo de los llamados industriales progresistas... que habían acumulado inmensas fortunas y un considerable poder económico y que se consideraban muy conscientemente como la vanguardia de una clase burguesa dirigida a liderar la renovación de la vida política y económica del país".⁴

Mucho antes de 1917, por lo tanto, la burguesía realizó una tarea de preparación para asumir el liderazgo de una transformación modernizante. La investigación pone de relieve diversos documentos que prueban el interés de los "progresistas" en salir del inmovilismo del antiguo régimen. No son pocas las propuestas y ensayos dirigidos a la necesidad de introducir una cierta legislación social, al amparo de la cual buscaban reemplazar el manejo anacrónico y burocrático del viejo imperio por instituciones nuevas, entre las cuales se incluía la posibilidad de un sindicalismo colaboracionista y de instituciones estatales de arbitraje para controlar los conflictos laborales, incluyendo la creación de un ministerio o departamento gubernamental del trabajo. Hubo incluso un ejercicio práctico en esta dirección, con los comités paritarios (obrero-patronales) que se estructuraron después del inicio de la guerra, en 1914, en función de asegurar tareas de la defensa nacional y, en particular, el suministro al Ejército en operaciones.

Menchevismo, Soviets y política burguesa

En segundo lugar, hay que anotar como elemento insustituible de esta política del liberalismo burgués, y como su contrapartida, el desarrollo de una dirección del movimiento obrero provista por los cuadros provenientes del menchevismo, que hizo su propia escuela en la tentativa de apoyar la experiencia de un régimen burgués, apuntándolo mediante una colaboración consciente.

Los mencheviques se destacaban en particular por "una larga experiencia en el trabajo de las organizaciones legales" en la época previa a la revolución.⁵ Desde el inicio mismo del proceso de 1917, luego de Febrero, los men-

4, 5: Idem anterior.

cheviques concibieron la creación de los soviets como un pilar clave en una política que mucho más tarde se denominaría "pacto social"; es decir, de colaboración con los explotadores capitalistas y naturalmente en nombre de los intereses comunes de obreros y patrones de expandir la producción, aumentar el empleo, incrementar las ganancias, fortalecer el sistema impositivo, desarrollar una política de asistencialismo y arbitraje, etcétera.

De hecho, y confirmando las observaciones ya señaladas de Marc Ferro, la conclusión es que los soviets, que aparecen no antes sino después de la Revolución de Febrero, no se formaron directamente como órganos de combate de las masas en la lucha por el poder sino que, en un inicio, son el producto de una intervención de las cúpulas de los partidos de la clase obrera, en la cual el peso de los conciliadores es clave (incluyendo las tendencias que en la misma dirección operaban en el partido bolchevique en marzo y que ya analizáramos en esta misma serie). Abordar la constitución de los soviets como una mera creación espontánea de las masas y como sinónimo de instrumento de la lucha por el poder es unilateral; algo que Lenin siempre tuvo en cuenta en la lucha política implacable en este periodo.

El trabajo de Ziva Galili muestra que en marzo/abril quienes dominan el poder son precisamente los "progresistas" (del capital) y los conciliadores (del movimiento obrero). Un poder dual pero no antagónico, unido por toda una preparada red de colaboración política. Galili expone la cantidad de resoluciones y medidas que se pusieron entonces en marcha tendiendo a desplegar el proyecto de modernización burguesa de Rusia. Desde las negociaciones para legalizar la nueva jornada de trabajo, el cobro de los días caídos (durante la insurrección de Febrero), las condiciones de la organización obrera en fábrica, para sólo citar el intenso ajeteo de esas primeras semanas de la revolución. Al describir la atmósfera de esos días, Galili señala la "dualidad" que caracterizaba a las masas, "dispuestas al mismo tiempo a defender sus reivindicaciones largamente postergadas y su autocontención para no desorganizar la producción", en particular en lo que se relacionaba con el abastecimiento de la defensa y de las tropas.⁶ Su balance es muy interesante porque considera a esa política de colaboración muy "exitosa", lo que explicaría el vuelco en mayo de los mencheviques al gobierno de coalición en el cual los patrones "progresistas" ocupaban los puestos clave.

Bolchevismo, Soviets y revolución

En el contexto de una revolución, además, la colaboración entre los centrozquierdistas y la burguesía era decisiva para contener el proceso en el marco capitalista. Porque la patronal, ahora, ya no tenía la protección del viejo Estado y de sus fuerzas de seguridad.

Pero aun así se tiene la impresión de que la estructura de colaboración

6. Idem anterior.

de clases, montada con menos improvisación de la que podría pensarse, se quebró muy rápidamente por el efecto catalizador de la guerra, la enorme desorganización económica y la penuria material, que empezaban a tener efectos dramáticos justamente a partir de mayo, cuando debuta el gobierno de coalición. Pero esto fue posible, por sobre todas las cosas, por la política del Partido Bolchevique de aprovechar todas las contradicciones de la situación revolucionaria para hacer avanzar al proletariado hacia su única salida: la toma del poder y instalación del gobierno obrero y campesino.

Estamos ante el proceso vivo de la revolución, no de un esquema. Los Soviets no surgieron, en 1917, como un órgano de combate de las masas, como sí había ocurrido durante la revolución de 1905, durante la cual nunca perdieron ese carácter. Surgieron como aglomeración asamblearia, con un fuerte clima "antipolítico", determinado por una composición inmensamente mayoritaria de soldados (o sea campesinos). Hasta mediados de abril, dice un historiador anarquista, "los soldados gozaban de mayoría en las sesiones plenarias. Entre los obreros, predominaban los representantes de las fábricas pequeñas sobre las grandes. De este modo, la fisonomía social del Soviet de Petrogrado en el primer período no era proletario en el sentido marxista, sino campesino y pequeño burgués".⁷ Precisamente por estas condiciones, en aquellos primeros momentos, los Soviets se encontraban dirigidos por un puñado de intelectuales socialistas (mencheviques y socialrevolucionarios), que constituían un verdadero "gobierno en las sombras".⁸ En estas condiciones, para que los soviets pudieran desplazar del poder al gobierno de la burguesía, ellos debían convertirse antes en algo que aún estaban lejos de ser: en órganos de combate. Lenin y Trotsky fueron los únicos que comprendieron la tarea histórica que estaba planteada en todas sus dimensiones.

Hanna Arendt, la pensadora alemana que escribió "sobre la revolución", señala que el principio soviético puro, al que presenta como la antítesis del sistema de partidos, solamente existió en la primera elección al Soviet de Petrogrado. En esta etapa, dice Anweiler, el historiador anarquista, los Soviets eran vistos por los obreros y por los soldados como una suerte de clubes o asambleas permanentes, no como un parlamento, incluso obrero o popular. La forma semi-parlamentaria diseñada de acuerdo a las líneas representadas por los partidos, recién comenzaría a tomar forma a partir de fines de marzo.

A diferencia de los soviets, los que sí comenzaron a desarrollarse como órganos de combate fueron los comités de fábrica, cuya representación se renovaba en forma muy frecuente. Vistos como anarquizantes por parte de la mayoría centroizquierdista de los Soviets, fue sin embargo el gran terreno de agitación y de reclutamiento de los bolcheviques. El crecimiento en los comités de fábrica les iba a dar a los bolcheviques, oportunamente, la mayoría de

7. Oskar Anweiler, *The Political Ideology of the Leaders of the Petrograd Soviet in the Spring of 1917*, en Ricard Pipes (coordinador), op. cit.

8. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

los delegados a los Soviets. Esta combinación de parlamento obrero y de organización de combate prepararía la etapa final de la revolución, cuando los soviets pasaran a ser parlamento obrero y órgano de combate a la vez. Octubre de 1917 será la culminación de todo este proceso. En su fase "semi-parlamentaria", los Soviets fueron el escenario de una encarnizada lucha de partidos. En los soviets más importantes – los de Petrogrado y Moscú– esta transformación tuvo lugar en el curso de marzo; en el interior, el proceso de cristalización de los Soviets a lo largo de líneas partidarias tomó mucho más tiempo. En las vísperas de la Revolución de Octubre, añade el historiador anarquista citado, los Soviets sufrirán una nueva transformación: "los bolcheviques re-transformaron a los Soviets de instituciones semi-parlamentarias en órganos de combate" (por el poder)⁹.

9. Oskar Anweiler, op. cit.

CAPITULO 17

Las huelgas y los comités de fábrica

Al comenzar el cuarto mes de la revolución (junio), se plantea un viraje de orden más general en la Rusia de 1917. La primera etapa, que se agota en los últimos días de abril, fue la "luna de miel", según un historiador ya citado en esta serie.¹ Lo que emergió casi naturalmente con la caída del zar fue un clima de "unidad nacional". El propio Trotsky pinta ese panorama en las manifestaciones de masas que se dieron en marzo, en ocasión del entierro de las víctimas de las jornadas de febrero y la conmemoración del 1° de Mayo (18 de abril según el viejo calendario).² Era, por sobre todas las cosas, el clima que correspondía a la tentativa del Gobierno Provisional capitalista y de la dirección conciliadora de los soviets por encontrar un punto de equilibrio entre la burguesía, por un lado, y el proletariado y las masas, por el otro. Era entonces también el fruto de una preparación política de años entre los partidos patronales y los mencheviques en particular, como tuvimos oportunidad de analizar en el capítulo precedente de esta serie.

En este contexto, la normalización de la actividad productiva en las fábricas y lugares de trabajo parecía, para la sociedad toda, una exigencia del propio proceso de la revolución. "Durante las primeras semanas, los industriales, atemorizados por los truenos de la revolución, que retumbaban entre la bacanal de los beneficios de la guerra, hicieron concesiones a los obreros y accedieron, incluso con reservas, a conceder la jornada de ocho horas"³. En la primera revolución rusa, en 1905, la "huelga" patronal (lock-out) había sido un instrumento de la contrarrevolución. Trotsky recuerda el asunto porque la burguesía volvió a considerar la cuestión de cerrar las fábricas en 1917, en la misma medida en que comenzaba a crecer en los medios obreros la inquietud y la desconfianza en el Gobierno Provisional. "Los industriales no habían olvidado la experiencia de la revolución de 1905, en la que un lock-out, diestramente organizado con el apoyo activo del gobierno, no solamente hizo fracasar la campaña de los obreros por la jornada de ocho horas, sino que prestó un inapreciable servicio a la monarquía, coadyuvando al aplastamien-

1. Ziva Galili, *The Menshevik Leaders in the Russian Revolution...*, citado.

2. Ver "Las Jornadas de Abril" en este volumen.

3. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

to de la revolución"⁴. Los capitalistas, sin embargo, consideraban inviable repetir en el '17 la experiencia de doce años atrás, porque, a diferencia de entonces, podía atizar la revolución. Ya no estaban los gendarmes del zar para imponer el orden. En realidad, desecharon una acción única en este sentido pero aconsejaron una suerte de paralización progresiva para fomentar la desestabilización general y preparar las condiciones de un contragolpe: "al mismo tiempo que rechazaban el reto del lock-out, ...recomendaban a sus afiliados que fuesen cerrando las fábricas una tras otra buscando pretextos adecuados"⁵.

Fue la desorganización y descomposición del proceso económico lo que replanteó la acción directa y la organización de los obreros en los lugares de trabajo. Los patrones justificaban la clausura de las plantas por la falta de combustible, de materias primas, de repuestos, de créditos. Entonces, los "comités de fábrica intervenían en el asunto y, en muchos casos, demostraban de un modo irrefutable que la producción se desorganizaba deliberadamente con el designio de presionar a los obreros a conseguir una ayuda financiera del Estado"⁶. El panorama de conjunto, iba más allá del "lock-out" paulatino. Todo el metabolismo económico estaba al borde de la quiebra. Faltaban insumos, las fábricas tenían que abastecer al Ejército desquiciando la provisión de mercancías en las ciudades, los desplazamientos de técnicos y obreros por las exigencias de la guerra eran cosa de todos los días, el combustible no alcanzaba, faltaban elementos... subían los precios.

El control de los lugares de trabajo

En esta nueva situación, y casi naturalmente, las huelgas comenzaban a extenderse y adquirían un carácter virulento entre los sectores más atrasados y explotados. A lo largo de junio abandonan el trabajo, unos detrás de otros, las lavanderas, los tintoreros, los toneleros, los dependientes de comercio, los obreros de la construcción, los pintores, los peones, los zapateros, los obreros del cartón, los tocineros, los ebanistas; "por el contrario, los metalúrgicos tienden más bien a contener el movimiento (porque) los obreros avanzados empezaban a ver, cada vez más claramente, que en las condiciones creadas por la guerra, el desbarajuste económico y la inflación, con las huelgas económicas parciales no se conseguiría ninguna mejora sensible, que era necesario remover los cimientos mismos". En definitiva, "el lock-out patronal no sólo hacía que los obreros percibieran mejor la necesidad de implantar el control de la industria, sino que les sugería la conveniencia de que el Estado tomase en sus manos las fábricas. La cosa parecía tanto más lógica cuanto que la mayoría de las fábricas particulares trabajaban para la guerra, colaborando con fábricas idénticas pertenecientes al Estado".⁷

El control de los lugares de trabajo se convirtió en una cuestión vital. Ya

4, 5, 6 y 7: Idem anterior.

no se trataba de tal o cual reivindicación sino del comando del proceso de producción. Como resultado de la propia experiencia y frente al hecho de que la burguesía actuaba como factor de desorganización de la economía, surgía una tendencia en favor de un proceso de conjunto, centralizado de todo el mecanismo productivo, lo que sólo era posible llevando al propio Estado a los obreros y explotados. Incluso bajo la dirección de los conciliadores, el Soviet se vio obligado a votar una resolución que indicaba que "llegó el momento en muchas ramas de la industria – trigo, carne, sal, pieles– de que se implante el monopolio comercial del Estado; en otras (carbón, petróleo, metal, azúcar, papel) las condiciones aconsejan la constitución de trusts reglamentados por el Estado y finalmente, en casi toda las ramas de la industria las condiciones imperantes exigen que el Estado intervenga y reglamente la distribución de las materias primas y de los productos elaborados, ...la fijación de precios, ...la fiscalización de los mecanismos de crédito" (citado por Trotsky).

Mientras los conciliadores pretendían salvar la alianza con la burguesía mediante una intervención desde arriba, con el propósito de evitar el caos en la vida social, la propia burguesía de carne y hueso comprendió que el programa planteado por sus aliados era una especie de puente de plata para los bolcheviques, que metódica y sistemáticamente explicaban que no podía haber otra manera de controlar y administrar el marasmo reinante que no fuera el control obrero, una salida que conducía al gobierno a los trabajadores.

La cuestión de quién mandaba en las fábricas y centros de producción se transformaba, por lo tanto, en un problema de poder. Siempre ha sido así... siempre será así en el contexto de toda crisis vertebral de la sociedad capitalista.

Crecen los bolcheviques

Mientras el protagonismo de los trabajadores se intensificaba contra el rol desorganizador de los capitalistas, crecía el... bolchevismo. El relato de Trotsky sobre este punto es absolutamente esclarecedor y puede reproducirse en su integridad:

"El incremento que tomaban las huelgas y la lucha de clases en general robustecía casi automáticamente la autoridad de los bolcheviques. En todos aquellos casos en que se planteaban intereses vitales para los obreros, éstos se convencían de que los bolcheviques no abrigaban segundas intenciones, de que no ocultaban nada y de que se podía confiar en ellos. Cuando estallaba algún conflicto, todos los obreros sin partido, los socialrevolucionarios y los mencheviques, se iban con ellos. Así se explica que los comités de fábrica que batallaban contra el sabotaje ejercido por la administración y por los patronos, se pusieran al lado de los bolcheviques mucho antes que el Soviet. En la reunión celebrada a principios de junio por los comités de fábrica de Petrogrado y sus alrededores, la proposición bolchevista obtuvo 335 votos sobre 421 votantes. Y, sin embargo, era un hecho revelador, pues demostraba que, en las cuestiones fundamentales de la vida económica, el proletariado

de Petrogrado, que aún no había roto con los conciliadores, se había pasado de un modo efectivo al campo bolchevique.

"En la asamblea sindical celebrada en junio pudo comprobarse que en Petrogrado había más de cincuenta sindicatos y que sus afiliados no bajaban de doscientos cincuenta mil. El sindicato metalúrgico contaba con cerca de cien mil obreros. En el transcurso del mes de mayo, el número de obreros sindicalizados se dobló. La influencia de los bolcheviques en los sindicatos crecía aún más rápidamente.

"En todas las elecciones parciales a los Soviets triunfaban los bolcheviques. El 1° de junio había ya en el Soviet de Moscú doscientos seis bolcheviques por ciento setenta y dos mencheviques y ciento diez socialrevolucionarios. Idénticos cambios se producían en las provincias, aunque con mayor lentitud. Los efectivos del partido crecían sin cesar. A finales de abril, la organización de Petrogrado contaba con cerca de quince mil miembros; a finales de junio, el número de afiliados era ya de treinta y dos mil.

"En la sección obrera del Soviet de Petrogrado tenían ya, por aquel entonces, mayoría los bolcheviques. Pero en las asambleas mixtas de ambas secciones la mayoría aplastante correspondía a los delegados soldados. Pravda no se cansaba de pedir elecciones generales. 'Los quinientos mil obreros de Petrogrado tienen en el Soviet cuatro veces menos delegados que los ciento cincuenta mil soldados de la guarnición'.¹⁸

Huelgas, comités de fábrica, crecimiento de los bolcheviques... el segundo acto de la revolución se pone en marcha. Lo pondrán en evidencia nuevos acontecimientos en junio, cuando se reúna el II Congreso de los Soviets de cara a una nueva situación. Será el tema a tratar en las próximas entregas.

8: Idem anterior.

CAPITULO 18

Disparen contra los bolcheviques

El primer congreso de los soviets

Con la apertura del I Congreso de los Soviets, del 3 al 24 de junio, la Revolución de Febrero pretendía ser instalada como la estación terminal de un proceso histórico. Estaban representados millones de trabajadores y campesinos. La mayoría absoluta de los diputados pertenecía a los partidos conciliadores que venían de integrarse al gobierno de coalición con la burguesía (véase apéndice). El Congreso aspiraba a ser el equivalente a los "estados generales" de la llamada democracia revolucionaria¹. Su misión era consagrar el régimen burgués co-dirigido y aprobar la continuidad de la guerra imperialista. Pretendía apostar a un golpe definitivo al bolchevismo que se desarrollaba canalizando el desasosiego de las masas e insistiendo machaconamente con la necesidad de una segunda revolución.

Cuando se reunió el I Congreso de los Soviets, el gobierno de coalición venía desarrollando un plan de reorganización del Ejército articulando con el viejo mando zarista la ofensiva que relanzarían las tropas rusas. Era una exigencia además del bloque imperialista enfrentado a Alemania (Estados Unidos, Francia, Inglaterra).

Por otro lado, venía de reunirse en mayo también un Congreso de Soviets campesinos en cuya dirección predominaban los representantes de las camadas más ricas y conservadoras. La constitución de un comité conjunto en la cúpula entre el Soviet de diputados obreros y soldados y el nuevo de los campesinos había reforzado todavía más a la derecha de los soviets. Aunque el caos económico creciente había replanteado las luchas, el estallido de huelgas y la organización de los comités de fábrica (de lo que dimos cuenta en la entrega anterior de esta serie). En una de sus primeras resoluciones, el Congreso aprobó el gobierno de coalición con la burguesía por 443 votos contra 126 y 52 abstenciones.

Fue, por lo tanto, en un clima hostil que Lenin replicó al discurso del líder menchevique Tseretelli (véase apéndice) que pasó a la historia; pero su intervención posterior fue recibida con risas y expresiones de desaprobación. Los dirigentes del soviets pretendían rematar su tarea imprimiendo al congre-

1. Gerald Walter, *Lenin*. Se refiere a las asambleas excepcionales que en la Francia monárquica se reunían con representantes de todas las clases para abordar las grandes crisis, entonces bajo el control de la nobleza y el clero, y cuya convocatoria en 1789 se identifica con el principio de la revolución.

so un clima de fervor patriótico y con votaciones igualmente contundentes en favor de la guerra.

Prohíben manifestar a los bolcheviques...

Detrás del escenario el panorama era, sin embargo, muy distinto. La mentada "ofensiva" en el plano militar sublevaba a los soldados. Mientras el Congreso de los Soviets desarrollaba sus primeras sesiones, "la organización militar creada por los bolcheviques, y que se mantenía en contacto estrecho con los cuarteles, fue informada por dirigentes de los comités de regimiento que los hombres estaban agotados, listos para levantarse en armas y ganar la calle para calmar su indignación. Era imprescindible entonces tomar la dirección de este movimiento con el propósito de orientarlo como una manifestación pacífica. De otro modo, la Militar (así fue bautizada por los soldados la creación bolchevique) perdería toda autoridad ante las tropas"². Con este objetivo la dirección del partido bolchevique decide organizar una manifestación. En la tarde del 9 de junio, afiches firmados por el Comité Central bolchevique y el Buró Central de los comités de fábrica llaman a manifestar al día siguiente pacíficamente "usando el derecho acordado a todos los ciudadanos contra la política contrarrevolucionaria del ministerio de la coalición".

La noticia estalló inmediatamente como una bomba³. Los mencheviques buscaron aprovechar lo que consideraban su oportunidad. Uno de sus jefes - Tcheidze - proclamó: "si el Congreso no reacciona, la jornada de mañana puede ser fatal para la revolución". Hacen aprobar una proclama a los obreros y soldados de la capital de Rusia: "Los que los llaman a manifestar contra el gobierno cuyo sostenimiento acaba de ser reconocido como necesario por el Congreso de los Soviets, saben que la manifestación va a provocar graves desórdenes. De ello quieren aprovecharse los contrarrevolucionarios que aguardan el momento en que la discordia que se fomenta en el seno de la democracia revolucionaria les dé los medios para aplastar la revolución". En función de tan gran circunstancia se anuncia que toda especie de manifestación en la vía pública queda prohibida para los próximos tres días. No es todo: el Congreso de los Soviets es declarado en sesión permanente y sus delegados son organizados para recorrer la noche entera la ciudad para explicar a los trabajadores la resolución adoptada.

En la noche del mismo 9 de junio el Comité Central de los bolcheviques es convocado de urgencia. Lenin plantea que se trata de una provocación y que es necesario batirse en retirada. Lo cierto es que "en Petrogrado se estaba operando un cambio evidente de opinión en favor de los bolcheviques; pero en las provincias, este proceso se desarrollaba más lentamente; además, el frente necesitaba de la lección de la ofensiva para vencer su re-

2. Idem anterior.

3 y 4. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

celo contra los bolcheviques. Por eso Lenin se mantenía firme en su posición de abril: explicar pacientemente (...) Las masas se sometieron a la resolución de los bolcheviques, pero no sin protestas y manifestaciones de indignación. En algunas fábricas se votaron resoluciones censurando al Comité Central. En los barrios obreros los miembros más fogosos del partido rompieron sus carnets. Era un aviso serio"⁴.

...y pretenden desarmarlos

El ala derecha de los soviets se envalentonó y con el levantamiento de la manifestación bolchevique, quiso redoblar la apuesta: "Asistimos a un complot – vuelve a la carga Tseretelli en el Congreso– ...Se dice que la contrarrevolución levanta la cabeza. No es cierto... la contrarrevolución puede ingresar hoy por una sola puerta: la de los bolcheviques. Lo que hacen ahora los bolcheviques ya no es propaganda ideológica, es una conjura donde la crítica dejó su lugar a las armas. Discúlpennos, pero vamos a pasar ahora a otros métodos de lucha. A los revolucionarios que no saben usar las armas con dignidad, es necesario sacárselas. Hay que desarmar a los bolcheviques. No toleraremos complots".⁵ El "desarme" de la revolución, sin embargo, era imposible: como dice un cronista de la época, "las armas no estaban en manos de los bolcheviques sino de los soldados y obreros que en su mayoría seguían a los bolcheviques. Por lo tanto desarmar a los bolcheviques no podía significar más que desarmar al proletariado, y no bastaría siquiera esto, pues habría que desarmar también a las tropas".⁶

En los locales bolcheviques el clima era de efervescencia. Integrantes de los comités de Petrogrado acusaban a Lenin de haberse dejado intimidar por los conciliadores al proponer el levantamiento de la manifestación del 10 de junio. Lenin vuelve entonces a la sede del partido bolchevique y explica: "Hasta en una guerra ordinaria uno puede verse obligado, por razones estratégicas, a renunciar a una ofensiva establecida de antemano. Con más razón todavía se puede plantear algo similar en una guerra de clases... La contraorden (a la manifestación) era absolutamente necesaria. Lo que siguió lo ha demostrado perfectamente". Recuerda el reciente discurso, histórico e histérico, Tseretelli y agrega solemnemente: "Hoy la revolución entró en una nueva fase. Los obreros deben percibir, con toda sangre fría, que ya no es cuestión de ahora en adelante apenas de manifestaciones pacíficas". Sin embargo, el proletariado debe responder a la nueva situación con "un máximo de prudencia, de reserva, de organización". "No debemos dar pretextos para el ataque"...

...La asamblea bolchevique se declara de acuerdo con Lenin.⁷

5. Gerard Walter, op. cit.

6. Sujanov, *Memorias*.

7. Citado por Gerald Walter.

"Se acerca el momento clásico de la revolución..."

(...) ese momento en que la democracia burguesa, acosada por la reacción, pretende desarmar a los obreros que han asegurado el triunfo de una causa revolucionaria. Los señores demócratas, entre los cuales había gentes leídas, ponían invariablemente sus simpatías en los desarmados, nunca en los que desarmaban, cuando en los libros leían estas cosas, pero cuando el problema se planteaba ante ellos en la realidad tangible, las cosas cambiaban. El hecho de que fuera Tseretelli, un revolucionario que se había pasado varios años en presidio, que todavía ayer era un zimmerwaldiano, quien emprendiera el desarme de los obreros, no era cosa fácil de comprender. La sala, al oírlo, se quedó estupefacta. A pesar de todo, los delegados de provincias parecían darse cuenta de que les estaban empujando al abismo. Uno de los oficiales tuvo un ataque histérico. No menos pálido que Tsereteli, Kámenev se puso en pie y exclamó, con un tono de dignidad cuya fuerza impresionó al auditorio: 'Señor ministro, si no lanza usted sus palabras al viento, no tiene derecho a limitarse a amenazar. ¡Deténgame usted y sométame a proceso por conspirar contra la revolución!'. Los bolcheviques abandonaron la sala en señal de protesta, negándose a tomar parte en el escarnio de que se hacía objeto a su partido. La tensión en la sala se hace insoportable."⁸

Los partidos conciliadores pretendían rematar el operativo y enseñorearse de la situación. Una vez logrado el objetivo de paralizar la acción de los bolcheviques deciden organizar una nueva manifestación en apoyo al Congreso de los Soviets y a las políticas que ellos comandaban. A su modo, temían que la propia burguesía aprovechara la ola contra los bolcheviques para barrer con los propios soviets y sus dirigentes. Era necesario mantener el equilibrio. La manifestación será convocada y para el 18 de junio y entonces, el escenario volverá a cambiar; esta vez con una impresionante demostración de los bolcheviques. Es el comienzo del próximo capítulo.

8. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

La composición de un congreso "cansado de la revolución"

El primer Congreso de los soviets, que sancionó los planes de ofensiva de Kerenski, se reunió el 3 de junio en Petrogrado, en el edificio de la Academia militar. Acudieron a él 820 delegados con voz y voto y 268 con voz, pero sin voto. Estos delegados representaban a 305 soviets locales y a 53 soviets cantonales y de distrito, a las organizaciones del frente, a los institutos armados del interior del país y a algunas organizaciones campesinas. Tenían voz y voto los soviets integrados por más de 25.000 miembros. Los formados por 10 a 25.000 sólo tenían voz. Basándose en estas normas, que, dicho sea de paso, es poco probable que se observaran al pie de la letra, puede calcularse que en el Congreso estaban representadas más de 20 millones de personas. De los 777 delegados que facilitaron datos sobre su filiación política, 285 resultaban ser socialrevolucionarios, 243 mencheviques y 105 bolcheviques; después venían otros grupos menos nutridos. El ala izquierda, formada por los bolcheviques y los internacionalistas, representaba menos de la quinta parte de los delegados. En su mayoría, el Congreso estaba compuesto por elementos que en marzo se habían hecho socialistas y en junio estaban ya cansados de la revolución. Petrogrado tenía que parecerles una ciudad de locos.

León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*

"Ese partido existe"

El congreso tuvo su sesión inaugural el 3 de junio. La primera sesión se agotó en saludos y felicitaciones. Al día siguiente se abordó la cuestión de la actitud a adoptar frente al gobierno de coalición. El ministro socialista Tseretelli realizó una defensa apasionada de ese gobierno. Era – dijo– "el verdadero gobierno nacional, que encarnaba a la totalidad de las fuerzas vivas del país, el único poder posible y cuya existencia se justifica plenamente. No hay – agregó en un tono absolutamente categórico– , en la actualidad en Rusia partido alguno capaz de decir: 'entrégnenos el poder, váyanse y déjenos ocupar su lugar'; tal partido no existe". Entonces, se escuchó, desde la mitad de la sala, una réplica breve, perentoria: "Ese partido existe". Era Lenin – debía hablar poco después– que, perdido entre la multitud de delegados, no había resistido la tentación de interrumpir al orador. No era una autoproclamación.

Gerald Walter, *Lenin*

CAPITULO 19

¡Abajo los diez ministros capitalistas!

"Momento de viraje"

La "bajada" de este capítulo es la definición que Lenin utilizó para caracterizar la situación planteada cuando el I Congreso de los Soviets prohibió la manifestación convocada, para el 10 de junio, contra la continuidad de la guerra impulsada por el gobierno de coalición (ver apéndice). El llamado de la derecha soviética a "desarmar a los bolcheviques" había llevado las cosas a un pico máximo de tensión, cuando todavía no se cumplían los cuatro meses desde el derrocamiento del zar. Pero la revolución devora tiempos y circunstancias: diez días después la situación se invierte otra vez. Ahora, el fiel de la balanza se inclina en favor de los bolcheviques, que habían intervenido masivamente en una manifestación llamada por los... mencheviques.

Lenin convenció a sus compañeros de la necesidad de levantar la movilización del 10 de junio porque llevaba a un enfrentamiento prematuro con el gobierno. Fue muy cuidadoso al respecto ante sus propios camaradas de Petrogrado, reunidos especialmente para considerar la cuestión, a los que comenzó por explicarles que "comprendía el descontento" que les había producido la decisión del comité central bolchevique de anular la convocatoria a ganar las calles. Luego de desenvolver su apreciación en torno a lo que estaba en juego, concluyó: "el comité central no quiere presionar sobre vuestra decisión; tenéis pleno derecho a protestar contra los actos del comité central y vuestra decisión debe ser libre".¹ Sin solución de continuidad, Lenin redacta una declaración de la Fracción Bolchevique, dirigida al I Congreso de los Soviets.

Textualmente: "No reconocemos las resoluciones de los soviets como resoluciones justas, de un poder justo, mientras queden diez ministros burgueses contrarrevolucionarios... Y aunque los soviets se hagan cargo de todo el poder (lo que nosotros deseamos y siempre apoyaremos), aunque se conviertan en un parlamento revolucionario soberano, no nos someteremos a las decisiones suyas que restrinjan el libre derecho de agitación, que prohíban, por ejemplo, el reparto de manifiestos en la retaguardia o en el frente, que

1. Vladimir I. Lenin, "Discurso pronunciado en la reunión del comité de Petrogrado el 11 (24) de junio de 1917".

prohíban manifestaciones específicas, etcétera. Preferiríamos en ese caso pasar a la situación de partido ilegal, oficialmente perseguido, pero no renunciar a nuestros principios marxistas, internacionalistas... De las razones dadas para prohibir las manifestaciones durante tres días sólo aceptamos condicionalmente una, a saber: que los contrarrevolucionarios en acecho quieren aprovechar la situación ... (y) sería necesario denunciarlos inmediatamente como enemigos del pueblo y arrestarlos... La falta de estas medidas por parte del Soviet hace que su justa razón invocada se convierta en una razón justa sólo condicionalmente y aun injusta en su totalidad".² Lenin no hacía de nada un fetiche, tampoco de los soviets.

La manifestación del 18 de junio

Sin embargo, los bolcheviques tendrán rápidamente "una revancha explosiva".³ La ocasión, contradictoriamente, la ofreció una convocatoria de los mencheviques. Es el llamado a manifestar en la semana siguiente, el 18 de junio, bajo la dirección de los ministros socialistas que integraban el cogobierno con la burguesía. "Para mantener su prestigio a los ojos de las masas, decidieron organizar una manifestación grandiosa en honor al Congreso de los Soviets. Sólo las consignas adoptadas por todos los partidos debían figurar en los carteles que portarían los manifestantes y que, como de costumbre, constituían la principal atracción: ¡Unión de la democracia en torno a los soviets! ¡Confianza en los ministros socialistas! ¡Abajo la escisión! ¡La división de la democracia es la victoria de la contrarrevolución! ¡Por la Asamblea Constituyente hacia la República Democrática!".⁴

Los bolcheviques hacen saber que participarán en la marcha con las mismas consignas que habían planteado para la manifestación proscripta apenas ocho días antes y que son anunciadas en su periódico Pravda (del 14 de junio): ¡Abajo la contrarrevolución! ¡Abajo los diez ministros capitalistas! ¡Abajo los imperialistas "aliados"! ¡Contra el desarme de los obreros! ¡Todo el poder a los soviets! ¡Abajo los capitalistas!, etcétera. La prensa bolchevique llamaba a cada fábrica, a cada regimiento, a adoptar estas banderas y especificaba: la manifestación no debía ser un paseo sino una revista general de las fuerzas del proletariado revolucionario. "La divisa de combate era ¡Abajo los diez ministros capitalistas!; era el modo más claro de expresar la necesidad de romper el bloque con la burguesía; no se trataba entonces de derribar al gobierno sino de ejercer presión sobre los soviets".⁵

Las masas obedecieron al llamado y superaron las mejores expectativas de los bolcheviques. Medio millón de manifestantes desfilaron durante seis

2. Vladimir I. Lenin, "Proyecto de Declaración del CC del POSDR y del Buró de la Fracción Bolchevique, dirigida al Congreso de los Soviets de toda Rusia, con motivo de la prohibición de la manifestación".

3. Gerard Walter, *Lenin*.

4. Idem anterior.

5. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

horas frente al palco en el cual se encontraba la primera plana menchevique, que con desazón creciente y manifiesta en sus rostros observaban pasar los carteles que en su inmensa mayoría tenían inscriptas las consignas lanzadas por *Pravda*. Al día siguiente, el periódico de los mencheviques tenía que rendirse ante la evidencia: "la organización de los bolcheviques jugó un gran rol en la manifestación".⁶

El balance

Cuando las sesiones del I Congreso de los Soviets aún no habían concluido, la situación se presentaba bajo un aspecto nuevo que contrariaba el propósito de acorralar al ala revolucionaria y que era uno de los cometidos esenciales de su convocatoria. Por primera vez en las calles se presentaba una delimitación clara de posiciones en torno a dos perspectivas antagónicas de la revolución (véase en el recuadro el balance de puño y letra de Lenin). Un primer y muy práctico recuento de fuerzas había puesto en evidencia las contradicciones del proceso revolucionario abierto en febrero. Eran los preparativos de una batalla decisiva. Pero por el momento los dos bandos habían dado un paso atrás⁷: los bolcheviques habían renunciado a su propia manifestación, los conciliadores a desarmar a los obreros. Era un equilibrio muy precario luego de lo que puso en evidencia la manifestación del 18 de junio y, además, destinado a romperse bajo el huracán provocado por el choque entre la revolución y la contrarrevolución. Y muy rápidamente.

6. Gerard Walter, op.cit.

7. León Trotsky, op. cit.

"La democracia pequeñoburguesa contra el proletariado socialista"

En la primera etapa de su desarrollo, la revolución rusa entregó el poder a la burguesía imperialista y creó al lado de este poder los soviets de diputados, donde tenía mayoría la democracia pequeñoburguesa. La segunda etapa de la revolución (6 de mayo) ha alejado del poder, formalmente, a los representantes del imperialismo, cínicamente francos, Miliukov y Guchkov y convirtió, de hecho, a los partidos mayoritarios de los soviets en partidos gubernamentales. Nuestro partido quedó antes y después del 6 de mayo en minoría, en la oposición. Esto fue inevitable, pues nosotros constituimos el partido del proletariado socialista sobre la base del internacionalismo. El proletariado socialista, que adopta la posición internacionalista durante la guerra imperialista, tiene que estar necesariamente en oposición a todo gobierno que acaudille esta guerra; lo mismo si es monárquico, republicano o "socialista"-defensista. El partido del proletariado socialista, inevitablemente, congregará junto a sí a masas cada vez mayores de población arruinada por la larga guerra, que van dejando de confiar en los "socialistas" comprometidos por su actuación al servicio del imperialismo, como antes dejaron de confiar en los imperialistas de pura cepa. Por eso, comenzó la lucha contra nuestro partido ya en los primeros días de la revolución. Pero sean cuales fueran las formas viles y repulsivas que revista la lucha de los señores kadetes y plejanovistas contra el partido del proletariado, su naturaleza es clara. Es la misma lucha librada por los imperialistas y los Scheidemann contra Liebknecht y F. Adler (ambos fueron declarados "locos" por el órgano central de los "socialistas" alemanes, y ni hablemos de la prensa burguesa, la cual declaró a estos camaradas sencillamente "traidores" al servicio de Inglaterra). Es la lucha de toda la sociedad burguesa, incluyendo también la democracia pequeñoburguesa, por más revolucionaria que sea, contra el proletariado socialista, internacionalista.

En Rusia, esta lucha ha alcanzado la fase en que los imperialistas intenten – por medio de los líderes de la democracia pequeñoburguesa, los Tseretelli, Chernov, etcétera– poner fin a la creciente fuerza del partido del proletariado con un golpe brusco y decisivo. Y como pretexto para este golpe decisivo, el ministro Tseretelli ha encontrado el proceder contrarrevolucionario más de una vez utilizado: acusa de conspiración. Esta acusación no es más que un pretexto. La verdad del asunto está en la necesidad en que se ve la democracia pequeñoburguesa, a la que llevan de la rienda los imperialistas rusos y aliados, de acabar de una vez y para siempre con los socialistas internacionalistas. Consideran que ha llegado el momento de dar el golpe. Están excitados, atemorizados, y bajo el látigo de sus señores se han decidido: o ahora o nunca.

El proletariado socialista y nuestro partido deben acumular toda su sangre fría, deben dar prueba de la máxima firmeza y espíritu vigilante: que los futuros Cavaignac rompan el fuego. Nuestro partido ya anticipó en su conferencia la llegada de ellos. El proletariado de Petrogrado no les brindará la posibilidad de sacudirse la responsabilidad de encima. Esperará ahorrando sus fuerzas y preparándose para rechazar, cuando estos señores se decidan a pasar de las palabras a los hechos.

Vladimir I. Lenin, "Momento de viraje",
publicado por el periódico bolchevique *Pravda*
el 13 (26) de junio de 1917

El dieciocho de junio

El 18 de junio pasará, de algún modo, a la historia de la revolución rusa como un día de viraje.

La posición de las clases, su correlación en la lucha, su fuerza, comparada principalmente con la fuerza de los partidos: todo se ha puesto de relieve en la manifestación del domingo de una manera tan nítida, tan clara, tan impresionante que, sea cual fuere el curso, sea cual fuere el ritmo de las cosas en el futuro, lo que se ha ganado en conciencia de clase y en claridad de visión es enorme.

La manifestación ha disipado en pocas horas, como una nubecilla de polvo, toda esa vacua charlatanería sobre los bolcheviques conspiradores, y ha demostrado con irrefutable claridad que la vanguardia de las masas trabajadoras de Rusia, el proletariado industrial de la capital y sus tropas están, en su aplastante mayoría, por las consignas mantenidas siempre por nuestro partido.

El paso firme de los batallones de obreros y soldados. Aproximadamente medio millón de manifestantes. (...)

La manifestación del día 18 de junio se convirtió en la manifestación de las fuerzas y de la política del proletariado revolucionario, que traza el camino a la revolución, que señala cómo salir del atolladero. (...)

En ese sentido, la jornada del 18 de junio fue la primera manifestación política en el terreno de los hechos, una lección dada no en un libro o en un periódico, sino en la calle, no por los dirigentes, sino por las masas, una lección de cómo actúan y actuarán las diferentes clases para llevar la revolución adelante.

La burguesía se ocultó. Se negó a tomar parte en una manifestación pacífica organizada a todas luces por la mayoría del pueblo, con absoluta libertad para plantear las consignas de partido y cuyo fin primordial era desplegar las fuerzas frente a la contrarrevolución. Es muy comprensible. La burguesía es, precisamente, la contrarrevolución. Se esconde del pueblo y urde contra él verdaderas acciones contrarrevolucionarias. Los partidos que hoy gobiernan en Rusia, los partidos de los socialistas-revolucionarios y mencheviques se han revelado con claridad, en la jornada histórica de 18 de junio, como los partidos de la vacilación. Sus consignas expresaban vacilación y fueron seguidas, manifiestamente, a los ojos de todos, por una minoría. Detenerse, dejar por ahora todo tal como está: he ahí lo que ellos aconsejaban al pueblo con sus consignas y vacilaciones. Y el pueblo sintió, y ellos sintieron, que eso era imposible. (...)

¡Que el pueblo rompa con la política de confianza en los capitalistas, que deposite esa confianza en la clase revolucionaria, en el proletariado! ¡En el proletariado y sólo en él está la fuente de la fuerza! ¡En él y sólo en él reside

la garantía de que se servirá a los intereses de la mayoría, los intereses de los trabajadores y explotados, aplastados por la guerra y el capital, capaces de vencer al capital y a la guerra! Una crisis de proporciones inauditas se cierne sobre Rusia y sobre toda la humanidad. Para salir de ella no hay otro camino que confiar en la vanguardia mejor organizada de los trabajadores y explotados, apoyar su política.

No sabemos si el pueblo comprenderá rápidamente esta enseñanza ni cómo la pondrá en práctica. Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que, fuera de ella, no hay salida del atolladero, que las posibles vacilaciones o crueldades de la contrarrevolución no servirán de nada.

Fuera de una plena confianza de las masas populares en su dirigente, el proletariado, no hay salida.

Vladimir I. Lenin,
3 de julio (20 de junio),
en *Obras Completas*

CUARTA PARTE

El Arte de la Insurrección I Las Jornadas de Julio

CAPITULO 20

En vísperas de las Jornadas de Julio

¿El partido "dividido" o simplemente el partido?

"El partido dividido" es la conclusión de un historiador norteamericano que investigó la intervención del Partido Bolchevique en junio y julio de 1917.¹ ¿No había llegado entonces la oportunidad de lanzarse a la acción armada para derrocar al gobierno dirigido por la burguesía? La respuesta a ese interrogante clave se discutió en aquellos meses una y otra vez en tres grandes instancias organizativas: el Comité Central, el Comité de Petrogrado y la Organización Militar, con posiciones no siempre coincidentes. Es el testimonio de una vanguardia que deliberaba como parte del mismo proceso revolucionario, tomando conciencia del momento y de sus desafíos.

La cuestión del levantamiento contra el gobierno ya había sido tempranamente formulada en las "jornadas de abril", cuando una manifestación en las calles de Petrogrado concentró a soldados y obreros para protestar contra el gobierno provisional, que había comunicado a los aliados imperialistas de Rusia su decisión de continuar la política del zarismo. Las "jornadas de abril" detonaron la primera crisis en la cúpula del gobierno burgués formado en febrero, que concluyó con la incorporación de los socialistas a principios de mayo.

En junio, sin embargo, el cuestionamiento al gobierno dirigida por los capitalistas toma una fisonomía mucho más concreta. Es cuando el primer Congreso de los Soviets de toda Rusia prohíbe la manifestación convocada para el 10 de junio por los bolcheviques y los comités de fábrica de Petrogrado. En las dos entregas anteriores dimos cuenta del debate entre los propios bolcheviques sobre la actitud a tomar en tales circunstancias. Lenin se oponía a cualquier enfrentamiento prematuro en la lucha por llevar al poder a obreros y campesinos. El tema se replanteó cuando, a la semana siguiente, el 18 de junio, los bolcheviques imponen sus consignas – ¡Abajo los ministros capitalistas! ¡Todo el poder a los soviets!– en la marcha multitudinaria convocada en apoyo a los soviets, que respaldaban al gobierno de coalición con la burguesía. La movilización se transformó en un reclamo masivo contra la política de los mencheviques que dirigían esos mismos soviets. La consigna contra el gobierno de colaboración con los capitalistas se imponía de este modo en el terreno de la acción directa.

1. Alexander Rabinowitch, *Prelude to Revolution. The Petrograd Bolsheviks and the July Uprising*, Indiana University Press, 1968.

Todo otra vez

La nueva situación reformula el problema del levantamiento armado. La presión es avasallante. La impaciencia y el ánimo insurrecto se extienden entre los obreros y los soldados de Petrogrado. Durante la manifestación del 18 de junio, un destacamento de varios centenares de hombres armados libera por la fuerza a un dirigente de la organización militar de los bolcheviques, F. P. Khaustov². El hombre había sido acusado de "traición" por sus virulentos artículos, en un periódico local, contra la ofensiva militar ordenada por el gobierno. Al día siguiente, el 19 de junio, el gobierno y la dirección de los soviets ordenan una razzia policial en el barrio industrial de Viborg para reapresar a Khaustov y a otros militantes que también habían sido liberados en el asalto. La razzia termina con la ocupación del local central de los anarquistas y en los incidentes muere uno de sus dirigentes. Para repudiar la represión, varias fábricas cierran, los trabajadores se lanzan a la calle y la agitación en las unidades militares crece vertiginosamente. Entre la vanguardia, en las fábricas y en los cuarteles se discute abiertamente la posibilidad de un levantamiento armado.

En ese clima, durante aquellos días desarrollaba su trabajo la Conferencia de Organizaciones Militares Bolcheviques de toda Rusia, que se sessionó entre el 16 y el 23 de junio. La convocatoria se realizó para tratar la unificación del trabajo en todo el ejército, y en función de la "expansión y profundización de la revolución". Eran 107 delegados de la guarnición de Petrogrado y de guarniciones y unidades militares del resto del país. Muchos de ellos veían en la Conferencia el organismo y el instrumento para la toma del poder. El debate estaba totalmente dominado por esta cuestión.

Uno de los asistentes lo retrata de esta manera: "los delegados están continuamente discutiendo y argumentando en torno al significado de la demostración del 18 de junio y sobre la transferencia del poder a las manos del Soviet de obreros y soldados... Casi todos los camaradas informan aquí que dejaron sus organizaciones provinciales en el momento de protestas muy vívidas y claras contra la política del gobierno y contra las órdenes de Kerensky (ministro de Guerra). Por todos lados se escuchan voces de los camaradas soldados señalando que ha llegado el tiempo de una acción decisiva en la lucha hombre a hombre por el poder y que las medidas represivas ordenadas por el gobierno provisional habían engendrado una manifiesta indignación en todas las unidades militares".³ En su *Historia de la Revolución Rusa*, Trotsky describe un panorama muy similar al describir la situación en la capital rusa (véase recuadro).

2. Idem anterior.

3. Citado por Alexander Rabinowitch, op. cit.

La intervención de Lenin

La excitación en la Conferencia militar alcanzó un pico cuando el propio F. P. Khaustov, recién liberado, abrió las deliberaciones en la noche del 18 de junio. El ambiente se hizo más caldeado cuando, al día siguiente, los delegados tomaron nota de la razzia del gobierno y de las huelgas y manifestaciones en el barrio obrero de Viborg. Al día siguiente, el 20 de junio, representantes del primer regimiento de ametralladoras, entre los cuales había muchos militantes bolcheviques, estaban ya consultando a otros regimientos su opinión sobre la tarea de salir a imponer el derrocamiento del gobierno provisional con autorización de la dirección del partido, o aun sin ella.

En esta situación intervino Lenin en la Conferencia militar. Retoma su caracterización de que el proceso revolucionario se encuentra en una nueva etapa y de que la fase pacífica se agota. Por eso mismo, señala que la cuestión de la organización militar debe ser analizada con extrema precaución. En un discurso probablemente inédito en castellano,⁴ el líder del partido vuelve a la carga: "Cualquier movimiento errado de nuestra parte – dice – puede arruinar todo. Si fuésemos capaces de tomar el poder ahora es ingenuo sin embargo pensar que podremos retenerlo. Dijimos muchas veces que la única forma posible de gobierno revolucionario es la del soviet de los diputados soldados, obreros y campesinos. ¿Cuál es el peso exacto de nuestra fracción en el soviet, incluso en el soviet de ambas capitales, para no hablar del resto? Estamos en una minoría insignificante. Este hecho no puede ser ignorado. Muestra que la mayoría de las masas está protestando pero todavía cree en los mencheviques y socialistas revolucionarios".

Concluye Lenin: "Esta es la cuestión clave, y determina la conducta de nuestro partido. Cómo podemos empujar a la pequeñoburguesía hacia el poder si ella todavía no quiere hacerlo. Si se trata de conquistar seriamente el poder (no por métodos blanquistas) el proletariado debe luchar por influir al interior de los soviets pacientemente, incansablemente, explicando a las masas cotidianamente el error de sus ilusiones pequeñoburguesas. Los contrarrevolucionarios quieren quebrar esta política. Por todos los medios están tratando de provocarnos para una acción aislada y apresurada... y no les daremos ese gusto. Y cuando las masas vean que el gobierno de coalición las está defraudando – y los eventos de los últimos días muestran esta decepción mejor que nada – vendrán hacia los bolcheviques, el único partido que no está comprometido con los explotadores. Los hechos no deben ser anticipados. El tiempo está de nuestro lado".⁵

La audiencia a la cual se dirigía de ese modo Lenin estaba integrada por los cuadros bolcheviques del ejército, militantes que, en su abrumadora mayoría, se habían incorporado recientemente al partido, cuyas filas se multi-

4. No figura en las obras completas de Lenin, pero es citado en un posterior artículo de Podvoisky, uno de los más notorios dirigentes de la organización militar de los bolcheviques.

5. Reproducido según la traducción de Rabinowitch.

plicaban día tras día. "Seamos cautelosos – señalaba en la misma línea de Lenin otro dirigente de la organización militar– , las consecuencias (de una acción apresurada) pueden ser no una guerra de clases sino una guerra civil, una guerra no clase contra clase sino de una parte de la población contra otra."⁶

El Comité de Petrogrado

El 20 de junio, mientras sesionaba la Conferencia de la organización militar, el Comité de Petrogrado del Partido Bolchevique celebra una sesión de emergencia para evaluar la situación. Llegan informes sobre el humor levantisco de los trabajadores no sólo por la cuestión de la guerra; también frente al creciente caos económico del cual responsabilizan a la burguesía. Algunas voces críticas cuestionan que el partido estuviera cayendo en una "ausencia de liderazgo" y dicen que se debía avanzar en un sentido práctico con la consigna "todo el poder a los soviets". A modo de réplica, otros dirigentes del Comité alertan contra la eventual repetición de la trágica historia de la Comuna de París en 1871, dado que el resto del país no acompaña la virulenta radicalización que se manifiesta entre las masas explotadas de Petrogrado. En la primera votación prima este último criterio y por 19 a 2 se aprueba la moción presentada por Volodarsky y Tomsy, mandando al Comité para elaborar, junto a la Organización Militar, un llamamiento al proletariado a no participar en acciones revolucionarias aisladas y a desarrollar todos los esfuerzos para ganar mayor influencia entre las otras clases de la población. Hay que registrar que inmediatamente se vota una enmienda, presentada por los elementos más críticos a la "moderación" del partido, que se impone por 12 a 9, planteando que "en caso de mostrarse imposible retener la acción de las masas, el partido tomará el movimiento en sus manos con el propósito de presionar sobre el Soviet y sobre el Congreso de los Soviets". Según Rabinowitch, los bolcheviques de Petrogrado pretendían con esta enmienda legitimar su intervención dirigente en un levantamiento, que estimaban imparable, y contra lo que suponían una eventual oposición por parte del Comité Central.⁷

Lo que viene

En la historiografía stalinista, desde casi siempre, se da cuenta del bolchevismo como de un partido "monolíticamente unido" detrás del "infalible" liderazgo de Lenin. No había lugar en la historia "oficial" para un examen riguroso de la deliberación interna del partido, incluso de los matices y divergencias sobre la apreciación del cambiante frente de la revolución entre febrero y octubre. Por eso mismo se destacan materiales de investigación como el que hemos utilizado en este capítulo. La tesis de su autor, sin embar-

6. Alexander Rabinowitch, op. cit.

7. Idem anterior.

go, sobre la supuesta novedad que aportaría su trabajo sobre un "partido dividido" opaca la evidencia de que la discusión interna es el material mismo de una organización que se construye en el proceso vivo de acontecimientos históricos, al mismo tiempo que tiene conciencia de que su función es insustituible. Un partido se funda en un programa, una tradición y una experiencia que, no obstante, también se renuevan y, hasta cierto punto, se refunda como parte de la revolución que está llamado a dirigir. No olvidemos que el Partido Bolchevique reunía dos mil militantes en Petrogrado al estallar la Revolución de Febrero, que serían quince mil a fines de abril y que se volverían a duplicar en pocas semanas. Un partido vivo, en crecimiento volcánico, con todos sus sentidos orientados a la tarea de fusionarse con las masas, impulsadas a asumir un protagonismo inédito en la historia de su país.

Petrogrado: una excepcional concentración del proletariado

Con el estallido de la guerra en 1914, Petrogrado llegó a ser el centro de producción de armamentos más importantes de Rusia, abasteciendo los dos tercios de las necesidades nacionales de defensa. La fuerza laboral creció en un 60%, hasta alcanzar 392.800 obreros en 1917 (o 417.000, si se incluyen las fábricas de los suburbios de la ciudad). La mayor parte de esta expansión tuvo lugar en las industrias que producían directamente para la guerra. En 1917, no menos del 60% de los trabajadores estaban empleados en las industrias metalúrgicas, en comparación con el 11% en las textiles y el 10% en las químicas. Aproximadamente la mitad de la fuerza de trabajo era novata en la industria, compuesta por campesinos, atraídos por la perspectiva de un trabajo remunerativo en la industria, y por las mujeres, que mantenían a sus familias, ahora que sus maridos y hermanos se encontraban en el frente. Muchos de estos obreros novatos tenían fuertes lazos con el campo y su experiencia de vida urbana y fabril era limitada. Eran muy diferentes de los obreros calificados que habían trabajado en las fábricas durante muchos años, con sueldos bastante buenos, y que tenían un nivel razonable de educación y eran políticamente despiertos. No menos del 68% de la fuerza laboral de la ciudad trabajaba en empresas de más de mil obreros – un grado de concentración sin paralelo en todo el mundo. La concentración de obreros experimentados y politizados en grandes unidades de producción fue crítica para facilitar la movilización de la clase obrera de 1917.

Steve A. Smith,
"Petrogrado en 1917: el panorama desde abajo",
En Defensa del Marxismo N° 5,
diciembre de 1995

"¿Qué hacen los nuestros?"

En general, los soldados eran más impacientes que los obreros, porque vivían directamente bajo la amenaza de ser enviados al frente y porque les costaba mucho más trabajo asimilar las razones de estrategia política. Además, tenían un fusil en la mano, y desde febrero, el soldado propendía a exagerar su fuerza. Lihdin, un viejo obrero bolchevique, contaba más tarde que los soldados del 180° Regimiento le decían: "¿Qué hacen los nuestros en el palacio de la Kchesinskaya: están durmiendo? ¿Por qué no echamos nosotros mismos a Kerenski?". En las asambleas de los regimientos se votaban resoluciones sobre la necesidad de decidirse, por fin, a emprender el ataque contra el gobierno. En los regimientos se presentaban constantemente delegados de las fábricas y preguntaban si los soldados se echaban a la calle. Los soldados del regimiento de ametralladoras envían a los cuarteles delegados incitando a los soldados a levantarse en armas contra la continuación de la guerra. Los delegados más impacientes añaden: "Los regimientos de Pavl y Moscú y 40.000 obreros de Putilov se lanzarán mañana a la calle". Las exhortaciones oficiales del Comité ejecutivo no surten ningún efecto.

León Trotsky,
Historia de la Revolución Rusa

CAPITULO 21

Estalla el levantamiento armado

3 de julio

Durante casi todo junio, la dirección del Partido Bolchevique trató de prevenir a sus propios militantes sobre los peligros de una movilización armada contra el Gobierno Provisional. Las discusiones y controversias fueron permanentes. Cuando el I Congreso de los Soviets terminó de sesionar el 24 de junio, Lenin, agotado, se tomó unos días de descanso. Su planteo político contrario al levantamiento había sido largamente explicado ante los diversos órganos dirigentes del partido y persuadido a sus mejores cuadros. Pocos días después, las masas ocupan las calles y piden con armas en la mano que se vaya el Gobierno Provisional y que los Soviets asuman el poder. Los bolcheviques retoman la discusión. ¿Qué hacer? Las "Jornadas de Julio" constituyen una bisagra clave en el proceso revolucionario iniciado en febrero.

El origen de la rebelión armada se produce en el Primer Regimiento de Ametralladoras de la capital rusa. Todas las fuentes coinciden en que el 1° de julio, el activismo de la tropa, en el cual no eran pocos los cuadros del anarquismo y del bolchevismo, toma la determinación de dar un carácter práctico a la rebelión. Lo revela también el hecho de que el 2 de julio la Organización Militar de los Bolcheviques pide instrucciones al respecto al Comité Central. En la comunicación se plantea que delegados de los soldados informan que han efectuado un relevamiento de sus recursos y dicen contar con armamento suficiente para derrocar al Gobierno Provisional. La respuesta del Comité Central es muy clara al recordar su oposición a cualquier levantamiento y a la necesidad de prevenir el estallido. Ese mismo día se realiza un festival del Primer Regimiento de Ametralladoras para despedir al "último" contingente que saldría hacia el frente. La concurrencia supera las cinco mil personas y se transforma rápidamente en un acto antigubernamental. Un cronista del acontecimiento – en el cual se encontraba también Trotsky– señala que cuanto más radicalizadas eran las intervenciones de los oradores, "mayores eran los aplausos" Terminado el acto, continuaron los preparativos febriles para ganar la calle al día siguiente.¹

1. Alexander Rabinowitch, *Prelude to Revolution. The Petrograd Bolsheviks and the July Uprising*, Indiana University Press, 1968.

"Vamos, vamos"

Al mediodía del 3 de julio una asamblea que llega a reunir algunos miles de soldados discute la cuestión. Ya no se debate si salir a las calles armados, sino si es mejor esperar un día más. La urgencia prima y se resuelve por unanimidad: a) organizar la salida de los soldados para las cinco de la tarde; b) constituir un comité provisional revolucionario y enviar delegados a otras unidades para informarles e invitarlos a sumarse al movimiento. El clima de la ciudad es de agitación. En el barrio obrero de Viborg la situación provocada por la desorganización económica y el desabastecimiento de alimentos había dado lugar a una ruidosa protesta callejera el día anterior. En la mayor fábrica de la ciudad – Putilov– la inquietud se generalizaba frente a un aumento salarial que no terminaba de concretarse y reforzaba un sentimiento masivo de hostilidad al gobierno. El terreno estaba preparado para la convocatoria del Primer Regimiento de Ametralladoras a la sublevación conjunta.

"Cerca de las dos de la tarde circuló por los talleres (de la fábrica) el rumor de que había llegado una delegación del regimiento de ametralladoras y que convocaba a un mitín. Diez mil obreros salieron al patio. Los ametralladores decían, entre gritos de aprobación de los obreros, que habían recibido orden de marchar al frente el 4 de julio, pero que ellos habían decidido 'dirigirse no al frente alemán, contra el proletariado de Alemania, sino contra los ministros capitalistas'. Los ánimos se excitaron. '¡Vamos, vamos!', gritaban los obreros. El secretario del Comité de fábrica, un bolchevique, propuso que se consultara previamente al partido. Protesta de todos: '¡Fuera, fuera! Otra vez queréis dar largas al asunto... No se puede seguir viviendo así'."²

La excitación que recorría la vanguardia crecía como una ola: diez mil marineros y obreros se reúnen en Kronstad para escuchar a los hombres enviados por el Regimiento de Ametralladoras; Kronstad ya había establecido un gobierno obrero en mayo, del cual sólo había retrocedido provisoriamente ante las negociaciones impulsadas por el Soviet de Petrogrado. Con la consigna "todo el Poder a los Soviets", los marinos y trabajadores resuelven ahora marchar sobre Petrogrado el día siguiente, 4 de julio. En asambleas y reuniones a lo largo del día 3, la militancia bolchevique se muestra confusa e incluso dividida. Una parte asume la tarea de enfriar los ánimos, cumpliendo con las resoluciones de los organismos partidarios; otra parte decide, tempranamente, intervenir en los preparativos del levantamiento como única manera de controlar y orientar su desarrollo.

2. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

La Segunda Conferencia de la Capital de los bolcheviques

La cuestión resuena como una bomba en las sesiones de la Segunda Conferencia de la Capital del Partido Bolchevique, que sesionaba en Petrogrado desde el 1° de julio. En los trabajos del 3 de julio se discutía una resolución en favor de la publicación de un órgano de prensa propio de Petrogrado. La cuestión se arrastraba desde finales de abril. Lenin se había opuesto a esa iniciativa y, en su lugar, proponía publicar otro periódico, con alcance de masas, cuya dirección ya entonces pensaba que debía quedar en manos de Trotsky. A su turno, los bolcheviques que estimaban que el Comité Central se inclinaba hacia posiciones conservadoras, pensaban que una publicación propia de la capital les permitiría una expresión más adecuada a su percepción de la revolución. El debate se prolongó: 51 delegados aprobaron una nueva prensa contra 19 y 16 abstenciones. En ese momento, la Conferencia se ve sacudida por la presencia de dos delegados del Regimiento de Ametralladoras que informan sobre el explosivo panorama de la movilización en marcha. Uno de los dirigentes de la organización bolchevique de Petrogrado recuerda inmediatamente a los recién llegados las resoluciones del partido al respecto. La respuesta habría sido que "preferían dejar el partido a oponerse a la decisión del regimiento".³ La presidencia de la Conferencia, por intermedio de Tomsy, luego de contactarse con miembros del Comité Central, propone emitir un llamado a las masas para contener la movilización y otro al Comité Ejecutivo de los Soviets para que asuma el gobierno.

Una crisis gubernamental se produce en paralelo a los preparativos del levantamiento. El 3 de julio por la mañana se conoce la renuncia de varios ministros capitalistas en disconformidad con las concesiones hechas al Soviet y al parlamento de Ucrania, que exigían un gobierno autónomo. Los mencheviques decidieron "no innovar", es decir, no reemplazar a los ministros desplazados. Esto, al mismo tiempo, les permitiría concentrarse en la tarea de apagar el incendio en marcha: intimaron a suspender toda movilización, ordenaron el patrullaje armado de la ciudad e incluso la detención de los cabecillas de la asonada. No pasó de una bravuconada, porque en lo inmediato no había tropas a mano para defender al gobierno y a sus colaboradores.

Los bolcheviques cambian la orientación

El planteo de Tomsy a la Conferencia capitalina es asumido por el Comité Central, que se encontraba en el Palacio de la Táurida (sede del Soviet), y decide una convocatoria a no movilizarse en acciones aisladas e inoportunas. Esa declaración debía publicarse en *Pravda* al día siguiente. Eran las 4 de la tarde y la vigencia de esa resolución no se extendería más de unas pocas horas. A las 19, Petrogrado se encontraba sitiada por destacamentos enviados a diversos puntos de la ciudad por el Regimiento de Ametralladoras.

3. Alexander Rabinowitch, op. cit.

Se incorporaban otras unidades y la capital se presentaba como un campo de batalla. A la misma hora, se ultimaban los preparativos en la gran barriada obrera de Viborg. Miles de trabajadores se organizaban para avanzar hacia el centro de la ciudad.

A las 8 de la noche, contingentes de diversas unidades militares y trabajadores se concentran frente a la sede de los bolcheviques en Petrogrado – la mansión Kshensinskaia– para escuchar las directivas del partido. Esto fue lo que sucedió: "Nevski, Lashevich, Podvoiski, bolcheviques que gozaban de popularidad, intentaron desde el balcón persuadir a los regimientos de que se reintegraran a sus cuarteles. Desde abajo no se oían más que gritos de: '¡Fuera!'. Hasta entonces, desde el balcón de los bolcheviques no se habían oído jamás gritos semejantes de los soldados. Era un síntoma inquietante. Detrás de los regimientos aparecieron los obreros de las fábricas: '¡todo el Poder a los Soviets!'. '¡Abajo los diez ministros capitalistas!'. Eran las banderas del 18 de junio. Pero ahora, rodeadas de bayonetas. La manifestación se convertía en un hecho de enorme importancia. ¿Qué hacer?"

¿Era concebible que los bolcheviques permanecieran al margen?

Trotsky relata: "Los miembros del Comité de Petrogrado, con los delegados a la conferencia y los representantes de los regimientos, toman el acuerdo: anular las decisiones tomadas, poner término a los esfuerzos estériles para contener el movimiento, orientar este último en el sentido de que la crisis gubernamental se resuelva en beneficio del pueblo; con este fin, incitar a los soldados y a los obreros a dirigirse pacíficamente al palacio de Táurida, a elegir delegados y presentar sus demandas, por mediación de los mismos, al Comité Ejecutivo. Los miembros del Comité Central que se hallaban presentes sancionaron la rectificación de la táctica acordada. La nueva resolución, proclamada desde el balcón, es acogida con gritos de júbilo y al son de *La Marsellesa*. El movimiento ha sido sancionado por el partido: los ametralladores pueden respirar tranquilos".⁴

El Soviet Obrero en manos de los bolcheviques

Los acontecimientos se suceden vertiginosamente. En el comienzo de la noche, la ciudad está tomada por los trabajadores. En las calles elegantes de la ciudad cunde el pánico y de modo anárquico comienzan a producirse algunos enfrentamientos armados. Son francotiradores improvisados, soldados que responden del mismo modo y, por supuesto... provocadores de los servicios del viejo aparato zarista. Una masa impresionante de obreros de la

4. León Trotsky, op. cit.

fábrica Putilov avanza en la noche. Son más de 30.000, hombres, mujeres y niños que van al Palacio de la Táurida, al cual llegan a las 3 de la mañana para sumarse a una multitud similar que ya estaba allí. La escena es sobrecogedora (véase apéndice).

La delegación de la fábrica fue recibida por el Comité Ejecutivo del Soviet, que poco antes, con la oposición de los bolcheviques y la organización Interdistritos de Trotsky, había tratado de "traidores" a los trabajadores y soldados movilizados. Los pedidos de tropas efectuados por la mayoría centroizquierdista del soviet fracasaban hasta el momento, uno tras otro. A esa gente es que los trabajadores les piden que "tomen el poder que no quieren".

Poco antes de la llegada de los obreros de Putilov, cuando aún no era medianoche, concluía sus reuniones la fracción obrera del Soviet. Ya en la tarde, al discutirse el temario de la reunión, ocurrió algo aparentemente de menor significación: ¡sorpresa! La mayoría la tienen... los bolcheviques, cuyos delegados, en el comienzo de la revolución, no llegaban al 5 por ciento del total de diputados obreros. La reunión cambia su agenda bajo el impacto de la nueva realidad; resuelve "darle al movimiento un carácter pacífico y organizado" en favor de que los Soviets asuman el poder.⁵

La tapa en blanco de *Pravda*

Ya son las 4 de la mañana. Es necesario eliminar de la tapa de *Pravda* el llamado original de los bolcheviques, resuelto doce horas antes, que convocaba a evitar la salida a las calles. Se redacta un nuevo volante llamando a manifestar en orden, pero para ser introducido dentro de los ejemplares del periódico bolchevique, que ya no puede ser corregido y que saldrá con la tapa... en blanco. La línea ahora es: levantamiento armado no, demostración armada sí. El partido vuelve a homogeneizarse; en el curso de la misma noche toma la rienda de los acontecimientos bajo las directivas precisas de la Organización Militar. Todo el mundo sabe ahora que aunque los trabajadores de Putilov han regresado a sus hogares, la resolución es volver al día siguiente. Y ya es sabido que se espera a la vanguardia de Kronstadt. No habrá tiempo para dormir. Tampoco podrá seguir descansando Lenin, que es convocado para retornar a Petrogrado. El 4 culminarán las "jornadas de julio" y será otra historia.

5. Reproducido por Rabinowitch, op cit.

"Uno de los espectáculos más conmovedores de la revolución"

(El tiempo y la historia)

"La masa obrera, hambrienta y terriblemente fatigada, se sentó a esperar en la calle y en el jardín, con la esperanza de obtener una contestación. Estos obreros de la fábrica Putilov, acampados a las tres de la madrugada en los alrededores del palacio de Táurida, en el que los líderes de la democracia esperaban la llegada de tropas del frente, es uno de los espectáculos más conmovedores de la revolución en el período turbulento que va desde Febrero a Octubre. Doce años antes, no pocos de estos obreros habían tomado parte en la manifestación de enero ante el Palacio de Invierno, con imágenes y estandartes. En aquellos doce años habían pasado siglos enteros. En el transcurso de los cuatro meses próximos transcurrieron otros cuantos más".

León Trotsky,
Historia de la Revolución Rusa

CAPITULO 22

Medio millón de obreros y soldados armados ocupan Petrogrado

4 de Julio

El 4 de julio es el punto culminante de las "Jornadas de julio". El proletariado y los campesinos armados (soldados) toman la capital de la vieja Rusia. El impulso viene de las fábricas y de la juventud trabajadora. Se eligen delegados en las unidades militares y en los lugares de trabajo. El levantamiento alcanza su máxima expresión con la llegada de miles de marineros de Kronstadt. El objetivo es el Palacio de la Táurida, donde sesiona el Soviet, y el reclamo unánime: que tome el poder. Exactamente a lo que se opone su dirección socialista centroizquierdista. Pero la situación aún no había madurado para una insurrección victoriosa.

En las últimas horas del 3 de julio, el partido de Lenin había cambiado su orientación frente al levantamiento armado que había comenzado ese día en Petrogrado. Los acontecimientos de esa jornada habían dejado claro que era inviable seguir insistiendo con el llamado a postergar el levantamiento. Ahora la tarea era ponerse al frente de las masas insurrectas y evitar, al mismo tiempo, una toma del poder que se consideraba imposible de sostener. La orientación de los bolcheviques pasa a ser: demostración armada, sí; levantamiento armado, no. Durante la madrugada del 4 de julio, la Organización Militar de los bolcheviques se concentró en elaborar los planes de la marcha, de la ocupación de la ciudad, de la concentración frente a la sede de los soviets. Lenin había regresado, después de interrumpir un breve descanso, y llegaba a la estación ferroviaria de Petrogrado poco antes del mediodía. Se dirigió inmediatamente al cuartel general de los bolcheviques, la mansión Kshensinskaya. La capital ya se encontraba paralizada. En los barrios obreros, luego de la agotadora jornada previa, las masas se preparaban para avanzar hacia el centro de la ciudad. También los soldados, con el aporte de nuevas unidades, despliegan sus fuerzas en el territorio urbano. Las tropas que no adherían se encuentran pasivas, neutrales. Nadie se juega por el orden existente. El gobierno no tiene quién lo defienda. Los socialistas colaboracionistas con la burguesía buscan desesperadamente algún regimiento para custodiar al Palacio de la Táurida. Cuando en algún momento del día apelan al regimiento 176 que se encuentra en las cercanías, con el objetivo de que disponga centinelas, el mando de las tropas está a cargo de... bolcheviques. Luego de consultar con los líderes del partido, sus delegados accedieron a la "orden" del ministro menchevique: "era mejor tener amigos que enemigos" en tal operativo, cuenta Trotsky.

Habla Lenin

Cuando cerca de veinte mil marineros desembarcan en la capital e inician el desplazamiento hacia el Palacio de la Táurida, la columna se desplaza para pasar primero por la sede de los bolcheviques. La dirección del partido envía a Lunacharski para saludar a los manifestantes. Lenin prefiere no hablar. Versiones del episodio sostienen que de ese modo pretendía dejar claro que los bolcheviques no querían echar más leña al fuego. Pero no hay caso. La masa, a gritos, reclama la presencia del líder que, finalmente, sale al balcón del local central y es recibido por una estruendosa ovación. Es la última vez que Lenin habla en público antes de octubre. Se trata de una intervención cuidada y formal. Saluda a los presentes y destaca que la consigna "todo el poder a los soviets" es justa y legítima. Nada más. Su misión está cumplida y las masas continúan su camino.

¿Pensó Lenin en la eventualidad de tomar el poder durante las jornadas de julio? Los testimonios al respecto sólo lo confirman como una especulación ante el curso eventual de los acontecimientos. Pero en ningún caso como un abandono de la línea central trazada desde los debates que sobre el problema del levantamiento armado se despliegan a partir de junio. Uno de esos testimonios es el del bolchevique Kalinin, que citó una respuesta de Lenin el 4 de julio a su pregunta sobre cuán lejos podían llegar los acontecimientos en marcha: ¿no se presentaría la necesidad de tomar el poder? "Vamos a ver cómo se desarrolla la situación", fue la contestación de Lenin. La segunda versión sería de Lunacharski, quien la habría transmitido oralmente a Sujanov, un menchevique que la recogió en sus "Memorias". Según esa versión, Lenin había previsto que los bolcheviques deberían formar un gobierno como consecuencia del imparable levantamiento de las masas. De ese gobierno tomarían parte Lunacharski, Trotsky y el propio Lenin¹. La tercera versión corresponde a una reunión celebrada por la tarde en el Palacio de la Táurida, donde Lenin habría dicho a Trotsky y Zinoviev: "¿Y si tomamos el poder?", pero para responder inmediatamente que era imposible, porque el asunto culminaría, dadas las circunstancias, con una masacre de obreros en Petrogrado. Trotsky dedica un capítulo de su *Historia de la Revolución Rusa* a responder la cuestión de si los bolcheviques podrían haber tomado el poder en julio (véase apéndice).

Se reúne el Comité Ejecutivo de los Soviets

Cuando cae la tarde, las "jornadas" llegan a su apogeo. En el Palacio de la Táurida comienza a las seis una de las reuniones más tensas y cruciales del Comité Ejecutivo en todo el período que va de febrero a octubre. Se escuchan los gritos de los manifestantes ubicados afuera. En la

1. Ambas versiones las recoge Alexander Rabinowitch, *Prelude to Revolution. The Petrograd Bolsheviks and the July Uprising*, Indiana University Press, 1968.

marcha se habían registrado ya algunos enfrentamientos armados que acentuaban el clima de crispación (al final de la jornada se contabilizarían 29 víctimas mortales y algo más de 100 heridos). Al interior del Palacio, una delegación de varias decenas de representantes de obreros y soldados pugnaban por imponer una reunión al Comité Ejecutivo para presentar sus demandas. La situación de los dirigentes mencheviques era de extrema debilidad. Pero resisten. Luego de diversos cabildeos, se acepta una reunión con cuatro miembros del plenario de delegados reunidos para escuchar sus reivindicaciones. "Confiamos en el Soviet, pero no en aquellos en que el Soviet confía. Los ministros socialistas entraron en compromisos con los capitalistas, pero esos capitalistas son nuestros peores enemigos." Es la palabra de uno de los delegados ante el Comité Ejecutivo y retrata la contradicción que enfrentaba la masa manifestante. Es lo que un historiador llamó "la paradoja de julio": los obreros y soldados esperaban que el Comité Ejecutivo Central podía ser persuadido de tomar el poder, sin advertir todavía la alternativa de que el Comité Ejecutivo Central estuviera dispuesto a perder apoyo popular antes que a tomar el poder. "Tomen el poder, hijos de puta, que se lo estamos dando", es el grito de uno de los trabajadores concentrados ante el Palacio a un ministro social-revolucionario.

Los dirigentes mencheviques imputan a los delegados no representar a todos los obreros de la capital y menos a los del resto del país. El gobierno provisional (burgués), insisten, acaba de recibir la aprobación del Congreso de Soviets de toda Rusia y es imposible desconocerlo. No admiten ninguna otra salida que la eventual convocatoria a una reunión especial del Comité Ejecutivo de los Soviets, a concretarse en las semanas siguientes. Mientras tanto no se puede tocar al gobierno burgués, que en los hechos estaba desaparecido. Los representantes bolcheviques formulan una moción en apoyo al reclamo de las masas movilizadas. El debate se prolonga. Una parte de las masas se retira a guardar posiciones en los barrios y fábricas; el resto reclama que los dirigentes del Soviet salgan a dialogar con los manifestantes. Mientras delibera el Soviet, un ministro del gobierno es rodeado por la multitud y salvado de un linchamiento por la aparición de Trotsky.

Se termina

Trotsky comenta un episodio significativo: Zinoviev cuenta que debió salir a hablar, cuando se pedía que Tseretelli, el principal dirigente menchevique en el Comité Ejecutivo, rindiera las explicaciones del caso. "En vez de Tseretelli, he salido yo", dice Zinoviev, ante las risas de los trabajadores y soldados. "Esto determinó un cambio en el estado de espíritu de los manifestantes. Pude pronunciar un discurso bastante extenso (...) Como conclusión, incité al auditorio a que se disolviese enseguida, pacíficamente, en completo orden, y sin dejarse provocar en modo alguno a

una acción agresiva. Los manifestantes aplauden ruidosamente y empiezan a retirarse".²

Continúa Trotsky: "Este episodio revela de un modo inmejorable el profundo descontento de las masas, la carencia de un plan de ataque por su parte y el verdadero papel desempeñado por el partido en los acontecimientos de julio (...) Durante la noche se desarrollan encuentros cuerpo a cuerpo entre los manifestantes y los patriotas, se efectúan desarmes de un modo desordenado, los fusiles pasan de unas manos a otras. Grupos de soldados de los regimientos indisciplinados obraban por cuenta propia, sin obedecer a ningún plan (...) Las colisiones, las víctimas, la esterilidad de la lucha y la ausencia de un objetivo práctico: todo aconsejaba liquidar el movimiento. El Comité Central de los bolcheviques tomó el acuerdo de invitar a los obreros y soldados a que pusieran fin a la manifestación. Esta invitación, comunicada inmediatamente al Comité Ejecutivo, ahora, no tropezó ya casi con ninguna resistencia entre las masas, las cuales se retiraron a los suburbios, dispuestas a no reanudar la lucha al día siguiente. Los obreros y los soldados tuvieron la sensación de que la toma del poder por los soviets era un problema mucho más complejo de lo que se imaginaran"³.

Las masas habían reclamado hasta donde podían que los soviets tomaran el poder. Sus dirigentes lo habían rechazado. Se ingresaba en otra fase del proceso revolucionario.

Reacción (¿Todo el poder a los soviets?)

En la madrugada del 5 de julio, la retirada de las masas del asedio al Palacio coincide con una primera "victoria" del Comité Ejecutivo, luego de haber estado al borde del colapso. Un regimiento de la capital había sido reunido por elementos afines al gobierno para explicar que se habían descubierto documentos que demostraban que Lenin era un "agente del Kaiser" y que detrás del levantamiento dirigido por los bolcheviques se encontraba la contrarrevolución. La maniobra surtirá efecto. La unidad resuelve rever su posición de "neutralidad" y acepta concurrir al Palacio de la Táurida en defensa del Comité Ejecutivo. Luego de la penosa reunión que se prolongaba desde la tarde, con los manifestantes ya dispersos, el Palacio de la Táurida recobra el "orden" con la presencia de tropa militar adicta. Lo "peor" había pasado. La mayoría menchevique aprueba la moción sobre la convocatoria a un Plenario del Comité Ejecutivo y resuelve pasar a la ofensiva contra los bolcheviques. La denuncia contra Lenin se ha probado como una provocación útil y, en los próximos días, lo que ha pasado a la historia como la "gran calumnia" hará su trabajo. Se asalta la sede de *Pravda* y se emite una orden de detención contra los dirigentes bolcheviques. Luego de algunas negociaciones fracasadas con los mencheviques para un eventual juicio público, Lenin pasa a

2. León Trotsky, *Mi Vida*.

3. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

la clandestinidad. La reacción, sin embargo, encontrará rápidamente sus límites y el recuento de fuerzas de los bolcheviques mostrará que el golpe posterior a las jornadas de julio fue muy limitado. Nuevos acontecimientos lo revertirán por completo.

Mientras tanto, en la misma madrugada del 5 de julio, Lenin se reúne en la casa de su hermana con dirigentes partidarios, entre los que se encuentra Trotsky. Se impone un balance. Lenin adelanta su pensamiento sobre la situación creada: "La clase obrera debe enterrar definitivamente toda esperanza de traspaso pacífico del poder a los soviets. El poder no se transmite. Se toma, con las armas en la mano. Debemos ocuparnos de reforzar nuestra organización tomando como base el siguiente axioma: el poder no se toma de manera pacífica. Hay que hacer comprender al proletariado que todo su trabajo de organización no tiene otro objetivo que la insurrección que, si no está planteada para mañana ni para la semana próxima, debe ser encarada en el futuro próximo".⁴

Una nueva etapa empezaba también para el Partido Bolchevique. En los próximos días la orientación se ajustará a las nuevas circunstancias. La consigna "todo el poder a los Soviets" también será revisada.

4. Gerard Walter, *Lenin*, Ediciones Grijalbo, 1967 (1950).

“El verdadero error de nuestro partido”

(Según Lenin)

Los manifestantes de julio querían entregar el poder a los soviets. Pero, para ello, era preciso que éstos accedieran a tomarlo. Ahora bien, aun en la capital, donde la mayoría de los obreros y los elementos activos de la guarnición estaban con los bolcheviques, la mayoría del Soviet, en virtud de la ley de la inercia propia de toda representación, seguía perteneciendo a los partidos pequeñoburgueses, los cuales consideraban que todo atentado al poder de la burguesía era un ataque contra ellos. Los obreros y soldados tenían la sensación viva de la contradicción existente entre su estado de espíritu y la política de los soviets, esto es, entre el presente y el pasado. Al levantarse en favor del poder a los soviets, no manifestaban, ni mucho menos, su confianza en la mayoría conciliadora. Pero no sabían cómo librarse de ella. Derribarla por la fuerza hubiera significado disolver los soviets en vez de entregarles el poder. Los obreros y soldados, antes de encontrar el camino que habría de conducir a la renovación de los soviets, intentaban someterlos a su voluntad mediante el método de la acción directa...

Pero si los conciliadores no querían adueñarse del poder y la burguesía no tenía fuerza suficiente para ello, ¿es que acaso en julio los bolcheviques hubieran podido coger el timón? Durante dos días críticos, en Petrogrado el poder se les iba completamente de las manos a las instituciones gubernamentales. El Comité Ejecutivo tuvo por primera vez la sensación de su completa impotencia. En estas ocasiones, no les hubiera costado ningún trabajo a los bolcheviques tomar el poder. Era asimismo posible adueñarse del mismo en algunos puntos de las provincias. ¿Tenía razón, en este caso, el Partido Bolchevique al renunciar a la insurrección? ¿No podía, haciéndose fuerte en la capital y en algunas regiones industriales, extender luego su dominio a todo el país? Esta es una cuestión importante (...).

La dirección del Partido tenía completa razón al no adoptar el camino de la insurrección. No basta con tomar el poder. Hay que sostenerlo. Cuando en octubre los bolcheviques juzgaron que había llegado su hora, los peores tiempos para ellos empezaron después de la toma del poder. Fue necesario someter las fuerzas de la clase obrera a la máxima tensión para soportar los innumerables ataques de los enemigos. En julio, ni siquiera los obreros de Petrogrado estaban dispuestos a sostener esa lucha abnegada. Tenían la posibilidad de tomar el poder y, sin embargo, lo ofrecieron al Comité Ejecutivo. El proletariado de la capital, cuya aplastante mayoría se inclinaba ya del lado de los bolcheviques, no había roto todavía el cordón umbilical de Febrero, que le unía con los conciliadores. Existían

todavía no pocas ilusiones en el sentido de que con la palabra y la manifestación se podía obtener todo; de que, intimidando un poco a los mencheviques y a los socialrevolucionarios, se les podía incitar a una política común con los bolcheviques. Incluso la parte avanzada de la clase no tenía una idea clara de cómo se podía llegar al poder. Lenin decía poco después de aquellos días: ‘El verdadero error de nuestro partido en los días 3 y 4 de julio, puesto ahora de manifiesto por los acontecimientos, consistió en que (...) consideraba aún posibles las transformaciones políticas por la vía pacífica, mediante la modificación de los soviets, cuando, en realidad, los mencheviques y los socialrevolucionarios, gracias a su espíritu de conciliación, se hallaban ya tan atados con la burguesía y ésta se había convertido, hasta tal punto, en contrarrevolucionaria, que no se podía ni siquiera pensar en una solución pacífica”’.

León Trotsky,
Historia de la Revolución Rusa

CAPITULO 23

La juventud obrera en la revolución

La guerra mundial iniciada en 1914 no sólo provocó un brusco freno de la actividad huelguística de la clase obrera rusa. La composición social de la clase trabajadora sufrió una profunda metamorfosis durante esos años. El 40% de la población de Petrogrado fue enrolada en el ejército, y una enorme cantidad de mujeres, jóvenes e inmigrantes del campo reemplazaron a los trabajadores movilizados. En vísperas de la revolución, un cuarto de los casi 400.000 obreros de Petrogrado tenía menos de 21 años. Esta proporción aumentaba en la industria metalúrgica, la más dinámica y concentrada de la época, que había visto crecer su producción por las necesidades de la guerra e incorporado a obreros jóvenes y no calificados. Trotsky explica que esta profunda transformación y aparente reflujó de la clase trabajadora sólo preparaba el terreno para un nuevo estallido. Y esos jóvenes trabajadores serían una parte fundamental de la vanguardia revolucionaria.

La juventud obrera de Petrogrado jugó un papel fundamental en la Revolución de Febrero y el derrocamiento del zarismo. Varias fuentes señalan que los jóvenes constituían más de la mitad de las fuerzas que custodiaban el Palacio de la Táurida durante la revolución. En las fábricas, la juventud tenía también un papel decisivo en la constitución de las guardias rojas y en las milicias organizadas por los soviets para controlar el robo y el bandidaje callejero. En el transcurso de las semanas, en plena efervescencia revolucionaria, comenzó a discutirse la formación de una organización propia de los jóvenes de Petrogrado.

En muchas fábricas y barriadas obreras, los jóvenes veían que, a pesar de su lugar predominante en las jornadas revolucionarias, eran relegados frente a los adultos a la hora de obtener reivindicaciones. En la fábrica Renault, por ejemplo, un incremento de salarios en abril mejoró en un 25% el ingreso de los adultos y sólo un 15% el de los jóvenes (menores de 20 años). Ante esta situación, la juventud de la planta se organizó y presentó sus reclamos a la patronal y al comité de la fábrica. Obtuvieron un triunfo, porque lograron un mayor aumento y una representación en el comité. Impulsados por esta victoria, los trabajadores de Renault se decidieron a extender la organización a otras fábricas.

Los comités de jóvenes comenzaron a desarrollarse en las principales fábricas de la ciudad; el movimiento crecía. La primera reunión organizativa a

nivel de toda la ciudad (de la cual se tiene registro) tuvo lugar el 13 de abril y eligió un comité responsable de extender la organización más allá del distrito de Viborg. Se plantearon también formar comités fabriles donde no los hubiera y organizar una columna independiente de la juventud en la manifestación del 1° de Mayo. La incipiente organización contaba con el respaldo del comité bolchevique de Viborg y del soviet de ese distrito. Sin embargo, se encontraba con cierta resistencia en muchos comités de fábrica, fundamentalmente en aquellos dirigidos por mencheviques y socialistas revolucionarios, que veían con recelo esta organización propia de la juventud. Tampoco el Partido Bolchevique tenía en ese momento una política clara respecto de la organización de los jóvenes, sostenida en gran medida por la iniciativa de los comités barriales.

"Trud i Svet"

A pesar de todas estas dificultades, en la manifestación del 1° de Mayo la columna independiente de la nueva organización juvenil movilizó la impresionante cantidad de 100.000 personas. Contaba ya con un nombre, "Trud i Svet" ("Trabajo y luz"), y era dirigida por un estudiante de origen campesino, sin afiliación partidaria aunque afín a Kerensky, llamado Petr Shevtsov. A pesar de amplias definiciones a propósito de la necesidad de educar e "iluminar" a la juventud trabajadora, el manifiesto y los estatutos de la nueva organización, de autoría de Shevtsov, eran sumamente ambiguos respecto de cuestiones económicas y políticas fundamentales. No aparecían reclamos esenciales de los jóvenes trabajadores, como la igualdad salarial, la representación en los comités de fábrica, la jornada de seis horas, e incluso el derecho al voto para los que cumplían 18 años. Era también muy ambigua su posición política general, ya que evitaba cualquier referencia a la lucha política en curso; no había ningún planteo frente al gobierno provisional, tan sólo una referencia general al "derrocamiento" del capitalismo.

La moderación de la dirección de "Trud i Svet" contrastaba con la radicalización creciente de las bases de la juventud obrera, tal como sucedía en todos los ámbitos del Petrogrado revolucionario. En la organización juvenil comenzaba a procesarse la misma lucha política que atravesaba sovietos y comités de fábrica, barriadas y cuarteles. La débil estructura organizativa de "Trud i Svet" contribuía a profundizar esta tensión política: mientras la dirección de la organización estaba dominada por elementos conciliadores, la mayoría de los representantes de los comités distritales estaba en manos de bolcheviques, mencheviques internacionalistas y anarquistas.

Dentro del Partido Bolchevique, la política a desarrollar frente a esta situación no era homogénea. Luego de la relativa improvisación de las primeras semanas, los bolcheviques habían conseguido articular una posición más clara. Una de las principales dirigentes bolcheviques que se ocupó de la organización de la juventud fue la compañera de Lenin, Nadiezhda Krupskaja, quien se convirtió en el símbolo del apoyo bolchevique a la organiza-

ción juvenil. La fuerte intervención de Kruspkaia en el movimiento, posiblemente debida a su estrecha vinculación con la barriada de Viborg, se había dirigido a denunciar esta aparente "neutralidad" de la dirección de "Trud i Svet". Krupskaja sostenía que la posición de los bolcheviques debía ser la de respaldar una amplia organización juvenil, que actuara en sintonía con el partido pero manteniendo su autonomía. Sin embargo, ésta no era la única postura entre los bolcheviques. Una segunda posición, defendida por bolcheviques de Moscú y Letonia, apoyaba la formación de una organización juvenil más pequeña, pero puramente bolchevique. Existía una tercera posición, intermedia, que planteaba que se debía apoyar una organización amplia de la juventud que tuviera, sin embargo, una relación más estrecha con el partido.

Hacia la ruptura

Hacia mediados de junio, la tensión política dentro de "Trud i Svet" iba en aumento. La delimitación política que recorría la revolución no podía dejar de afectar a la organización de la juventud. Cada vez más los jóvenes activistas se definían por un partido u otro, haciendo más aguda la lucha política. En ese contexto comenzó a adquirir protagonismo un joven dirigente bolchevique, Vasili Alekseev, delegado por el distrito de Narva, quien presentó a la dirección de "Trud i Svet" un nuevo proyecto de estatuto y programa.

En esa situación se produjeron las "Jornadas de julio". Aprovechando la situación de retroceso de las fuerzas bolcheviques luego de estas jornadas, los elementos más conservadores pasaron a la ofensiva y defendieron el programa original de "Trud i Svet", criticando a los que habían participado en la insurrección. Pero el tiro les salió por la culata. Los grupos bolcheviques comenzaron a obtener el apoyo de la mayoría de los comités de distrito. Mientras tanto, se desarrollaba otro grupo de oposición a la dirección de "Trud i Svet", el llamado "Comité interdistritos", que se vinculó en forma creciente con la fracción bolchevique de Alekseev. Todo indica que esta pequeña organización estaba vinculada con el Comité Interdistrital (Mezhraiontsy), dirigido por Trotsky, que también avanzaba en una vinculación orgánica con el Partido Bolchevique (de hecho, una de las hijas de Trotsky militaba en el "Comité juvenil interdistritos").

Una nueva organización

En la reunión del Consejo Directivo de fines de julio se aprobó la disolución de la dirección de "Trud i Svet", y se convocó a una conferencia para el 18 de agosto. Esa asamblea sesionó en el local bolchevique del distrito de Narva-Peterhof y dio lugar al lanzamiento de una nueva organización juvenil, la Liga Socialista de Trabajadores Jóvenes (Sotsialisticheskii soiuz rabochi molodezhi, SSRM). La nueva organización reflejaba la delimitación política que había tenido lugar en el movimiento. La SSRM se planteaba abier-

tamente desarrollar la conciencia de clase de sus miembros y luchar por el socialismo. Mientras "Trud i Svet" había alcanzado casi los 50.000 miembros, luego de la conferencia de agosto, la SSRM contaba con menos de 15.000. Sin embargo, en los meses sucesivos, la mayoría de los comités distritales que se habían opuesto a conformar la SSRM, se irían integrando a la nueva organización, que para la revolución de octubre ya rondaba los 30.000 integrantes. La SSRM, en suma, expresaba el proceso de delimitación y clarificación política en el seno de la clase obrera de Petrogrado durante los meses decisivos de la revolución.

Elaborado a partir de: Isabel A. Tirado,
"The Socialist Youth Movement in Revolutionary Petrograd",
Russian Review, Vol. 46, N° 2 (abril de 1987)

CAPITULO 24

Los soviets con la contrarrevolución

Marx dijo alguna vez que los comunistas hacían con la palabra "proletariado" lo mismo que los demócratas con la palabra "pueblo": convertirla en objeto de adoración. Se empeñaba entonces en corregir el rumbo del movimiento obrero alemán, señalando que sólo se convertiría en revolucionario aprendiendo de la experiencia y dándose la cabeza contra la pared. Los revolucionarios tampoco deben hacer un fetiche de los soviets, como se puso de relieve en el curso de la propia Revolución Rusa.

Luego de las "Jornadas de julio", cuyas alternativas tratamos en las entregas anteriores de esta serie, Lenin consideró que la consigna "todo el poder a los soviets", caballito de batalla de los bolcheviques desde abril de 1917, había perdido vigencia.

El poder se concentraba en el nuevo jefe de gobierno, Kerensky, que lanzó una represión contra los dirigentes bolcheviques y la vanguardia obrera. Kerensky conspiraba para organizar un golpe que liquidara a los soviets, reducidos a la impotencia bajo el liderazgo de centroizquierdistas, socialrevolucionarios y mencheviques.

Según el propio Lenin, luego de las "jornadas de julio", cuando Kerensky asume la jefatura del Gobierno Provisional, "tenemos ante nosotros el carácter fundamental del bonapartismo: un poder estatal apoyado en el militarismo (en los peores elementos del ejército) que hace equilibrios entre dos clases, dos fuerzas enemigas más o menos niveladas entre sí"¹. Era una nueva situación.

Desde la clandestinidad, Lenin sostiene que la primera etapa de la revolución estaba cerrada. Las consignas clave de la política bolchevique no podían seguir agitándose como si nada hubiera pasado. En el artículo denominado precisamente "A propósito de las consignas", explica por qué no corresponde mantener en pie la consigna "todo el poder a los soviets", y señala las condiciones en las cuales, eventualmente, podría recobrar actualidad. Este formidable pronóstico se cumpliría más rápidamente de lo que el propio Lenin había supuesto, menos de dos meses después.

Mientras tanto, Lenin no presenta ninguna alternativa a la fórmula de "el poder a los soviets", como consecuencia del repliegue de la revolución. Es lo que explica Trotsky en su propia versión del asunto (véase apéndice).

1. Vladimir I. Lenin, "El comienzo del bonapartismo" (29 de julio de 1917).

En "A propósito de las consignas" se examinan las condiciones creadas por el retroceso de las masas luego del levantamiento del 3 y 4 de julio. Lo que sigue son extractos de ese artículo, menos conocido que otros textos clásicos de Lenin, apenas separados por subtítulos para su mejor comprensión. (Las aclaraciones entre paréntesis son nuestras.)

Desaparece la "dualidad de poder"

"Hasta el 4 de julio – dice Lenin al comienzo– regía en el Estado la llamada dualidad de poder, fenómeno que expresaba, material y formalmente, el carácter indefinido y de transición del poder del Estado. No olvidemos que el problema del poder es el problema cardinal de toda revolución. Durante ese período el poder se mantenía en un equilibrio inestable. Lo compartían, en virtud de un pacto voluntario, el Gobierno Provisional y los soviets, los cuales estaban formados por delegaciones de las masas de obreros y soldados armados y libres, es decir, no supeditados a ninguna violencia exterior... tal era el fondo de toda la cuestión. Esto era lo que abría y garantizaba a toda la revolución una senda pacífica para su desarrollo. La consigna de "Todo el poder a los soviets" señalaba el paso inmediato, el paso de realización directa en esta senda de desarrollo pacífico. Era la consigna del desarrollo pacífico de la revolución que, desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio, era posible y naturalmente, el más deseable de todos, pero que hoy es ya absolutamente imposible...".

La contrarrevolución

"El viraje del 4 de julio consiste precisamente en que a partir de esta fecha ha cambiado bruscamente la situación objetiva. El equilibrio inestable del poder ha cesado; el poder ha pasado, en el punto decisivo, a manos de la contrarrevolución... El 27 de febrero todas las clases se hallaron unidas contra la monarquía. A partir del 4 de julio, la burguesía contrarrevolucionaria, del brazo de los monárquicos y las centurias negras (organización fascista surgida en el régimen zarista), ha encadenado a su servicio a los socialistas revolucionarios y los mencheviques pequeñoburgueses, apelando en parte a la intimidación y poniendo de hecho el poder en manos de los Cavaignac (el general francés que en 1848 comandó la sangrienta represión de la revolución de junio), en manos de una camarilla militar que en el frente fusila a los insubordinados y en Petrogrado persigue a los bolcheviques.

"En estas condiciones, la consigna del paso al poder a los soviets podría parecer una quijotada o una burla. Mantenerla equivaldría, objetivamente, a engañar al pueblo, a infundirle la ilusión de que todavía hoy bastaría que los soviets quisieran tomar el poder para que el poder fuese a parar a sus manos; la ilusión de que en el Soviet seguían actuando unos partidos no manchados todavía por su complicidad con los verdugos...

"...la esencia del problema es que hoy ya es imposible adueñarse del poder por la vía pacífica. Hoy, para llegar a él, hay que derrotar, luchando con resolución, a los verdaderos poseedores del poder, a la camarilla militar, a los Cavaignac que se apoyan en las tropas reaccionarias trasladadas a Petrogrado, en los cadetes y en los monárquicos. La esencia del problema consiste en que estos nuevos poseedores del poder sólo pueden ser vencidos por las masas revolucionarias del pueblo, para cuyo movimiento es condición previa que esas masas se hallen dirigidas por el proletariado, y no sólo eso, sino que vuelvan sus espaldas a los partidos social revolucionario y menchevique que han traicionado la causa de la revolución."

La cuestión clave

"El problema fundamental de la revolución es el problema del poder... es importantísimo que los obreros conscientes enfoquen serenamente el problema central de la revolución... El pueblo debe saber, ante todo y en primer término, la verdad; debe saber en manos de quién reside, en realidad, el poder del Estado. Al pueblo hay que decirle toda la verdad: hay que decirle que el poder está en manos de una pandilla militar de Cavaignac (de Kerenski, de ciertos generales, oficiales, etcétera), apoyados por la burguesía como clase, con el partido de los kadetes a la cabeza, y con todos los monárquicos, que actúan a través de la prensa ultrarreaccionaria..., etcétera. Hay que derrocar ese poder. Mientras no lo hagamos, todo lo que sea hablar de lucha frente a la contrarrevolución no será más que palabras huera, no será más que engañarnos a nosotros mismos y engañar al pueblo.

"Hay que dar a todas nuestras campañas de agitación en el pueblo un nuevo giro, teniendo en cuenta, precisamente, la experiencia concreta de la actual revolución y principalmente las Jornadas de julio, es decir, haciendo ver al pueblo con toda claridad que sus verdaderos enemigos son la camarilla militar, los cadetes y las centurias negras y desenmascarando específicamente a todos los partidos pequeñoburgueses, a los partidos socialista revolucionario y menchevique que han desempeñado y desempeñan el papel de los verdugos. Hay que dar un nuevo giro a todas las campañas de agitación, haciendo ver a los campesinos que es totalmente inútil que confíen en obtener las tierras mientras no se liquide el poder de la pandilla militar... Bajo las circunstancias 'normales' del desarrollo capitalista, este proceso sería muy largo y difícil, pero la guerra y la ruina económica lo acelerarán extraordinariamente. Con estos 'aceleradores', un mes y hasta un día pueden igualarse a un año entero..."

Una nueva oportunidad

"...Es indiscutible que la batalla decisiva sólo podrá darse cuando la revolución vuelva a prender con impulso ascensional en lo más profundo de las masas. Pero no basta con hablar en general del impulso ascensional de

la revolución..., la consigna que se desprende es la de dar batalla decisiva a la contrarrevolución que se ha adueñado del poder...

"En esta nueva revolución podrán y deberán surgir los soviets pero no serán los soviets actuales, no serán órganos de una política de pactos con la burguesía, sino órganos de una lucha revolucionaria contra ella. Es cierto que también entonces nos pronunciaremos por un Estado edificado enteramente según el tipo de los soviets. Pero no se trata del problema de los soviets en general sino de la lucha contra la contrarrevolución actual y frente a la traición de los actuales soviets.

"La sustitución de lo concreto por lo abstracto es uno de los pecados capitales, uno de los pecados más peligrosos que pueden cometerse en una revolución... En la actualidad, los soviets son como ovejas conducidas al matadero..., débiles e impotentes frente a la contrarrevolución, que marcha de victoria en victoria. La consigna de entrega del poder a los soviets podría ser interpretada como un 'simple' requerimiento para que esos soviets, los que hoy existen, se hagan cargo del poder. Pero decir eso equivaldría a engañar al pueblo.

"En Rusia comienza un nuevo ciclo... habrá todavía, naturalmente, toda una serie de etapas diversas hasta llegar al triunfo definitivo... Pero de esto podrá hablarse únicamente más tarde, cuando se vaya perfilando cada una de esas etapas por separado".

"Una enfermedad muy frecuente en los medios revolucionarios"

Las jornadas de julio modificaron radicalmente la situación... La consigna "el poder a los soviets" suponía, para lo sucesivo, el levantamiento armado contra el gobierno y las pandillas militares que éste tenía detrás. Pero hubiera sido a todas luces absurdo provocar la insurrección con el lema "el poder a los soviets", cuando esos soviets empezaban por no querer ese poder. Por otra parte, parecía dudoso – algunos lo tenían incluso por poco probable – que los bolcheviques pudieran conquistar, por medio de unas elecciones pacíficas, mayoría en esos soviets faltos de todo poder...

En estas condiciones, no cabía pensar siquiera en la posibilidad de que el poder pasara pacíficamente a manos del proletariado. Esto significaba para el Partido Bolchevique: hay que prepararse para el levantamiento armado. ¿Con qué consigna? Con la franca consigna de la conquista del poder por el proletariado y los campesinos pobres. Había que presentar el objetivo revolucionario en su forma más cruda. Era preciso poner de manifiesto la sustancia misma de clase, liberándola de la forma de los soviets, que pecaba de equívoca. Una vez dueño del poder, el proletariado debería organizar el Estado conforme al tipo soviético. Pero los que de esa organización surgiesen serían ya otros soviets, que habrían de llevar a cabo una misión histórica diametralmente opuesta a las funciones de custodia que realizaban los soviets conciliadores...

¿Renunciar a la demanda de la entrega del poder a los soviets? En el primer momento, esta idea llenó de asombro al partido; mejor dicho, a sus agitadores, que en el transcurso de los tres últimos meses habían asimilado hasta tal punto esa consigna popular, que identificaban casi con ella el contenido íntegro de la revolución. En los círculos del Partido se iniciaron las discusiones. Muchos militantes destacados, como Manuilski, Yurénev y otros, demostraron que el hecho de retirar la consigna "el poder a los soviets" engendraba el peligro de que el proletariado se aislara de los campesinos. Esta objeción ponía a las instituciones en lugar de las clases. Por extraño que a primera vista pueda parecer, el fetichismo de la forma de organización constituye una enfermedad muy frecuente en los medios revolucionarios...

La cuestión de saber qué organización de masas debía servir al Partido para dirigir conforme a ella la insurrección no permitía una resolución a priori ni, con mayor motivo, categórica. Podían convertirse en órganos de insurrección los comités de fábrica y los sindicatos, que se hallaban ya bajo la dirección de los bolcheviques, y asimismo, en algunos casos, los soviets, en la medida en que alcanzasen a sacudir el yugo de los conciliadores. Lenin, por ejemplo, decía a Ordjonikidze: "Hemos de trasladar el centro de gravedad a los comités de fábrica. Estos deben convertirse en los órganos de la insurrección".

León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*

¿Cuándo y por qué Lenin escribió "El Estado y la Revolución"?

Una de las obras fundamentales del marxismo

Una de las principales tareas que abordó Lenin, luego de las "Jornadas de julio", mientras se encontraba en la clandestinidad, fue la redacción final de un trabajo que había comenzado unos meses antes e interrumpió en marzo, al regresar a Rusia. Dio forma definitiva entonces a El Estado y la Revolución, una de sus obras más conocidas. ¿Cuál es el origen de este trabajo y qué lugar ocupa en el proceso revolucionario de 1917?

Luego de Marx y Engels, la cuestión de las formas políticas de un Estado obrero fue retomada en relación con la experiencia de la primera revolución rusa de 1905. Hacia 1912 esa discusión tomó formas más definidas a partir de las posiciones del holandés Antón Pannekoek¹, quien criticó la inclinación de la socialdemocracia alemana por la participación parlamentaria y dedujo que el "objetivo de eliminar todo dominio de clase, es solamente posible a través de la construcción lenta e imperturbable de un poder popular permanente hasta el punto que éste, con su propia fuerza, aplaste simplemente al poder estatal de la burguesía hasta disolverlo por completo"².

La postura de Pannekoek fue considerada por Karl Kautsky, el teórico del partido socialdemócrata alemán, como propia del anarquismo. Según Kautsky, la experiencia rusa y sus novedosos soviets hacían ver que en Rusia aún no estaban dadas las condiciones para la revolución proletaria. "El objetivo de nuestra lucha política – concluía – sigue siendo el mismo: conquistar el poder estatal ganando una mayoría parlamentaria y convertir al Parlamento en el centro del gobierno. Y no destruir el poder estatal"³.

1. Antón Pannekoek (2 de enero de 1873 / 28 de abril de 1960): militante comunista holandés. Militó en el ala izquierda de la Segunda Internacional, en posiciones próximas a las de Rosa Luxemburgo. Luego formó parte de la izquierda comunista y terminó rompiendo con el bolchevismo. Fue, además, un destacado astrónomo.

2. Anton Pannekoek, "Massenaktion und Revolution" [Acciones de Masas y Revolución], en *Die Neue Zeit*, vol. 2, 1912.

3. Karl Kautsky, "Die Neue Taktik" en *Die Neue Zeit*, año XXX, Vol. 2, 1912.

Bujarin

El primer bolchevique en cuestionar directamente esas ideas kautskianas fue Nikolai Bujarin, quien se había incorporado muy joven al bolchevismo y, luego de varios años de militancia en Rusia, partió al exilio en 1911. Tenía 23 años. Se instaló unos años en Viena, donde trabajó junto con Lenin. Luego, en Suecia, a donde había sido enviado por la organización a mediados de 1915, Bujarin se dedicó a analizar el fenómeno del imperialismo y el Estado. En su trabajo "La economía mundial y el imperialismo" (completado en el otoño de 1915), Bujarin se había visto obligado a reflexionar sobre el rol del Estado en la era imperialista y llegado a conclusiones que cuestionaban las posiciones kautskianas hasta entonces predominantes, y se acercaban a las críticas expresadas por Pannekoek y la izquierda alemana.

Según Bujarin, el rápido avance de los monopolios y los trusts, rasgos fundamentales de la etapa imperialista, hacía que el Estado se transformara en un organizador directo de la economía, regulando la producción al interior de la nación en competencia directa con los Estados imperialistas rivales. Esto daba lugar a una creciente militarización del aparato estatal y a una modificación de su estructura, por su estrecha relación con las grandes corporaciones capitalistas. Desarrolló este último punto en un artículo titulado "Hacia una teoría del Estado imperialista", en el cual subrayaba la necesidad insoslayable de "destruir la organización estatal de la burguesía".

La crítica de Lenin

Cuando Lenin recibió el artículo "Hacia una teoría...", en 1916, le respondió a Bujarin que "lamentablemente no podrían publicarlo". Si bien Lenin consideraba que la parte económica era "correcta y útil", entendía que la parte que se refería al problema del Estado y la actitud de los marxistas hacia él, en cambio, era "decididamente incorrecta".

Lenin se oponía especialmente a la conclusión a la que había llegado Bujarin en ese artículo: que la diferencia entre los marxistas y los anarquistas no se refería a que los primeros fuesen "estatistas" y los segundos "antiestatistas", sino que se reducía a la cuestión de la necesidad de la centralización de la economía. Para Lenin esta diferenciación estaba "definida de manera absolutamente incorrecta". La idea de que los socialdemócratas debían "enfatar fuertemente su hostilidad a la idea de poder estatal" era, según Lenin, "o bien extremadamente inexacta, o directamente incorrecta". Según Lenin, Bujarin había sacado de contexto las citas de Engels. Su recomendación era que dejase "madurar" sus ideas.

Bujarin, sin embargo, decidió publicar su artículo en *Jugend Internationale* y en *Arbeiterpolitik*, periódicos de la izquierda socialdemócrata alemana. Durante septiembre y octubre encontramos un agrio intercambio de cartas entre Bujarin y Lenin. Apoyado por Zinoviev, Lenin continuó criticando duramente las posturas de Bujarin. Finalmente, Lenin escribió una respuesta

pública al artículo de Bujarin: "Los socialistas están a favor de utilizar el presente Estado y sus instituciones en la lucha por la emancipación de la clase obrera, sosteniendo además que el Estado debe ser usado para una forma específica de transición del capitalismo al socialismo. Esta forma transicional es la dictadura del proletariado, que también es un Estado... Los anarquistas quieren 'abolir' el Estado, como el camarada Nota-Bene [Bujarin] expresa en un pasaje, atribuyendo erróneamente esta visión a los socialistas. Los socialistas – desafortunadamente el autor cita frases relevantes de Engels de manera incompleta– sostienen que el Estado se 'extinguirá', luego de que la burguesía sea expropiada"⁴.

Lenin concluía que "esperaba volver a estos importantes asuntos en un artículo separado". En efecto, el mes siguiente lo dedicaría intensamente a elaborar una posición sobre la cuestión del Estado. Pronto su posición cambiaría radicalmente.

El "cuaderno azul"

Durante los meses siguientes, Lenin se dedicó a elaborar este postergado trabajo. Lo hizo en la Biblioteca de Zurich, entre enero y febrero de 1917, hasta que la Revolución de Febrero interrumpió su trabajo y lo llevó de nuevo a Rusia.

Sus escritos de esos meses han quedado registrados en el famoso "cuaderno azul", que llevaba como título "El marxismo y el Estado" y como subtítulo "Más precisamente: Las tareas de la revolución proletaria en relación con el Estado". En la Biblioteca de Zurich, Lenin se dedicó a revisar los textos fundamentales de Marx y Engels con referencia al problema del Estado, tomando notas y citando extensamente. De ese modo fue definiendo sus posiciones respecto de las polémicas que mantenía con sus adversarios políticos. A medida que repasaba los textos clásicos del marxismo, Lenin ponía cada vez más énfasis en los pasajes en los cuales tanto Marx como Engels subrayaban la necesidad del proletariado revolucionario de "destruir" el Estado capitalista y sustituirlo por el suyo propio. Al mismo tiempo aumentaban las críticas a Kautsky y a Plejanov, que habían soslayado este aspecto fundamental de la teoría marxista.

En las notas del "cuaderno azul" podemos observar cómo Lenin vio con agudeza la importancia de esta cuestión, comprendiendo de este modo el papel fundamentalmente oportunista que había en el hecho de que Kautsky "pasase por alto" estas reflexiones de Marx: "La 'máquina estatal' es una máquina burocrática-militar en la mayoría de los Estados capitalistas (hoy en 1917 es posible decir que en todos). En Francia es posible ver con 'particular' 'clásica' pureza las líneas generales del proceso universal capitalista – por un lado la creación de esta máquina... por

4. Vladimir I. Lenin, "The Youth International. A Review", en *Collected Works*, Vol. 23.

el otro la 'pura expresión de él'... y el más cercano intento de luchar por su '*demolición*' [subrayado dos veces por Lenin]. ¡Y es justamente la cuestión de esta 'demolición', 'destrucción', lo que los oportunistas y los kautskistas ignoran!"⁵. A lo largo del "cuaderno...", Lenin continuaba citando largos extractos de pasajes de Marx y Engels sobre la cuestión del Estado. En todos los casos observaba cómo, después de una primera aproximación general y abstracta al problema antes de las revoluciones europeas de 1848, los clásicos habían precisado su concepción de las tareas revolucionarias en el sentido de la necesidad de destruir el Estado capitalista.

De esta manera, mientras Lenin se delimitaba cada vez más de las posiciones de Kautsky, sus referencias a Bujarin eran mucho menos críticas. Lenin recordaba que si bien no había "dejado madurar" sus ideas, tal como le había pedido, "en lo esencial Bujarin está más cerca de la verdad que Kautsky". Lo fundamental, sin embargo, es que Lenin, al mismo tiempo que reconocía la corrección de los planteos de Bujarin en varios aspectos, y encontraba la debilidad fundamental de los reformistas kautskianos en su abordaje del problema del Estado, iba más allá y sentaba las bases de sus aportes fundamentales sobre esta cuestión.

Según Marian Sawer, "Lenin estaba yendo más allá de lo que tanto Bujarin como la izquierda alemana habían ofrecido hasta el momento. Ya en esas notas de enero y febrero Lenin comenzó a identificar a los soviets creados en la revolución de 1905 con la nueva forma de Estado que el proletariado debía introducir. En un salto Lenin había llegado a comprender las reflexiones de Marx y Engels acerca de la destrucción de las existentes y opresivas estructuras de poder y su identificación de la Comuna de París como un intento de aplastar esas estructuras, y había identificado a los soviets como estructuralmente afines a la Comuna"⁶.

Lenin no había intervenido en el debate de 1912 citado al comienzo de esta entrega. Al revisarlo, a la luz de sus propios debates y estudios, coincidió con las posiciones avanzadas de la izquierda de la socialdemocracia alemana y de Anton Pannekoek, que veían en las organizaciones de masas creadas por la primera revolución rusa un germen de la estructura estatal que debería crear el proletariado después de aplastar a la maquinaria burocrática y parasitaria de la burguesía. En una carta a Inessa Armand, de fines de febrero de 1917, Lenin escribía: "He leído la discusión de Pannekoek con Kautsky en *Neue Zeit* (1912). Kautsky es un hombre despreciable, y Pannekoek, a pesar de ciertas imprecisiones y pequeños errores, está casi en lo cierto. Kautsky es el abecé del oportunismo".⁷

5. Vladimir I. Lenin, "Marksizm o gosudarstve" (El Marxismo y el Estado), citado en Marian Sawer, "The Genesis of State and Revolution", *Socialist Register*, 1977

6. Sawer, op. cit.

7. "Lenin a Inessa Armand", 27 de febrero de 1917, en *Collected Works*, Vol. 43.

De vuelta a Rusia, comienza la revolución

Pocos días después, las noticias del estallido de la revolución llegaban a Zurich y Lenin se aprestaba para regresar a Rusia.

En ese período de elaboración que dio como resultado el "cuaderno azul" – enero y febrero de 1917– , es decir antes del estallido de la Revolución de Febrero, Lenin había llegado a las deducciones fundamentales de lo que sería *El Estado y la Revolución*. Lenin decía, entonces, en las conclusiones del "cuaderno azul": "Uno podría quizás expresar todo de una manera drásticamente abreviada como sigue: reemplazar la vieja máquina estatal y los parlamentos por soviets de diputados obreros y sus delegados. ¡Esta es la esencia del asunto!".

Lenin volvió a Petrogrado armado con estos planteos revolucionarios. La historia de *El Estado y la Revolución* se une desde aquí, aun más, de manera indisoluble a la historia de la Revolución Rusa.

CAPITULO 26

El Estado y La Revolución" II

(Y lo que Lenin no pudo escribir)

En el capítulo anterior mostramos que las conclusiones a las cuales llegó Lenin a fines de 1916 y comienzos de 1917, permiten entender la orientación que buscó imprimirle de entrada al proceso revolucionario no bien tomó nota en su exilio suizo del levantamiento que derrocó al régimen zarista: por el pasaje a una segunda revolución que llevara al poder a los soviets y diera lugar a una "nueva forma de Estado". Lenin pretendía culminar su trabajo con un capítulo sobre "Los soviets en las revoluciones rusas de 1905 y 1917". Pero no pudo escribirlo.

“**F**uera del título – dijo entonces– no me fue posible escribir ni una sola línea: vino a 'estorbarme' la crisis política, la víspera de la Revolución de Octubre... 'estorbos' como estos no pueden producir más que alegría... es más agradable y provechoso vivir la experiencia de la revolución que escribir acerca de ella". La función política de su trabajo, sin embargo, había sido cumplida. Era la delimitación definitiva del marxismo revolucionario frente a la degeneración oportunista del movimiento obrero socialdemócrata en torno a la cuestión clave de toda revolución: la cuestión del poder. Por eso, no bien retorna del exilio, Lenin plantea la completa separación con los mencheviques (mientras los viejos bolcheviques proponían la fusión en un mismo partido), el cambio de nombre del partido (que pasará a llamarse comunista) y la fundación de una nueva Internacional (que será la III).

La importancia del capítulo que Lenin pretendía escribir está dada por el hecho de que su concepción sobre la necesidad de imponer la dictadura del proletariado en la Rusia del '17, asignaba una gran importancia a la experiencia política de la clase obrera rusa.

Destruir el Estado burgués

La necesidad de demoler el aparato estatal de los capitalistas es el punto clave que Lenin considera la conclusión decisiva de la labor teórica y práctica de Marx y Engels en el siglo XIX. Era lo que el oportunismo centroizquierdista de la época había terminado por omitir. La interpretación "kautskiana" del marxismo aceptaba caracterizar al Estado moderno como órgano de dominación de clase de la burguesía y aun de sus intereses irreconciliables con el proletariado, pero solamente para postular una suerte de copamiento progresivo y pacífico de la república parlamentaria por parte del proletariado,

ocultando que "la liberación de la clase oprimida es imposible, no sólo sin una revolución violenta, sino también sin la destrucción del aparato del poder estatal que ha sido creado por la clase dominante".

En *El Estado...*, Lenin muestra cuidadosamente el recorrido seguido por Marx y Engels a partir del "análisis histórico concreto de las tareas de la revolución". En el primer capítulo, titulado "Sociedad de clases y Estado", establece los principios básicos del problema. En el segundo pone de relieve las experiencias de las revoluciones de 1848, cuando "la cuestión se plantea ya de un modo concreto, y la conclusión a que se llega es extraordinariamente precisa, definida prácticamente tangible: todas las revoluciones anteriores – dice Lenin citando a Marx y Engels– perfeccionaron la máquina del Estado, y lo que hace falta es romperla, destruirla. Esta conclusión es lo principal, lo fundamental, en la doctrina del marxismo sobre el Estado". Y esto – continúa Lenin– fue planteado cuando Marx no encontraba todavía los elementos concretos para establecer una forma estatal apropiada a lo que ya denominaba de un modo general la "dictadura del proletariado": la etapa de transición del capitalismo a una sociedad sin explotación del hombre por el hombre.

En un tercer capítulo Lenin mostrará cómo con la Comuna de París de 1871 – el primer gobierno obrero de la historia– la práctica revolucionaria de la clase obrera pone en evidencia "la fórmula al fin hallada" de la dictadura proletaria: la supresión del ejército permanente y la policía, y su reemplazo por el armamento popular; la desarticulación del aparato burocrático del Estado y su reemplazo por funcionarios electos, con mandato revocable y que ejercían sus funciones por el equivalente al salario de un obrero. "Estamos – dice Lenin– ante uno de esos casos de 'transformación de la cantidad en calidad': la democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado (fuerza especial para la represión de una determinada clase) en algo que ya no es un Estado propiamente dicho". Un Estado que, por lo tanto, comenzaba a "extinguirse".

La "extinción" del Estado

En este punto, Lenin remata su programa de delimitación con el oportunismo, a cuya caracterización consagrará, en forma de polémica, el último capítulo de su obra inconclusa. Retoma así el debate de algunos años atrás (1912) entre Kautsky y el ala izquierda de la socialdemocracia alemana, al cual no le había prestado suficiente atención y en el que no había intervenido (hemos dado cuenta de este debate en el artículo previo de esta serie).

Lenin pone de relieve que el oportunismo admitía el planteo de la "extinción del Estado" pero como argumento... para cuestionar la revolución y evitar la destrucción del Estado burgués; es decir, para negar la necesidad de la dictadura del proletariado, el gobierno obrero. La "extinción" a la cual hacían referencia los Kautsky y compañía no era otra cosa que la utilización del

parlamentarismo por parte de una hipotética mayoría obrera. Dice Lenin: es "el más puro y vil oportunismo: renunciar de hecho a la revolución, reconociéndola de palabra".

Lenin dedicará otro capítulo a explicar la "extinción" del Estado, retomando los planteos de Marx sobre las condiciones de realización del comunismo. Porque la posible abolición del Estado como aparato de coerción es indisoluble de las posibilidades de una existencia humana librada de las restricciones de la penuria y la escasez material; es decir, en condiciones de un despliegue de las fuerzas productivas humanas que eliminen la lucha cotidiana por la existencia, la competencia de unos contra otros.

Es un tema que Marx consideró particularmente en un texto llamado "Crítica al Programa de Gotha" (por la sede del Congreso de la socialdemocracia alemana que lo adoptó). En ese texto, que vuelve a considerar Lenin, Marx recordaba que un gobierno de trabajadores que instalara un régimen igualitario, expropiando a la burguesía y distribuyendo los resultados de la producción "según el trabajo" de cada cual, todavía sería un régimen "injusto" pues implicaría: "la aplicación de un rasero igual a hombres distintos, que en realidad no son idénticos, no son iguales entre sí; (es por eso que) el 'derecho igual' constituye una infracción de la igualdad y una injusticia... pero estos defectos son inevitables en la primera fase de una sociedad comunista tal y como brota de la sociedad capitalista, después de un largo y doloroso alumbramiento".

Lo que faltó (y no podía dejar de faltar)

Sobre las circunstancias necesarias para una sociedad comunista, el mismo Marx había escrito cuando era todavía muy joven: "(...) el desarrollo de las fuerzas productivas es prácticamente la primera condición absolutamente necesaria (del comunismo) porque sin él sí se socializaría la indigencia y ésta haría resurgir la lucha por lo necesario, rebrotando, consecuentemente, todo el viejo caos (...)". Quien lo recordará, casi veinte años después de *El Estado y la revolución*, será León Trotsky, y para concluir en lo siguiente: "Esta idea no la desarrolló Marx en ninguna parte, y no se debió a una casualidad: no preveía la victoria de la revolución en un país atrasado. Tampoco Lenin se detuvo en ella, y tampoco esto se debió al azar: no preveía un aislamiento tan largo del Estado soviético". Es un tema que quedó, entonces, excluido de la obra más conocida del líder bolchevique.

Con la perspectiva que brindan dos décadas de una historia ciertamente dramática, el mismo Trotsky, en *La revolución traicionada*, traza un balance de la obra de Lenin: "Partiendo únicamente de la teoría marxista de la dictadura del proletariado, Lenin no pudo, ni en su obra capital sobre el problema (*El Estado y la Revolución*), ni en el programa del partido, obtener sobre el carácter del Estado todas las deducciones impuestas por la condición atrasada y el aislamiento del país. Al explicar la supervivencia de la burocracia por la inexperiencia administrativa de las masas y las dificultades nacidas de

la guerra, el programa del partido prescribe medidas puramente políticas para vencer las 'deformaciones burocráticas' (elegibilidad y revocabilidad en cualquier momento de todos los mandatarios, supresión de los privilegios materiales, control activo de las masas). Se pensaba que con estos medios, el funcionario cesaría de ser un jefe para transformarse en un simple agente técnico, por otra parte provisional, mientras que el Estado poco a poco abandonaba la escena sin ruido.

"Esta subestimación manifiesta de las dificultades se explica porque el programa se fundaba enteramente y sin reservas sobre una perspectiva internacional."

De esta manera Trotsky plantea, en 1936, los elementos para reformular los problemas de... El Estado y la revolución.

"Un Estado burgués sin burguesía"

"La contradicción fundamental entre el programa bolchevique y la realidad soviética"

En el capítulo de *La revolución traicionada* titulado "El socialismo y el Estado" Trotsky recuerda que, cuando Lenin cita en su obra sobre el Estado la "Crítica al Programa de Gotha" de Marx (en relación con la distribución "igualitaria" que regiría en un gobierno obrero), el mismo Lenin agrega lo siguiente: "El derecho burgués en materia de reparto de artículos de consumo corresponde naturalmente al Estado burgués, pues el derecho no es nada sin un aparato de coerción que imponga sus normas. Resulta, pues, que el derecho burgués subsiste durante cierto tiempo en el seno del comunismo, y aún, que subsiste el Estado burgués sin burguesía".

"Esta conclusión significativa – continúa Trotsky–, completamente ignorada por los actuales teóricos oficiales, tiene una importancia decisiva para la comprensión de la naturaleza del Estado soviético de hoy o, más exactamente, para una primera aproximación en este sentido. El Estado que se impone como tarea la transformación socialista de la sociedad, como se ve obligado a defender la desigualdad, es decir los privilegios de la minoría, sigue siendo, en cierta medida, un Estado 'burgués', aunque sin burguesía. Estas palabras no implican alabanza ni censura; simplemente llaman a las cosas por su nombre.

"Las normas burguesas de reparto, al precipitar el crecimiento del poder material, deben servir a fines socialistas. Pero el Estado adquiere inmediatamente un doble carácter: socialista en la medida en que defiende la propiedad colectiva de los medios de producción; burgués en la medida en que el reparto de los bienes se lleva a cabo por medio de medidas capitalistas de valor, con todas las consecuencias que se derivan de este hecho. Una definición tan contradictoria asustará, probablemente, a los escolásticos y a los dogmáticos; no podemos hacer otra cosa que lamentarlo.

"La fisonomía definitiva del Estado obrero debe definirse por la relación cambiante entre sus tendencias burguesas y socialistas. La victoria de las últimas debe significar la supresión irrevocable del gendarme o, en otras palabras, la reabsorción del Estado en una sociedad que se administre a sí misma. Esto basta para hacer resaltar la inmensa importancia del problema de la burocracia soviética, hecho y síntoma.

Justamente porque, debido a toda su formación intelectual, dio a la concepción de Marx su forma más acentuada, Lenin revela la fuente de las dificultades venideras, comprendiendo las suyas, aunque no haya tenido tiempo para llevar su análisis hasta el fondo. 'El Estado burgués sin burguesía' se reveló incompatible con una democracia soviética auténtica. La dualidad de las funciones del Estado no podía dejar de manifestarse en su estructura. La experiencia ha demostrado que la teoría no había sabido prever con

claridad suficiente: si 'el Estado de los obreros armados' responde plenamente a sus fines cuando se trata de defender la propiedad socializada en contra de la contrarrevolución, no sucede lo mismo cuando se trata de reglamentar la desigualdad en la esfera del consumo. Los que carecen de privilegios no se sienten inclinados a crearlos ni a defenderlos. La mayoría no puede respetar los privilegios de la minoría. Para defender el 'derecho burgués', el Estado obrero se ve obligado a formar un órgano del tipo 'burgués', o, dicho brevemente, se ve obligado a volver al gendarme, aunque dándole un nuevo uniforme.

"Hemos dado, así, el primer paso hacia la comprensión de la contradicción fundamental entre el programa bolchevique y la realidad soviética. Si el Estado, en lugar de agonizar, se hace cada vez más despótico; si los mandatarios de la clase obrera se burocratizan, si la burocracia se erige por encima de la sociedad renovada, no se debe a razones secundarias como las supervivencias psicológicas del pasado, etcétera; se debe a la inflexible necesidad de formar y de sostener a una minoría privilegiada mientras no sea posible asegurar la igualdad real. Las tendencias burocráticas que sofocan al movimiento obrero también deberán manifestarse por doquier después de la revolución proletaria. Pero es evidente que, mientras más pobre sea la sociedad nacida de la revolución, esta 'ley' deberá manifestarse más severamente, sin rodeos; y mientras más brutales sean las formas que debe revestir, el burocratismo será más peligroso para el desarrollo del socialismo."

CAPITULO 27

"El Estado obrero es una abstracción" (Lenin)

Sobre "El Estado y la revolución" (tercero y final)

Lenin no concluyó con el plan previsto para la redacción de su trabajo El Estado y la Revolución, entre julio y septiembre de 1917. No pudo escribir el capítulo proyectado para el análisis de la experiencia de los soviets en Rusia. Tampoco se propuso considerar las características del aparato estatal en la eventualidad del aislamiento de una revolución obrera en un solo país. Se puede decir que lo consideraba, como todos sus compañeros, una alternativa inviable. Pero sucedió. Y Lenin buscó dar cuenta de la nueva realidad. Nunca pudo dar forma a un trabajo integral en la materia, corrigiendo incluso sus expectativas originales en El Estado y la Revolución. Pero en numerosas oportunidades dejó constancia de sus reflexiones respecto de la imprevista situación creada.

Luego de Octubre, Lenin se vio obligado a volver sobre las condiciones de la "extinción" del Estado, cuyo examen había retomado a partir de alguno de los últimos escritos de Marx. En *El Estado y la Revolución* trató, de un modo general, las condiciones ideales de un hipotético Estado obrero que emergiera sobre la base del mayor desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado por la civilización capitalista. Con posterioridad a la revolución no pudo, sin embargo, dejar de precisar las modificaciones que imponía el curso concreto de los acontecimientos. Bien concreto: ¿podía el Estado que emergió de Octubre ser considerado sin más un Estado obrero?

"Me equivoqué"

Es precisamente en respuesta al último interrogante que Lenin formuló la afirmación que titula este mismo artículo, imponiendo un cambio en el análisis del problema. Lo hizo con plena conciencia de que se trataba de corregir un error. Es lo que señaló de modo explícito en enero de 1921, al referirse a un discurso suyo, de algunos días antes. Textualmente: "Yo declaré que nuestro Estado no es un Estado obrero, sino un Estado de obreros y campesinos... Al leer el informe de la discusión, me doy cuenta de que estaba equivocado... Debería haber dicho: el Estado obrero es una abstracción. El nuestro es un Estado obrero con las características siguientes: 1) la población campesina predomina so-

bre la obrera, y 2) es un Estado obrero con deformaciones burocráticas"¹. Cuando Trotsky reprodujo esta cita en una polémica del año 1940, agregó: "a Lenin le importaba tanto la definición sociológica precisa del Estado que estimó necesario autocorregirse"².

Lenin advirtió de un modo muy agudo, desde el principio mismo de la revolución, las terribles dificultades que planteaba el enorme atraso económico y social. Desde 1918 polemizó contra los que en su propio partido pretendían orientarse con las fórmulas genéricas sobre una transición del socialismo a una etapa superior, el comunismo.

Lenin consideró imprescindible partir del reconocimiento de que la URSS ni siquiera se encontraba en una fase de transición del capitalismo al socialismo, sino en una etapa anterior: un capitalismo más primitivo, asentado en la pequeña propiedad. Estaba lejos de los logros del capitalismo concentrado, de grandes escalas de producción y de sus métodos de gestión y control. Por eso Lenin consideraba que un "capitalismo de Estado" representaría un paso adelante en relación con el panorama económico de la pequeña propiedad que se extendía incluso como consecuencia de la victoria del levantamiento campesino. Este atraso se acentuó luego de la destrucción industrial que provocó la guerra civil.

La "base económica" condicionaba las formas concretas que adoptaba el Estado. Lenin consideraba a las "deformaciones burocráticas" del Estado obrero como una derivación inevitable de este predominio de la pequeña producción y de la pequeña propiedad.

Lenin polemizaba una y otra vez con quienes no entendían la necesidad de la lucha contra el elemento pequeño-burgués por medio de lo que llamaba una especie particular de "capitalismo de Estado" en el Estado obrero. Una batalla que los bolcheviques estaban obligados a librar para avanzar en el terreno de la transición a un... Estado obrero, no abstracto sino concreto, para usar las palabras del propio Lenin. Es decir, un Estado que pudiera ir más allá de la imprescindible alianza con los campesinos, para que predominaran los obreros, los constructores de una economía de la gran producción, y no los burócratas, condenados a reproducir la miseria de la pequeña propiedad. Por eso (aunque en un sentido muy especial) Lenin hablaba del "capitalismo de Estado". Es decir, se trataba entonces de sentar las bases del edificio económico y político que permitiera avanzar hacia el socialismo... y la "extinción" del Estado. Todo esto condicionado, en misma instancia, a la extensión de la revolución mundial.

Capitalismo de Estado (y Estado obrero)

La política desarrollada fue objeto de controversias cambiantes y permanentes entre los bolcheviques desde el momento mismo de la toma del poder. Desde el mismo instante en que el gobierno obrero y campesino, obligado por las impostergables tareas de reconstrucción económica, debió recurrir a especialis-

1. Vladimir I. Lenin, "La crisis del partido" (enero de 1921).

2. León Trotsky, *En Defensa del Marxismo*.

tas y técnicos con una remuneración privilegiada, con salarios superiores a los de un trabajador "medio", Lenin entendió que se violentaba la premisa socialista del Estado "tipo comuna". Es en ese momento que comienza a hablar de "capitalismo de Estado", consciente de que se estaba estableciendo un principio "no socialista" (aun en empresas socialistas, es decir, expropiadas por los soviets), en el aparato estatal. Pero era una concesión que el aparato estatal debía admitir para salir del atolladero de la depredación productiva y hacia una concentración creciente de medios de producción bajo control del propio gobierno.

Desde 1918, en ocasión de la revisión del programa del partido, Lenin y sus compañeros buscaron precisar el significado y el alcance de ese concepto de "capitalismo de Estado" y sus implicancias con el tipo de poder sobre el cual se asentaba el gobierno soviético. En la última intervención de Lenin en un congreso del partido, en 1922, la cuestión vuelve a ser debatida cuando él mismo señala que sobre este punto existe entre sus propios camaradas y en la prensa partidaria una incomprensión muy grande, que deriva del hecho de que se trata de una situación inédita donde el capitalismo de Estado se combina con un gobierno obrero, sobre lo cual no existe ningún precedente en la historia y sobre lo cual es preciso avanzar para resolver los cruciales desafíos de la revolución (ver apéndice).

Las dificultades de la construcción económica en la URSS dominaron la etapa final de la vida de Lenin. "Nuestro aparato estatal – decía entonces el líder bolchevique– representa en su mayor parte una supervivencia del antiguo aparato, que en sólo mínimo grado ha sido modificado en forma más o menos seria. Sólo ha sido ligeramente retocado en su aspecto exterior, pero en los demás aspectos conserva todo lo que caracterizaba a nuestro viejo aparato del Estado"³. Era algo más que las "deformaciones" a las que había aludido dos años antes.

En otro artículo, publicado semanas después, Lenin insistirá en que "hasta ahora hemos tenido poco tiempo para reflexionar y ocuparnos de la calidad de nuestro aparato del Estado", al que proponía renovar con "un material humano de características en verdad modernas y que no esté atrasado en relación con los mejores de Europa Occidental". Agregará, en el mismo texto, que llegó el momento de "ocuparnos como corresponde de nuestro aparato estatal"⁴. Es parte de un trabajo que ha sido muy citado no sólo porque es el último artículo redactado por Lenin. En él vuelve a la carga con los peligros mortales de la burocratización del gobierno, alerta contra la presión mortal del capitalismo, evalúa las posibilidades de que la revolución no pueda mantenerse aislada y, por eso mismo, insiste en la necesidad imperiosa de la reforma cuidadosa del aparato estatal para mantener las conquistas de la Revolución de Octubre hasta que las circunstancias presentaran un nuevo ascenso de la revolución mundial.

Es insoslayable considerar todos estos planteos de Lenin a la hora de ponderar y actualizar la doctrina del marxismo sobre la cuestión de *El Estado y la Revolución*.

3. Vladimir I. Lenin, "Propuesta al Congreso del Partido" (25 de enero de 1923).

4. Vladimir I. Lenin, "Más vale poco pero bueno" (2 de marzo 1923).

"Un capitalismo de Estado del tipo nuestro"

"El capitalismo de Estado, según toda la bibliografía sobre el tema, se refiere al que existe bajo el régimen capitalista, donde unas u otras empresas privadas se encuentran subordinadas de modo directo al poder estatal. Pero nuestro Estado es proletario, se apoya en el proletariado, da a éste todas las ventajas políticas, y a través de él atrae a los campesinos... Por eso el capitalismo de Estado desorienta a mucha gente. Para que esto no ocurra hay que recordar lo fundamental: que no hay teoría ni trabajo sobre economía que analice un capitalismo de Estado del tipo nuestro, por la sencilla razón de que todas las nociones comunes relacionadas con estas palabras se refieren al poder burgués en la sociedad capitalista. Nuestra sociedad, que salió de las vías capitalistas, pero no tomó aún las nuevas, es un Estado dirigido, no por la burguesía, sino por el proletariado. No queremos comprender que cuando decimos 'Estado' somos nosotros mismos, el proletariado, la vanguardia de la clase obrera. Somos capaces de restringir este capitalismo de Estado, de fijarle límites: ese tipo de capitalismo está relacionado con el Estado, y el Estado son los obreros, la parte más avanzada de ellos, la vanguardia, nosotros mismos. Debemos colocar dentro de determinado marco – aún hoy no sabemos hacerlo– este capitalismo de Estado. He aquí lo esencial. Y de nosotros depende la forma que tomará. Nuestro poder político es suficiente... pero la capacidad de esa vanguardia de la clase obrera, llamada a administrar de manera directa, a determinar, a fijar los límites, subordinar y no ser subordinada, es insuficiente. Para eso hace falta capacitación, cosa que no tenemos..."

Vladimir I. Lenin,
Informe Político del Comité Central del PC,
27 de marzo de 1922

CAPITULO 28

La conspiración de los dos K

(Centroizquierda y derecha contra el pueblo)

Luego de las "Jornadas de Julio" – la manifestación armada de medio millón de obreros y soldados de Petrogrado que marcharon por la ciudad, sin éxito, para exigirle al Soviet que derrocaria al Gobierno Provisional (burgués) y tomara efectivamente el poder– se produce un violento viraje en la situación política. La reacción levanta la cabeza. Lenin pasa a la clandestinidad. Trotsky y Kamenev van a la cárcel. La prensa bolchevique es prohibida. Los propios soviets se convierten en una pantalla de la contrarrevolución.

En el momento más crítico de las "Jornadas de julio", los centroizquierdistas (mencheviques y socialrevolucionarios) habían conseguido inclinar en su favor a varios regimientos indecisos de la guarnición de Petrogrado con un argumento que ya habían empleado al comienzo de la revolución: que Lenin era un espía alemán y que los bolcheviques trabajaban en directa relación con el Estado Mayor del Kaiser para sacar a Rusia de la guerra. Un periódico derechista publica "documentos" para probar la acusación. En varios días, el asunto llena las columnas de toda la prensa. El recurso es utilizado a fondo: julio de 1917 es, como titula Trotsky, "el mes de la gran calumnia".

Kerensky, que encarna la política contrarrevolucionaria de los centroizquierdistas, vuelve del frente de guerra y exige que se tomen "medidas urgentes" contra los bolcheviques. Los dirigentes conciliadores del Soviet abandonan a los bolcheviques a su propia suerte, a sabiendas de que sólo con la calumnia pueden pensar en recuperar alguna influencia sobre sectores decisivos de las masas. Los cosacos, fuerza fundamental de la represión contra el pueblo, se convierten en los "héroes" del Petrogrado burgués. El clima hostil a los bolcheviques crece en la ciudad que unos días antes había sido virtualmente "tomada" por los obreros y soldados que seguían a los bolcheviques.

Restablecer el "orden"

De conjunto, el régimen político adquiere, a raíz de estas circunstancias, un carácter especial, con elementos propios de una dictadura militar². Kerensky, que se convierte en el nuevo primer ministro, luego de una nueva crisis en el gobierno provisional, toma las características de un caudi-

1. Ver "Los soviets con la contrarrevolución", en capítulo 25.

llo. El centro de gravedad de los debates se traslada violentamente hacia la derecha. Kerensky comienza a entablar negociaciones con los industriales y el partido liberal de derecha, los kadetes, quienes le presentan un ultimátum: unidad total con los aliados imperialistas en la continuidad de la guerra, responsabilidad de los miembros del gobierno "exclusivamente ante su propia conciencia" (es decir, sin rendir cuentas a los soviets), restauración de la disciplina en el ejército, ninguna reforma social antes de la Asamblea Constituyente.

La burguesía quiere ir hasta el final y cerrar la revolución. Los kadetes actúan en conjunto con las principales organizaciones patronales, los diplomáticos imperialistas y los cuadros dirigentes del ejército. El 16 de julio Kerensky convoca a una reunión a los principales jefes militares, quienes le informan que la ofensiva del ejército ruso, lanzada semanas antes, ha concluido en un fracaso completo; le reclaman drásticas medidas represivas. En esa reunión Kerensky nombra comandante en jefe supremo del ejército al general Lavr Kornilov. Es el mismo general que en abril había pedido autorización para disparar contra los manifestantes durante las primeras movilizaciones de los trabajadores contra la guerra. Cuando el Soviet se negó, presentó su renuncia alegando que consideraba "imposible presenciar y contribuir a la destrucción del ejército por parte del Soviet". Al aceptar la designación de Kerensky, advirtió que actuaría con "responsabilidad solamente ante su propia conciencia y ante el pueblo", sin permitir "ninguna intervención en el nombramiento del alto mando". También reclamó "el restablecimiento de la pena de muerte"².

La "Conferencia Nacional" de Moscú

Los soviets, sometidos por los mencheviques y socialrevolucionarios, otorgaron una suerte de plenos poderes a Kerensky como jefe del Gobierno Provisional (burgués), que acaba de ser recompuesto por tercera vez. Pero recelan de su propio retroceso. Temían que después de hacer rodar las cabezas de los bolcheviques, rodaran las suyas propias. No sería la primera vez que los victimarios centroizquierdistas terminarían víctimas de sus propias limitaciones. Los conciliadores resisten la tentativa de disolver los soviets que reclama abiertamente la burguesía e incluso asustan a la derecha con el fantasma de un nuevo ascenso revolucionario. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios estaban "genuinamente alarmados por el peligro que la ola reaccionaria planteaba... pero su respuesta a la amenaza de la reacción era cerrar filas detrás del gobierno e insistir en una coalición con los partidos liberales"³.

Los centroizquierdistas buscaron por eso recauchutar su compromiso con la burguesía para digerir "pacíficamente" la contrarrevolución. Para eso con-

2. James D. White, "The Kornilov Affair. A Study in Counter-Revolution", en *Soviet Studies*, Vol. 20, N° 2 (oct., 1968).

3. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, Nueva York, 1976.

vocaron a una "Conferencia Nacional" en Moscú, con la participación dignificada de las más diversas instituciones y organizaciones, sin excluir a las cámaras patronales de la industria y el comercio y, por supuesto, al alto mando militar. Su objetivo declarado era "la unión del Estado con todas las fuerzas organizadas de la nación". La Conferencia terminará, sin embargo, en la nada, en medio de las divergencias entre centroizquierdistas y derechistas. Detrás de escena, Kerensky y Kornilov comienzan a discutir las alternativas de un golpe militar, pero sin ponerse de acuerdo en quién lo encabezaría.

Los obreros y lo que se viene

La "Conferencia Nacional" fue convocada lejos de Petrogrado, porque la capital seguía siendo el bastión de la vanguardia revolucionaria. Frente al clima reaccionario y a la agitación antiobrera que reinaba en los días previos a la instalación de la Conferencia, los trabajadores moscovitas decretaron una huelga general de 24 horas para el día de apertura de sus sesiones. Pararon 400.000 obreros. Los delegados a la Conferencia no tuvieron tranvías, ni comunicaciones, ni servicios. La Conferencia, que no contaba con la participación de los bolcheviques, siente en la nuca la presión de los trabajadores revolucionarios. Es un síntoma de los límites que encontraba la contrarrevolución. El movimiento de masas comienza a revitalizarse luego de la huelga de Moscú. Los bolcheviques se recuperan de la represión y consiguen reunir su Congreso (véase anexo). Se prepara el terreno para acontecimientos decisivos.

En este clima, Kerensky y Kornilov aceleran los preparativos para el golpe militar. La fecha estaba prevista para finales de agosto, pero los choques entre ellos por el comando de la contrarrevolución no cesan. Mientras Kerensky "se disponía a librarse de los bolcheviques y, en parte, de los soviets, Kornilov se proponía librarse asimismo del gobierno provisional"⁴.

4. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

El VI Congreso (Trotsky se incorpora al Partido Bolchevique)

Los bolcheviques no interrumpen su actividad luego de los acontecimientos de los primeros días de julio. Aunque los locales del partido son asaltados, sus periódicos prohibidos y sus militantes perseguidos, el trabajo de los bolcheviques continúa, incluso con más tenacidad. El periódico central bolchevique, *Pravda*, desaparece, pero surgen numerosas hojas y periódicos clandestinos; más tarde aparecerá un periódico legal con otro nombre. El 6 de julio, un joven bolchevique de 23 años, llamado Ivan Voinov, es asesinado por una banda derechista de las que entonces recorrían Petrogrado, mientras piqueteaba *Listok Pravdy*, un pequeño periódico editado clandestinamente. A pesar de la represión, el partido continúa organizándose, gracias a las estructuras que había creado para la actividad ilegal bajo el zarismo. El principal responsable del trabajo en estas duras condiciones, Iakov Sverdlov, escribe a mediados de julio a los responsables del partido en las provincias: "el clima en Petrogrado es saludable. Conservamos nuestras cabezas. La organización no ha sido destruida"¹.

En esas semanas de persecución y clandestinidad se reúne el VI Congreso del Partido Bolchevique, entre el 26 de julio y el 3 de agosto (8 al 16, según el nuevo calendario). El Congreso muestra el gran crecimiento que ha tenido el partido desde la Revolución de Febrero: participan delegados elegidos por un total de 170.000 militantes, de los cuales casi 40.000 pertenecen a Petrogrado. El Congreso ha sido conocido como "Congreso de Unificación", dado que ratificó la integración al Partido Bolchevique de diferentes corrientes socialdemócratas revolucionarias independientes que, hasta entonces, se habían mantenido al margen. La más importante de ellas era la conocida "Interdistrital", o *Mezhraionka*, creada en 1913 y en la que militaba Trotsky desde su regreso a Rusia en mayo de 1917. El propio Trotsky resultó elegido para dar el informe político central al Congreso, pero no pudo hacerlo porque fue detenido por el gobierno pocos días antes. La primera decisión del Congreso es nombrar presidentes honorarios a Lenin (que se encontraba en la clandestinidad, en Finlandia) y a Trotsky, Kamenev, Kollontai y Lunacharsky, detenidos por el gobierno.

El Congreso se reúne en diferentes locales de barriadas obreras, para eludir la represión. Elige al Comité Central que dirigirá la Revolución de Octubre. Esta dirección refleja la confluencia de sectores revolucionarios en el Partido Bolchevique, que Lenin venía construyendo desde principios del siglo. Sobre 134 votantes, Lenin obtiene 133 votos, seguido por Zinoviev

1. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, Nueva York, 1976.

con 132 y Trotsky y Kamenev con 131. El Comité Central elegido incluye a miembros de la vieja guardia bolchevique, como Miliutin, Rikov, Stalin o Sverdlov, a dirigentes que habían estado muchos años con Lenin en el extranjero, como Bujarin, Zinoviev o Kamenev, a dirigentes de la Interdistrital, como Trotsky y Uritsky. Incluso en términos generacionales, el nuevo Comité es un fiel reflejo de la composición de fuerzas del partido revolucionario ruso: el más viejo es Lenin, que tiene entonces 47 años y había fundado el partido a fines del siglo XIX. El más joven, Ivar Smilga, tiene 25 y milita desde 1907.²

A principios de agosto, cuando concluyen las deliberaciones del Congreso, la influencia de los bolcheviques entre las masas está comenzando a crecer nuevamente. El partido ha soportado el embate de la calumnia y la contrarrevolución y se prepara para batallas definitivas.

2. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

¿Se equivocaron los bolcheviques en julio?

(Lo que discutían Trotsky y sus compañeros en prisión)

Mientras crecía la conspiración conjunta de Kerensky-Kornilov contra los soviets y la revolución, que analizamos en el capítulo anterior, Trotsky y varios bolcheviques permanecían detenidos como consecuencia de la derrota de las "jornadas de julio". Pero las rejas dejaban filtrar la lucha de clases. La contrarrevolución no había conseguido aplastar a la vanguardia obrera. Con el transcurso de las semanas el régimen carcelario se distendió. Los militantes pudieron reunirse, organizar una vida social, escribir y debatir.

Raskolnikov, uno de los líderes bolcheviques y uno de los jefes del bastión rojo de Kronstadt, recuerda en un texto posterior el clima imperante entre los encarcelados cuando, luego de las primeras semanas, se relajó el régimen de confinamiento solitario: "las celdas individuales se transformaron en clubes jacobinos; en ruidosos grupos, yendo de un calabozo a otro, discutíamos, jugábamos al ajedrez y compartíamos lo que leíamos en los periódicos". Raskolnikov destaca el optimismo reinante entre los camaradas y el contraste con el clima mucho más severo que había reinado entre los presos políticos de la época anterior a la revolución, que eran luchadores firmes y revolucionarios profesionales. Ahora abundaban compañeros más jóvenes y combatientes fogosos, incorporados al partido en la ola desatada por la Revolución de Febrero.¹

En los encuentros y reuniones en la prisión se sucedían discusiones intensas en torno a la táctica revolucionaria. Los más recientes e impacientes bolcheviques, entre los que abundaban los jóvenes, creían que el partido había cometido un serio error en julio al haber renunciado a la toma del poder, cuando lo reclamaba lo mejor del proletariado en Petrogrado, multitudinariamente y con las armas en la mano. Los bolcheviques con mayor experiencia y más disciplina defendían la política fijada por el Comité Central. Cuando Raskolnikov insistía en que el poder no podía tomarse hasta que una mayoría de los trabajadores siguiera a los bolcheviques, los más enardecidos

1. Estos testimonios son recogidos por Alexander Rabinowitch en *The Bolsheviks Come to Power*, Nueva York, 1976.

respondían que la vanguardia revolucionaria, actuando con energía y audacia, podía tomar el poder en nombre de los intereses de la clase obrera y arrastrarla detrás de sí. Raskolnikov agrega que mientras Trotsky había apoyado sin retaceos la cautelosa política del Comité Central en los días de julio, ahora, en la cárcel, se permitía ocasionalmente alguna duda: "Quizá podríamos haberlo intentado... ¿y si el frente (el campesinado uniformado) nos apoyaba?... En ese caso todo hubiera sido diferente". Estos "pensamientos impetuosos – completa el comentarista en sus memorias de años más tarde– eran seguidos rápidamente por un análisis más riguroso de la correlación de fuerzas existente"².

¿Era el mejor momento?

El relato de Raskolnikov, sin embargo, revela algo más que una anécdota. Una década y media después, el problema merece una especial atención de Trotsky en su *Historia de la Revolución Rusa*, en la cual le consagra un capítulo entero con el título "¿Podían los bolcheviques tomar el poder en julio?". Aquí Trotsky admite no sólo la posibilidad de la toma del poder; además, reconoce que si los bolcheviques se hubieran propuesto dar ese paso no habrían encontrado obstáculos, porque el Gobierno Provisional estaba reducido a una existencia espectral y sus amigos conciliadores del centroizquierda en el Soviet carecían de todo apoyo entre las tropas de la capital, donde estaba la principal concentración obrera. El reexamen de Trotsky es más significativo si se tiene en cuenta que sostiene abiertamente que la situación internacional era en julio muy favorable si se la compara con la enorme desventaja en el mismo terreno que produjo su postergación. Habría pillado a los alemanes en una posición más débil y, sobre todo, habría tenido un impacto mayor en el proletariado europeo, que esperaba ansiosamente una intervención más activa de la Rusia revolucionaria. La postergación de la insurrección hasta octubre tuvo un altísimo costo porque – según el propio Trotsky– contribuyó decisivamente al triunfo de los imperialistas y la reacción en Europa.

Y, sin embargo, Trotsky admite que la táctica del partido y de Lenin fue correcta. "No se trata de tomar el poder. Hay que sostenerlo", dice. Todos los elementos de un análisis cuidadoso de la situación revelaban que Petrogrado estaba demasiado aislado de la masa campesina y del resto del país para aventurarse a "tomar el cielo por asalto". Incluso, la preparación del proletariado era insuficiente para asumir el gobierno. Las dudas sobre el ánimo existente en el "frente", que Trotsky habría expresado en la cárcel, eran ciertamente lo que podía inclinar la balanza en uno u otro sentido. Lenin opinaba entonces que era necesario que se procesara una descomposición más amplia en las filas del viejo ejército zarista, amparado por el centroizquierda y la derecha, para dar una base

2. Idem anterior.

indispensable a la toma del poder. De otro modo, las tropas marcharían desde el frente para aplastar al proletariado insurgente de la capital.

Dialéctica de la revolución

Las condiciones internacionales constituyen un factor clave, sin duda, y de la mayor importancia en la marcha de la revolución. Pero en este caso estaba condicionada por la maduración revolucionaria de las condiciones internas. La dinámica de la revolución tiene sus propias leyes, dictadas por la lucha de clases nacional e internacional, cuyos ritmos están lejos de armonizarse como en un esquema abstracto. La correlación entre las circunstancias externas e internas que dominan la revolución es históricamente contradictoria: la "revolución socialista es nacional por su forma e internacional por su contenido". Los factores determinantes de la revolución socialista progresan de un modo desigual: lo prueba el hecho mismo de que la Rusia revolucionaria fuera el "eslabón más débil" y no el país más avanzado en la cadena del capitalismo mundial.

Ahora que está de moda la historia "contrafáctica", podemos preguntarnos qué habría pasado si los hechos hubieran ocurrido de otro modo. ¿Es posible negar toda razón al reclamo de los jóvenes bolcheviques que hacían dudar a Trotsky? Una respuesta absolutamente negativa omite que en la revolución, como en la vida y en la naturaleza, siempre está presente un elemento de incertidumbre. De otra manera, el universo no presentaría un futuro abierto. Está condicionado por el desarrollo anterior, pero abierto a la creación y a las alternativas. Lo demostró Darwin al probar que las formas que adopta lo viviente son siempre una combinación de azar y necesidad, de selección y adaptación. No en vano Marx dijo que en la teoría de Darwin estaba el fundamento "histórico natural" de su propia concepción de la historia. La naturaleza y la vida "crean". La revolución también, fecundada por la intervención consciente de sus protagonistas más decididos. El intento de "forzar" la realidad en el debate de los bolcheviques de 1917, aun en las prisiones en las cuales habían sido reclusos por el centroizquierda y la derecha, deja una gran lección teórica.

"No habría costado ningún trabajo tomar el poder" (Trotsky)

(Pero no se debía)

¿Es que acaso en julio los bolcheviques hubieran podido coger el timón? Durante dos días críticos, en Petrogrado, el poder se les iba completamente de las manos a las instituciones gubernamentales. El Comité ejecutivo (de los Soviets) tuvo por primera vez la sensación de su completa impotencia. En estas ocasiones, no les hubiera costado ningún trabajo a los bolcheviques tomar el poder. Era asimismo posible adueñarse del mismo en algunos puntos de provincias. ¿Tenía razón, en este caso, el Partido Bolchevique al renunciar a la insurrección? ¿No podía, haciéndose fuerte en la capital y en algunas regiones industriales, extender luego su dominio a todo el país? Es esta una cuestión importante.

Nada contribuyó tanto, en las postrimerías de la guerra, al triunfo del imperialismo y de la reacción en Europa como aquellos pocos meses del régimen de Kerensky, que dejaron exhausta a la Rusia revolucionaria y ocasionaron un prejuicio incalculable a su prestigio moral a los ojos de los ejércitos beligerantes y de las masas trabajadoras europeas, que esperaban confiadas una nueva palabra de la revolución. Al reducir en cuatro meses – ¡un plazo enorme!– los dolores del parto de la revolución proletaria, los bolcheviques se hubieran encontrado con un país menos exhausto y con el prestigio de la revolución en Europa menos quebrantado. Esto no sólo habría dado a los soviets enormes ventajas en las negociaciones de paz con Alemania, sino que hubiera ejercido una influencia inmensa sobre el curso de la guerra y de la paz en Europa. La perspectiva era demasiado seductora. Y, sin embargo, la dirección del partido tenía completa razón al no adoptar el camino de la insurrección. No basta con tomar el poder. Hay que sostenerlo. Cuando en octubre los bolcheviques juzgaron que había llegado su hora, los peores tiempos para ellos empezaron después de la toma del poder. Fue necesario someter las fuerzas de la clase obrera a la máxima tensión para soportar los innumerables ataques de los enemigos. En julio, ni siquiera los obreros de Petrogrado estaban dispuestos a sostener esa lucha abnegada. Tenían la posibilidad de tomar el poder y, sin embargo, lo ofrecieron al Comité ejecutivo. El proletariado de la capital, cuya aplastante mayoría se inclinaba ya del lado de los bolcheviques, no había roto todavía el cordón umbilical de Febrero, que lo unía con los conciliadores. Existían todavía no pocas ilusiones en el sentido de que con la palabra y la manifestación se podía obtener todo; de que, intimidando un poco a los mencheviques y a los socialrevolucionarios, se les podía incitar a una política común con los bolchevi-

ques. Incluso la parte avanzada de la clase no tenía una idea clara de cómo se podía llegar al poder...

En los días de la revolución de Febrero se puso de manifiesto toda la labor realizada anteriormente por los bolcheviques durante muchos años, y hallaron un sitio en la lucha los obreros avanzados educados por el partido; pero no hubo aún una dirección inmediata por parte de este último. En los acontecimientos de abril, las consignas del partido pusieron de manifiesto su fuerza dinámica, pero el movimiento se desarrolló espontáneamente. En junio se exteriorizó la inmensa influencia del partido, pero las masas entraban en acción todavía dentro del marco de una manifestación organizada oficialmente por los adversarios. Hasta julio, el Partido Bolchevique, impulsado por la fuerza de presión de las masas, no se lanza a la calle contra todos los demás partidos y define el carácter fundamental del movimiento, no sólo con sus consignas, sino también con su dirección organizada. La importancia de una vanguardia compacta aparece por primera vez con toda su fuerza durante las jornadas de julio, cuando el partido evita, a un precio muy elevado, la derrota del proletariado y garantiza el porvenir de la revolución y el propio.

León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*

QUINTA PARTE

Parlamentarismo y Revolución

CAPITULO 30

Cómo se desarma una conspiración

Fracasa el golpe de Kornilov

A partir de mediados de agosto de 1917 la situación en Rusia era desesperada. El hambre amenazaba Petrogrado, escaseaban todos los recursos, los sistemas de transportes se hundían en el caos. En el frente de batalla todo se derrumbaba. El 21 de agosto los alemanes ocupaban Riga, un puerto vital en el Mar Báltico. Estaban a las puertas de Petrogrado. Las fuerzas contrarrevolucionarias se reagrupaban en torno al general Kornilov, recientemente electo comandante en jefe del ejército.

Para los golpistas era fundamental movilizar hacia Petrogrado a un conjunto importante de tropas políticamente confiables, con las cuales enfrentar a las masas obreras y a los destacamentos revolucionarios de la guarnición de la capital. El día elegido era el 27 de agosto, cuando se cumplían seis meses de la Revolución de Febrero. Se esperaban para ese día numerosas actividades de celebración por parte de las organizaciones de trabajadores, los soviets y los partidos de izquierda. Los conspiradores buscaban montar una provocación, generar incidentes y lanzar el golpe, echando a la calle a las tropas traídas desde el frente y decretando la ley marcial en la capital.

Kerensky comprendió, cuando ya era demasiado tarde, que los conspiradores no pensaban en él más que para algún puesto subordinado. El 26 de agosto, por la noche, envió un telegrama al cuartel general removiendo a Kornilov de su cargo y reclamándole su retorno inmediato a la capital. Pero ya era tarde. El golpe estaba en marcha. Kornilov respondió lacónicamente al telegrama del gobierno, rechazó sus reclamos y ordenó a sus subordinados continuar el movimiento de tropas hacia Petrogrado. Los ministros burgueses liberales (kadetes) presentaron su renuncia y abandonaron al primer ministro a su propia suerte en el Palacio de Invierno. Kerensky consideraba que su carrera política se había acabado. El gobierno provisional era incapaz de defenderse a sí mismo del golpe militar.

Los bolcheviques y el golpe

Petrogrado amaneció soleado el domingo 27 de agosto. En diferentes locales de la ciudad, se desarrollaban en calma festejos por el semestre de la revolución, actividades para juntar fondos, etcétera. *Rabochii* (El Obrero), el periódico bolchevique, llamaba a los trabajadores a "no caer en pro-

vocaciones, mantener la calma y no tomar parte en ninguna acción el día de hoy". Con el transcurso de las horas, al hacerse evidente la inminencia del golpe, comenzó a discutirse qué actitud tomar. De madrugada, cuando ya llegaban noticias de escaramuzas en las afueras de Petrogrado, los Comités Ejecutivos del Soviet, reunidos en conjunto, adoptaron una resolución presentada por el menchevique Tseretelli que daba total respaldo al gobierno de Kerensky en la lucha contra el golpe. Se lanzaron llamamientos de emergencia a los comités del ejército, a los soviets provinciales, a organizaciones sindicales para enfrentar la asonada, desobedecer a los conspiradores y desarticular las comunicaciones entre los ejércitos de Kornilov.

La cuestión decisiva era la posición que adoptarían los bolcheviques. "Las masas estaban organizadas por los bolcheviques. La suya era la única organización extensa, con una disciplina elemental y vinculada con las capas más explotadas de la población"¹. Sin los bolcheviques, ni el gobierno provisional ni los dirigentes conciliadores del Soviet eran capaces de frenar la contrarrevolución en marcha. En esas horas decisivas, con Lenin en la clandestinidad finlandesa y varios de sus principales dirigentes en la cárcel, los bolcheviques debatían febrilmente qué actitud tomar. En un cable urgente enviado la noche del 29 de agosto a todas las direcciones regionales, el Comité Central resumía la posición adoptada por el partido: "Con la intención de derrotar a la contrarrevolución, estamos trabajando en colaboración con el Soviet, sobre una base técnica e informativa, mientras retenemos nuestra posición política independiente"².

Obreros y soldados contra la "kornilovada"

En pocas horas las masas revolucionarias de Petrogrado se habían puesto en guardia contra la reacción. Los Comités Ejecutivos del Soviet crearon un "Comité para la lucha contra la contrarrevolución", que incluía a tres mencheviques, tres socialistas revolucionarios y tres bolcheviques, además de delegados de los comités ejecutivos, los sindicatos y el Soviet de Petrogrado. Este comité editaba boletines informativos al transcurrir de las horas, lanzaba proclamas, distribuía armas, organizaba la resistencia al golpe militar. A lo largo y a lo ancho del país se extendieron comités de este tipo como reguero de pólvora: en sólo tres días surgieron más de 240, generalmente formados por los soviets locales. Todas las organizaciones de las masas se lanzaban a la acción, unían sus fuerzas contra Kornilov. Las barriadas obreras de Petrogrado jugaban un papel fundamental, superando incluso a la dirección del Soviet, en manos de los conciliadores.

1. La cita corresponde a las *Memorias* del centroizquierdista Sujánov. Citada por Trotsky en *Historia de la Revolución Rusa*.

2. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks come to power*, Nueva York, 1976.

En todas partes los bolcheviques aparecían en un lugar dirigente.

Las fábricas interrumpieron su trabajo. Sin escuchar las instrucciones de la patronal, los trabajadores reforzaron la seguridad y formaron destacamentos armados. Las "guardias rojas" se extendían. En algunas fábricas, los trabajadores aceleraban la producción de armamento para entregar a las milicias obreras. Tras un breve entrenamiento, generalmente proporcionado por integrantes de la Organización Militar de los bolcheviques, los guardias rojos eran enviados a puntos estratégicos de la ciudad para enfrentar a las fuerzas de Kornilov y derrotar el golpe. A pesar de que se repartieron decenas de miles de armas, no alcanzaban para todos. Los obreros que no habían conseguido armarse formaban brigadas que se dedicaban a cavar trincheras, construir defensas, levantar barricadas.

Los soldados de la guarnición de la capital, bastión de la revolución, también manifestaban contra el golpe. En las barracas militares se organizaban asambleas masivas que condenaban a la contrarrevolución y reforzaban sus lazos con las organizaciones obreras. Lo mismo sucedía entre los marinos de la escuadra del Báltico. Los soldados y marineros revolucionarios sabían que no tenían alternativa: si triunfaban los golpistas, ellos serían exterminados. Tres mil marinos armados fueron enviados a la capital (muchos de ellos no volvían a la ciudad desde las Jornadas de Julio); fueron asignados a la defensa de estaciones ferroviarias, puentes, oficinas de correos, edificios gubernamentales. Trotsky relata que los marinos se acercaban a la cárcel a visitar a los bolcheviques que continuaban detenidos, como Raskolnikov (dirigente bolchevique de la base naval de Kronstadt) o el propio Trotsky. "¿No ha llegado el momento de detener al gobierno?", preguntaban. "No, no ha llegado aún; apoyen el fusil sobre el hombro de Kerensky y disparen contra Kornilov. Después le ajustaremos las cuentas a Kerensky", se les contestaba³.

Por todas partes la conspiración era desbaratada gracias a la respuesta de las masas obreras. Los trabajadores ferroviarios, que impulsaron a la acción a su dirección moderada, se lanzaron a frenar a toda costa el avance de las tropas de Kornilov. Los ferroviarios se alejaban de sus puestos, impedían la utilización de material ferroviario e incluso bloqueaban o destrozaban las vías. Los empleados de correos y telégrafos interceptaban las comunicaciones de los golpistas. Los trabajadores gráficos llevaron a la práctica un control efectivo de la prensa. "Los generales se habían acostumbrado durante la guerra", dice Trotsky, "a considerar que el transporte y las comunicaciones eran una cuestión técnica. Ahora tenían ocasión de persuadirse de que eran una cuestión política"⁴.

3. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

4 y 5. *Idem anterior*.

La contrarrevolución derrotada

Pronto se hizo evidente que la contrarrevolución no tenía ninguna posibilidad de éxito. La superioridad de las fuerzas revolucionarias era abrumadora. Como señala Trotsky, "el complot había sido tramado por aquellos círculos que ni sabían ni estaban acostumbrados a hacer nada sin la gente de abajo, sin la fuerza obrera, sin la carne de cañón, sin asistentes, criados, escribientes, choferes, mozos de cuerda, cocineras, lavanderas, telegrafistas... Todos estos pequeños tornillos humanos, innumerables, invisibles, necesarios, estaban de parte de los soviets y en contra de Kornilov"⁵. La causa de los golpistas estaba condenada al fracaso.

En las unidades de la guarnición y de la marina del Báltico, los pocos oficiales que se mostraron solidarios con Kornilov fueron arrestados, y a veces linchados. En Petrogrado, los líderes derechistas eran incapaces de organizar ningún tipo de apoyo al golpe; varios fueron detenidos. En cuanto a las fuerzas "leales", que Kornilov pretendía movilizar hacia Petrogrado para sofocar la revolución, la mayoría de las unidades no pudo acercarse a más que cientos de kilómetros de la capital, cuando encontraron las vías férreas completamente bloqueadas. Las tropas de Kornilov ni siquiera podían comunicarse entre sí. En algunos casos, las tropas golpistas se vieron rodeadas por soldados y obreros que los acusaban de traicionar a la revolución. En varias unidades, después de esos tumultuosos encuentros, los soldados destituyeron a sus jefes, izaron banderas rojas y mandaron delegaciones a expresar su solidaridad con la revolución.

Prácticamente no hubo enfrentamientos. La conspiración de Kornilov, largamente preparada por la burguesía, los terratenientes y el imperialismo, fracasaba miserablemente frente a la respuesta de las masas revolucionarias. Varias de las prominentes figuras de la burguesía que habían impulsado a Kornilov, ponían ahora sus distancias. Rodzianko, conocido jefe liberal, decía que todo lo que sabía del golpe era "lo que había leído en los diarios" y que fomentar los enfrentamientos intestinos "era un crimen a la patria". En un par de días, todos los avances que había logrado la reacción contra las masas en los últimos meses se había evaporado. Se inicia la cuenta regresiva hacia Octubre.

Contra la derecha, sí; con los centroizquierdistas, no

"Combatimos a Kornilov, no apoyamos a Kerensky" (Lenin)

"La sublevación de Kornilov representa un viraje de los acontecimientos en un extremo inesperado (inesperado por el momento y por la forma) e increíblemente brusco. Como todo viraje brusco exige una revisión y un cambio de táctica. Y como toda revisión, con ésta hay que ser muy prudente para no caer en una falta de principios... Nosotros no debemos apoyar a Kerensky ni siquiera ahora. Es una falta de principios. Preguntarán: ¿es posible que no haya que luchar contra Kornilov? ¡Por cierto que sí! Pero no es lo mismo, hay un límite; y ese límite lo trasponen algunos bolcheviques cayendo en una "posición conciliadora", dejándose arrastrar por la corriente de los acontecimientos.

Vamos a combatir y combatimos a Kornilov, como lo hacen las tropas de Kerensky, pero nosotros no apoyamos a Kerensky, sino que desenmascaramos su debilidad, ésa es la diferencia. Una diferencia sutil, pero archiesencial y no se la puede olvidar.

¿En que consiste el cambio de nuestra táctica después de la sublevación de Kornilov?

En que cambiamos la forma de nuestra lucha contra Kerensky. Sin debilitar en un ápice nuestra hostilidad contra él, sin retirar una sola palabra dicha en su contra, sin renunciar al objetivo de derribar a Kerensky, decimos: hay que tomar en cuenta el momento; no vamos a derrocar a Kerensky enseguida; ahora encaramos de otra manera la tarea de luchar contra él, o más precisamente, haciendo ver al pueblo (que lucha contra Kornilov), la debilidad y las vacilaciones de Kerensky. También antes se hacía esto, pero ahora pasa a ser lo fundamental; en esto consiste el cambio.

Luego, el cambio consiste en que ponemos en un primer plano el intensificar la agitación a favor de lo que podríamos llamar "exigencias parciales" a Kerensky: que arreste a Miliukov, que arme a los obreros de Petrogrado, que llame a las tropas de Kronstadt, de Viborg... que entregue la tierra de los terratenientes a los campesinos, que implante el control obrero sobre el trigo y las fábricas, etc., etc. Y estas exigencias no las debemos presentar sólo a Kerensky, no tanto a Kerensky como a los obreros, soldados y campesinos ganados por la lucha contra Kornilov...

Sería incorrecto pensar que nos hemos alejado del objetivo de la conquista del poder por el proletariado. No. Nos hemos acercado extraordinariamente a él, pero no en forma directa, sino de costado. Y hay que hacer agitación en este mismo instante, no tanto directamente contra Kerensky, sino también contra él pero indirectamente; esto es: exigiendo una guerra activa, muy

activa, auténticamente revolucionaria contra Kornilov. El desarrollo de esta guerra es lo único que puede conducirnos a nosotros al poder, pero en la propaganda hay que hablar poco de eso (recordando firmemente que mañana mismo los acontecimientos nos pueden colocar en el poder y entonces nosotros no lo dejaremos escapar). Me parece que debería comunicarse esto en una carta (no en la prensa) a las comisiones de agitación y propaganda y, en general, a los miembros del partido. Hay que luchar despiadadamente contra las frases acerca de la defensa del país, del frente único de la democracia revolucionaria, del apoyo al Gobierno provisional, etcétera, etc. Demostrando que precisamente no son sino frases. Ahora es el momento de obrar: vosotros, señores socialistas revolucionarios y mencheviques, hace tiempo habéis gastado estas frases. Ahora es tiempo de obrar. La guerra contra Kornilov hay que hacerla de manera revolucionaria, atrayendo a las masas, levantándolas, inflamándolas, enardeciéndolas (y Kerensky teme a las masas, teme al pueblo)..."

Vladimir I. Lenin, "Al Comité Central del POSDR",
30 de agosto (12 de septiembre) de 1917

Los bolcheviques conquistan la mayoría en el Soviet de Petrogrado

El fracaso del golpe de Kornilov impone un nuevo viraje en la situación política, esta vez hacia la izquierda. Los kadetes se repliegan. Los dirigentes conciliadores del Soviet no pueden frenar las presiones de las masas. Los bolcheviques ven crecer aceleradamente su influencia. El gobierno de Kerensky se desmorona. Los soviets comienzan a volcarse decididamente en favor de los bolcheviques. El doble poder se revela en toda su dimensión cuando no habían pasado dos meses desde la derrota de julio.

Kerensky de nuevo contra las masas

Con el fracaso del golpe, se quiebra una vez más el gobierno de coalición de los mencheviques y socialrevolucionarios con la burguesía; el gabinete entero renuncia. A pesar de la abrumadora evidencia de una conspiración de oficiales y generales vinculados con la derecha, Kerensky dice que se debe sancionar solamente a los máximos responsables (una "obediencia debida" a la rusa). El puesto de comandante en jefe del ejército, que ocupaba Kornilov, es entregado al general Alekseev, de íntimos lazos con los kadetes y la burguesía, repudiado ampliamente por las masas. En cuanto al nuevo gobierno, Kerensky propone formar una nueva coalición con elementos liberales y derechistas, que tuviese como objetivo el restablecimiento del "orden".

Pero los planes de Kerensky chocan indefectiblemente con las masas. Con la contrarrevolución derrotada y los liberales a la defensiva, la iniciativa ha quedado en manos de los trabajadores y soldados revolucionarios. Los soviets son el único poder real. En los días siguientes, decenas de fábricas y regimientos se manifiestan en contra de cualquier colaboración con los implicados en el golpe, repudian la formación de otro gobierno de "coalición" y reclaman el poder para los Soviets. Son las exigencias de las Jornadas de julio, formuladas ahora con más fuerza, luego de la enorme victoria obtenida con la derrota de Kornilov.

Los conciliadores ante la nueva situación

Los líderes conciliadores del soviets, mencheviques y socialistas revolucionarios, parecen inclinarse en un primer momento hacia la izquierda, frente a la presión de las masas. El comité central de los mencheviques adopta una

resolución que "rechaza la participación en el gobierno de los elementos que habían simpatizado con la contrarrevolución" y reclama que los kadetes no sean integrados en el nuevo gobierno. Lo mismo decide la dirección socialista revolucionaria. Ante esta situación, Kerensky suspende sus planes de gobernar en coalición con un gobierno de liberales y kadetes y constituye un "directorio", de cinco miembros, sin los kadetes.

Por todos lados los conciliadores ven desaparecer su prestigio ante las masas. Muchas asambleas de fábrica que eran dominadas por los centroizquierdistas se manifiestan ahora por el traspaso del poder a los soviets. Incluso los regimientos más conservadores, aquellos que habían sido movilizados en contra de la revolución durante las Jornadas de julio, se vuelcan ahora hacia los bolcheviques, cuya influencia entre obreros y soldados crece día a día, hora tras hora. Los partidos conciliadores entran en una crisis cada vez más profunda. Mencheviques y socialistas revolucionarios se dividen internamente entre fracciones de derecha, decididas a mantener la alianza con la burguesía, y tendencias de izquierda, que se acercan a los bolcheviques empujados por la presión de las masas.

El soviet de Petrogrado vota a los bolcheviques

En la sesión del 31 de agosto del Soviet de Petrogrado, la dirección conciliadora es abucheada cuando Tseretelli, uno de sus principales dirigentes, intenta hacer pasar una moción de respaldo a una nueva coalición con la burguesía. Los bolcheviques plantean su oposición y reclaman el poder para los obreros y campesinos. Por primera vez en todo el año los bolcheviques ganan la votación, acompañados por diputados mencheviques internacionistas y socialistas revolucionarios de izquierda. La derecha exige entonces una votación nominal. La sesión se extiende hasta la tres de la mañana. Muchos delegados del bloque de los conciliadores se retiran para no votar contra sus propios partidos. Es de madrugada cuando se terminan de contar los votos...vuelven a ganar los bolcheviques. Es un punto de quiebre en el desarrollo de la revolución.

Los conciliadores, sin embargo, intentan torcer el rumbo de los acontecimientos. Plantean rever la votación, que consideran un hecho aislado, en una deliberación desarrollada con una concurrencia muy disminuida de los diputados del soviet. Se reconvoca entonces a la que será la histórica sesión del 9 de setiembre. Todas las organizaciones llaman a librar batalla, convocando a asistir a todos sus representantes. La mesa directiva, en manos de los conciliadores, desafía a los delegados: pide una votación de confianza y declara que no es posible aplicar la línea de los bolcheviques. El relato de Trotsky revela el momento histórico:

"La sesión transcurrió en medio de una tensión extrema. Lo único que mantenía el orden era el deseo que animaba a todos y a cada uno de no llevar las cosas hasta la explosión. Todos querían llevar a cabo, cuanto antes, un recuento de los amigos y de los adversarios. Todos se daban cuenta de

que iba a resolverse la cuestión del poder, de la guerra, la suerte de la revolución. Decidióse votar saliendo por la puerta. Se propuso que salieran los que aceptaran la dimisión de la Mesa: a la minoría le sería más fácil salir que a la mayoría. En toda la sala se produjo una apasionada agitación, pero a media voz. ¿La antigua Mesa o la nueva? ¿La coalición o el régimen soviético? Se dirigió a la puerta mucha gente, más de la que debía salir, a juicio de la Mesa. Los jefes bolcheviques consideraban, por su parte, que iba a faltarles cerca de un centenar de votos para obtener la mayoría. 'Y aún así será un resultado magnífico', se decían, para consolarse por anticipado. Los obreros y los soldados van dirigiéndose uno tras otro a la puerta. Un rumor contenido de voces; breves estallidos de altercados; se alza una voz: '¡Kornilovianos!' '¡Héroes de julio!' La votación dura cerca de una hora. Nuestras invisibles balanzas oscilan. La Mesa, con una emoción apenas contenida, sigue en el estrado. Por fin se han contado los votos y se anuncia el resultado: en favor de la Mesa y de la coalición, ¡414 votos!, en contra ¡519! ¡Se han abstenido 67! La nueva mayoría aplaude con entusiasmo, turbulenta, furiosamente. Tiene derecho a ello: se ha pagado la victoria a un precio elevado. Buena parte del camino queda a la espalda."¹

Nueva etapa

El Comité Ejecutivo de los soviets de toda Rusia (que había sido elegido por el primer Congreso Panruso de los soviets de junio, en otra coyuntura política) todavía estaba dominado, de todas formas, por los conciliadores. Después de la decisión del soviet de Petrogrado, la cuestión decisiva era cuál sería la posición de este órgano máximo de los soviets de todo el país. Después de un largo debate, queda claro que los conciliadores no están dispuestos, a pesar de la presión de las masas, a modificar la táctica que han llevado adelante en los últimos meses. La propuesta bolchevique es rechazada y se aprueba un nuevo apoyo al gobierno de coalición, dejando la decisión definitiva en manos de una "conferencia democrática" a reunirse en las semanas siguientes. Una vez más, los centroizquierdistas ceden el poder a la burguesía. Se acentúa entonces la brecha entre la dirección centroizquierdista del Comité Ejecutivo y las masas revolucionarias, que siguen ahora a los bolcheviques.

Lenin, en su refugio clandestino de Finlandia, recibe con una demora de un par de días las noticias de Petrogrado. Allí había escrito, al recibir las primeras noticias, un famoso artículo: "Sobre los compromisos", donde sostenía que se daban nuevamente las condiciones para un desenlace "pacífico" de la revolución. Lenin proponía que mencheviques y socialistas revolucionarios tomaran el poder en sus manos, y por consiguiente proclamaba que había cobrado vigencia nuevamente la consigna "todo el poder a los soviets".

1. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

Luego de enterarse de los acontecimientos de los días posteriores, sin embargo, entiende que quizás este planteo ya esté desactualizado. En una posdata, concluye: "quizá ya es demasiado tarde para un compromiso". Sí, era demasiado tarde.

"Los conciliadores se apresuraron a eludir la proposición de Lenin como si se tratara de una encerrona páfida. En realidad, en la proposición no había ni sombra de astucia: convencido de que su partido estaba llamado a ponerse al frente del pueblo, Lenin hacía una franca tentativa para suavizar la lucha, debilitando la resistencia de los enemigos ante lo inevitable. Los audaces cambios de frente de Lenin, que se desprendían siempre de los cambios sufridos por la situación, y que invariablemente conservaban la unidad de la intención estratégica, constituyen una inapreciable academia de estrategia revolucionaria. La proposición del compromiso tenía el valor de una lección de cosas, para el Partido Bolchevique ante todo. Esta lección venía a demostrar que, no obstante la experiencia de Kornílov, los conciliadores no podían ya virar hacia el camino de la revolución. Después de esto, el partido tuvo la sensación definitiva de ser el único partido de la revolución."²

2. León Trotsky, op. cit.

Política y análisis histórico

Trotsky revisa las conclusiones del congreso bolchevique de julio

El VI Congreso pasó a la historia porque consagró el ingreso de Trotsky en el Partido Bolchevique. Se realizó luego de la derrota de las "jornadas de julio" y no estuvieron presentes algunos de los principales dirigentes, entonces perseguidos y encarcelados. Había sido prevista para votar un nuevo programa, después del debate de abril sobre las "tesis" elaboradas por Lenin. Pero las circunstancias cambiaron el centro del debate: había que considerar la situación creada con el ascenso de la contrarrevolución. Desde la clandestinidad, Lenin había explicado la necesidad de retirar la consigna de "todo el poder a los soviets" convertidos, en manos de los conciliadores, en una cobertura de la reacción burguesa. La etapa pacífica de la revolución había concluido: la dualidad de poderes cedía paso a una suerte de dictadura militar. El violento viraje de la situación que se produce un mes después, cuando Kornilov fracasa y se reformulan los términos de la política bolchevique. Pero también echó luz sobre los debates del VI Congreso. Algo frecuentemente ignorado en la historiografía de la revolución y que, años después, mereció el siguiente comentario de Trotsky:

"¿En qué forma – se preguntó entonces– reconquistaron los soviets conciliadores a principios de septiembre el poder que habían perdido en julio? En todas las resoluciones del VI Congreso domina la afirmación de que, como resultado de los acontecimientos de julio, fue liquidado el poder dual, siendo sustituido por la dictadura de la burguesía. Los historiadores soviéticos de nuestros días reproducen de un libro en otro esta idea; sin intentar siquiera examinarla de nuevo a la luz de los acontecimientos ulteriores. Al mismo tiempo, no se formula la pregunta de, si el poder pasó enteramente en julio a manos de la pandilla militar, ¿por qué esa misma pandilla tuvo que recurrir a la sublevación en el mes de agosto? Quien se decide a lanzarse por el arriesgado camino del complot no es el que tiene el poder, sino el que quiere adueñarse del mismo.

La fórmula del VI Congreso era, cuando menos, imprecisa. Si hemos calificado de poder dual un régimen en que el gobierno oficial tenía en sus manos, en el fondo, una ficción de poder, mientras que la fuerza real estaba en manos del Soviet, no hay motivo alguno para afirmar que el poder dual quedó liquidado desde el punto y hora en que pasó del Soviet a la burguesía parte del poder efectivo. Desde el punto de vista de los fines combativos del momento, podía y debía exagerarse la importancia de la concentración del poder en manos de la contrarrevolución. La política no tiene que ver nada con las matemáticas. Desde el punto de vista práctico, era incomparablemente más peligroso disminuir que exagerar la importancia del cambio realizado. Pero el análisis histórico no necesita para nada de las exageraciones de la agitación...

...Los conciliadores se negaron a desempeñar el papel de correa de transmisión encargada de pasar el poder de manos de la burguesía a las del proletariado, de igual suerte que habían desempeñado en marzo el mismo papel, sólo que en sentido inverso, es decir, transmitiendo el poder de manos del proletariado a las de la burguesía. Pero a consecuencia de ello, la consigna "el poder a los soviets" flotaba nuevamente en el aire. Tal estado de cosas no duró, sin embargo, mucho tiempo; ya en los días inmediatamente siguientes obtuvieron los bolcheviques mayoría en el Soviet de Petrogrado, primero, y luego en otros. De ahí que la consigna "el poder a los soviets" no fuese retirada del orden del día, sino que cobró un nuevo sentido: todo el poder a los soviets bolchevistas. En este aspecto, la consigna ya no era una consigna pacífica. Había dejado de serlo definitivamente. El partido se decide por seguir la senda del levantamiento armado a través de los soviets y en nombre de los mismos...".

León Trotsky,
Historia de la Revolución Rusa

De la "Conferencia Democrática" al Preparlamento

¿Para qué se preparan los bolcheviques?

La crisis en el poder se alarga en septiembre con la renuncia del gabinete, luego del fracasado golpe de Kornilov. El gobierno provisional queda en el aire. Los bolcheviques conquistan la mayoría del Soviet de Petrogrado. Los conciliadores, atrincherados en el Comité Ejecutivo de todos los Soviets, pretenden que la cuestión del gobierno se resuelva en una Conferencia "democrática", especialmente convocada, con las "fuerzas vivas" de la sociedad. Se reabre el debate entre los bolcheviques sobre la táctica adecuada a las nuevas circunstancias. Las discusiones de abril y julio sobre el carácter de la revolución y la toma del poder vuelven a un primer plano, pero, ahora, bajo la presión de masas insurgentes y en una escala desconocida en el pasado. Octubre está a la vuelta de la esquina. Con una polémica aguda que va a sacudir a la dirección del partido bolchevique. Lenin reclama la toma de poder.

La Conferencia "democrática" se constituyó sobre la base de la digitación. La representación de los soviets y de los sindicatos, en las cuales predominaban los bolcheviques, fue diluida entre las delegaciones de las dumas (parlamentos creados durante el régimen zarista), asociaciones campesinas, comités del ejército, cooperativas y todo tipo de instituciones afines a los conciliadores. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios, dice Trotsky, "distribuyeron los votos a su capricho (para) aplastar a los soviets mediante una combinación artificial de toda una suerte de organizaciones, guiados por la única preocupación de asegurarse una abrumadora mayoría"¹. De los más de mil delegados que se acreditaron a la conferencia, 532 eran socialistas revolucionarios, 530 mencheviques y sólo 134 bolcheviques, cuyo bloque, liderado por Trotsky, se propone intervenir para denunciar el fraude, proclamar la necesidad de romper con la burguesía y constituir un gobierno soviético.

1. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

Impasse

La tarea fundamental de la Conferencia era resolver la cuestión del poder. A pesar de ser mayoría en la conferencia, los delegados conciliadores estaban profundamente divididos por el impacto del ascenso revolucionario y el completo anacronismo, en tales circunstancias, de un gobierno capitalista. Uno de los dirigentes mencheviques admitía en esos días que "el resultado de estos cambios permanentes de gobierno ha sido una total ineficacia, de la cual somos responsables (...) es doloroso admitirlo, en mi carácter de defensor de la coalición, pero debo reconocer que la principal causa de la parálisis gubernamental ha sido el carácter de coalición del gabinete"².

La Conferencia se abrió el 14 de septiembre. Durante cuatro días, se sucedieron las sesiones y reuniones, plenarias y privadas, con el objetivo de tomar algún tipo de decisión sobre el carácter del futuro gobierno. El 19 de septiembre, se decidió tratar la cuestión sobre tablas. En primer término, se puso a votación la coalición con la burguesía en términos generales: el resultado fue 766 votos a favor, 688 en contra y 38 abstenciones. Enseguida, sin embargo, se pusieron a votación dos enmiendas específicas sobre la coalición: la primera moción disponía que aquellos miembros del partido kadete (burgués liberal) y de otros partidos burgueses implicados en la sublevación de Kornilov debían ser excluidos; la segunda sostenía que el partido kadete en su conjunto debía ser rechazado. Siguiendo la orientación de los bolcheviques, ambas mociones fueron aprobadas. El resultado no tenía ni pies ni cabeza: se aprobaba la coalición en general, pero se rechazaba la participación en ella de los kadetes o de otros miembros burgueses. Las votaciones revelaban una mayoría centroizquierdista en desintegración y conducían a la Conferencia a un callejón sin salida.

Para salir del laberinto, el menchevique Tseretelli propuso que la cuestión del futuro gobierno fuera resuelta por un nuevo organismo, de carácter permanente, que sería elegido por la "Conferencia Democrática" y ante el cual el gobierno debería rendir cuentas hasta la Asamblea Constituyente. Con la oposición de los bolcheviques, se decidió que este nuevo organismo (que se hizo pronto conocido como "Preparlamento"), estaría integrado por las fuerzas representadas en la conferencia, pero también por miembros de los grupos burgueses. La resolución presentada por Tseretelli implicaba repudiar las propias resoluciones de la conferencia.

"La tan esperada Conferencia Democrática terminó en una especie de fuga hacia delante: unos pocos y desconocidos representantes serían los responsables de encontrar la salida razonable a la crisis de gabinete que más de mil delegados a la conferencia habían sido incapaces de encontrar"³. Cuando los representantes de los conciliadores se reunieron con miembros del go-

2. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come To Power...*

3, 4 y 5. León Trotsky, op. cit.

bierno y delegados de la burguesía y los kadetes, recibieron como respuesta que el Preparlamento no podía colocarse por encima de la autoridad del gobierno provisional. Por esos días, los corresponsales de los periódicos de las potencias imperialistas ya daban por segura la formación de un nuevo gobierno de coalición con los kadetes.

Los bolcheviques

La cuestión decisiva era qué postura tomarían los bolcheviques ante la convocatoria al Preparlamento, ya que su influencia crecía día tras día, y eran los auténticos exponentes de la radicalización de las masas. El asunto generó un duro debate en el interior del partido. Lenin, desde la clandestinidad, era un firme partidario del boicot. En la capital, se decidió convocar en forma urgente a una conferencia del partido para resolver los pasos a seguir. El propio comité central estaba dividido. Trotsky habló en defensa del boicot, avalado por otros miembros de la dirección. Sin embargo, una mayoría de la conferencia se manifestó en contra del boicot e impulsó la participación en el Preparlamento.

Se trataba, una vez más, del debate sobre el carácter y las tareas de la revolución. "*Las Tesis de Abril* de Lenin – subraya Trotsky– habían sido aceptadas formalmente por todo el partido, pero a propósito de cada gran cuestión volvían a salir a la superficie las concepciones de marzo, vigorosísimas todavía en el sector dirigente"⁴. Con el paso de los días, sin embargo, la mayoría de las organizaciones locales del partido se inclinaban por el boicot, siguiendo la postura de Lenin y de Trotsky. El Preparlamento comenzó sus sesiones el 7 de octubre, en el Palacio Marinski de Petrogrado. La mayoría "democrática" estaba compuesta por 120 socialistas revolucionarios, 60 mencheviques y 66 bolcheviques. La burguesía tenía más de 150 bancas, de las cuales la mayoría estaban ocupadas por kadetes. El Preparlamento se encontraba totalmente a contramano de la dinámica de la revolución.

La fracción bolchevique vuelve a discutir el problema. Después de haber sido rechazada en un principio, la posición del boicot acabó por ser aprobada en una nueva deliberación con un solo voto en contra (el de Kamenev). Cuando comienza a sesionar el Preparlamento, se le dieron diez minutos a Trotsky para presentar la posición de los bolcheviques. Tras denunciar que el gobierno y la burguesía se proponían entregar la capital a la invasión alemana y postergar indefinidamente la convocatoria a la Asamblea Constituyente, Trotsky concluyó su discurso, entre las protestas y los gritos de los demás sectores, de esta manera: "Nosotros, la fracción de los bolcheviques, declaramos que no tenemos nada de común con este gobierno de la traición al pueblo ni con este Consejo de la tolerancia para con la contrarrevolución. Al abandonar el Consejo provisional, ponemos en guardia a los obreros, soldados y campesinos de toda Rusia. ¡Petrogrado está en peligro! ¡La revolución está en peligro! ¡El pueblo está en peligro! Y dirigiéndonos al pueblo, le decimos ¡Todo el poder a los soviets!"⁵.

Los bolcheviques abandonaron el Preparlamento. Los que se quedaron comprendieron que el tiempo de las palabras se había acabado. Las votaciones se empantanaron. No se tomó ninguna decisión de importancia. El callejón sin salida del Preparlamento era el callejón sin salida del régimen. Se acercaba la insurrección. Pero en la dirección del partido bolchevique las cosas no estaban claras al respecto. Lenin preparaba un nuevo combate. En la primera quincena de septiembre había enviado una contundente carta al Comité Central: "los bolcheviques deben tomar el poder", que provocó un terremoto en la cúpula del partido.

Parlamentarismo y política revolucionaria

La actitud que habían de adoptar frente al Consejo de la República (Preparlamento) se convirtió inmediatamente en un agudo problema táctico para los bolcheviques: ¿acudirían o no? El boicot de las instituciones parlamentarias por parte de los anarquistas y los semianarquistas está dictado por la tendencia a no someter su propia impotencia a la prueba de las masas y conservar con ello el derecho a la altivez pasiva, con la que ni los enemigos pierden nada ni los amigos salen ganando nada tampoco. El partido revolucionario puede volverse de espaldas al Parlamento únicamente en caso de que se proponga como fin inmediato derrocar al régimen existente. En los años transcurridos entre las dos revoluciones, Lenin había venido trabajando con gran hondura en los problemas del parlamentarismo revolucionario.

El Parlamento más censitario puede expresar fielmente – y más de una vez lo ha expresado la historia– la correlación de fuerzas real: así ocurrió, por ejemplo, con las Dumas después de la derrotada revolución de 1905-1907. Boicotear parlamentos de ese tipo significa boicotear la correlación de fuerzas real, en vez de modificarla en beneficio de la revolución. Pero el Preparlamento de Tseretelli-Kerensky no respondía ni poco ni mucho a la correlación de fuerzas, sino que había sido engendrado por la impotencia y la astucia de los dirigentes, por la fe mística en las instituciones, el fetichismo de la forma, la esperanza de subordinar al Parlamento a un enemigo incomparablemente más fuerte que él, y disciplinarlo de ese modo.

Para obligar a la revolución a encorvarse y bajar la cabeza con objeto de que pudiera pasar por el yugo del Preparlamento, era menester previamente, si no aplastar la revolución, sí infligirle, por lo menos, una seria derrota. Pero en realidad, quien había sufrido la derrota era la vanguardia de la burguesía, tres semanas antes. La revolución, en cambio, estaba recibiendo una nueva afluencia de fuerzas; lo que se proponía como fin no era la república burguesa, sino la república de los obreros y los campesinos, y no tenía por qué poner el cuello al yugo del Preparlamento, cuando se iba desenvolviendo cada vez más en los soviets.

León Trotsky,
Historia de la Revolución Rusa

CAPITULO 33

"Quemen esas cartas"

El Comité Central bolchevique contra Lenin

El título de este capítulo reproduce la orden emitida por la dirección del partido cuando recibió dos cartas de Lenin, a mediados de septiembre, propugnando que "los bolcheviques deben tomar el poder", luego de haber conquistado la mayoría en los soviets de Petrogrado y Moscú. En la segunda carta, Lenin desarrollaba a fondo su tesis en un texto que llamó "El marxismo y la insurrección". No se trata ni de un golpe de mano ni de un complot, dice Lenin, sino del "arte de la insurrección", citando literalmente la expresión usada en su momento por Marx. "Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conjura, no en un partido, sino en la clase más avanzada (...) en el auge revolucionario del pueblo (...) en aquel momento de viraje en la historia de la revolución en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución. (...) Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian el marxismo del blanquismo"¹. Eran precisamente las condiciones planteadas en Rusia con el ascenso revolucionario que emergió con la derrota del golpe de Kornilov.

En las semanas posteriores a la Revolución de Febrero, Lenin había escrito: "No somos blanquistas ni partidarios de la toma del poder por una minoría". En ese entonces, la tarea de los bolcheviques era ganarse a las masas, antes de pensar en la insurrección armada. En las "Jornadas de Julio", Lenin había señalado que los bolcheviques estaban en condiciones de tomar el poder pero no de sostenerlo, y por eso había frenado a aquellos militantes que se inclinaban por la insurrección. Pero ahora, a diferencia de febrero y de julio, los bolcheviques habían conquistado la mayoría en los soviets de ambas capitales, los conciliadores se hundían en su crisis, el campesinado se levantaba por la tierra, los soldados reclamaban la paz. Estaban dadas las condiciones para una insurrección victoriosa. Para Lenin, no se podía dilatar más la cuestión. Estaba en riesgo la propia revolución.

1. Todas las citas de las cartas de Lenin están extraídas de Vladimir I. Lenin, *Obras Completas*, Cartago, tomo XXVI.

Como en abril, pero en septiembre (un mes antes...)

Ambas cartas fueron consideradas en una sesión secreta del Comité Central (véase anexo). Cayeron como un balde de agua fría y provocaron un enorme desconcierto. La mayoría consideraba el planteo una aventura. Fueron convertidas en cenizas y prohibida su divulgación, con el reparo de conservar apenas una copia en los archivos. "Todos teníamos miedo sobre lo que podría suceder si las cartas llegaban a los trabajadores de Petrogrado y los comités del Partido, porque esto habría introducido inmediatamente enormes diferencias en nuestras filas", recordaría más tarde Lomov, una de las cabezas del partido en Moscú². Parecía una escena repetida, similar a la del regreso de Lenin a principios de abril. Entonces, para defender su tesis de que era necesaria y posible una segunda revolución, que debía llevar al poder a los obreros y campesinos, Lenin tuvo que empeñarse en corregir el rumbo trazado por la cúpula del partido: "Las cuestiones se plantean de otro modo, pero el espíritu general de la oposición era el mismo: el Comité Central es demasiado pasivo, cede demasiado a la oposición pública de las esferas intelectuales, concilia demasiado con los conciliadores; y, sobre todo, revela demasiada indiferencia, propia de fatalistas, no de bolcheviques, hacia el problema de la insurrección armada."³

Lenin enfrentó la nueva batalla con plena conciencia de que se trataba ahora de la suerte inmediata de la revolución. En una nueva carta, titulada "Los héroes del fraude y los errores de los bolcheviques", enviada una semana después de las ya citadas, criticaba la participación de los bolcheviques en la Conferencia Democrática, concebida para vaciar de poder a los soviets reconquistados por los bolcheviques y que tenía características fraudulentas: "Los bolcheviques debieron haberse retirado (...) tuvieron una actitud equivocada hacia el parlamentarismo en momentos de crisis revolucionaria (no constitucional), y una actitud equivocada hacia los socialistas revolucionarios y los mencheviques". El planteo de Lenin fue publicado en el órgano central de la prensa bolchevique, pero bajo el título de "Héroes del Fraude". Toda la sección dedicada a la crítica a la política del partido fue eliminada.

En otra nota, escrita inmediatamente después, el 22 de septiembre, Lenin volvía a la carga: "Cuanto más uno reflexiona sobre el sentido de la llamada Conferencia Democrática, más se convence de que nuestro partido cometió un error al participar". Al día siguiente rechazó violentamente la decisión de la fracción bolchevique de participar en el Preparlamento que surgió de esa misma Conferencia (decisión que será revisada unos días después): "Trotsky estaba por el boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky! El boicotismo ha vencido en la fracción de los bolcheviques de la Conferencia Democrática. ¡Vi-

2. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come To Power*.

3. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

va el boicot!". Lenin reclamó una reunión urgente del Comité Central, incluso un congreso extraordinario del partido, para revisar la cuestión y preparar la insurrección. El comité editorial del periódico bolchevique (dirigido en ese momento por Stalin) decidió no dar a conocer este texto. Publicó, en cambio, el artículo de Lenin "Las tareas de la revolución", escrito a principios de septiembre, cuando Lenin aconsejaba un curso de acción más moderado y proponía un compromiso con los conciliadores.

Lenin renuncia al Comité Central

"La paciencia de Lenin estaba llegando a un límite."⁴ El 27 de septiembre escribió una carta a Ivan Smilga, miembro del Comité Central del partido y principal dirigente de los bolcheviques en Finlandia, donde el soviét prácticamente había tomado el poder en sus manos, apoyado por los radicalizados marinos de la flota del Báltico. Lenin le transmitía a Smilga su preocupación: "¿Qué hacemos nosotros? ¿Nos contentamos con votar mociones? Perdemos el tiempo, fijamos 'fechas' (el 20 de octubre, el Congreso de los Soviets). ¿No es ridículo aplazar así? ¿No es ridículo confiar en esto? Los bolcheviques no realizan un trabajo sistemático preparando sus fuerzas militares para derribar a Kerensky". Lenin le proponía a Smilga tareas concretas: "dentro del partido debemos agitar por la insurrección inmediata, razón por la cual esta carta debe ser tipeada y distribuida a los camaradas de Petrogrado y Moscú". Ante la pasividad de la dirección, Lenin buscaba apoyos en el partido para preparar la insurrección. En la carta, le pedía a Smilga que dedicara "exclusiva atención a la preparación militar de las tropas en Finlandia, junto a la flota, para el inmediato derrocamiento de Kerensky".

Dos días más tarde, el 29 de septiembre, Lenin envió un nuevo artículo a la dirección bolchevique, con el título "La crisis está madura". En la primera parte, destinada a su publicación, Lenin insistía en que la situación internacional ponía la revolución proletaria en el orden del día. La segunda parte, dirigida exclusivamente a los miembros del Comité Central y a los comités de Petrogrado y Moscú, volvía a estar dedicada a una crítica a la actitud de la dirección del partido: "Es preciso reconocer la verdad... entre nosotros, en el Comité Central y en los medios dirigentes del partido, existe una tendencia u opinión que propone esperar al Congreso de los Soviets, oponiéndose a la toma inmediata del poder, a la insurrección inmediata. Esta tendencia debe ser derrotada o los bolcheviques se cubrirán de eterna vergüenza y se destruirán como partido". Lenin denuncia que la dirección del partido se había negado a publicar y a responder sus últimos artículos y cartas, y planteaba que eso lo obligaba a presentar su renuncia al Comité Central, reservándose el derecho a difundir entre la base del partido sus posiciones políticas. Ya no era posible encubrir las divergencias. "Me veo obligado", escribía, "a pedir

4. Alexander Rabinowitch, op. cit.

mi salida del Comité Central, y así lo hago, y a reservarme la libertad de agitación en la base del partido y en el congreso del partido". El 1º de octubre escribió una nueva carta, pero no sólo al Comité Central y a los comités de las capitales; esta vez estaba dirigida también a los miembros bolcheviques de los soviets de Petrogrado y Moscú, reclamando la toma inmediata del poder, y denunciando que, en esas condiciones, "tardar es criminal".

Al mismo tiempo, Lenin se trasladó, clandestinamente, de Finlandia a Vyborg, la mayor concentración obrera de Petrogrado. Nadezhda Krupskaya, su mujer, comentará en un libro sobre la vida de su marido: "la mente de Lenin se hallaba fija en la insurrección y en la mejor forma de prepararla (...) constantemente absorbida por el problema de cómo ordenar todo el aparato del Estado"⁵. En pocos días comenzó a quedar claro que era imposible evitar que las ideas de Lenin llegasen a los cuadros del partido. El buró regional de Moscú se declaró en favor de presionar al Comité Central en el sentido de iniciar los preparativos para la insurrección. La dirección del Comité de Petrogrado reclamó el 5 de octubre al Comité Central una reunión conjunta urgente, con la participación del Comité de Moscú, para discutir la táctica inmediata. Se preparaba así el terreno para la decisiva reunión del Comité Central del 10 de octubre. Lenin, arriesgándose al volver a Petrogrado, participará en la reunión.

5. Nadezhda Krupskaya, *Lenin. Su vida, su doctrina*.

Los bolcheviques deben tomar el poder

Carta al Comité Central y a los comités de Petrogrado y de Moscú

"Habiendo obtenido los bolcheviques la mayoría en los soviets de diputados obreros y soldados de ambas capitales, pueden y deben tomar el poder estatal en sus manos.

Pueden, pues la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de ambas capitales es suficiente para arrastrar consigo a las masas, vencer la resistencia del adversario, derrocarlo, conquistar el poder y conservarlo. Pues, proponiendo de inmediato una paz democrática, entregando de inmediato la tierra a los campesinos, restaurando las instituciones y las libertades democráticas menoscabadas o destruidas por Kerensky, los bolcheviques constituirán un gobierno que nadie será capaz de derrocar.

La mayoría del pueblo está con nosotros. Lo ha demostrado el largo y difícil camino recorrido...: la mayoría conquistada en los soviets de las capitales es el fruto de la evolución del pueblo hacia nosotros. Las vacilaciones de los socialistas revolucionarios y los mencheviques, el incremento de los internacionalistas entre ellos, lo confirma también.

La Conferencia Democrática no representa a la mayoría del pueblo revolucionario, sino solamente a los dirigentes pequeñoburgueses conciliadores. No hay que dejarse engañar por las cifras electorales, la cosa no está en las elecciones: comparad las elecciones a las dumas de Petrogrado y Moscú con las elecciones a los soviets. Comparad las elecciones en Moscú y la huelga del 12 de agosto en esa capital: he ahí los datos objetivos sobre la mayoría formada por los elementos revolucionarios que conducen a las masas.

La Conferencia Democrática engaña al campesinado negándole la paz y la tierra. Sólo un gobierno bolchevique dará satisfacción al campesinado...

No se trata del 'día' ni del 'momento' de la insurrección en el sentido estricto de la palabra. Esto lo decidirá el voto general de los que están en contacto con los obreros y soldados, con las masas.

Se trata de que en este momento nuestro partido tiene de hecho en la Conferencia Democrática su propio congreso, y ese congreso debe decidir (quiéralo o no, debe) la suerte de la revolución.

Se trata de que la tarea sea clara para el partido: poner en el orden del día la insurrección armada en Petrogrado y Moscú (con sus provincias), la conquista del poder, el derrocamiento del gobierno. Hay que hallar el modo de hacer propaganda a favor de esto, sin expresarlo abiertamente en la prensa.

Recordar, meditar acerca de las palabras de Marx sobre la insurrección: la insurrección es un arte, etcétera...

Es ingenuo esperar hasta el momento en que los bolcheviques tengan una mayoría 'formal'. Ninguna revolución espera tal cosa. Justamente las lamentables vacilaciones de la 'Conferencia Democrática' son las que pueden hacer y harán estallar la paciencia de los obreros de Petrogrado y de Moscú. La historia no nos perdonará si no tomamos el poder ahora.

¿Que no disponemos de un aparato? El aparato existe: la situación internacional precisamente ahora, en vísperas de la paz por separado entre Inglaterra y Alemania, nos es favorable. Ofrecer la paz a los pueblos, precisamente ahora, equivale a vencer. Tomando el poder simultáneamente en Moscú y en Petrogrado (no importa quién comience; es probable que pueda comenzar en Moscú), triunfaremos incuestionablemente y sin duda alguna."

**Vladimir I. Lenin,
escrito entre el 12 y el 14 (25/27)
de septiembre de 1917**

"Todos rechazan la propuesta"

Cuando las cartas de Lenin llegaron a Petrogrado, la dirección del Partido Bolchevique organizó una reunión de urgencia de su Comité Central, en la noche del 15 de septiembre. Participaron 16 miembros, incluyendo dirigentes de Moscú y del Cáucaso que estaban en Petrogrado como delegados de la Conferencia Democrática. Todas las investigaciones históricas señalan que las actas de esa reunión se han conservado de un modo extremadamente fragmentario. Todas coinciden, en cualquier caso, en señalar que la reacción del Comité Central fue de rechazo a las posturas de Lenin. Bujarin, participante de la reunión, señaló años después: "La carta estaba escrita con enorme violencia y nos amenazaba con todo tipo de castigos. Quedamos suspensos. Nadie había planteado la cuestión hasta entonces tan violentamente... Al principio todos dudaban. Después de consultarse, se decidió. Fue quizás el único caso en la historia de nuestro partido en que el Comité Central decidió por unanimidad quemar la carta de Lenin"¹.

Según el acta oficial, en efecto, el Comité Central votó conservar sólo una copia de cada carta y tomó medidas para evitar cualquier convocatoria a la acción. Sin embargo, la cuestión de la "unanimidad" es cuestionada por Trotsky, que también participó de la reunión. "Provocada por determinadas razones de carácter conspirativo", dice en su *Historia de la Revolución Rusa*, "la incineración de varias copias de la carta peligrosa no se decidió en realidad por unanimidad, sino por seis votos contra cuatro y seis abstenciones. Por suerte, un ejemplar fue conservado para la historia. Pero lo que es cierto en el relato de Bujarin es que todos los miembros del Comité Central, aunque por motivos diversos, rechazaron la propuesta: unos se oponían a la insurrección en general, otros pensaban que el momento en que se celebraba la Conferencia era el menos favorable de todos; otros, simplemente, vacilaban y seguían a la expectativa"².

1. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

2. Idem.

El Comité Central bolchevique vota la insurrección

Con la presencia de Lenin

El 10 de octubre fue convocada una sesión del Comité Central de los bolcheviques, destinada a ser histórica. Era la primera vez que participaba Lenin desde su paso a la clandestinidad, luego de las jornadas de julio. El punto central, prácticamente excluyente, era la "situación actual". Luego del informe inicial de Sverdlov, Lenin tomó la palabra e intervino en la misma línea de sus cartas recientes, en favor de tomar inmediatas medidas para organizar la insurrección. El debate que siguió se extendió muchas horas (véase recuadro). Eran las tres de la mañana cuando Lenin tomó lápiz y papel y redactó su propuesta de resolución: "el Comité Central reconoce que tanto la situación internacional de la revolución rusa (...) como la situación militar (...), la conquista de la mayoría en los soviets por el partido proletario, el levantamiento campesino y el giro de la confianza popular hacia nuestro partido, y finalmente, la evidente preparación de una nueva aventura de Kornilov (...) colocan en el orden del día la insurrección armada".

Lenin esperaba encontrar una gran resistencia. "Pero sus temores se desvanecieron pronto... en tres semanas el Comité Central había evolucionado considerablemente hacia la izquierda. Diez votos contra dos se pronunciaron por la insurrección. ¡Era una gran victoria!"¹.

Cómo se impuso Lenin

La evolución de la cúpula bolchevique traducía a su vez el giro dramático que se operaba en las masas. La catástrofe económica se extendía como una mancha de petróleo. Las privaciones del pueblo eran enormes; colas interminables se formaban todo el tiempo en Petrogrado para conseguir algún alimento o un pedazo de pan (véase recuadro). El gobierno de Kerensky perdía todo apoyo, la guerra no parecía tener fin y sublevaba a los soldados en el frente. "Llegaban al Soviet de Petrogrado – dice

1. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

Victor Serge— delegados que venían de las trincheras y que empleaban un lenguaje conminatorio: '¿Hasta cuándo va a durar esta situación insostenible? (...) Si no encontráis una salida vendremos nosotros mismos a echar de aquí a nuestros enemigos, y lo haremos a bayonetazos'..."².

La radicalización crecía día tras día. Albert Rhys Williams, periodista norteamericano afín a los bolcheviques, relata que el clima era de tensión extrema. La bronca se volvía incontenible. "Paciencia, siempre nos piden paciencia", le decía a Williams un obrero de Viborg, "¿pero qué han hecho para que tengamos paciencia? ¿Nos ha dado Kerensky más para comer que el zar? Nos dio más palabras y más promesas, ¡pero no nos dio más comida! Hacemos cola toda la noche para obtener algo de carne, pan, zapatos, mientras escribimos como idiotas 'Libertad' en nuestras banderas. La única libertad que tenemos es la de ser esclavos y morir de hambre"³.

Entre los campesinos el clima de insurgencia alcanzaba un pico sin precedentes, de guerra civil. Los comisarios de los distritos informan entonces que "la violencia y las ocupaciones de tierras son cada vez más frecuentes"⁴. Otros indican que "los campesinos se apoderan arbitrariamente de los pastos y de las tierras, impiden las labores, fijan a su voluntad los arriendos y expulsan a los mayores y a los gerentes"⁵. Así como los soldados pedían paz y los obreros pan, los campesinos exigían la tierra y pasaban a la acción directa. El gobierno les respondía con represión. La paradoja era que ese gobierno estaba dirigido, precisamente, por el partido de los socialistas revolucionarios, tradicional representante de los campesinos. "Al sublevarse, el campesinado empuja a los bolcheviques al poder."⁶

Para entender el vuelco del Comité Central en favor de la insurrección importa considerar la propia presencia de Lenin en la sesión de ese 10 de octubre. Lenin era el fundador del partido, el maestro de toda una generación de dirigentes bolcheviques y quizás el único con una autoridad personal indiscutible sobre el resto de los cuadros del Comité Central. La campaña de Lenin por medio de sus cartas al Comité central, por otra parte, no había sido en vano. Había preparado el terreno y estaba rematando su trabajo. La renuncia de Lenin al CC, por la negativa de éste a considerar las cartas que enviara desde principios de septiembre, ni siquiera fue considerada, pero le permitió extender la agitación en las filas del partido en favor de la toma del poder. Varios comités locales ya se habían declarado en favor de la acción inmediata. Lenin había preparado de esa manera las condiciones para exigir un pronunciamiento en favor de la insurrección en esta sesión decisiva.

2. Victor Serge, *El año I de la Revolución Rusa*.

3. Albert Rhys Williams, *Through The Russian Revolution*.

4. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

5 y 6. *Idem*.

Método

No era la primera vez, desde la Revolución de Febrero, que Lenin reclamaba audaces "cimbronazos" en la política del partido. En algunos de estos casos, los cambios de frente de Lenin podían parecer "exagerados": sin embargo mostraban su capacidad de armar al partido para una nueva situación, evitando el conservadurismo y la inercia de las viejas consignas y métodos de una etapa anterior. Lenin "exageraba" muchas veces la fuerza del enemigo. Quería poner en máxima tensión al partido, prepararlo incluso para las circunstancias más adversas. Como Napoleón, "en sus planes más audaces, Lenin siempre tiene en cuenta las premisas menos favorables", dirá Trotsky en su *Historia de la Revolución Rusa*. "Resolviendo un problema de estrategia, dotaba por anticipado al enemigo de su propia resolución y perspicacia."⁷ Su posición en favor de la toma del poder era la de un estratega que había examinado a fondo el conjunto de la situación.

Los elementos conservadores de la dirección del partido consideraban que aún no estaban dadas las condiciones, proponían esperar porque la influencia bolchevique no haría sino crecer. ¡Pero la influencia de un partido revolucionario crece sólo hasta un punto determinado, luego inevitablemente declina! "Sobre una sola y misma base económica, con la misma diferenciación de clases de la sociedad, la correlación de fuerzas varía según el estado de ánimo de las masas proletarias, el derrumbe de sus ilusiones, el cúmulo de su experiencia política (...) En tiempos de revolución se efectúan con rapidez estos procesos. Todo el arte de la táctica consiste en aprovechar el momento en que más propicia sea la combinación de condiciones"⁸. En este terreno, según Trotsky, "Lenin constituía uno de los elementos vivos del proceso histórico. Encarnaba la experiencia y la perspicacia de la parte más activa del proletariado. Su aparición en el momento preciso en el terreno de la revolución era necesaria a fin de movilizar a la vanguardia y de ofrecerle la posibilidad de conquistar a la clase obrera y a las masas campesinas. En los momentos cruciales de los giros históricos, la dirección política puede convertirse en un factor tan decisivo como el de un comandante en jefe en los momentos críticos de la guerra"⁹.

El partido

Quien se dedique a estudiar al bolchevismo como "la emanación pura y simple de una idea revolucionaria", dice Trotsky, no podrá comprender el contradictorio proceso que lo llevó a dirigir la Revolución de Octubre. "El bolchevismo se desarrolló en un medio social determinado, sometido a diversas presio-

7. León Trotsky, *Lecciones de Octubre*.

8. León Trotsky, *Clase, partido y dirección*.

9. Idem.

nes, entre ellas la influencia del cerco de la pequeña burguesía y del atraso cultural. Sólo a través de una crisis interna, el partido se adapta a la nueva situación¹⁰. Mientras la dirección titubeaba, los cuadros locales, los comités regionales, los dirigentes de los distritos obreros reclamaban la insurrección.

El partido, como no podía ser de otro modo, estaba atravesado por las contradicciones de las masas revolucionarias, por sus tradiciones y sus prejuicios, por su propia historia, por la rutina y por la tendencia a la acción. Lenin se había apoyado en la base del partido durante la crisis de abril. Lo mismo hace en la crisis de septiembre y octubre. La estrecha vinculación del partido con las masas, su tradición revolucionaria, combinadas con la autoridad política de Lenin en el momento clave de ascenso de la revolución, permitieron superar las vacilaciones de la dirección. Por eso ganó Lenin y por eso el 10 de octubre el Comité Central resolvió oficialmente poner la insurrección armada en el orden del día.

Sin embargo, la fracción conservadora de un sector de la dirección pensaba aún quemar un último cartucho en una última tentativa por frenar la insurrección, que estimaba todavía una aventura. Kamenev y Zinoviev, viejos compañeros de Lenin, militantes del partido durante años, votaron en contra de la resolución y publicaron, al día siguiente, un llamado dirigido al partido para evitar la insurrección armada. La discusión iba a llegar ahora a niveles dramáticos. Lenin pedirá su expulsión del partido. Trotsky, mientras tanto, encaraba los preparativos de la insurrección en su condición de líder del Soviet de Petrogrado.

10. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

La nota áspera y amarga del descontento

Septiembre y octubre son los dos peores meses del año, sobre todo en Petrogrado. Durante sus cortos días, bajo un cielo gris y pesado, la lluvia chorraba interminablemente, empapándolo todo. Había que caminar sobre un lodo espeso, resbaladizo, viscoso, con huellas de pesadas botas, peor aún que el que se formaba de ordinario, por el mal estado de los servicios municipales. Del golfo de Finlandia soplabá un viento húmedo y cortante, y por las calles rodaban masas de niebla helada. De noche, por economía y por temor a los zepelines, sólo a grandes trechos se encendían los faroles públicos. En las casas particulares no había electricidad más que desde las seis a las doce de la noche. Cada bujía costaba casi un dólar, y el petróleo escaseaba mucho. La noche duraba desde las tres de la tarde a las diez de la mañana. Los robos y asaltos se multiplicaban. Los hombres, armados de fusiles, hacían guardia, por turno, en las casas, durante la noche. Así se desarrollaba la vida bajo el Gobierno Provisional.

Los víveres iban escaseando de semana en semana. La ración diaria de pan descendió sucesivamente de una libra y media a una libra, después a tres cuartos de libra, y finalmente a 250 y 125 gramos. Al final, hubo una semana entera sin pan. Se tenía derecho a dos libras de azúcar mensuales, pero era casi imposible encontrarla. Una tableta de chocolate o una libra de caramelos insípidos costaban de siete a diez rublos, más o menos un dólar. Sólo había leche para menos de la mitad de los niños de la ciudad; la mayor parte de los hoteles y de las casas particulares no la veían desde hacía meses. En plena temporada de frutas, las manzanas y las peras se vendían en las esquinas de las calles a poco menos de un rublo cada una.

Para conseguir leche, pan, azúcar o tabaco era preciso hacer cola durante horas bajo la lluvia glacial. Al salir de las reuniones nocturnas, yo he visto formarse estas colas, antes del alba, compuestas, sobre todo, de mujeres, algunas de las cuales llevaban a sus hijos en los brazos. Carlyle, en su *French Revolution*, pinta al pueblo francés como dotado de una particular aptitud para hacer cola. Rusia se había iniciado en esta práctica bajo el reinado de Nicolás el Bendito, desde 1915, y continuó entrenándose en ella, con intermitencias, hasta el estío de 1917. A partir de entonces, la cola fue uno de los actos normales de su vida. Hay que imaginarse a estas gentes mal vestidas, de pie sobre el helado suelo de las calles de Petrogrado, durante jornadas enteras y en medio del invierno ruso. Yo he escuchado en las “colas del pan” la nota áspera y amarga del descontento, brotando a veces de la milagrosa dulzura de estas multitudes rusas.

John Reed,
Diez días que conmovieron al mundo

Crónica de una reunión histórica

Muy pocos advirtieron que, al anochecer del 10 de octubre, miembros del Comité Central bolchevique, envueltos en sus pesados abrigos para protegerse del frío otoñal y la llovizna, iban saliendo del Instituto Smolny, de a uno en uno, para participar de una sesión estratégica en un lugar secreto más allá del Neva, en el barrio de Petersburgo. Iba a ser la primera confrontación directa de Lenin con el Comité Central después de su regreso de Finlandia; había sido cuidadosamente organizada por Sverdlov a instancias de Lenin.

Por un curioso giro del destino la reunión iba a tener lugar en el departamento del menchevique de izquierda Sujanov, aquel insuperable cronista de la revolución que de algún modo se las había arreglado para estar presente en casi toda reunión política de importancia en Petrogrado desde la Revolución de Febrero. Pero en esta ocasión Sujanov no iba a estar presente. Su mujer, Galina Flakserman, activista bolchevique desde 1905 y que en 1917 se desempeñaba como miembro de la redacción de *Izvestia* y asistente en la secretaría del Comité Central, le había ofrecido a Sverdlov el apartamento, en caso de necesidad. Era amplio y con varias entradas, por lo cual las continuas llegadas y salidas de un gran número de personas no llamarían mucho la atención. Sverdlov decidió hacer uso del lugar para la reunión del 10 de octubre. Por su parte, Flakserman se aseguró de que su entrometido esposo se mantuviera fuera de casa esa noche. “El tiempo está horrible, prométeme que no vas a tratar de volver a casa esta noche”, le aconsejó aprensivamente cuando Sujanov se fue a trabajar por la mañana.

(...) Pronto apareció Lenin. “Afeitado y con peluca, parecía un ministro luterano”, recordó más tarde Kollontai. Hacia las 10 de la noche, estaban sentados en torno a la mesa del comedor de Sujánov, bajo la tenue luz de una lámpara, doce de los veintiún miembros del Comité Central: Lenin, Bubnov, Dzerzhinsky, Zinoviev, Kamenev, Kollontai, Lomov, Sokolnikov, Stalin, Trotsky, Uritsky y Iakovleva. Su atención pronto se centró en el punto principal: “la situación actual”.

Lenin abrió la discusión con un alegato apasionado a favor de la acción inmediata, que duró aproximadamente una hora. (...)

Las actas oficiales sobre el debate que se abrió luego de la intervención de Lenin son breves y muy incompletas. Los comentarios de Kamenev y Zinoviev, principales adversarios de Lenin, no están ni siquiera mencionados. Referencias a esta reunión en otros documentos contemporáneos y descripciones en varias memorias publicadas revelan que la discusión fue “apasionada y tensa”, que se extendió toda la noche hasta bien entrada la madrugada y que hicieron uso de la palabra virtualmente todos los presentes. (...)

En plena noche, los dirigentes se conmocionaron por unos insistentes golpes en la puerta. El visitante resultó ser Iuri Flakserman, el hermano de Galina, alumno de una escuela militar y también bolchevique, que había llega-

do para ayudar con el samovar. Poco después de este susto momentáneo, Kamenev y Zinoviev, este último llevando una desacostumbrada barba y con el pelo muy corto, se esforzaron por responder los argumentos de Lenin, atacando la idea de una insurrección armada tanto en el terreno teórico como en el práctico. (...)

Quizás en una conferencia más amplia de miembros del partido, como la que se reunió en Petrogrado en los días de la Conferencia Democrática, Zinoviev y Kamenev podrían haber obtenido un fuerte apoyo. Pero incluso potenciales simpatizantes como Nogin y Rikov estaban ausentes en la histórica reunión del 10 de octubre, y todos los demás se alinearon con Lenin. (...)

El llamado a la insurrección fue aprobado por 10 a 2. Kollontai recuerda que tan pronto como concluyó la votación, la tensión previa se evaporó y todos se sintieron hambrientos. Iuri Flakserman preparó el samovar, junto con algo de queso, salchichas y pan negro, y todos se abalanzaron sobre la comida. Las discusiones continuaron por un rato, señala Kollontai, pero ahora estaban intercaladas con humor y bromas afables hacia Kamenev y Zinoviev."

Alexander Rabinowitch,
The Bolsheviks Come to Power

SEXTA PARTE

El Arte de la Insurrección II
El Asalto del Poder

CAPITULO 35

Lenin, Trotsky y la "legalidad soviética"

¿Cómo concretar la toma del poder? Durante septiembre y octubre, Lenin batalló a fondo para que los bolcheviques organizaran la toma del poder. Recién en la histórica sesión del 10 de octubre (23 de octubre según el calendario actual) consiguió conquistar para esa posición a la mayoría del Comité Central, como señalamos en el capítulo anterior. Trotsky, elegido en ese mismo lapso presidente del Soviet de Petrogrado, organizaba sus fuerzas con el propósito de disponer los instrumentos de la revolución. Alegaban la necesidad de evitar un nuevo golpe reaccionario como el de Kornilov. Así surgió el Comité Militar Revolucionario, que jugaría un papel clave en las semanas siguientes. Para el 25 de octubre estaba prevista la reunión del II Congreso de los Soviets de toda Rusia, que consagraría la mayoría bolchevique. ¿Había que condicionar la insurrección a esta instancia decisiva? ¿En qué medida su preparación debía tener en cuenta el principio de la "legalidad soviética"? En sus cartas sobre la necesidad imperiosa de pasar a la acción, Lenin denunció que cualquier dilación al respecto, incluida la necesidad de contar con la aprobación del II Congreso, podía ser criminal frente a la evidencia de que la situación estaba madura para derrocar al gobierno burgués. ¿Cuál era el punto de vista de Trotsky?

Según Isaac Deutscher, autor de una célebre biografía del fundador del Ejército Rojo, "Lenin observaba la actitud de Trotsky en lo tocante a la insurrección con preocupación y aun con suspicacia. Se preguntaba si, al insistir en que el levantamiento estuviera vinculado con el Congreso de los Soviets, Trotsky no estaría dándole tiempo y posponiendo la acción hasta que fuese demasiado tarde"¹. Su preocupación fundamental era que detrás de la defensa de la "legalidad soviética" se atrincheraran los viejos bolcheviques, que consideraban la toma del poder como una aventura y cuestionaban abiertamente la preparación de la insurrección. En la clandestinidad, Lenin no disponía de información clara sobre las disposiciones de Trotsky en el Soviet de la capital. Dudaba. Al subordinarse la insurrección al II Congreso de los Soviets, ¿no se perdería el momento más oportuno para concretarla? ¿No sería una formalidad, e incluso una excusa, para no avanzar con la organización técnica, militar de la insu-

1. Isaac Deutscher, *Trotsky: el profeta armado*.

rección? ¿No podría dar un tiempo precioso y fatal a la burguesía y al imperialismo, que buscaban un nuevo golpe contrarrevolucionario? Lenin tenía en cuenta, además, la posibilidad de que el Comité Ejecutivo de los Soviets de toda Rusia, dominado aún por los conciliadores, postergara el Congreso de los Soviets indefinidamente, dado que era claro que éste tendría mayoría bolchevique y se pronunciaría por la insurrección.

Trotsky, en cambio, abordaba el problema desde su nueva posición privilegiada en el Soviet de Petrogrado. "Coincidió con Lenin en cuanto a las posibilidades y la urgencia de la insurrección, pero discrepaba en cuanto al método, especialmente en lo referente a la idea de que el Partido llevara a cabo la insurrección en su propio nombre y bajo su propia responsabilidad. Tomaba menos en serio que Lenin la amenaza de una contrarrevolución inmediata... (y) confiaba en que la presión de la mayoría bolchevique en los soviets no le permitiría al Comité Ejecutivo posponer durante mucho tiempo el Congreso nacional de los Soviets. Y razonaba que, puesto que los bolcheviques habían llevado a cabo toda su agitación bajo la consigna de 'todo el poder a los soviets' deberían llevar a cabo el levantamiento en tal forma que todos lo vieran como la conclusión directa de esta agitación. La fecha del levantamiento debería fijarse para un poco antes o para el mismo momento de la reunión del Congreso, en cuyas manos insurgentes pondrían entonces el poder conquistado. Deseaba, además, que la insurrección fuera realizada en nombre del Soviet de Petrogrado, cuyos resortes estaban ahora en manos de los bolcheviques y bajo la dirección personal del propio Trotsky. El levantamiento aparecería entonces ante el mundo no como la obra de un solo partido, sino como una empresa mucho más amplia."²

En términos prácticos, la alternativa de llevar adelante la insurrección por fuera del Soviet, como había propuesto Lenin, no encontraba entonces un curso concreto. Los planes para iniciar la lucha armada en Moscú o para lanzar un ataque a Petrogrado con los marinos de Finlandia no avanzaban. Alexander Rabinowitch³ señala que incluso los dirigentes bolcheviques que debían ocuparse de los aspectos prácticos de la insurrección (aquellos que eran miembros de la Organización Militar del partido), eran los menos inclinados a la acción: sobredimensionaban las dificultades técnicas y dilataban la cuestión. En esas condiciones, fue el planteamiento de Trotsky el que acabó por abrirse un rumbo. Será con la cobertura de la legalidad soviética como se preparará y se llevará adelante la insurrección de octubre. Usando los mecanismos e instituciones del Soviet de Petrogrado, bajo la dirección personal del propio Trotsky, el partido desarrollará la toma del poder. Se presentarán los pasos hacia la insurrección como medidas "defensivas" tomadas por el propio Soviet.

En la diferente apreciación sobre cómo abordar la táctica insurreccional no existía ningún conflicto de principios. "Sería erróneo deducir de esta di-

2. Idem anterior.

3. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*.

vergencia – continúa Deutscher– que mientras Trotsky deseaba conquistar el poder para los soviets, Lenin se proponía poner el poder en manos de su partido exclusivamente. Ambos eran en cierto modo constitucionalistas soviéticos. Lenin también favorecía la idea de que los insurgentes colocaran el poder en manos de los soviets". Su negativa a esperar a la apertura prevista de las sesiones del Congreso, el 25 de octubre (7 de noviembre) se fundaba en su convicción de que los mencheviques la pospondrían hasta las calendas griegas, permitiendo una nueva intentona contrarrevolucionaria. Lenin "veía al Congreso de los Soviets como la fuente constitucional del poder. Trotsky, por su parte, daba por sentado que los bolcheviques, que constituían una mayoría en el Soviet, serían en realidad el partido gobernante. Ni el uno ni el otro veía en esta fase ningún conflicto entre la constitucionalidad soviética y una dictadura bolchevique, del mismo modo que, mutatis mutandi, ningún demócrata británico ve conflicto alguno entre el régimen parlamentario y el sistema ministerial basado en el partido de la mayoría".

En resumen: "La diferencia entre Lenin y Trotsky se centraba en un problema mucho más reducido, a saber, si el levantamiento mismo debía concebirse en términos de la constitucionalidad soviética. El riesgo táctico inherente en la actitud de Trotsky era que ésta le imponía ciertas dilaciones a la acción. La desventaja política del enfoque de Lenin consistía en que tendía a reducir la amplitud popular de la insurrección. Lenin concentraba su atención en la meta que se proponía alcanzar. Trotsky le prestaba más atención a su contexto político, a los estados de ánimo de las masas, y a la necesidad de ganarse a los elementos vacilantes, que podrían responder al llamado del Soviet pero no al del partido."⁴

El análisis de Deutscher parece pertinente a la luz de los comentarios de Trotsky en sus *Lecciones de Octubre*, de 1924, donde expuso por primera vez ampliamente esta discusión ante la vanguardia revolucionaria, tras la muerte de Lenin. Le dedica un capítulo especial a la cuestión, así como a delimitarse del "fetichismo soviético".

4. Isaac Deutscher, op. cit.

¿Por qué no hubo organización independiente de los campesinos pobres y obreros agrícolas?

"En abril, Lenin creía posible todavía que los cooperativistas patriotas y los kulaks (campesinos acomodados) arrastrasen tras ellos a la gran masa del campesinado hacia un acuerdo con la burguesía y los propietarios. Esto le llevaba a insistir sin cesar en la creación de soviets particulares de obreros agrícolas (batraks) y en la organización independiente de los campesinos más pobres. Con el paso de los meses fue descubriendo que esta parte de la política bolchevique no tenía fundamento. A excepción de las provincias bálticas, no existían en ninguna parte soviets de obreros agrícolas. Tampoco los campesinos pobres hallaron formas independientes de organización. Explicar esto únicamente por el atraso de los obreros agrícolas y de las capas más pobres de las aldeas sería omitir lo esencial.

La causa principal estaba en la naturaleza misma del problema histórico: el de la revolución democrática agraria.

En las dos cuestiones más importantes – la del arrendamiento y la del trabajo asalariado– se ve claramente cómo los intereses generales de la lucha contra la supervivencia de la servidumbre interceptan el camino de una política independiente no sólo de los campesinos pobres, sino incluso de los obreros agrícolas. En la Rusia europea los campesinos tomaban en arriendo a los propietarios nobles 27 millones de deciatinas – aproximadamente el 60 por 100 de todos los dominios particulares– y pagaban por ellas un tributo de arrendamiento que se elevaba hasta 400 millones de rublos anuales. Con el estallido de la insurrección de febrero, la lucha contra las condiciones explotadoras de los arriendos se convirtió en el elemento esencial del movimiento campesino. Menor lugar, aunque, considerable, ocupaba la lucha de los obreros agrícolas, que les enfrentaba no sólo con los propietarios nobles, sino también con los campesinos. El colono luchaba por el alivio de las condiciones de arriendo; el obrero, por la mejora de las condiciones de trabajo. Uno y otro, cada uno a su manera, partían del reconocimiento del señor como propietario y como patrón. Pero a partir del momento en que se abrió la posibilidad de llevar las cosas hasta el fin, es decir de apropiarse de las tierras e instalarse en ellas, el campesinado pobre dejó de interesarse por los arrendamientos y el sindicato empezó a perder su fuerza de atracción sobre los obreros agrícolas.

Fueron precisamente estos últimos y los campesinos pobres quienes, al unirse al movimiento general, dieron a la guerra campesina su carácter extremado de resolución e irreductibilidad."

León Trotsky,
Historia de la Revolución Rusa

"La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla"

El fin de la "revolución podrida"

"Una catástrofe inminente se cierne sobre Rusia. El transporte ferroviario se halla en un estado de increíble desorganización que crece sin cesar. Los ferrocarriles acabarán por paralizarse. La afluencia de materias primas y de carbón a las fábricas quedará interrumpida. Cesará el suministro de trigo. Los capitalistas sabotean (dañan, paran, minan, frenan) deliberada y tenazmente la producción, confiando en que una catástrofe inaudita determinará la bancarrota de la república y de la democracia de los soviets y, en general, de las asociaciones proletarias y campesinas, facilitando de ese modo el retorno de la monarquía y la restauración de la omnipotencia de la burguesía y de los terratenientes... Una catástrofe sin precedentes y el hambre nos amenaza inexorablemente".

Con estas palabras comienza Lenin el artículo que lleva el título de esta entrega. Fue escrito entre el 10 y el 14 de septiembre de 1917 y constituye de hecho un programa para la toma del poder. "La catástrofe..." fue redactada a continuación de la primera carta de Lenin dirigida al CC bolchevique, reclamando imperiosamente que se pasara a la acción y se organizara prácticamente la tarea insurreccional.

Lenin retoma entonces el hilo conductor de las Tesis de Abril. Se trata de una revolución inconclusa. Con los soviets en manos de los conciliadores que entregaron el poder a la burguesía, la situación abierta planteaba una alternativa de hierro. O las masas insurgentes bajo la dirección del proletariado derrocaban a los capitalistas, o la contrarrevolución aplastaría el levantamiento obrero y campesino. Hay que marchar a la "segunda revolución", sostuvo Lenin. La burguesía no dará la tierra a los campesinos ni terminará con la guerra imperialista que, al revés, es necesaria para liquidar la revolución. La burguesía no prepara la democracia sino la reconstitución bajo nuevas formas del viejo régimen represivo del zarismo.

Cuando Lenin redacta el folleto que es motivo de esta nota ya habían transcurrido seis meses desde el estallido de la revolución. Desde las primeras líneas de su folleto, Lenin destaca la mecánica política de la crisis terminal "que nos amenaza". El desbarajuste no se detiene, señala, porque "beneficia con ganancias fabulosas a un puñado de terratenientes y grandes capitalis-

tas", que lucran manipulando la oferta de alimentos y materias primas con la carestía sin fin, con los negociados de la provisión a las tropas, la especulación y el caos productivo.

Control... control... control

La bancarrota en curso reclamaba medidas elementales de control para garantizar el abastecimiento y los mecanismos básicos de la circulación económica. Era lo que habían hecho – dice Lenin– los países capitalistas al imponer la economía de guerra, una suerte de capitalismo monopólico de Estado, de "su" Estado. "Todos los estados beligerantes que sufren las calamidades de la guerra, que sufren, en mayor o menor grado, la ruina y el hambre, han trazado, fijado, aplicado y probado hace mucho toda una serie de medidas de control, que se reducen casi todas ellas a agrupar la población, a crear, a fomentar asociaciones de toda clase vigiladas por el Estado, en las que participan sus representantes, etcétera, etc." En Rusia, en cambio, la insurgencia de los explotados había impedido la reconstitución del aparato estatal. El doble poder en lugar de disolverse, como pretendían los mencheviques y socialrevolucionarios desde que aceptaron ingresar en el gobierno de coalición con la burguesía, se había replanteado con mayor fuerza luego del fracaso del golpe contrarrevolucionario de Kornilov. Ahora, progresaban los soviets en manos del ala revolucionaria del movimiento obrero. El "pacto social" entre los centroizquierdistas y la burguesía había fracasado. En lugar de una economía de guerra y una reconstrucción de "su" Estado, la burguesía sólo disponía del "arma" de un caos generalizado. Para "combatir" la "catástrofe" había que culminar la revolución. Las "armas" respectivas estaban al alcance de la mano.

¿Cómo?

"Puede asegurarse que no hallaréis ni un solo discurso, ni un solo artículo, sea cual fuese la tendencia del periódico, ni una sola resolución, sea cual fuere la asamblea o institución en que se haya votado, donde no se expongan de modo claro y concreto las medidas fundamentales y decisivas para luchar contra la catástrofe y contra el hambre, para evitarlas. Esas medidas son el control, la vigilancia, la contabilidad, la reglamentación por el Estado, una distribución acertada de la mano de obra en la producción y en la circulación de los productos, el ahorro de las energías del pueblo, la eliminación de todo gasto superfluo de energías, su economía (...)

(...) Las medidas de control son conocidas por todos y fácilmente aplicables (...) es una cuestión importantísima (...) (y) en el fondo viene a ser la cuestión del programa de todo gobierno realmente revolucionario que quiera salvar a Rusia de la guerra y del hambre (...) He aquí las medidas más importantes:

1) Fusión de todos los bancos en un banco único y control por el Estado de sus operaciones, o nacionalización de los bancos.

2) Nacionalización de los consorcios capitalistas, es decir, de las asociaciones monopolistas más importantes de los capitalistas (consorcio del azúcar, del petróleo, del carbón, metalúrgica, etcétera).

3) Abolición del secreto comercial.

4) Agrupación obligatoria (es decir, agrupación obligatoria) de los industriales, los comerciantes y los patronos en general.

5) Organización obligatoria de la población en cooperativas de consumo o fomento y fiscalización de estas organizaciones."

Lenin destaca varias veces que ninguna de estas medidas puede calificarse en sí misma de socialista porque no implica de por sí la confiscación de ningún capitalista. "La propiedad sobre los capitales con que operan los bancos se acredita por medio de certificados, a los que se da el nombre de acciones, obligaciones, letras de cambio, recibos, etc. Con la nacionalización de los bancos, es decir, con la fusión de todos los bancos en un solo banco del Estado, no se anularía ni modificaría ninguno de esos certificados... La fusión de todos los bancos en un banco único, sin que esto implique la menor modificación en las relaciones de propiedad, sin que, repetimos, se le quite un solo kopek a ningún propietario, ofrece la posibilidad de implantar un control efectivo, naturalmente, siempre y cuando se implanten a la par todas las demás medidas arriba mencionadas."

Con este planteo Lenin desenmascaraba a los conciliadores que se rehusaban a tomar estas medidas en nombre del carácter "burgués" de la revolución. Más importante todavía, planteaba el problema en términos de la cuestión decisiva del poder. La burguesía rechazaba toda forma de control y regulación económica por temor a la actividad revolucionaria de las masas. Antes que la expropiación de la propiedad, los capitalistas temen por la expropiación de "su" Estado por los explotados, el principal de los peligros. El que combatía llevando a las masas... a la "catástrofe".

... Hacia el socialismo

Lenin no se limita a destacar la naturaleza no inmediatamente socialista de las medidas de control que propugna. Subraya en qué medida sí implican un avance hacia el socialismo. Por eso, si bien insiste en que las medidas de "regulación económica" que propone fueron hasta cierto punto impuestas en las grandes potencias del capital durante la guerra, tal imposición se hizo desde arriba, desde el Estado de los monopolios capitalistas, textualmente de manera "reaccionaria burocrática", mientras que en Rusia deben imponerse por vía "democrática revolucionaria", mediante un "nuevo Estado" dirigido por obreros y campesinos, y que por eso mismo y en esa medida abre paso... al socialismo. "Tal es la dialéctica de la historia", concluye Lenin. La naturaleza de la revolución (burguesa) rusa cambiaba de carácter como consecuencia de este nuevo período del capitalismo mundial (ver apéndice). Y

por eso mismo la Revolución de Febrero debía pasar a la historia, no como prototipo de una revolución "burguesa" sino de una revolución... "podrida": "Llevamos medio año de revolución (...) hemos llegado al paro forzoso, el país perece por la falta de víveres, por la falta de mano de obra, existiendo trigo y materias primas en cantidad suficiente (...) ¿Se quiere mejor prueba de que durante este medio año de revolución – que algunos califican de gran revolución, pero que, por ahora, sería más justo denominar revolución podrida– no se ha hecho en realidad nada serio, nada absolutamente, contra la catástrofe, contra el hambre?". La revolución "podrida" estaba a pocas semanas de su liquidación, y Lenin de pasar a ocupar la Presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo.

"La dialéctica de la historia"

"...El socialismo no es más que el paso siguiente al monopolio capitalista del Estado. O dicho en otros términos, el socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado puesto al servicio de todo el pueblo y que, por ello, ha dejado de ser monopolio capitalista.

No cabe término medio. El curso objetivo del desarrollo es tal, que no hay posibilidad de dar un paso de avance, partiendo de los monopolios (cuyo número, papel e importancia ha venido a decuplicar la guerra), sin caminar hacia el socialismo.

O bien se es un demócrata revolucionario de hecho, y en este caso no hay que temer ningún paso hacia el socialismo.

O bien se temen los pasos hacia el socialismo y se condenan, como lo hacen Plejánov, Dan y Chernov, alegando que nuestra revolución es una revolución burguesa, que no se puede 'implantar' el socialismo, etc., etc., y entonces se desliza uno fatalmente hacia Kerenski, Miliukov y Kornilov, es decir, hacia la represión reaccionario-burocrática de las aspiraciones "democrático-revolucionarias" de las masas obreras y campesinas.

No hay término medio.

Y en esto estriba la contradicción fundamental de nuestra revolución.

En la historia, en general, y en épocas de guerra, en particular, no se puede permanecer parado. Hay que avanzar o retroceder. En la Rusia del siglo XX, que ha sabido conquistar por vía revolucionaria la república y la democracia, es imposible avanzar sin caminar hacia el socialismo, sin dar pasos hacia él (pasos condicionados y determinados por el nivel técnico y cultural: en la agricultura basada en las haciendas campesinas es imposible "introducir" la gran explotación mecanizada; en la fabricación del azúcar es imposible suprimirla). Y tener miedo de avanzar, significa retroceder, que es precisamente lo que hacen los Kerenski, con la gran fruición de los Miliukov y los Plejánov y con la estúpida complicidad de los Tseretelli y los Chernov.

La guerra, al acelerar extraordinariamente la transformación del capitalismo monopolista y el capitalismo monopolista de Estado, pone de este modo a la humanidad extraordinariamente cerca del socialismo: tal es, precisamente, la dialéctica de la historia.

La guerra imperialista es la víspera de la revolución socialista. Ello no sólo se debe a que la guerra engendra, con sus horrores, la insurrección proletaria – pues no hay insurrección capaz de instaurar el socialismo si no han madurado las condiciones económicas para él– sino que el capitalismo monopolista de Estado es la preparación material más completa para el socialismo, su antesala, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo no hay ningún paso intermedio."

Vladimir Lenin, extractos de
"La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla" (1917)

El "dualismo militar" y la conquista del poder

Desde febrero existía una situación de poder dual en las fuerzas militares del ejército ruso, tanto en el frente como en las guarniciones de las ciudades. Las decisiones militares que tomaba el gobierno provisional sólo se llevaban adelante si contaban con el visto bueno de los propios comités y soviets de soldados. Mientras los soviets estuvieron en manos de los partidos conciliadores, la burguesía pudo continuar la guerra imperialista bajo el manto de poder dual. En no pocas ocasiones los soldados se negaban a aceptar las órdenes del Gobierno Provisional, pero las llevaban a la práctica si contaban con el visto bueno de los soviets dominados por los "socialistas" que integraban el gobierno de coalición con la burguesía.

El traslado de la guarnición

La contradicción se hizo explosiva a medida que las masas se desilusionaban de los "conciliadores", hartas de la barbarie guerrerista. Luego del fracaso de la intentona golpista de Kornilov, muchos soviets de soldados pasaron a contar con mayoría bolchevique. En los comités del frente los conciliadores aún conservaban cierta influencia (aunque no entre los soldados rasos en las trincheras), pero en los comités de los regimientos de la guarnición, en Petrogrado, así como entre los marinos de la flota del Báltico, apostada muy cerca de la capital, la influencia bolchevique crecía día tras día.

El dualismo militar tomaba cuenta del corazón del aparato estatal, antes de que los bolcheviques procedieran al asalto de la cúpula del poder. Por eso mismo, en la segunda semana de octubre, el gobierno de Kerensky se propuso enviar al frente de batalla a los regimientos "bolchevizados" de la guarnición de Petrogrado. El gobierno justificaba la medida haciendo referencia al imparable avance de las tropas alemanas, que estaban prácticamente a las puertas de la capital. Kerensky y los suyos decían que era preciso enviar al frente a las tropas acantonadas en la capital, por motivos estratégicos. El gobierno buscó apoyo en los comités más moderados del frente, dominados por los conciliadores, que reclamaban refuerzos de la guarnición.

Se inició una fuerte campaña en los periódicos burgueses y liberales, que publicaban cartas y resoluciones de soldados que se encontraban en el frente y pedían ser reemplazados. La prensa burguesa quería presentar como hé-

roes a los soldados del frente, que ella misma había enviado a morir en la guerra imperialista, y exigía a los soldados de la retaguardia que hiciesen un "sacrificio", para que sus "hermanos en las trincheras no fuesen destruidos". El órgano de los kadetes (liberales) reclamaba un inmediato golpe de fuerza para impedir que los bolcheviques "eligieran el momento para declarar la guerra civil".

Después de la Revolución de Febrero, las tropas del frente se habían caracterizado siempre por ser más conservadoras que las de la guarnición, mucho más vinculadas con el proceso revolucionario de las masas obreras de la capital. Si el gobierno conseguía sacar de la capital a los regimientos dominados por los bolcheviques, gran parte del crecimiento que éstos habían registrado en los últimos meses se evaporaría. Adquirían fuerza, además, los rumores según los cuales el gobierno y la burguesía estaban dispuestos, incluso, a entregar Petrogrado a los alemanes, para deshacerse de una buena vez de los bolcheviques. Se hizo público que Kerensky estaba ultimando los detalles para trasladar el gobierno a Moscú. En esos mismos días, Mijail Rodzianko, viejo líder de la Duma zarista, decía en la prensa: "Petrogrado está amenazada... ¡al diablo con Petrogrado! Algunos temen que nuestras instituciones centrales en Petrogrado puedan ser destruidas. Yo estaría feliz si estas instituciones son destruidas porque sólo han traído dolor a Rusia"¹.

El tiro por la culata

Pero la acción del gobierno estaba destinada a ser el puntapié inicial de la insurrección. Para los soldados de la guarnición, la propuesta de ir al frente, a pocos meses de iniciarse el invierno, en pleno desastre bélico, luego de tres años de guerra, era absolutamente inaceptable. Los regimientos de Petrogrado declararon su falta de confianza en el Gobierno Provisional y exigieron el paso del poder a los soviets. Los soldados estaban ya cansados de las maniobras. Los obreros repudiaron el traslado de las fuerzas al frente, y se pronunciaron en favor de los soldados de la guarnición. "La cuestión figuraba ya constantemente en el orden del día, no sólo en los cuarteles, sino también en las fábricas."² Los obreros reanudaron la formación de milicias armadas, las "guardias rojas", y estrecharon su vinculación con los soldados (ver apéndice).

El día 9 (22) de octubre, se reunió el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado para discutir la cuestión. Los mencheviques y socialistas revolucionarios sabían que debían encontrar algún modo de legitimar el traslado con la autoridad del Soviet: las masas no aceptarían las órdenes del gobierno. El menchevique Mark Broido presentó una resolución conjunta de ambos partidos que, mientras llamaba a los soldados a iniciar los preparativos para par-

1. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*.

2. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

tir hacia el frente, trataba de calmar las aguas proponiendo la formación de un comité especial para evaluar la pertinencia del reclamo de movilización de las tropas y preparar planes militares que contasen con la confianza popular. Los conciliadores pretendían extender la situación de poder dual tal como se había desarrollado desde febrero, es decir usando a los soviets como pantalla para legitimar al gobierno burgués.

El Comité Militar Revolucionario...

Para sorpresa de mencheviques y socialistas revolucionarios, los bolcheviques votaron a favor de la propuesta. "La idea de la insurrección – dice Trotsky–, empezaba a tomar una forma concreta"³. Los bolcheviques tomaban la propuesta menchevique, pero para transformar al Comité en un órgano de la insurrección. Surgía así el "Comité Militar Revolucionario". Usando los mecanismos del doble poder y de la "legalidad" soviética, hacía su aparición un órgano que se utilizaría para la insurrección. Un día más tarde, el 10 (23) de octubre, el Comité Central bolchevique, con la presencia de Lenin, votaba por la insurrección.

La dirección bolchevique del Soviet formó de inmediato una comisión encargada de fijar las atribuciones del recién creado "Comité". Se estableció que sus objetivos serían ponerse en contacto con el Estado Mayor del frente y con los comités centrales de los soviets regionales del Báltico, analizar la situación militar, contar las fuerzas disponibles en la guarnición de Petrogrado y en sus alrededores, tomar medidas para asegurar la disciplina de obreros y soldados. "Estos fines eran universales y, al mismo tiempo, equívocos: casi todos ellos oscilaban entre la defensa de la capital y el levantamiento armado."⁴ Pero precisamente de eso se trataba: la ambigüedad encubría el auténtico papel insurreccional que se guardaba al Comité, oculto detrás de la fachada de una lucha defensiva.

Para desarrollar aún más esta "ambigüedad", los bolcheviques decidieron poner a un socialista revolucionario de izquierda, llamado Lazimir, al frente del Comité. En el Comité estarían incluidas las direcciones del Soviet, así como delegados de la flota, del Comité regional de Finlandia, del sindicato ferroviario y de los gremios, las organizaciones militares del partido y la Guardia Roja. Era el Estado Mayor de la insurrección. Los mencheviques, que habían propuesto la formación del Comité, votaron ahora en contra. Ya era tarde.

... y la Conferencia de la guarnición

Junto al Comité Militar Revolucionario, la dirección bolchevique del Soviet promovió la creación de otro organismo: una Conferencia permanente de la Guarnición, que reunía a delegados de cada comité de regimiento. Esto

3 y 4. Idem.

permitía a la dirección revolucionaria tomar el pulso de las masas de soldados a través de un vínculo directo. El 13 (26) de octubre, la formación del Comité Militar Revolucionario y de la Conferencia de la Guarnición se puso a consideración de la sección de soldados del Soviet. Era una sesión clave: hasta pocas semanas antes la sección de soldados de Petrogrado estaba en manos de los conciliadores.

Trotsky recuerda que el principal protagonista de esta notable reunión fue el marino bolchevique Dibenko, que se presentó como invitado en su carácter de dirigente del Soviet de los marinos del Báltico. Dibenko puso las cosas blanco sobre negro: su intervención sacudió a la asamblea y la hizo consciente de que lo que estaba en juego era la ruptura con el mando militar, es decir la insurrección armada. La sección de soldados del Soviet votó en favor de la constitución del Comité Militar Revolucionario y de la Conferencia de la Guarnición con 283 votos a favor y uno solo en contra. Quedaba ya claro que los soldados de Petrogrado se negaban a ir al frente: "la votación significaba que la sección de soldados quitaba resuelta y oficialmente de las manos del Estado Mayor gubernamental la dirección de la guarnición, para transmitirla al Comité Militar Revolucionario"⁵. Tres días más tarde, la sesión plenaria del Soviet de Petrogrado se pronunciaba en el mismo sentido. A los ojos de todo el mundo, la insurrección estaba en marcha.

5. Idem.

El Comité Militar entra en acción (Y la "máquina pesada" del Soviet)

El gobierno intentaba reaccionar. Las reuniones de Kerensky con su gabinete se dedicaban casi con exclusividad a discutir la situación de la guarnición. El gobierno se limitó a ordenar al comandante de la región militar de Petrogrado, general Polkovnikov, que tomase las medidas necesarias para asegurar las defensas y emitir llamados al orden. Los ministros admitían que no estaban en condiciones de enfrentar a los bolcheviques abiertamente. El ministro de guerra declaraba: "es necesario esperar la acción del otro lado. El bolchevismo ha infectado el soviét y no hay fuerza suficiente para dispersarlo". De todos modos, el gobierno se manifestaba confiado. Cuando los bolcheviques tomasen la iniciativa, decían, serían aplastados de un plumazo.

Dado que había quedado claro que los soldados de la guarnición no aceptarían las órdenes del gobierno y su Estado Mayor, Kerensky decidió lanzar una nueva maniobra. Era un último intento por enfrentar a los soldados de la guarnición con los del frente. Esperaba que la guarnición cediera ante la presión de los soldados de las trincheras. El Estado Mayor convocó al frente – al cuartel general ubicado en Pskov–, a una delegación de representantes de la guarnición. El Soviet aceptó el reto. Se decidió que la delegación incluiría, además de representantes de la guarnición, a miembros del Soviet, de la sección obrera y de la organización militar de los bolcheviques.

En la reunión que se realizó en Pskov, el 17 (30) de octubre, los generales hicieron su puesta en escena, reclamando con mapas en la mano que se enviasen las fuerzas de la guarnición al frente, aduciendo motivos estratégicos. Pero la delegación del Soviet se limitó a decir que no tenía mandato para tomar ninguna decisión y regresó a Petrogrado sin firmar siquiera un acta de lo discutido. El dualismo militar se expresaba en toda su magnitud. El Estado Mayor no era capaz de controlar a la guarnición revolucionaria de la capital.

El 18 (31) de octubre se reunió por primera vez la conferencia de la guarnición de Petrogrado. De los dieciocho regimientos cuyos informes fueron registrados, sólo tres se manifiestan en favor del gobierno: el resto se pronuncia por el traspaso del poder a los soviets. La conferencia decidió entonces dar un nuevo paso adelante. Se enviaron a todos los regimientos órdenes para que nadie intentase acciones espontáneas y sólo se tuviesen en consideración las órdenes emitidas por el Comité Militar Revolucionario, avaladas por la sección de soldados.

El Comité Militar Revolucionario, que había sido propuesto el 9 (22) de

1. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

octubre, fue votado por el Soviet recién el 16 (29), pero comenzó a funcionar el 20 de octubre (2 de noviembre). "El Soviet – decía Trotsky– no es un partido; es una máquina pesada". El pleno del Comité, de todas maneras, no se reunió casi nunca: todas las tareas prácticas quedaban en manos de la Mesa, que funcionaba en forma permanente en un par de habitaciones, siempre ruidosas y abarrotadas, del tercer piso del Instituto Smolny. A pesar de estar dirigido por un socialista revolucionario de izquierda, todas las tareas prácticas caían en los hombros de los bolcheviques. Trotsky, Antonov-Ovseenko, Podvoisky, Lashevich, Mejonochin, todos ellos bolcheviques, eran los principales responsables de este auténtico Estado Mayor de la revolución.

El Comité se lanzó a un nuevo enfrentamiento con el gobierno: después de ganar políticamente a la guarnición, ahora se trataba de asegurar el control organizativo. Se decidió despachar comisarios del Comité a todos los regimientos y depósitos de armas. La mayoría de ellos eran miembros de la organización militar de los bolcheviques: cuando llegaban a los regimientos eran recibidos de buen grado por los soldados. A partir de ahora cualquier orden debía contar con la aprobación de estos comisarios, que reportaban directamente a la dirección revolucionaria en el Smolny.

La ruptura definitiva con el Estado Mayor

En la noche del 21 de octubre (3 de noviembre), el Comité Militar Revolucionario dio un paso más y envió una delegación para entrevistarse con el Estado Mayor gubernamental. El grupo, compuesto por Sadovsky, Lazimir y Mejonoshin, planteó al general Polkovnikov que de allí en más sólo serían válidas las órdenes que contaran con la aprobación del Comité Militar Revolucionario y sus comisarios. El general, sin embargo, contestó que la guarnición estaba en sus manos y que el único comisario que aceptaba era el que había sido nombrado por el Comité Ejecutivo de los soviets, es decir por los conciliadores. "No vamos a reconocer a sus comisarios, y si violan la ley vamos a arrestarlos", dijo Polkovnikov².

La delegación retornó entonces al Smolny y realizó una reunión de urgencia, de la que participaron también Trotsky y Sverdlov. El dualismo militar había llegado a un punto crítico: la ruptura con el Estado Mayor era ahora un hecho. El historiador Michel Reiman ha señalado que en la noche del 21/22 de octubre puede fecharse el inicio de la insurrección. Según el relato de Trotsky, "se tomó el acuerdo siguiente: aceptar como un hecho consumado la ruptura con el Estado Mayor, y convertir esa ruptura en punto de partida de la ofensiva ulterior. Primera condición para el éxito: las barridas obreras deben estar al corriente de todas las etapas y todos los episodios de la lucha. No puede permitirse que el enemigo tome desprevenidas a las masas. Se envía una información a todos los distritos de la ciudad por medio de los so-

2. Idem.

viets de barrio y los comités del partido. Se da cuenta inmediatamente a los regimientos de lo sucedido. Se confirma nuevamente que no se ejecutarán otras órdenes que las que vayan avaladas por los comisarios. Se propone destinar a los puestos de centinela a los soldados de más confianza"³.

El propio Trotsky escribió entonces una propuesta de declaración que fue aprobada luego por la Conferencia de la guarnición y que constituía una declaración de guerra al gobierno provisional. Decía la declaración: "Al romper con la guarnición organizada de la capital, el Estado Mayor se convierte en un instrumento directo de las fuerzas contrarrevolucionarias (...) La protección del orden revolucionario queda en manos de los soldados revolucionarios dirigidos por el Comité (...) Ninguna orden a la guarnición que no esté firmada por el Comité Militar Revolucionario debe ser tenida en cuenta. La revolución está en peligro. Viva la guarnición revolucionaria".

3. Idem.

Las horas que aún conmueven al mundo

Crónica de la insurrección de Octubre en petrogrado

Al comenzar la última semana de octubre de 1917 (primera de noviembre en el calendario moderno), la situación en Petrogrado se precipitaba hacia un desenlace. En la superficie, la vida parecía seguir su curso normal; los edificios gubernamentales abrían sus puertas, las escuelas se encontraban en pleno funcionamiento, los teatros abiertos. "Todo era igual y ya nada era lo mismo", dice Trotsky. Detrás de esa aparente normalidad, la revolución avanzaba hacia sus instancias decisivas. La tensión crecía. Después de la ruptura del Comité Militar Revolucionario con el estado mayor del gobierno, el dualismo militar había llegado a una situación insostenible. Luego de la exitosa jornada de asambleas y mítines que realizaron los bolcheviques el 22 de octubre, era claro además que el tiempo de las palabras, incluso de las manifestaciones, se había agotado.

Fue el gobierno de Kerensky el que precipitó el desenlace. En la noche del 23 de octubre (5 de noviembre) decidió tomar medidas inmediatas contra los bolcheviques. Las academias militares, último reducto de confianza del gobierno en la capital, recibieron la orden de ponerse en pie de guerra. Se convocó a algunas tropas estacionadas en los alrededores consideradas leales. El crucero Aurora, cuya tripulación respondía por completo a los bolcheviques, recibió órdenes de alejarse de la capital y hacerse a la mar. Se dispuso que fueran levantados los puentes del río Neva, para evitar que las masas obreras de las afueras pudieran llegar al centro de la capital. A las cinco y media de la mañana llegó a la imprenta del periódico bolchevique un destacamento de oficiales que destruyó varias máquinas, incautó miles de copias del periódico (estaba listo para ser distribuido) y selló las entradas del edificio. Era uno de los últimos gestos de impotencia de la contrarrevolución...

Un par de obreros de la imprenta fueron hasta la sede del Soviet para informar la situación y fueron recibidos por Trotsky. Se decidió enviar batallones de regimientos de la guarnición afines al Comité Militar Revolucionario, quienes llegaron enseguida al lugar, expulsaron a las tropas del gobierno y pusieron en funcionamiento la producción. Con una escasa demora, Rabochii Put (El camino obrero), el periódico bolchevique, salió a la calle en la mañana del 24 de octubre. Era un primer golpe al ataque del gobierno. Segundo: el Comité Militar Revolucionario transmitió una contraorden al crucero Aurora; debía permanecer en las aguas del Neva y ponerse en acción

"en caso de ataque a la guarnición revolucionaria". En pocas horas quedó claro que las medidas dispuestas por Kerensky sólo lograrían poner en marcha la insurrección, siempre bajo el manto de la lucha defensiva y la defensa de la "legalidad" soviética y de las tradiciones del doble poder. Todos los regimientos de la guarnición recibieron, durante la madrugada, órdenes del Comité Militar Revolucionario, a quienes les ordenaban mantener sus fuerzas listas para entrar en acción.

La insurrección en marcha

Esa misma mañana, ya el 24 de octubre (6 de noviembre), once miembros del comité central bolchevique se reúnen de emergencia en el Smolny. Lenin seguía oculto en el barrio de Viborg y no estaba presente. Tampoco Zinoviev. Stalin permanecía en la redacción del periódico. Kamenev propuso que ningún miembro del CC saliese del instituto Smolny en las horas siguientes sin una autorización expresa. La moción fue aprobada. Los dirigentes bolcheviques decidieron también asignar una serie de responsabilidades concretas para llevar a cabo las tareas de la insurrección. Dzherzhinsky fue nombrado responsable del contacto con los obreros de correos y telégrafos; Bubnov con los ferroviarios; a Miliutin se le pidió que dirigiese las cuestiones relativas al abastecimiento de víveres. A propuesta de Trotsky, se resolvió organizar un estado mayor "de reserva" en la fortaleza de Pedro y Pablo, en caso que el Smolny fuera atacado y los dirigentes detenidos.

A pesar de estas disposiciones, todavía no se hablaba en público de las medidas concretas de la insurrección. La prensa bolchevique de ese día llamaba a los trabajadores a esperar al congreso de los soviets, que comenzaba al día siguiente. En un discurso ante los delegados bolcheviques que habían llegado de todo el país, el 24 por la tarde, el propio Trotsky decía que los hechos de la madrugada eran "actos de defensa" y que la "actitud a adoptar ante el gobierno provisional" dependía únicamente de que éste no intentara atacar al soviets.

Mientras tanto, el intento del gobierno de controlar los puentes sobre el Neva fracasaba rotundamente. En algunos de los puentes, las tropas enviadas por el gobierno ni siquiera intentaron llevar a cabo sus órdenes, ante la evidente superioridad numérica de las fuerzas revolucionarias. En otros hubo algunas escaramuzas, pero al anochecer quedaba claro que los puentes estaban bajo control del Comité Militar Revolucionario. Otros puntos estratégicos importantes fueron ocupados por esas horas. Pestkovsky, comisario del comité militar, tomó el control de la central telegráfica, a pesar de que entre sus trescientos obreros no había un solo bolchevique. Alcanzó con que dos soldados revolucionarios, con armas en la mano, se pusieran al lado del conmutador de la central. Cerca de las ocho de la noche, otro comisario bolchevique, llamado Stark, acompañado solamente por doce marinos armados, ocupó la agencia telegráfica del gobierno. Faltaba el asalto final a la sede del gobierno que se alargaba penosamente.

La noche final

Lenin esperaba con ansiedad oculto en la casa de una obrera del barrio de Viborg. Durante todo el día, mantuvo contacto con el instituto Smolny. Envío varias veces a Fofanova, la dueña de casa, al edificio del soviét para llevar y traer mensajes. Pidió permiso al comité central, varias veces a lo largo del día, para ir hasta allí, arriesgándose a aparecer en público antes de la toma del poder. Su pedido fue rechazado. Al anoecer, Lenin estaba irritado. Luego de recibir una nueva nota del comité central que otra vez le negaba el permiso para ir al soviét, le dijo a la dueña de casa: "No los entiendo. ¿A qué le tienen miedo?"¹. Cerca de las 6 de la tarde del día 24 (6 noviembre) escribió una nota dirigida al comité de Petrogrado del partido y a los comités regionales. Pidió que esa nota fuese entregada a su mujer, Krupskaja, "y a nadie más", y en ella exigía la acción inmediata. "La situación es crítica en extremo. De hecho está absolutamente claro que cualquier demora en la insurrección sería fatal", escribía. Conminaba a la dirección partidaria a tomar medidas inmediatamente: "Todos los distritos, todos los regimientos, todas las fuerzas deben ser movilizadas y deben enviar delegaciones al comité militar revolucionario y al comité central bolchevique con el reclamo de que bajo ninguna circunstancia debe dejarse el poder en manos de Kerensky y compañía hasta el 25. El asunto debe ser decidido sin demora esta noche, esta misma noche"².

Ya era entrada la noche cuando Lenin no pudo contenerse y, violando lo dispuesto por sus compañeros del comité central, tomó un tranvía y se dirigió al instituto Smolny. Se encontró con un edificio en actividad febril, el auténtico corazón de la insurrección. Eran las 2 de la mañana del 25 de octubre (7 de noviembre). A esa hora comenzaron las operaciones principales para rematar la tarea. Pequeños destacamentos militares formados previamente con núcleos de obreros o marinos armados, ocuparon simultáneamente o de un modo sucesivo, bajo la dirección de los comisarios, las estaciones, la central de alumbrado público, los arsenales y almacenes de víveres, el Banco de Estado y las grandes imprentas, y se reforzaron los retenes del edificio de Telégrafos y de la central de Correos³. Todas las órdenes emitidas por el Comité Militar Revolucionario se cumplían sin discusión. La disciplina de la guarnición, totalmente quebrada después de tres años de guerra imperialista, se restablecía ahora en función del objetivo de la insurrección obrera.

Es difícil medir las fuerzas implicadas en la toma de la capital. Trotsky recordaría años más tarde que "el investigador, al querer establecer la sucesión de los episodios tácticos, tropieza con una gran confusión, que las reseñas

1. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come To Power*.

2. Citado en Rabinowitch, op. cit.

3. Idem.

de los periódicos acaban de acentuar. A veces uno tiene la sensación de que apoderarse de Petrogrado en el otoño de 1917 fue más fácil que restaurar ese proceso catorce años después"⁴. En cualquier caso, las fuerzas que participaron activamente no fueron muy numerosas: varios miles de guardias rojos y marinos y una veintena de compañías militares. Pero era decisivo el hecho de que el conjunto de la guarnición estaba del lado de la insurrección. Las escasas fuerzas leales al gobierno no tenían posibilidad de resistir.

El 25 de octubre

"El miércoles 7 de noviembre (25 de octubre)", cuenta John Reed, el insuperable cronista de la insurrección, "me levanté muy tarde. La fortaleza de Pedro y Pablo disparaba el cañonazo de mediodía al tiempo que yo bajaba por la Nevski (avenida principal de Petrogrado). Hacia un día frío y húmedo. La puerta del Banco del Estado estaba cerrada y guardada por algunos soldados con bayoneta calada.

– ¿A qué bando pertenecen ustedes? – les pregunté– . ¿Al del gobierno?

– ¡Ya no hay gobierno! – me contestó uno de ellos con una risa irónica. ¡Gracias a Dios!"⁵

A las diez de la mañana, el comité militar revolucionario lanzó una proclama, que fue pegada en las calles de la ciudad: "El gobierno provisional ha sido derribado. El poder ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario". Por esas horas, Kerensky conseguía obtener un automóvil y salía de Petrogrado, dejando a sus ministros a cargo del gobierno. Todavía faltaba, sin embargo, apoderarse del Palacio de Invierno, el cuartel general del Ejército, la sede del Preparlamento. En pocas horas debía abrirse, en el Smolny, el segundo congreso de los Soviets. Había que coronar la insurrección.

Cerca del mediodía le llegó el turno al Preparlamento. Los diputados estaban preparándose para la sesión del día, cuando comenzaron a rodear el edificio las tropas enviadas por los insurrectos. "No tardó en detenerse en la puerta un automóvil blindado. Los soldados de los regimientos de Lituania y de Keksholm y los marinos de la Guardia entraron en el edificio y formaron en dos filas a lo largo de la escalera (...) El jefe del destacamento propone a los reunidos que abandonen inmediatamente el palacio", relata Trotsky⁶. Poco después todos los representantes habían abandonado el palacio. No hubo detenciones. Trotsky señala que no pocos de ellos se convirtieron en dirigentes de la contrarrevolución y organizadores de la guerra civil.

Las calles estaban tranquilas. Por la mañana, pocos se atrevían a salir a la calle en los barrios de la burguesía. Pero los que lo hacían notaban que

4. Idem.

5. John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*.

6. León Trotsky, op. cit.

no había combates, ni manifestaciones de obreros en el centro de la ciudad. Aquello no parecía lo que se suponía que era una insurrección. Sin embargo, se podía advertir el movimiento de patrullas armadas, grupos de guardias rojos, instituciones ocupadas: evidentemente "la cosa había empezado". El comité militar revolucionario controlaba la ciudad. Había centinelas y patrullas por todas partes. A las dos y media de la tarde del 25 de octubre, se abrió una sesión extraordinaria del soviet de Petrogrado, donde Trotsky anunció que "el gobierno provisional había dejado de existir". Mientras hablaba, apareció en la sala Lenin, que reaparecía ante las masas después de meses en la clandestinidad. La multitud le tributó una ovación cuando subió al estrado y Trotsky le cedió la palabra "¡Viva el camarada Lenin, otra vez con nosotros!"

Pero entrada la tarde del 25, la inauguración del segundo congreso de los soviets de toda Rusia, que debía sancionar la insurrección victoriosa, se demoraba hora tras hora. El Palacio de Invierno, sede del gobierno, seguía en manos de las pocas tropas que aún respondían a Kerensky.

La toma del Palacio de Invierno

El plan original de los bolcheviques consistía en ocupar el palacio durante la madrugada, como habían hecho con el resto de las instituciones fundamentales del poder en la capital. Los responsables de la operación eran Antonov-Ovseenko, Podvoisky y Chudnovsky, quienes estaban en permanente contacto con el cuartel general de la insurrección en el instituto Smolny. Pronto se hizo claro, de todos modos, que el plan trazado era demasiado complejo para rematarlo durante la noche: por la mañana, como vimos, el palacio seguía ocupado por el gobierno provisional. Cuando se lanzó la proclama, a las diez de la mañana, que anunciaba la caída del gobierno provisional, los dirigentes en el Smolny exigieron a Antonov y Podvoisky la toma inmediata del palacio. Podvoisky anunció que todo estaría resuelto a las doce del mediodía.

Sin embargo, las cosas se complicaban. Pasó el mediodía y el palacio seguía en manos del gobierno, que había conseguido incluso reforzar su defensa con la llegada de algunos batallones de oficiales. El cerco no estaba bien organizado: todavía era posible para las fuerzas leales a Kerensky llegar hasta el palacio y reforzar sus posiciones. Los marinos del Báltico no llegaban aún. Podvoisky avisó al Smolny que la toma del palacio se fijaba "de modo definitivo" para las tres de la tarde. Pero también pasó esa hora, sin novedad. Se fijó un nuevo plazo para las seis. Tampoco se cumplió; después de esa hora, Podvoisky y Antonov solicitaron que ya no les pidieran nuevos plazos. El asunto no se veía bien. El congreso de los soviets debía haberse abierto a primeras horas de la tarde, y se estaba demorando para contar con el hecho consumado de la caída del palacio. La demora podía debilitar la insurrección.

Finalmente, al anochecer, llegaron los barcos de la marina del Báltico saludados con euforia por los sitiadores del Palacio. Antonov fue a recibirlos y

les dijo simplemente: "Ahí tenéis el palacio de Invierno... hay que tomarlo". Las fuerzas militares de los revolucionarios ya eran más que suficientes: todos los accesos del palacio fueron cortados, el sitio se hizo total. Poco más tarde, fue tomado el edificio del estado mayor central.

La situación del gobierno dentro del palacio se hizo insostenible. Con el paso de las horas, los oficiales que participaban en la defensa, completamente desmoralizados, abandonaban el edificio. Permanentemente entraban bolcheviques y soldados revolucionarios, circulaban por el palacio, hablaban con los que se encontraban adentro. Había tiroteos, pero cada vez era menor la capacidad de defensa del gobierno. De repente, empezó a escucharse el ruido de la artillería del Aurora, anclado a pocos metros del palacio. La mayoría de los disparos eran sin munición, pero provocaban pánico entre los defensores. Aumentaba el número de desertores.

Había que precipitar el final. No se podía esperar más. Finalmente, a las dos de la mañana del 26 de octubre, las fuerzas revolucionarias tomaron el palacio. "Los ministros", relata Trotsky, "querían rendirse con dignidad, y se sientan alrededor de la mesa, como si estuvieran reunidos. El comandante de la defensa había rendido ya el palacio después de obtener la promesa de que se respetaría la vida a los junkers, condición fácil de cumplir, puesto que nadie se proponía atentar contra ellos. Antonov se negó a establecer negociación alguna respecto de la suerte del gobierno. Se procede al desarme de los junkers, apostados en las últimas puertas vigiladas. Los vencedores irrumpen en el aposento en que se hallan los ministros (...)

– En nombre del comité militar revolucionario – dijo Antonov– , quedáis detenidos como miembros del gobierno provisional.

El reloj señalaba las dos y diez minutos del 26 de octubre"⁷.

7. León Trotsky, op. cit.

"Aquello era ya la insurrección"

Las asambleas del 22 de octubre

El domingo 22 de octubre se convocaron en toda la ciudad asambleas y actos masivos, para celebrar el "Día del Soviet de Petrogrado". El pretexto era recaudar fondos para las organizaciones y la prensa de los soviets, pero lo que se buscaba en realidad era un último "recuento pacífico de las fuerzas revolucionarias", según la definición de Trotsky, antes de pasar a la insurrección armada.

"Era preciso que las masas se pusieran en contacto, se dieran cuenta de sus efectivos, de su fuerza, de su decisión. Mediante la unanimidad de la multitud había que obligar a los enemigos a ocultarse, a abstenerse de emprender toda acción (...) Era preciso conseguir que las masas, al verse a sí mismas, se dijeran: nadie ni nada puede enfrentarse en lo sucesivo con nosotros"¹.

La jornada fue un éxito extraordinario. La burguesía se quedó en casa, pero las masas llenaron todas las salas y espacios públicos dedicados a los actos y asambleas. "Durante horas enteras aguantaron a pie firme los hombres y las mujeres de los suburbios, los moradores de los sótanos y de las azoteas, envueltos en sus abrigos míseros y en sus capotes grises, tocados con gorros de piel y pañuelos bastos, con el barro de las calles que se metía en las botas, con la tos otoñal atascada en la garganta, pegados los unos a los otros, apretujándose para dejar sitio al recién llegado, para que todo el mundo pudiera oír, y escuchaban sin cansarse, con avidez, apasionadamente, temiendo que se les escapara lo que más falta hacía que comprendiesen, que asimilasen, que hiciesen"².

Los mejores y más reconocidos oradores bolcheviques, entre ellos Trotsky, Volodarsky, Laschevich, Kollontai, Raskolnikov, Krylenko, así como centenares de cuadros del partido, iban de un punto a otro de la ciudad, hablando frente a auditorios repletos que ardían de impaciencia ante la insurrección inminente. El acto más extraordinario fue el que se realizó en la "Casa del Pueblo", en la margen derecha del río Neva. "Desde muy temprano una enorme multitud de obreros, soldados y miembros de las clases más empobrecidas abarrotaba el colosal auditorio, principalmente para ver y oír al legendario Trotsky, el orador principal"³.

John Reed, el periodista y militante norteamericano que ha dejado imborrables testimonios de los días de la insurrección, estaba en esa asamblea y

1. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

2. *Idem anterior*.

3. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come To Power*.

relató de este modo lo que vivió cuando Trotsky hizo su aparición y comenzó a hablar: "A mi alrededor, la gente parecía caer en éxtasis. Tuve la impresión de que aquella multitud iba a entonar de pronto, espontáneamente, sin ponerse de acuerdo y sin que nadie les diese la señal, un himno religioso. Trotsky leyó una resolución cuyo sentido general venía a significar, poco más o menos, que estaban dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre por la causa de los obreros y de los campesinos. '¿Quién vota a favor?', preguntó. Aquella multitud innumerable alzó las manos como un solo hombre. Yo veía aquellas manos levantadas y la llama que ardía en los ojos de los hombres, de las mujeres, de los adolescentes, de los obreros, de los soldados, de los mujiks... Trotsky continuaba hablando. Las manos, incontables, permanecían levantadas. Trotsky recalcaba sus palabras: '¡Que sea éste vuestro juramento! ¿Juráis consagrar todas vuestras fuerzas, no retroceder ante ningún sacrificio para sostener al soviét que ha tomado en sus manos la tarea de coronar la victoria de la revolución y de daros la tierra, el pan, la paz?'. Las manos incontables seguían en alto. La multitud asentía. La multitud juraba... Y eso mismo ocurría en todo Petrogrado. Por todas partes se llevaban a cabo los últimos preparativos; en todas partes se hacían los últimos juramentos. Millares, decenas de millares, centenas de millares de hombres. Aquello era la insurrección"⁴.

4. Citado en Víctor Serge, *El año I de la Revolución Rusa*.

Las horas que aún conmueven al mundo (II)

El congreso de la dictadura soviética

Mientras se consumaba la toma del Palacio de Invierno, en el Instituto Smolny se abría finalmente el segundo Congreso Panruso de los Soviets. El primer congreso se había reunido en junio, cuando los bolcheviques aún eran minoría. El Comité Ejecutivo Central panruso de los soviets (CEC), elegido entonces, se mantenía en funciones, dominado por los socialistas revolucionarios y los mencheviques. En los meses previos a octubre, los bolcheviques habían ganado la mayoría en los soviets de barriada, de soldados, de obreros y de las principales ciudades. Pero el CEC seguía en manos de conciliadores. El segundo congreso panruso, máxima autoridad soviética, debía cambiar esa situación, poner fin a la política de conciliación con la burguesía y el gobierno provisional y tomar el poder en sus manos. Junto a los socialistas revolucionarios de izquierda, afines a la insurrección, los bolcheviques tenían mayoría. Durante semanas, todos los partidos se venían preparando para el acontecimiento. La insurrección, de hecho, giraba en torno a la convocatoria del Congreso.

El 25 de octubre por la noche, John Reed llegó hasta el Smolny y se abrió paso entre la muchedumbre para llegar a la sala de sesiones. Así relataba el escenario que se presentó ante sus ojos: “El salón no tenía otra calefacción que el calor sofocante de los sucios cuerpos humanos. Una densa nube azul del humo de los cigarrillos de esta multitud se elevaba y permanecía suspendida en la pesada atmósfera. A veces, uno de los dirigentes subía a la tribuna y rogaba a los camaradas que no fumasen. Entonces todos, incluso los fumadores, gritaban: ‘No fumen, camaradas’, para continuar fumando mucho más. Petrovski, delegado anarquista de las fábricas de Obújovo, me hizo un lugar a su lado. Sin afeitarse, sucio, se caía de cansancio, llevaba trabajando tres noches seguidas en el Comité Militar Revolucionario. En la tribuna habían tomado asiento los jefes del antiguo Comité Ejecutivo Central, dominando por última vez a estos soviets turbulentos, a los cuales dirigían desde el comienzo de la revolución, pero que ahora se habían alzado contra ellos. Así terminaba el primer período de la revolución, que estos hombres habían tratado de mantener dentro de las vías de la prudencia. Faltaban los tres principales: Kerenski, que corría hacia el frente a través de las ciu-

dades de provincia, donde la agitación comenzaba a ser inquietante; Cheidse, la vieja águila maltrecha, que se había retirado desdeñosamente a sus montañas de Georgia, donde había de atacarlo la tisis; y, por último, Tsetelli, noble carácter, quien afectado también peligrosamente por la enfermedad, debía de todos modos gastar aún su hermosa elocuencia en una causa perdida. Gots, Dan, Lieber, Bogdanov, Broido, Filipovski, se encontraban presentes, con las facciones pálidas, los ojos hundidos, desbordantes de indignación. A sus pies hervía y se estremecía el segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia, mientras sobre sus cabezas el Comité Militar Revolucionario forjaba el hierro puesto al rojo vivo, manejaba con decisión los hilos de la insurrección, golpeaba con vigoroso brazo... Eran las diez y cuarenta de la noche."¹

"El poder está en nuestras manos"

La apertura del Congreso, pautada para las dos de la tarde, se había ido postergando hora tras hora, dado que los bolcheviques pretendían rematar la toma y ocupación del Palacio de Invierno antes de iniciar las deliberaciones. Pero la toma del Palacio no finalizaba y la situación no podía alargarse más. Los dirigentes conciliadores, que tenían la responsabilidad de inaugurar el Congreso en su carácter de autoridades salientes, abrieron la sesión cerca de las once de la noche.

Dan hizo sonar la campanilla. "Se hizo el silencio, instantáneo, impo- nente, turbado tan sólo por los empujones y las discusiones que había en la puerta.

– El poder está en nuestras manos – comenzó, con acento triste. Tras una pausa continuó, bajando la voz:

– Camaradas, el Congreso de los Soviets se reúne en circunstancias tan desacostumbradas, en un momento tan extraordinario, que comprenderán por qué el Comité Ejecutivo Central no considera necesario abrir esta sesión con un discurso político. Lo comprenderán mejor todavía si tienen en cuenta que yo soy miembro del buró del CEC y que en este mismo momento nuestros camaradas de partido se encuentran en el Palacio de Invierno, bajo el bombardeo, sacrificándose para desempeñar las funciones de ministros que les han sido confiadas por el CEC... Declaro abierta la primera reunión del Segundo Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados."²

En medio de la agitación, se realizó la elección de la mesa. La composición de este Congreso era muy diferente a la del Congreso de junio. "Los ga- lones de oficial, las gafas y las corbatas de los intelectuales ya casi no se veían, dominaba el color gris en las vestimentas y en los rostros (...) Rostros ru- dos, mordidos por la intemperie, pesados pies cubiertos de sabañones, de- dos amarillentos de fumar tabaco ordinario, botones medio arrancados, co- reas colgando, botas gastadas y sucias sin lustrar desde hacía tiempo. Por

1 y 2. John Reed, *Diez días que conmovieron al mundo*.

primera vez, la nación plebeya había enviado una representación honesta, sin disfraz, hecha a su imagen y semejanza"³.

De los 650 delegados presentes, los bolcheviques y sus aliados sumaban casi 400. Respetando el criterio proporcional, según la cantidad de delegados, la votación dio por resultado una mesa compuesta por catorce bolcheviques, siete socialistas revolucionarios, tres mencheviques y un internacionalista del grupo de Gorki. Pero los socialistas revolucionarios de derecha y del centro anunciaron inmediatamente que se negaban a formar parte de la mesa. Los mencheviques tomaron la palabra para decir lo mismo. Incluso los mencheviques internacionalistas (el grupo de Martov) plantearon que ellos no podían participar. En medio de gritos y agitación general, se nombró a los bolcheviques que integrarían la mesa. Se desató entonces una ovación y subieron a la tribuna de la presidencia Trotsky, Kamenev, Lunacharsky, Kollontai y otros bolcheviques. Comenzaba el Congreso de la insurrección soviética.

¿Un gobierno de toda la "democracia soviética"?

Tras la lectura del orden del día, pidió la palabra Martov, aquel viejo compañero de Lenin en los comienzos de la socialdemocracia rusa, dirigente histórico del partido menchevique, jefe ahora de su fracción internacionalista. Mientras tanto, comenzaban a sonar más fuerte los cañonazos del crucero Aurora.

"¡Comienza la guerra civil, camaradas! – dijo Martov– . La primera cuestión debe ser el arreglo pacífico de la crisis. Por razones de principio tanto como por razones políticas, debemos comenzar por discutir con urgencia los medios de impedir la guerra civil. Están matando a nuestros hermanos en las calles. (...) Es preciso que creemos un poder reconocido por toda la democracia. Si el Congreso quiere ser la voz de la democracia revolucionaria, no debe cruzarse de brazos ante la guerra civil, so pena de provocar el estallido de una peligrosa contrarrevolución... Una solución pacífica sólo es posible mediante la constitución de un poder democrático unido... Debemos elegir una delegación que negocie con los otros partidos y organizaciones socialistas..."⁴.

La propuesta de Martov de formar un gobierno soviético compuesto por todos los partidos que integraban el Congreso (es decir, desde los conciliadores hasta los bolcheviques) concitó la aprobación de un amplio sector de delegados. Sujánov y otros cronistas relatan que la propuesta fue aplaudida por la mayoría de la sala. Los socialistas revolucionarios de izquierda y otros pequeños grupos se mostraron de acuerdo. Todos ellos pensaban que los bolcheviques se manifestarían en contra. Sin embargo, Lunacharsky pidió la palabra y declaró que los bolche-

3. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

4. John Reed, op.cit.

viques no tenían nada que objetar a la propuesta de Martov. La moción fue aprobada.

Era un momento crítico. Durante meses, los soviets, dominados por los conciliadores, habían cedido el poder a la burguesía y al gobierno provisional, negándose a tomar el poder en sus manos. Ahora, cuando los bolcheviques contaban por primera vez con una mayoría, se proponía formar un gobierno unitario de todos los "partidos soviéticos". Es decir un gobierno de conjunto de los bolcheviques con aquellos que habían apoyado al gobierno de coalición con la burguesía. En otros términos: cuando todavía se estaba combatiendo en el Palacio de Invierno, Martov impulsaba un acuerdo entre los sitiadores y los sitiados. Aun así, los bolcheviques decidieron no rechazar la propuesta. Las tradiciones del poder dual, las antiguas consignas, los viejos planteos, todavía pesaban en la conciencia de las masas revolucionarias. Había que procesar esa experiencia. Y los acontecimientos se desarrollaban de modo tal que el proceso sería muy rápido.

Se retiran los conciliadores

En efecto, la actitud que tomaron los conciliadores estuvo lejos de aceptar el "compromiso". "Tan pronto como los bolcheviques apoyaron la formación de un gobierno democrático de coalición, una sucesión de oradores, todos representantes del antiguo bloque dominante de los socialistas moderados, salió a denunciar a los bolcheviques"⁵. Uno tras otro, fueron subiendo al estrado voceros de los mencheviques y socialistas revolucionarios para denunciar el "golpe de Estado" bolchevique. La mayoría de ellos eran oficiales del frente, y a pesar de su alto rango decían defender la postura de los soldados de las trincheras.

"Los políticos hipócritas que dominan esta asamblea – gritó uno de ellos, un capitán menchevique llamado Jarash– nos han dicho que debemos arreglar la cuestión del poder. Bien, esta cuestión se está arreglando a espaldas nuestras, antes incluso de que se abra el Congreso." Lo siguió otro oficial, también menchevique: "Los socialrevolucionarios y los mencheviques rechazan toda participación en este movimiento e invitan a todas las fuerzas públicas a que se opongan a toda tentativa violenta de toma del poder". Un representante de los socialistas revolucionarios, en el mismo sentido, dijo: "en el frente, al cual voy a regresar, todos los comités consideran que la toma del poder por los Soviets, tres semanas antes de la reunión de la Constituyente, ¡es una puñalada asestada por la espalda al ejército y un crimen contra la nación!". Entre los gritos de la mayoría de la asamblea, que lo acusaba de mentiroso, continuó: "Terminemos aquí esta aventura, abandonemos todos este salón por el bien del país y de la revolución".

La situación se volvió tensa en extremo. Los delegados conciliadores eran

5. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*.

interrumpidos por los gritos de la masa de soldados y obreros, que los acusaba de kornilovianos, de hablar en nombre del Estado Mayor, de traicionar a la revolución. Cuando consiguió hacerse oír, Jinchuk leyó la declaración de los mencheviques: "la única solución pacífica consiste en entrar en negociaciones con el Gobierno Provisional para la formación de un nuevo gabinete que tenga el apoyo de todas las capas de la sociedad". Según Reed, "durante varios minutos le fue imposible continuar". Cuando pudo seguir, anunció que los mencheviques se retiraban del Congreso.

Cambia el clima

Después de las intervenciones de los oficiales conciliadores, comenzaron a tomar la palabra soldados rasos de los regimientos del frente, muchos de ellos bolcheviques. El clima de la asamblea cambió por completo. Karl Peterson, un soldado joven de la infantería letona, fue el más recordado. "Habéis escuchado – dijo–, las declaraciones de los dos delegados del ejército; esas declaraciones hubieran tenido algún valor si sus autores hubiesen sido realmente representantes del ejército". En medio de una ovación, continuó, "los soldados letones han repetido muchas veces: '¡Basta de resoluciones, basta de palabrerías! ¡Actos! ¡Queremos el poder!'. ¡Que los delegados impostores abandonen el Congreso! El ejército no está con ellos'...".

La intervención de los soldados rasos transformó el clima de la asamblea. Relata John Reed: "Los aplausos estremecieron el salón. Al comienzo de la sesión, asombrados por la rapidez de los acontecimientos, sorprendidos por el estruendo del cañón, los delegados permanecían indecisos. Por espacio de una hora, desde la tribuna les habían asestado martillazo tras martillazo, soldándolos en una sola masa, pero aplastándolos también. ¿Sería posible que estuviesen solos? ¿Se había alzado Rusia contra ellos? ¿Era cierto que el ejército marchaba sobre Petrogrado? Luego había venido este soldado joven de mirada límpida y, como a través del fulgor de un relámpago, habían reconocido la verdad. Sus palabras eran la voz de los soldados; los millones hormigueantes de obreros y campesinos en uniforme eran hombres como ellos, que pensaban y sentían como ellos".

¡Al basurero de la historia!"

Los delegados de la derecha abandonaron el Congreso. Al hacerlo, dejaban tecleando en el vacío la propuesta presentada por Martov, que ya había sido aprobada, de llegar a un compromiso entre todos los partidos soviéticos. Pero Martov insistía, denunciando la insurrección como "algo realizado únicamente por el partido bolchevique" y reclamando la suspensión del Congreso hasta llegar a un acuerdo entre "todos los partidos socialistas".

Era preciso responder; Trotsky fue el encargado. Su discurso, histórico, marcaba el punto de inflexión en el Congreso de la insurrección proletaria.

"Lo que ha sucedido – dijo Trotsky, con el rostro pálido y un tono frío y

despectivo— es una insurrección y no un complot. El levantamiento de las masas populares no necesita justificación. Hemos dado temple a la energía revolucionaria de los obreros y soldados de Petrogrado. Hemos forjado abiertamente la voluntad de las masas para la insurrección y no para un complot. Nuestra insurrección ha vencido y ahora se nos hace una propuesta: renunciad a vuestra victoria, concluid un acuerdo. ¿Con quién? Pregunto: ¿con quién debemos concluir un acuerdo? ¿Con los miserables grupitos que se han retirado de aquí?... Pero si ya los hemos visto de cuerpo entero. No hay nadie ya detrás de ellos en Rusia. ¿Con ellos deberían concluir un acuerdo, de igual a igual, los millones de obreros y campesinos representados en este Congreso, a quienes aquéllos, y no es la primera vez, están dispuestos a entregar a merced de la burguesía? No, ¡aquí el acuerdo no sirve para nada! A los que se han ido de aquí, como a los que se presentan con propuestas semejantes, debemos decirles: Estáis lamentablemente aislados, sois unos fracasados, vuestro papel ya está jugado, dirigios allí donde vuestra clase está ahora: ¡al basurero de la historia!...”⁶

6. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

Más que un llamamiento...

"El comienzo de un nuevo régimen estatal"

Luego de la retirada de los conciliadores, se cerraba la primera batalla política del Congreso. Ahora había que seguir adelante, avanzar con las medidas del poder. Pero el Palacio de Invierno seguía en manos del gobierno. Se convocó entonces un cuarto intermedio, que duró menos de una hora.

Cuando el Congreso se reanudó, la situación había cambiado. Kamenev leyó el telegrama que acababa de enviar Antonov: el Palacio de Invierno ha sido tomado; todo el Gobierno Provisional, excepto Kerensky, ha sido detenido. Mientras Kamenev intentaba leer la lista de los personajes detenidos, la euforia se apoderó del Congreso de los Soviets. Era la victoria.

Durante varias horas se sucedieron todavía las mociones de orden y los telegramas de apoyo al nuevo régimen por parte de todos los destacamentos y fuerzas militares revolucionarias. Casi a las cinco de la mañana, finalmente, Lunacharsky subió a la tribuna para leer un llamamiento del Congreso al pueblo. Escrita por Lenin, la proclama era mucho más que una declaración. Según las palabras de Trotsky, "no es un simple llamamiento (sino) el comienzo de un nuevo régimen estatal"¹.

Este es el texto del llamamiento:

"Obreros, Soldados, Campesinos,

El segundo Congreso de los Soviets de Diputados obreros y soldados de toda Rusia comienza sus tareas. Representa a la gran mayoría de los soviets. Toma parte en él, asimismo, cierto número de delegados de los soviets campesinos.

Apoyándose en la voluntad de la inmensa mayoría de los obreros soldados y campesinos y en la victoria de los obreros y la guarnición de Petrogrado, el Congreso toma en sus manos el poder.

El Gobierno Provisional queda derrocado; la mayor parte de los miembros del Gobierno Provisional ha sido ya detenida.

El poder soviético propondrá una paz democrática inmediata a todas las naciones y un armisticio inmediato en todos los frentes. Procederá a entregar a los comités campesinos los bienes de los terratenientes, de la Corona y de la Iglesia. Defenderá los derechos de los soldados y llevará a cabo la total democratización del ejército. Implantará el control obrero sobre la producción, asegurará la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha fijada, tomará todas las medidas necesarias para abastecer de pan a las ciudades y a los pueblos de géneros alimenticios de primera necesidad. Asegurará a todas las nacionalidades que vivan en Rusia el derecho absoluto a disponer de su propia existencia.

1. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

El Congreso decide que el ejercicio de todo el poder en las provincias sea conferido a los Soviets de Diputados obreros, campesinos y soldados, quienes deberán asegurar una disciplina revolucionaria perfecta.

El Congreso hace un llamamiento a la vigilancia y firmeza de los soldados en las trincheras. El Congreso de los Soviets está persuadido de que el ejército revolucionario sabrá defender la revolución contra los ataques imperialistas, hasta que el nuevo gobierno haya podido concertar la paz democrática que va a proponer directamente a todos los pueblos. El nuevo gobierno tomará las medidas necesarias para cubrir todas las necesidades del ejército revolucionario, mediante una política firme de requisición e imposición a las clases poseedoras y para mejorar la situación de las familias de los soldados.

Los kornilovistas, Kerenski, Kaledin y otros se esfuerzan por lanzar tropas contra Petrogrado. Varios regimientos engañados por Kerenski han pasado ya al lado del pueblo insurrecto.

¡Soldados! ¡Oponed una resistencia activa al kornilovista Kerenski! ¡Manteneos en guardia!

¡Ferroviarios! ¡Detened todos los trenes de tropas enviadas por Kerenski contra Petrogrado!

¡Soldados! ¡Obreros! ¡Funcionarios! ¡El destino de la revolución y de la paz democrática está en vuestras manos!

¡Viva la revolución!"

El llamamiento estaba firmado por el Congreso de los Soviets de Diputados obreros y soldados de toda Rusia y delegados de los Soviets campesinos:

"La lectura de este manifiesto histórico fue interrumpida una y otra vez por tormentosas olas de ovaciones y gritos (...) Finalmente, a las 5 de la mañana del 26 de octubre el manifiesto que legitimaba la creación de un gobierno revolucionario fue votado y aprobado por un margen abrumador, con sólo dos votos en contra y doce abstenciones. Despuntaba una mañana gris y brumosa, típica del otoño de Petrogrado, cuando los delegados salieron lentamente del Smolny. En los pisos de arriba, los líderes exhaustos del Comité Militar Revolucionario se tiraban en el piso de sus oficinas repletas para tratar de dormir un poco, algunos por primera vez en varios días. Lenin se había ido al cercano departamento de Bonch-Bruevich para descansar y preparar un decreto sobre la reforma agraria para la siguiente sesión del Congreso. Los bolcheviques habían llegado al poder en Petrogrado y una nueva era en la historia de Rusia y del mundo acababa de comenzar"².

2. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*.

El arte de la insurrección

En Historia de la Revolución Rusa, León Trotsky desarrolló un análisis excepcional del proceso revolucionario que lo había tenido como uno de los protagonistas más destacados. El libro, escrito cuando su autor ya había sido expulsado de la Unión Soviética por la burocracia de Stalin, fue también un alegato contra esa burocracia y sus tergiversaciones históricas sobre la revolución de 1917.

En el capítulo 43, titulado "El arte de la insurrección", posiblemente uno de los mejores de todo el libro, Trotsky elabora una serie de reflexiones sobre la insurrección de Octubre que tienen extraordinario valor teórico, político y metodológico.

Insurrección y "blanquismo" En qué consistía la crítica de Engels

“D e sus observaciones y reflexiones sobre los fracasos de numerosos levantamientos en los que participó o fue testigo, Augusto Blanqui dedujo un cierto número de reglas tácticas, sin las cuales la victoria de la revolución se hace extremadamente difícil, si no imposible. Blanqui recomendaba la creación, con tiempo suficiente, de destacamentos revolucionarios regulares con dirección centralizada, un buen aprovisionamiento de municiones, un reparto bien calculado de las barricadas, cuya construcción sería prevista y se defenderían sistemáticamente. (...)

La insurrección es un arte y como todo arte tiene sus leyes. Las reglas de Blanqui respondían a las exigencias del realismo en la guerra revolucionaria. El error de Blanqui consistía no en su teorema directo, sino en el recíproco. Del hecho que la incapacidad táctica condenaba al fracaso a la revolución, Blanqui deducía que la observación de las reglas de la táctica insurreccional era capaz por sí misma de asegurar la victoria. Solamente a partir de esto es legítimo oponer el blanquismo al marxismo. La conspiración no sustituye a la insurrección. La minoría activa del proletariado, por bien organizada que esté, no puede conquistar el poder independientemente de la situación general del país: en esto el blanquismo es condenado por la historia. Pero únicamente en esto. El teorema directo conserva toda su fuerza. Al proletariado no le basta con la insurrección de las fuerzas elementales para la conquista del poder. Necesita la organización correspondiente, el plan, la conspiración. Es así como Lenin plantea la cuestión.

La crítica de Engels, dirigida contra el fetichismo de la barricada, se apoyaba en la evolución de la técnica en general y de la técnica militar. La téc-

nica insurreccional del blanquismo correspondía al carácter del viejo París, a su proletariado, compuesto a medias de artesanos; a las calles estrechas y al sistema militar de Luis Felipe. En principio, el error del blanquismo consistía en la identificación de revolución con insurrección. El error técnico del blanquismo consistía en identificar la insurrección con la barricada. La crítica marxista fue dirigida contra los dos errores. Considerando, de acuerdo con el blanquismo, que la insurrección es un arte, Engels descubrió no sólo el lugar secundario de la insurrección en la revolución, sino también el papel declinante de la barricada en la insurrección. La crítica de Engels no tenía nada en común con una renuncia a los métodos revolucionarios en provecho del parlamentarismo puro, como intentaron demostrar en su tiempo los filisteos de la socialdemocracia alemana, con el concurso de la censura de los Hohenzollern. Para Engels, la cuestión de las barricadas seguía siendo uno de los elementos técnicos de la insurrección. Los reformistas, en cambio, intentaban concluir de la negación del papel decisivo de la barricada la negación de la violencia revolucionaria en general. Es más o menos como si, razonando sobre la disminución probable de la trinchera en la próxima guerra, se dedujese el hundimiento del militarismo."

Insurrección y partido

Las condiciones para la victoria

"El hecho de que no se pueda provocar un levantamiento cuando se quiere y que para la victoria sea necesario organizar oportunamente la insurrección plantea a la dirección revolucionaria el problema de dar un diagnóstico exacto: es preciso sorprender a tiempo la insurrección que asciende para completarla con una conspiración. Aunque se haya abusado mucho de la imagen, la intervención obstétrica en un parto sigue siendo la ilustración más viva de esta intromisión consciente en un proceso elemental. (...) En febrero, casi no se planteó la cuestión de la fecha del parto en la medida en que la insurrección había estallado de 'manera inesperada', sin dirección centralizada. Pero precisamente por eso el poder pasó no a los que habían realizado la insurrección, sino a los que la habían frenado. Ocurría de una forma muy distinta en la nueva insurrección: estaba conscientemente preparada por el Partido Bolchevique. El problema de elegir el buen momento para dar la señal de ofensiva recayó, por ello mismo, en el Estado Mayor bolchevique.

La palabra 'momento' no ha de entenderse literalmente, como un día y una hora determinados: incluso para los alumbramientos, la naturaleza concede un margen de tiempo considerable, cuyos límites no sólo interesan a la obstetricia, sino también a la casuística del derecho de sucesión. Entre el momento en que la tentativa de provocar un levantamiento, por ser aún inevitablemente prematura, conduciría a un aborto revolucionario, y el otro momento en que la situación favorable debe ser considerada ya como irreme-

diablenamente perdida, transcurre un cierto período de la revolución – puede medirse en semanas y, algunas veces, en meses– durante el cual la insurrección puede realizarse con más o menos probabilidades de triunfo. Discernir este período relativamente corto y escoger después un momento determinado, en el sentido preciso del día y de la hora, para dar el último golpe, constituye la tarea más llena de responsabilidades para la dirección revolucionaria. Se puede justamente considerarlo como el problema clave, puesto que relaciona la política revolucionaria con la técnica de la insurrección: ¿habrá que recordar que la insurrección, lo mismo que la guerra, es la prolongación de la política, sólo que por otros medios?

La intuición y la experiencia son necesarias para una dirección revolucionaria, así como para los otros aspectos del arte creador. Pero eso no basta. También el arte del curandero puede reposar, y no sin éxito, sobre la intuición y la experiencia. El arte del curandero político sólo basta para las épocas y períodos en los que predomina la rutina. Una época de grandes cambios históricos ya no tolera las obras de los curanderos. La experiencia, incluso inspirada por la intuición, no es suficiente. Es necesario un método materialista que permita descubrir, tras las sombras chinescas de los programas y las consignas, el movimiento real de los cuerpos sociales.

Las premisas esenciales de una revolución consisten en que el régimen social existente se encuentra incapaz de resolver los problemas fundamentales del desarrollo de la nación. La revolución no se hace, sin embargo, posible más que en el caso en que entre los diversos componentes de la sociedad aparece una nueva clase capaz de ponerse a la cabeza de la nación para resolver los problemas planteados por la historia. El proceso de preparación de la revolución consiste en que las tareas objetivas, producto de las contradicciones económicas y de clase, logran abrirse un camino en la conciencia de las masas humanas, modifican aspectos y crean nuevas relaciones entre las fuerzas políticas.

Como resultado de su incapacidad manifiesta para sacar al país del callejón, las clases dirigentes pierden fe en sí mismas, los viejos partidos se descomponen, se produce una lucha encarnizada entre grupos y camarillas y se centran todas las esperanzas en un milagro o en un taumaturgo. Todo esto constituye una de las premisas políticas de la insurrección, extremadamente importante aunque pasiva.

La nueva conciencia política de la clase revolucionaria, que constituye la principal premisa táctica de la insurrección, se manifiesta por una furiosa hostilidad al orden establecido y por la intención de realizar los esfuerzos más heroicos y estar dispuesta a tener víctimas para arrastrar al país a un camino de rehabilitación.

Los dos campos principales, los grandes propietarios y el proletariado no representan, sin embargo, la totalidad de la nación. Entre ellos se insertan las amplias capas de la pequeña burguesía, que recorren toda la gama del prisma económico y político. El descontento de las capas intermedias, sus desilusiones ante la política de la clase dirigente, su impaciencia y su rebel-

día, su disposición a apoyar la iniciativa audazmente revolucionaria del proletariado, constituyen la tercera condición política de la insurrección, en parte pasiva en la medida que neutralice a los estratos superiores de la pequeña burguesía, y en parte activa en la medida que empuje a los sectores más pobres a luchar directamente codo a codo con los obreros.

La reciprocidad condicional de esas premisas es evidente: cuanto más resuelta y firmemente actúe el proletariado y, por tanto, mayores sean sus posibilidades de arrastrar a las capas intermedias, tanto más aislada quedará la clase dominante y más se acentuará su desmoralización. Y, en cambio, la disgregación de los grupos dirigentes lleva agua al molino de la clase revolucionaria.

El proletariado sólo puede adquirir esa confianza en sus propias fuerzas – indispensable para la revolución– cuando descubre ante él una clara perspectiva, cuando tiene la posibilidad de verificar activamente la relación de fuerzas que cambia a su favor y cuando se siente dirigido por una dirección perspicaz, firme y audaz. Esto nos conduce a la condición, última en su enumeración pero no en su importancia, de la conquista del poder: al partido revolucionario como vanguardia estrechamente única y templada de la clase."

La insurrección de octubre en Moscú

Los días que aún conmueven al mundo (IV)

La insurrección bolchevique de octubre de 1917 tuvo su centro en Petrogrado, el corazón político del imperio ruso. Allí se decidió la suerte de la revolución. ¿Qué sucedía en otras partes del país? ¿Cómo se desarrolló la insurrección?

Luego de la Revolución de Febrero, al igual que en Petrogrado, los bolcheviques sólo tenían con un reducido apoyo en Moscú. Aquí, el clima de "unidad" en torno al gobierno provisional era aún más fuerte. Muchos comités distritales del partido no estaban siquiera claramente diferenciados entre bolcheviques y mencheviques; otros discutían abiertamente la unificación. Las diferencias comenzaron a manifestarse luego del retorno de Lenin y según las masas se enfrentaban con el gobierno provisional. De todas maneras, todavía la influencia de los bolcheviques era muy limitada, como lo pusieron en evidencia las elecciones para la Duma municipal el 25 de junio. Los socialistas revolucionarios ganaron en todos los distritos de la ciudad y obtuvieron una mayoría aplastante (58 por ciento). Los kadetes (burgueses liberales) obtuvieron el 17 por ciento; los mencheviques y los bolcheviques prácticamente empataron en el tercer lugar, con un 11 por ciento¹.

Las jornadas de julio transcurrieron en Moscú en una atmósfera tensa, pero en calma. No hubo, como en Petrogrado, enfrentamientos ni grandes manifestaciones. La represión que se abatió luego contra los bolcheviques fue también menor; en pocas semanas el partido comenzó a recuperar sus fuerzas. La primera gran muestra fue la huelga general convocada por los bolcheviques para el 12 de agosto, en ocasión de la Conferencia Nacional que se realizaba en la ciudad en la tentativa de sostener al gobierno burgués. A pesar de haber sido organizada con la oposición del Soviet de Moscú, dirigido por los conciliadores, la huelga general fue un gran éxito y marcó el comienzo del ascenso bolchevique entre las masas de Moscú. Fue vertiginoso. Muchas fábricas y soviets distritales comenzaban a tener direcciones bolcheviques. El 5 de septiembre, casi al mismo tiempo que en Petrogrado, el Soviet de Moscú aprobaba por primera vez una resolución presentada por los bolcheviques. El 24 de septiembre (7 de octubre) se realizaron elecciones a dumas de distrito. Los bolcheviques obtuvieron la mayoría con el 51 por ciento

1. Diane Koenker, *The Evolution of Party Consciousness in 1917: The Case of the Moscow Workers*, 1978.

de los votos; los kadetes tuvieron el 26 por ciento, mientras los socialistas revolucionarios se derrumbaron al 14 por ciento y los mencheviques al 4. A fines de septiembre, el soviét de Moscú también quedaba en manos de los bolcheviques.

Octubre y la catástrofe que amenaza

Así las cosas, en octubre la situación se acercaba hacia un desenlace también en Moscú. La situación económica era catastrófica, aún más que en Petrogrado. Las condiciones de vida de los trabajadores y el pueblo empeoraban día a día. Los precios aumentaban sin parar, dejando atrás los escasos aumentos salariales. Los capitalistas cerraban las fábricas, impulsaban el lock-out, vendían las maquinarias. En nombre de las "dificultades económicas" emprendían un auténtico sabotaje. Los trabajadores de la industria del cuero llevaban diez semanas en huelga. Muchos otros sindicatos planeaban lanzarse al paro en forma inminente. Tal como sucedía en Petrogrado, la crisis había madurado. Ya no se trataba de llevar adelante luchas económicas o incluso huelgas políticas. Lo que se planteaba era la cuestión del poder, de la insurrección.

El 19 de octubre (1° de noviembre), el Soviet, ahora dirigido por los bolcheviques, adoptó una serie de medidas que tenían, en palabras de Victor Serge, un carácter "semi-insurreccional". Disponía que las reivindicaciones de los huelguistas fueran satisfechas de inmediato; los capitalistas acusados de sabotaje industrial debían ser encarcelados. Se establecía que los sindicatos debían garantizar el cumplimiento de la jornada de ocho horas, bajo su propia responsabilidad. Se llamaba a la movilización de las masas y a la toma del poder. Era un llamado directo a la insurrección. El 23 de octubre (5 de noviembre) dio un paso más. Emitió el llamado "decreto número 1", que establecía que la contratación o despido de los trabajadores eran responsabilidad exclusiva de los comités de fábrica. Al día siguiente se dispuso la creación de una guardia roja. El 25 de octubre (7 de noviembre) estalló la insurrección en Petrogrado. Al calor de estos hechos, y siguiendo el ejemplo de la capital, el Soviet de Moscú dispuso la creación de su propio comité militar revolucionario. La cuestión se discutió abiertamente en el Soviet: los mencheviques y socialistas revolucionarios hicieron conocer su rechazo a la política seguida por los bolcheviques, y llamaron a los trabajadores a mantener el control y no seguir el ejemplo de Petrogrado. Cuando su propuesta fue derrotada en la votación, anunciaron que de todos modos iban a participar en el trabajo del comité, con el objetivo de "mitigar en la medida de lo posible los efectos del proyectado golpe de estado bolchevique"². Es decir, para sabotear la insurrección. La participación de los conciliadores fue autorizada.

2, 3 y 4. Victor Serge, *El año I de la revolución rusa*.

Al mismo tiempo, la Duma municipal, dominada por los partidos conciliadores, se reunió en secreto, sin la participación de los diputados bolcheviques, y decidió constituir un Comité de Salvación Pública. Se trataba de un órgano para la lucha directa contra la insurrección. Los principales responsables de este organismo eran miembros del partido socialista revolucionario: lo encabezaba el alcalde de la ciudad, llamado Rudnev. El coronel Riabsev, del mismo partido, se ocupaba de los aspectos organizativos. Era el inicio de la formación de los ejércitos "blancos".

La batalla de Moscú

La lucha abierta comenzó el día 27 (9 de noviembre), cuando la Duma y el Comité de Salvación intimaron al Comité Militar Revolucionario a disolverse de inmediato. Lo que siguió fue una batalla callejera que duró varios días. Victor Serge señala que la propia geografía de la ciudad contribuyó a dificultar el desenlace del enfrentamiento: "Moscú tiene el aspecto topográfico de una ciudad que ha ido creciendo en el transcurso de los siglos, desarrollándose en círculos concéntricos en torno a los palacios y a las iglesias del Kremlin (...) La ciudad, edificada sobre colinas, conjunto de callejuelas estrechas cuyas líneas irregulares se entrecruzan, sembrada de innumerables iglesias que se levantan entre jardines, cercada de largos bulevares plantados de árboles, ofrece innumerables posibilidades para el ataque y la defensa"³.

El Comité Militar Revolucionario tenía su cuartel general en el edificio del Soviet, en el centro de la ciudad. El objetivo de las fuerzas contrarrevolucionarias era ocupar el lugar y detener a sus líderes. El plan de los revolucionarios, en tanto, consistía en resistir ese ataque y esperar que llegasen refuerzos de los suburbios de la ciudad, para tomar a los contrarrevolucionarios por la espalda.

El 28 de octubre, los blancos rodearon el Kremlin, ocupado por las fuerzas revolucionarias en las primeras horas de la insurrección. El comandante de la fortaleza, sin contacto con el comité militar revolucionario, se rindió, bajo la promesa de que sería respetada la vida de sus hombres. Pero los oficiales y alumnos de las escuelas militares no cumplieron el pacto. Los obreros del arsenal del Kremlin fueron conducidos a un patio, apuntados con grandes ametralladoras, y se abrió fuego sobre ellos. Sólo algunos lograron salvar la vida. Comenzaba el terror blanco, que se cobraría miles de vidas en la guerra civil.

Los fusilamientos del Kremlin, dice Serge, "no eran un hecho aislado... los blancos detenían y fusilaban gente, al azar, casi en todas partes"⁴. Para entonces, las fuerzas contrarrevolucionarias habían recuperado el control de las principales estaciones de ferrocarril, y las centrales eléctrica y telefónica. Ya había, de hecho, una negociación con el comité militar revolucionario para llegar a un armisticio. Pero la noticia de los fusilamientos del Kremlin convenció a los revolucionarios de que debían luchar hasta el final: no había posibilidad de negociación. A pesar de que el cuartel general estaba casi cerca-

do, los refuerzos de guardias rojos y regimientos sublevados llegaban desde las afueras de la ciudad en auxilio de las fuerzas revolucionarias.

El 29 de octubre se combatió en forma durísima en todo el centro de la ciudad. Por la tarde se firmó una tregua de veinticuatro horas, pero la llegada de refuerzos para los blancos la rompió. Horas más tarde, los revolucionarios recibieron también refuerzos de artillería, que fueron emplazados en las principales plazas. Los blancos comenzaron a replegarse, hasta atrincherarse en el Kremlin.

El bombardeo del Kremlin

Se planteaba el asalto final a esa fortaleza. Pero los propios bolcheviques titubeaban y no se decidían a bombardear el histórico edificio. Finalmente comenzó a caer fuego de artillería. "La noticia – cuenta John Reed– se transmitía casi con horror de boca en boca por las calles de Petrogrado. Personas llegadas de 'la madrecita Moscú de piedra blanca' relataban cosas atroces. Miles de muertos... Nada de lo cometido por los bolcheviques podía compararse a este pavoroso sacrilegio en el corazón mismo de la santa Rusia"⁵. Los blancos capitularon, finalmente, el 2 de noviembre (15 de noviembre), a las cuatro de la tarde. La insurrección había triunfado, también, en Moscú.

Pero la insurrección mostraba aún una indulgencia excesiva hacia sus enemigos. Las cláusulas de la rendición establecían que los oficiales podían conservar sus armas, y que las escuelas militares podrían hacer lo propio con aquellas armas "necesarias para los ejercicios". Aún más importante, se garantizaba la libertad de todos los implicados en la lucha contrarrevolucionaria. Casi todos ellos iban a reagruparse para combatir de nuevo contra los bolcheviques en la futura guerra civil.

5. John Reed, *Diez días que conmovieron al mundo*.

Entre Petrogrado y Moscú

"En Petrogrado la sublevación, preparada detenidamente, con minuciosidad, es esencialmente política; se trata de la toma consciente del poder. La revolución, según la frase de Trotsky, tiene lugar en una fecha fija. Hay dos factores decisivos que dominan los acontecimientos: el partido y la guarnición. La acción se lleva adelante con una energía reflexiva, sin el menor titubeo. El éxito es rápido y poco costoso. No hay derramamiento de sangre.

"La insurrección de Petrogrado nos presenta el modelo de un movimiento de masas perfectamente organizado.

"En Moscú la espontaneidad de las masas es superior a su organización. El movimiento insurreccional obedece a un determinismo económico casi directo. La conciencia política de las finalidades y de los medios es aquí menos clara; las vacilaciones, los tanteos, los retrasos, hacen surgir toda clase de obstáculos. Un adversario muy inferior en número, pero bien organizado, resuelto, dotado de una clara conciencia política de la finalidad que persigue (restablecer el orden) y de los medios a emplear (el terror) tiene a raya durante largos días a la insurrección y le inflige pérdidas muy crueles.

"Los obreros de los arrabales de Moscú se armaron como pudieron. Con frecuencia avanzaron al combate abandonándose a su propia intuición. Escaseaban las armas. Escaseaban las municiones. Cuando se consiguió tener cañones, faltaron las granadas. Cuando se tuvo granadas, se pudo ver que faltaban las alzas de las piezas. Los servicios de enlace eran defectuosos. No existía servicio alguno de información. 'Combatíamos muy mal, marchábamos arrastrados por los elementos', dice Muratov, que dirigía a los bolcheviques. No había unidad de comando, la iniciativa estaba siempre en manos de los blancos; su inferioridad numérica estuvo compensada en ciertos momentos con la ocupación de los puntos estratégicos.

"El entusiasmo de los combatientes era, sin duda alguna, admirable; unido a una buena organización hubiera hecho maravillas. Entregado en gran parte a sí mismo, no pudo evitar que la batalla fuese larga, insegura y costosa.

"El comité militar revolucionario no se constituyó hasta el día 25, demasiado tarde, y vaciló demasiado. Entabló negociaciones inútiles con los socialistas revolucionarios y con los mencheviques; cometió el error de firmar el día 29 un armisticio, en el momento mismo en que los bolcheviques estaban a punto de apoderarse de la central de teléfonos; dio pruebas de una magnanimidad deplorable para con los contrarrevolucionarios vencidos.

"En opinión nuestra, las insurrecciones de Petrogrado y de Moscú son movimientos de tipos distintos. La de Moscú hace recordar – vagamente, hagámoslo constar– el tipo anticuado de las insurrecciones proletarias, cuyo modelo perfecto nos lo ofrece la revuelta de los obreros parisinos en el

mes de junio de 1848, revuelta provocada deliberadamente por la política económica de la burguesía. También en los acontecimientos de Moscú desempeña papel importante la provocación económica; a ella responde la insurrección que, a veces, cae víctima de sus maniobras; el enemigo busca la ocasión de hacer una masacre. Por el contrario, la insurrección de Petrogrado es la primera realización del 'nuevo tipo' de sublevación armada del proletariado, que debía diseñarse con mayor relieve que en la insurrección de Hamburgo, el año 1923. En ella se acopla la acción de un gran partido con la acción de las masas; la una y la otra se lanzan a la hora convenida, después de una preparación minuciosa; queda reducida al mínimo la parte que se reserva a la casualidad; empleándose con la mayor economía las fuerzas comprometidas. En Hamburgo no acarreo la derrota – que fue más bien una retirada– sino pérdidas muy débiles. Ahora bien, lo corriente es que las derrotas se paguen caras.

"Los acontecimientos de Petrogrado y de Moscú ponen de relieve, por contraste, la inmensa superioridad que tienen las acciones bien organizadas sobre los movimientos en que predomina la espontaneidad. A la luz de estas experiencias pueden reducirse las condiciones necesarias para la victoria del proletariado a estas reglas elementales del arte militar: máximo de organización y de energía en la acción; superioridad de fuerzas en el momento y en los puntos decisivos."

Victor Serge, *El año I de la revolución rusa* (1930)

SEPTIMA PARTE

El Proletariado en el Gobierno

La paz, la tierra, el nuevo gobierno

Lenin en el segundo congreso de los soviets

El segundo Congreso Panruso de los soviets comenzó a sesionar poco antes de la medianoche del 25 de octubre (7 de noviembre). En el transcurso de la propia sesión llegaba a su fin la insurrección en Petrogrado. A las 3 de la mañana Kamenev lee desde la tribuna el telegrama que informa la toma del Palacio de Invierno. El Congreso de la dictadura proletaria cerrará su primera sesión proclamando que "los soviets toman en sus manos el poder". Eran las seis de la mañana cuando se levanta la reunión y comienzan los febriles preparativos para reanudar los trabajos que pondrán en marcha el nuevo orden, sus primeros decretos, el gobierno obrero y campesino.

Todo era igual y nada era lo mismo esa primera mañana del poder soviético. "En apariencia, todo estaba tranquilo; cientos de miles de personas regresaban prudentemente a sus hogares, se levantaban temprano, y se dirigían a su trabajo. En Petrogrado funcionaban los tranvías, las tiendas y los restaurantes estaban abiertos, los teatros daban funciones, se anunciaba una exposición de pintura (...) La vida cotidiana proseguía en toda su rutinaria complejidad, que ni la misma guerra interrumpe (...) Circulaban mil rumores acerca de Kerenski (que había huido el día anterior) (...) se decía que había sublevado el frente y venía guiando un gran ejército sobre la capital".¹ La actividad en el Smolny (sede del Soviet) continúa a ritmo febril. "El Comité militar revolucionario no interrumpió ni un minuto su trabajo, recibía a los delegados, correos, informantes voluntarios, amigos llenos de abnegación y tunantes, enviaba comisarios a todos los rincones de la capital, sellaba innumerables órdenes y certificados de poderes, todo esto a través de peticiones de informes que se entrecruzaban, comunicados urgentes, llamadas telefónicas y el ruido de las armas. Estos hombres, en el límite de sus fuerzas, que no habían comido ni dormido desde hacía tiempo, sin afeitarse, con ropa sucia y los ojos inflamados, gritaban con voz ronca, gesticulaban exageradamente y, si no caían inánimes en el suelo, parece que sólo era gracias al caos del ambiente que les hacía dar vueltas y les llevaba sobre sus alas irresistibles".²

1. John Reed, *Diez días que conmovieron al mundo*.

2. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.

El Comité central de los bolcheviques se reúne de urgencia para definir los primeros pasos del nuevo régimen y proponer un nuevo gobierno al Congreso, que debía reanudar sus trabajos después del mediodía: "...debía reunirse a la una y el gran salón de sesiones estaba lleno desde hacía rato. Sin embargo, a las siete, la mesa directiva no había aparecido todavía... Los bolcheviques y la izquierda socialrevolucionaria deliberaban en sus propias salas. Durante toda la tarde, Lenin y Trotsky habían tenido que combatir las tendencias hacia una componenda. Una buena parte de los bolcheviques opinaba que debían hacerse las concesiones necesarias para lograr constituir un gobierno de coalición socialista (...) - 'No podemos aguantar' -exclamaban. Son demasiados contra nosotros. No contamos con los hombres necesarios. Quedaremos aislados y se desplomará todo. Así se manifestaban Kamenev, Riazanov y otros. Pero Lenin, con Trotsky a su lado, se mantenía firme como una roca: 'Quienes deseen llegar a un arreglo, que acepten nuestro programa y los admitiremos. Nosotros no cederemos ni una pulgada. Si hay camaradas aquí que no tienen el valor y la voluntad de atreverse a lo que nosotros nos atrevemos, ¡que se vayan a reunir con los cobardes y conciliadores! ¡Con el apoyo de los obreros y los soldados seguiremos adelante!'..."³

Eran las 20:40 cuando, en medio de aclamaciones, se anunció la entrada de la dirección del Congreso. El primero en hablar fue Kamenev, quien dio lectura al informe sobre la actividad del Comité Militar Revolucionario: abolición de la pena de muerte en el ejército, restauración de la libertad de propaganda, liberación de los oficiales y soldados detenidos por delitos políticos, orden de detener a Kerenski y confiscación de las existencias de viveres de los almacenes privados. El Congreso aprobará las medidas en medio de frenéticos aplausos.

Lenin da la cara

Lenin, quien en la sesión anterior había estado disfrazado con una peluca y anteojos, y se había mantenido oculto en un cuarto lateral del Smolny, recibe la palabra para tratar el tema de la paz. Su aparición en la tribuna provocó aplausos interminables. "Era hombre de baja estatura, fornido, la gran cabeza redonda y calva hundida en los hombros, ojos pequeños, nariz roma, afeitado, pero ya su barba, tan conocida antaño, y que ahora sería eterna, comenzaba a erizar sus facciones. Su chaqueta estaba raída, los pantalones eran demasiado largos para él. Aunque no se amoldaba físicamente para ser el ídolo de las multitudes, fue querido y venerado como pocos jefes en el curso de la historia. Un extraño jefe popular, que lo era solamente por la potencia de su espíritu. Sin brillo, sin humor, intransigente y frío, sin ninguna particularidad pintoresca, pero con el poder de explicar ideas profundas en términos sencillos, de analizar concretamente las situaciones, y dueño de la ma-

3, 4, 5 y 6. John Reed, op. cit.

yor audacia intelectual (...) Manteniéndose en el borde de la tribuna, paseó sobre los asistentes sus ojos semicerrados, aparentemente insensible a la inmensa ovación, que se prolongó durante varios minutos. Cuando ésta hubo terminado, dijo simplemente: 'Ahora vamos a dedicarnos a edificar el orden socialista'. Nuevamente se produjo en la sala un fuerte rugido humano".⁴

"En primer lugar – continuó el líder bolchevique–, es preciso adoptar medidas prácticas para la consecución de la paz... Ofreceremos la paz a todos los pueblos de los países beligerantes a base de las condiciones soviéticas: nada de anexiones, nada de indemnizaciones, derecho de los pueblos a determinar su propia existencia. Al mismo tiempo, de acuerdo con lo que hemos prometido, haremos públicos y denunciaremos todos los tratados secretos... La cuestión de la guerra y la paz es tan clara que creo poder dar lectura, sin más preámbulo a un proyecto de proclama a los pueblos de todos los países beligerantes (...)

Su boca grande, que parecía sonreír, se abrió enteramente mientras hablaba; su voz era ronca, pero no desagradable; estaba endurecido por años y años de discursos; surgía en un tono uniforme, y daba la impresión de que no se detendría jamás (...) Cuando quería subrayar una idea, se inclinaba ligeramente hacia delante. Ni un solo gesto. A sus pies, un millar de rostros sencillos se alzaban hacia él en una especie de intensa adoración".

Lenin explicaba: "Esta proposición de paz encontrará la oposición de los gobiernos imperialistas; a este respecto, no nos hacemos ninguna ilusión. Pero esperamos que pronto estallaré la revolución en todos los países beligerantes; por esa razón, nos dirigimos particularmente a los obreros de Francia, Inglaterra y Alemania (...) La revolución de los días 6 y 7 – concluyó Lenin–, ha abierto la era de la revolución social (...) El movimiento obrero, en nombre de la paz y el socialismo, vencerá y cumplirá su destino..."⁵

A las 22:35, luego de varias intervenciones, Kamenev pide finalmente votar, "con el carnet en la mano", por la proclama. Sólo un delegado levantó la mano en contra, pero la violencia de las protestas a su alrededor se la hicieron bajar rápidamente. "Bruscamente, bajo un impulso general, escribe Reed, nos encontramos todos en pie, entonando las notas de La Internacional. Un viejo soldado de cabellos grises lloraba como un niño, Alejandra Kolontai parpadeaba aprisa para no llorar. La poderosa armonía se extendía en la sala, atravesando ventanas y puertas y subiendo muy alto hacia el cielo".⁶

La cuestión agraria

A continuación, Lenin leyó el decreto sobre la tierra, que abolía la gran propiedad de los terratenientes, de la Corona y de la Iglesia, y proclamaba su entrega a los campesinos. Nuevamente, siguiendo el orden natural de una asamblea, se abrieron las discusiones, hasta que finalmente a las 2 de la mañana del 27 de octubre (9 de noviembre) el decreto de la tierra fue sometido a votación. No hubo más que un voto en contra; los delegados campesinos en la sala estaban locos de alegría. Paradoja de la historia: los bolcheviques hacen

aprobar el programa que los socialrrevolucionarios no podían llevar a la práctica por su política conciliadora y su oposición a la insurrección que derrocó al gobierno de Kerensky. No se habla de la colectivización de la tierra.

"No podemos ignorar – decía Lenin en su informe– la decisión de la base popular, aunque no estemos de acuerdo con ella (...) Hemos de dejar a las masas populares una total libertad de acción creadora (...) En suma, y esto es lo esencial, la clase campesina tiene que llegar a convencerse con seguridad de que los propietarios nobles no existen ya en el campo y es preciso que los campesinos decidan desde ahora de todo y organicen ellos mismos su existencia" ¿Oportunismo? No, realismo revolucionario, acota Trotsky.⁷ No había en esto nada improvisado: el gobierno obrero daba a la clase campesina un plazo para poner a prueba efectivamente su programa contradictorio. "Los campesinos quieren conservar la pequeña propiedad, fijar una norma igualitaria (...) proceder periódicamente a nuevas igualaciones, escribía Lenin en agosto. ¡Pues que así sea! Sobre ese punto, ningún socialista razonable se pondrá en desacuerdo con los campesinos pobres. Si las tierras son confiscadas, la dominación de los bancos queda socavada; si el material es confiscado, la dominación del capital queda también socavada; y... al pasar el poder político al proletariado, el resto... lo sugerirá la práctica misma".⁸

El nuevo gobierno

Queda el último punto. Se plantea la formación de un gobierno bolchevique dada la negativa de los restantes partidos soviéticos a integrarlo. El debate no cesa y continuará en los próximos días (ver apéndice). Finalmente, Kamenev comenzó la lectura del decreto sobre la formación del gobierno. La administración de los diversos sectores de la vida estatal es confiada a unas comisiones que deben trabajar, para realizar el programa anunciado por el congreso, "en estrecha unión con las organizaciones de masas de los obreros, obreras, marinos, soldados, campesinos y empleados". Ejerce el poder gubernamental un cuerpo colegiado compuesto por los presidentes de esas comisiones, con el nombre de "Soviet de los Comisarios del pueblo". El control de la actividad del gobierno corresponde al Congreso de los soviets y a su Comité ejecutivo central.

Siete miembros del Comité ejecutivo central del partido bolchevique han sido designados para componer el primer Soviet de los Comisarios del Pueblo: Lenin, jefe de gobierno sin cartera; Rikov, comisario del pueblo en el Interior; Miliutin, dirigente de la Agricultura; Noguín, a la cabeza del Comercio y de la Industria; Trotsky, en Asuntos Exteriores; Lómov, en la Justicia; Stalin, presidente de la Comisión de nacionalidades. La Guerra y la Marina son confiadas a un comité que se compone de Antónov-Ovseenko, de Krilenko y de Dibenko; se piensa colocar a Schliapnikov a la cabeza de la comisaría de

7, 8. León Trotsky, op. cit.

Trabajo; la Instrucción será dirigida por Lunacharski; la tarea penosa e ingrata del aprovisionamiento es confiada a Teodorovich; Correos y Telégrafos, al obrero Glebov. Por el momento no se designa a nadie. comisario de Vías de Comunicación; queda abierta la puerta a un entendimiento con las organizaciones de ferroviarios.

Estos quince candidatos, cuatro obreros y once intelectuales, tenían en su pasado años de encarcelamiento, de deportación y de emigración; cinco de ellos habían estado presos bajo el régimen de la República democrática; el futuro "premier" había salido tan sólo la víspera de una vida clandestina bajo la democracia. Kamenev y Zinoviev no entraron en el Consejo de Comisarios del pueblo: el primero era designado presidente del nuevo Comité Ejecutivo Central, y el segundo, redactor del órgano oficial de los soviets. Cuando Kamenev leyó la lista de los comisarios del pueblo, estallaron aplausos ante la mención de cada nombre y, en particular, después de los de Lenin y Trotsky.

"Han soñado con la dictadura de Kornílov (...) Les daremos la dictadura del proletariado"

El orden del día del congreso ya ha sido tratado. El poder de los soviets ha sido creado. Tiene su programa. Ya se puede poner a trabajar y no faltan tareas para ello. A las 5 y 15 de la mañana, Kamenev cierra el Congreso constitutivo del régimen soviético. Unos corren a la estación. Otros vuelven a su casa. Y muchos al frente, a las fábricas, a los cuarteles, a las minas y a las lejanas aldeas. Con los decretos del Congreso, los delegados van a llevar el fermento de la insurrección proletaria a todas las extremidades del país. Aquella mañana, el órgano central del partido bolchevique, que había tomado de nuevo su viejo nombre de *Pravda* [La Verdad], escribía: "Quieren que seamos los únicos en tomar el poder, para que seamos los únicos en afrontar las terribles dificultades que se han planteado al país (...) Pues bien, tomaremos el poder solos, apoyándonos en la voluntad del país y contando con la ayuda amistosa del proletariado europeo. Pero, habiendo tomado el poder, aplicaremos a los enemigos de la revolución y a los que la sabotean el guante de acero. Han soñado con la dictadura de Kornílov (...) Les daremos la dictadura del proletariado".⁹

9. León Trotsky, op. cit.

De la insurrección de Octubre a la Asamblea Constituyente

Luego de la clausura del Segundo Congreso de los Soviets, la insurrección había concluido victoriosa. Sin embargo, la situación de los bolcheviques era crítica. Nadie creía que fueran capaces de sostenerse en el poder. En Petrogrado, a pesar de que la insurrección había triunfado en forma completa, sin derramamiento de sangre, los víveres sólo alcanzaban para unos pocos días. Lo mismo pasaba en otras ciudades del país. Los periódicos burgueses publicaban noticias sensacionalistas acerca del "golpe de mano" bolchevique, y anunciaban el retorno de tropas leales a Kerensky.

La burguesía y los conciliadores, incapaces de impedir el derrocamiento de su gobierno, pasaron inmediatamente a organizar el sabotaje contra el régimen soviético. Se valieron para ello del servicio de la vieja burocracia estatal. Cuando los bolcheviques lograron vencer la resistencia de los blancos en Moscú, e ingresaron en los edificios gubernamentales, se encontraron con un escenario desolador. "Los legajos – relata Victor Serge–, han servido para taponar las ventanas. Los armarios y los cajones están vacíos. Las máquinas de escribir, inutilizadas. Los empleados de la municipalidad – 16.000 hombres– se han declarado en huelga"¹. Lo mismo sucedía en Petrogrado: en plena escasez de alimentos, los funcionarios del ministerio de abastecimientos se declararon en huelga y se llevaron toda la documentación. En el Banco del Estado, un solo funcionario había quedado en su puesto. "Me encontré con un inmueble desierto – relataba tiempo después un bolchevique que fue protagonista de la ocupación del banco– Obolenski, Piatakov y Smirnov, reunidos en un despacho, se preguntaban cómo se las arreglarían para obtener algún dinero con destino al Consejo de Comisarios del Pueblo"². La escena se repetía en todas las dependencias estatales. Las grandes empresas industriales, financieras y comerciales continuaban pagando salarios a sus funcionarios en huelga.

Tan pronto como el 26 de octubre (es decir un día después de la insurrección), los socialistas revolucionarios y los mencheviques constituyeron el "Comité de Salvación de la Patria y la Revolución", en el que incluyeron a tres re-

1. Victor Serge, *El año I de la revolución rusa* (1930).

2. "Recuerdos" de Bogdanov, publicado en *Proletarskaia Revoliutsia* en 1922, citado por Victor Serge.

presentantes de la alta burguesía. La propia organización militar de los socialistas revolucionarios se lanzó a organizar la sublevación de las academias militares. El periódico oficial del partido anunció que se colocaba a Victor Chernov, el máximo dirigente de los socialistas revolucionarios, "al frente de las tropas del general Krasnov", es decir de los cosacos que pretendían atacar la capital roja. En Moscú los socialistas revolucionarios tuvieron un rol dirigente en la organización de las fuerzas reaccionarias que dieron batalla durante seis días hasta que fueron derrotadas y se aseguró el triunfo bolchevique. Los mencheviques no se quedaban atrás. "Durante los primeros días – dijo tiempo después Dan, uno de sus principales dirigentes–, abrigamos la esperanza de que el complot bolchevique podría ser liquidado por la fuerza de las armas... Como esto no ha sido posible, nos colocamos de aquí en adelante en el punto de vista de la conciliación"³. Georgi Plejanov, el "padre" del marxismo ruso, fue más directo: "no debemos contentarnos con mantener a raya a esta gentuza, sino que hay que aplastarla, hay que ahogarla en sangre. Sólo así conseguiremos salvar a Rusia"⁴.

Los bolcheviques y la iniciativa de las masas

La respuesta de los bolcheviques al sabotaje fue reforzar la iniciativa y la organización de las masas revolucionarias. El sindicato metalúrgico proveyó numerosos cuadros para la reorganización del ministerio de Trabajo, que había sido vaciado por los funcionarios del gobierno provisional, y que estaba ahora a cargo del metalúrgico bolchevique Schliapnikov. Los marinos se encargaron de reestructurar el funcionamiento portuario. Los tribunales habían desaparecido, pero pronto se constituyeron tribunales populares, especialmente en los barrios obreros. "El primero de estos tribunales fue el que se creó en el barrio de Viborg. El público participaba en las deliberaciones y se tomaba de entre ese mismo público al acusador y al defensor. La misma concurrencia era la que dictaba el veredicto"⁵.

El nuevo orden se fue imponiendo bajo el peso de la urgencia. Los soviets votaron una resolución planteando a los comisarios del pueblo "trabajar en estrecho contacto con las organizaciones de las masas de obreros, obreras, marinos, soldados y empleados". El 28 de octubre, otro decreto dejaba a las municipalidades la tarea de garantizar el suministro local. El mismo día, otra directiva impulsaba a las autoridades y gobiernos locales a resolver de inmediato la crisis de alojamiento, otorgándoles el derecho de requisar y confiscación de inmuebles. El 14 de noviembre, un decreto invitaba a los obreros a que controlasen ellos mismos la producción y la situación financiera de las empresas.

3. Victor Serge, op. cit., subrayado en el original.

4. Jacques Sadoul, *Notes sur la révolution bolchévique*.

5. "Recuerdos" de Kozlovski y de Bonch-Bruевич, publicado en *Proletarskaia Revoliutsia* en 1922, citado por Victor Serge.

En esta atmósfera convulsiva, los contrarrevolucionarios, derrotados en las grandes ciudades, comenzaron a organizar sus ejércitos de cosacos y "blancos", en las regiones más atrasadas de Rusia. A ritmo de vértigo, los soviets enfrentaban la situación. Victor Serge enumera las medidas que toman, auténtico derrocamiento del viejo orden y creación del nuevo: "el 10 de noviembre, decreto aboliendo la diferencia de castas y la jerarquía civil; el 22, decreto acerca de la requisa de ropas de abrigo para proveer al ejército (...); el 1 de diciembre, creación del Consejo Superior de la Economía; el 7, creación de la comisión extraordinaria para luchar contra el sabotaje y la contrarrevolución (Cheka); el 9, apertura de negociaciones de paz en Brest-Litovsk; el 11, decreto estableciendo la jornada de trabajo de ocho horas en la red ferroviaria; creación de una comisaría de Instrucción Pública (hasta entonces se encontraba la enseñanza en manos de la iglesia); el 16, decreto estableciendo la elegibilidad de los grados en el ejército (...); prohibición de la compraventa de inmuebles en las ciudades; el 18, decreto instituyendo el matrimonio civil; el 19, decreto instituyendo el divorcio; el 21, decreto acerca de la simplificación de la ortografía (...) el 24, confiscación de los establecimientos industriales Putilov"⁶.

Un anacronismo político ¿qué hacer?

En este contexto deben ser ubicadas las elecciones a la Asamblea Constituyente, que habían sido convocadas por el Gobierno Provisional precedente. La reivindicación de la Constituyente había sido levantada históricamente por los partidos de la socialdemocracia rusa, incluidos los bolcheviques. Después de la revolución de febrero, los conciliadores sostuvieron que todas las transformaciones sustanciales que reclamaban las masas debían esperar a la Asamblea Constituyente, que era pospuesta una y otra vez. Rosenberg afirma en su "Historia del bolchevismo" que la negativa a convocarla se debía a que los propios socialistas conciliadores tendrían una mayoría abrumadora, lo que había minado los esfuerzos por mantener la "coalición" con la burguesía en el gobierno. Para los bolcheviques, las cosas también habían cambiado: ahora el carácter de la Constituyente dependía del gobierno que la fuera a convocar: el de la burguesía y los conciliadores o el poder obrero.

La convocatoria a la Constituyente, que se había formalizado antes de la insurrección de octubre se transformó así en un anacronismo político. Por otro lado, las relaciones de fuerza entre los partidos, y los propios alineamientos al interior de cada uno de ellos, habían cambiado muy rápidamente. Cuando se habían presentado las listas para las elecciones constituyentes los socialistas revolucionarios presentaron una lista unificada (en noviembre esta-

6. Victor Serge, op. cit.

ban divididos). Se llegaba así a una situación absurda, tal como la relata Trotsky: "cuando los socialistas revolucionarios de derecha ya estaban arrestando a miembros de los socialistas revolucionarios de izquierda, y éstos se unían a los bolcheviques para derrocar el gobierno del socialista revolucionario Kerensky, las viejas listas conservaban su validez, y los campesinos se veían obligados a votar por las listas que encabezaba Kerensky e integraban los propios socialistas revolucionarios de izquierda que estaban tomando parte en la conspiración contra él"⁷.

La realización de la Constituyente suscitó una intensa discusión dentro de la dirección bolchevique. Lenin era partidario de posponer las elecciones a la Constituyente. "Debemos ampliar el sufragio – decía Lenin– , otorgándolo a los jóvenes de 18 años, debemos permitir que se reorganicen las listas de candidatos. Nuestras propias listas no valen nada, están llenas de intelectuales. Necesitamos a los obreros y a los campesinos. Los hombres de Kornilov y los kadetes deben ser puestos fuera de la ley"⁸. Pero otros bolcheviques le respondían que posponer las elecciones afectaría la imagen de los bolcheviques, que habían reclamado durante meses la convocatoria a la Asamblea. Lenin no aceptaba esos argumentos: "Son tonterías, tráiganme hechos, y no palabras... esto puede costarle la cabeza a la revolución". Finalmente, Lenin se quedó en minoría y aceptó la posición de la dirección bolchevique. Las elecciones no fueron postergadas.

Los resultados, la política

En la mayoría de los distritos, las elecciones se realizaron el 25 de noviembre. Según los resultados publicados en la investigación de Oliver Radkey, que hoy reconocen la mayoría de los historiadores (los de Victor Serge son algo distintos), los socialistas revolucionarios obtuvieron casi el 40% de los votos, los bolcheviques 25%, los kadetes (junto con otros partidos burgueses) algo más del 10% y los mencheviques menos del 4%⁹.

Estos votos, sin embargo, no estaban repartidos de manera uniforme. Como sostiene un investigador reciente, "en las grandes ciudades los bolcheviques se llevaron la mayoría de los votos, con los kadetes en segundo lugar, pero en las ciudades más pequeñas y en el campo los socialistas revolucionarios obtuvieron una diferencia suficiente como para ganar una mayoría en la elección"¹⁰. Los bolcheviques ganaron en Petrogrado y en Moscú, así como en otras ciudades industriales del centro del país. Triunfaron electoralmente, también, entre los soldados del frente norte y del frente occidental, así como entre los marinos de la flota del Báltico – es decir, la vanguardia revolucionaria del ejército y la clase obrera. El triunfo de los socialistas revolucio-

7. León Trotsky, *History of the Russian Revolution to Brest-Litovsk*.

8. León Trotsky, *Lenin*.

9. Oliver Radkey, *The Election to the Russian Constituent Assembly of 1917*, Cambridge, Massachusetts, 1950.

10. Gerhard Rempel, *The Constituent Assembly*.

narios se basaba en su elección en las zonas más atrasadas del país: Siberia, los Urales, el Volga, Crimea¹¹.

La influencia que aún conservaban los socialistas revolucionarios en el campesinado, el confuso armado de las listas, la falta de comprensión de muchos sectores de lo que estaba poniéndose en marcha a partir de la insurrección de octubre en los principales centros del país: un conjunto de elementos habían contribuido a hacer realidad el peor escenario previsto por los bolcheviques. "¡Salta a la vista la equivocación! – decía Lenin– hemos tomado el poder, ¡pero nos hemos colocado nosotros mismos en una situación tal que nos vemos obligados a reconquistar ese poder por la fuerza!"¹².

Los cadetes no apostaban a la Constituyente, sino a la guerra civil. Los mencheviques estaban enormemente debilitados. Pero "el partido socialista revolucionario – dice Victor Serge–, aguardaba la Asamblea Constituyente con una esperanza que rayaba en el misticismo (...) firme con el sufragio de millones de campesinos, de los intelectuales, de las clases medias de las ciudades y hasta de algunos elementos radicales de la burguesía, alentado por el socialismo internacional y por los gobiernos aliados (...) creíase el gran partido parlamentario y gubernamental del mañana"¹³.

Los socialistas revolucionarios se prepararon durante todo diciembre para la Asamblea Constituyente, que debía reunirse en los primeros días de 1918. Creían firmemente que había llegado su oportunidad de gobernar – pasaban por alto que lo habían hecho durante meses, antes de octubre, y habían sido derrotados por una insurrección obrera. Sus dirigentes no parecían preocuparse por la cuestión de las relaciones de fuerza. Cuando una federación de empleados y funcionarios, hostil a los bolcheviques, les propuso apoyarlos con una huelga general, los líderes socialistas revolucionarios declinaron la oferta: "¿Defendernos? ¿Es que no somos acaso los elegidos del pueblo soberano?"¹⁴.

Otros sectores del partido, sin embargo, actuaban con mayor lucidez. Los socialistas revolucionarios formaron un Comité en Defensa de la Constituyente e hicieron algunos intentos por movilizar fuerzas militares que aún les eran afines. El grupo terrorista del partido había logrado infiltrarse en el Smolny y planeaba el asesinato de Lenin y Trotsky. Los líderes socialistas revolucionarios no se atrevieron en el momento decisivo a autorizar el atentado, dada la gran popularidad de los dirigentes bolcheviques. Sin embargo, en los primeros días del año Lenin sufrió un intento de asesinato – otros líderes bolcheviques como Uritsky y Volodarsky fueron asesinados posteriormente.

Lenin veía las cosas con mayor agudeza, no bajo la óptica de las formalidades constitucionales sino de la lucha de clases y la iniciativa revolucionaria-

11. William Dando, "A map of the election to the Russian Constituent Assembly of 1917", en *Slavic Review*, vol. 25, número 2, junio de 1966.

12. Citado en Victor Serge, op. cit.

13. Victor Serge, op. cit.

14. Idem.

ria de las masas. En sus "Tesis sobre la Asamblea Constituyente", que fueron publicadas por *Pravda* en diciembre, Lenin analizaba cuidadosamente estas contradicciones políticas, que colocaban a la Constituyente completamente a contramano del proceso vivo de la revolución. "El resultado de todas estas circunstancias tomadas en conjunto", decía Lenin, "es que la Asamblea Constituyente, conformada sobre la base de las listas electorales de los partidos existentes antes de la revolución obrera y campesina, bajo el régimen de la burguesía, chocarán inevitablemente con los intereses y la voluntad de las clases explotadas que el 25 de octubre comenzaron la revolución socialista contra la burguesía"¹⁵. Cuando comenzaba a estallar la guerra civil, y cuando la burguesía y los oficiales del ejército conspiraban, de la mano de kadetes y socialistas revolucionarios, contra el gobierno de los soviets, "la consigna de 'Todo el poder a la Asamblea Constituyente' se ha transformado de hecho en la consigna de los kadetes y los seguidores de Kaledin (el líder cosaco que dirigía las tropas blancas)". No había lugar para términos medios: si la Asamblea Constituyente se enfrentaba al gobierno revolucionario se colocaba en el terreno de la contrarrevolución.

Disuelta por los soviets

La Constituyente se reunió el 5 de enero de 1918 en el Palacio de Táurida de Petrogrado. Ante la mayoría socialista revolucionaria, el presidente del ejecutivo de los soviets, el bolchevique Sverdlov, abrió la sesión invitando a la asamblea a apoyar la "Declaración de Derechos del pueblo trabajador y explotado", un extraordinario documento escrito por Lenin que declaraba a Rusia una República Federativa de Soviets, "libre unión de naciones libres". Tal como destaca Serge, "de apoyarse esta proposición, se asociaba la Asamblea sin reservas a la revolución socialista"¹⁶. Era la última propuesta: se ofrecía, por enésima vez, a los partidos conciliadores que se colocaran en el terreno de la revolución proletaria.

Pero la mayoría no tenía intención de hacerlo. Los socialistas revolucionarios se negaron a discutir la propuesta de Sverdlov y reclamaron pasar a la elección de presidente de la Asamblea, dado que "se estaba perdiendo demasiado el tiempo". Resultó elegido Victor Chernov, el viejo líder de los socialistas revolucionarios, quien señaló que "queremos construir el socialismo de una manera mesurada". Luego habló Tseretelli, el principal dirigente menchevique, quien tuvo al menos la honestidad política de declarar abiertamente (y resumir en una frase) las tesis de su partido: "no es socialista", dijo, "quien incita al proletariado a conseguir sus últimos objetivos sin haber pasado por la democracia"¹⁷.

15. Vladimir I. Lenin, "Theses on the Constituent Assembly", *Collected Works*, vol. 26.

16. Victor Serge, op. cit.

17. Idem.

Era evidente de qué lado se colocaba cada quién. Raskolnikov leyó una breve declaración de los bolcheviques: "nos retiramos de la Asamblea Constituyente y confiamos al poder de los soviets la decisión definitiva acerca de la actitud que han de adoptar con relación a la parte contrarrevolucionaria de esta asamblea". También se retiraron los socialistas revolucionarios de izquierda. Los centroizquierdistas continuaron como si nada. Cerca de las cuatro de la mañana, sin embargo, uno de los marinos que hacían guardia se acercó al presidente y le dijo, con frialdad: "el cuerpo de guardia se halla fatigado. Les ruego que despejen el salón de sesiones". Hubo algunas quejas; pero ante la amenaza del uso de la fuerza la sesión se levantó, con más pena que gloria. Al día siguiente, fue publicado el decreto de disolución, redactado por Lenin, que decía: "las masas trabajadoras han tenido ocasión de convencerse de que el viejo parlamentarismo burgués no sobrevive, que es absolutamente incompatible con la realización del socialismo, porque únicamente los organismos de clase, y no los que tienen carácter nacionalista son capaces de quebrantar la resistencia de las clases poseedoras y de sentar los fundamentos del orden socialista"¹⁸. El gobierno de los soviets ya había impuesto la legalidad del nuevo régimen, "constituida" sobre el más sagrado de los derechos: el de los explotados a la revolución contra el orden social de sus explotadores.

18. Idem.

